

AUTOR DE BEST SELLERS EN LA LISTA DEL NEW YORK TIMES

TED DEKKER

TOSCA LEE



◊ Los libros de los mortales ◊

MORTAL

Lectulandia

Han pasado siglos desde el enfrentamiento de la civilización a la destrucción total. Las peores amenazas han cesado. No hay enojo, ni odio, ni guerra. Solo hay una paz perfecta... y temor. Un terrible secreto ha sido guardado celosamente durante siglos: cada una de las almas que camina sobre la tierra, aunque aparenta ser totalmente normal, en realidad está muerta, desde hace mucho tiempo, genéticamente despojada de la humanidad verdadera. Han transcurrido nueve años desde que un héroe impensable, Rom Sebastian, descubrió el secreto y consumió una antigua poción de sangre para volver a la vida en *Prohibido*. Sobreviviendo contra pronósticos inconcebibles, Rom ha reunido un grupo secreto de seguidores que han bebido la sangre también —los primeros Mortales en un mundo sin vida.

Pero *The Order* ha reclutado a un selecto ejército para cazar y doblegar a los vivos. Traiciones y separación amenazan con destruir a los Mortales desde el interior. La última esperanza de supervivencia que le queda a la humanidad está al borde de la aniquilación y nadie conoce el camino para sobrevivir.

Lectulandia

Ted Dekker & Tosca Lee

Mortal

Los Libros de los Mortales II

ePUB r1.0

libra 07.05.13

Título original: *Mortal*
Ted Dekker & Tosca Lee, 2012
Traducción: Ricardo y Mirtha Acosta

Editor digital: libra
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

El principio

LOS GENETISTAS DESCUBRIERON EN el año 2005 el gen humano controlador de las formas tanto innatas como aprendidas del temor. Se le llamó estatmina u oncoproteína 18. En los quince años siguientes igualmente se identificaron también todos los elementos que influyen en la genética de las emociones principales.

Casi una década después, tras la catastrófica guerra que destruyó gran parte de la civilización, la humanidad juró abandonar toda emoción destructiva y entregarse a las normas de un nuevo Orden. Para este fin, el primer soberano liberó un virus llamado Legión, el cual despojó genéticamente a un desprevenido mundo de toda emoción menos una: el temor. A medida que la humanidad olvidaba la esperanza, el amor y la alegría, también dejaba atrás el odio, la malicia y la ira. Durante casi quinientos años reinó una perfecta paz.

Sin embargo, una secta llamada los custodios guardó muy bien el terrible secreto de que todas las almas del planeta, pese a su total apariencia humana, en realidad estaban muertas. Los custodios se aferraron tenazmente durante siglos a la singular predicción de que el código viral introducido por Legión se revertiría finalmente en la sangre de un solo niño. La esperanza final de vida para la humanidad se hallaría en el hecho de que este niño ascendiera al poder. También pasaron de custodio en custodio un frasco sellado de sangre con el poder de despertar a cinco almas que ayudarían a dicho niño.

En el año 471 nació en una familia real un chico llamado Jonathan, en cuyas venas corría sangre verdadera. Su existencia se mantuvo en secreto hasta el día en que fue descubierto por un humilde artesano llamado Rom Sebastian y otras cuatro personas a quienes la sangre antigua del custodio había revivido.

Más o menos en esa época, el poderoso alquimista Pravus comenzó a perseguir a los custodios, al tiempo que elaboraba un suero que contrarrestaba el efecto de Legión. Pero en lugar de conceder vida, este suero devolvía solamente las emociones más siniestras con todos sus efectos nocivos.

Según las reglas de sucesión del Orden, había una mujer delante de Jonathan en la línea de poder: la clara heredera Feyn Cerelia. Por medio de la intervención de Rom, ella probó vida una vez, aunque brevemente; en esa misma época, su poderoso hermano Saric cayó esclavo de la alquimia de Pravus y planeó apoderarse del trono de Feyn.

Persuadida del poder del niño para despertar a la humanidad, la soberana accedió a sacrificar su vida y despejarle así el camino a Jonathan a cambio de la promesa de que en secreto le conservaría el cuerpo en letargo total, técnicamente muerto por ley, hasta que el niño asumiera el poder a los dieciocho años de edad.

Feyn entregó la vida el día de su toma de posesión, y la soberanía de Jonathan se

mantuvo en interinidad por medio de su regente, Rowan. Al descubrirse la maléfica conspiración, Saric desapareció y creyeron que había muerto.

Rodeado por poderosos guerreros, llamados los mortales, que juraron protegerlo, Jonathan pasó a la clandestinidad durante nueve años. Ahora que el niño se acerca a su decimoctavo cumpleaños deberá regresar a la capital del mundo, Bizancio, para reclamar el lugar que le corresponde como soberano. Todos aquellos que lo siguen creen que la sangre de Jonathan devolverá la vida al mundo y dará paso a un nuevo reino.

Pero Saric no está muerto. Ahora mismo reúne sus fuerzas para oponerse a Jonathan antes de que este pueda tomar la sede del poder y devolver a la vida a un mundo muerto.

Capítulo uno

ROLAND AKARA, PRÍNCIPE DE los nómadas, y segundo después de Rom Sebastian entre todos los mortales, se hallaba impávido sobre su montura, explorando el valle con la mirada de alguien que ha visto demasiado como para alterarse o contentarse fácilmente. Él era un guerrero, amado sin medida por todos sus seguidores, un líder descendiente de generaciones de gobernantes, un hombre dado a la determinación sin una pizca de transigencia.

Y esa determinación nunca había sido más clara: marcar el inicio del reinado de Jonathan a cualquier precio, en desafío total a la muerte.

Sobre el semental negro al lado del de Roland estaba su propia hermana Michael, de veintisiete años, tres menos que él. Un complejo arco le colgaba en la espalda, como al guerrero. La larga solapa del abrigo le cubría la espada curva que llevaba en la cadera. Ellos eran dos mortales, vestidos de negro, mirando su reino desde lo alto.

Pero este no era el reino de ellos, sino un valle de muerte. Se extendía hacia el oeste y el este, una enorme tierra yerma intermitentemente interrumpida solo por un parche de retorcidos matorrales. Cualquier cosa que alguna vez fluyera a través de este seco cauce se había envenenado por completo. Aún ahora, cientos de años después de las guerras que arruinaran enormes extensiones de campiña, incluyendo los viñedos que una vez caracterizaran esta región, solamente sobrevivía una nueva y resistente vegetación.

—Está allí —pronunció Michael en voz baja y con la mandíbula apretada.

Una ligera brisa levantó un mechón de cabello negro del torrente de trenzas que le llegaban a la joven por debajo de los hombros, atadas con cordones de color oscuro, y cada una de ellas contando una historia de dignidad, victoria o conquista de modo que de una mirada alguien pudiera leer todo el volumen. Solamente las greñas de su hermano, combinadas con plumas, ónice y cuentas de piedras, eran más elaboradas.

El semental de Roland resopló, dio un pequeño tirón y cambió de posición en el rocoso precipicio. El guerrero le ordenó calmarse con una sacudida de las riendas. El animal se aquietó, haciendo temblar por una vez el abrigo negro del jinete. La pareja había rastreado la muerte hasta este valle, exigiendo hasta el límite a sus monturas durante la noche de luna menguante y la mejor parte del día. Ninguna criatura tenía el mismo sentido de olfato que un mortal, y los dos hermanos habían captado el aroma desde lejos.

Muerte. Olor a amomiados, a esos que años atrás apodaron *cadáveres*. El aroma era común, en particular cerca de las ciudades y los pueblos en que vivían los millones de habitantes del mundo: humanos en apariencia, muertos en realidad.

Pero el olor que Roland y su segunda al mando, Michael, habían seguido durante la noche era diferente del aroma de simples amomiados. Más profundo. Mordaz y

metálico. La fragancia del infierno mismo. El pútrido olor se elevaba desde el solitario puesto de avanzada sobre el resquebrajado fondo del valle casi un kilómetro delante de ellos, y los hería cada vez que respiraban.

Fuera lo que fuera lo que había captado Maro, aquel nómada impetuoso que en los últimos tiempos se relacionaba con los radicales, en ningún modo se trataba de un amomiado ni de alguna clase nueva de estos.

Y eso era lo que Roland necesitaba saber.

Había habido rumores de un nuevo tipo de asamblea de muerte para aplastar a Jonathan, el creador de todos los mortales, antes de su toma de posesión dentro de nueve días. Roland había oído demasiados rumores como para prestarles mucha atención, y eran tan frecuentes como la tradición popular de «la mano del Creador»: la mística participación de un Creador divino. Pero Roland no había visto evidencia del airado dios del Orden al que, siguiendo las reglas absurdas de los amomiados, clamaban para apaciguarlo.

Pero ahora, con el nuevo y denso olor en las fosas nasales del príncipe, ganaba credibilidad la convicción de una fuerza enemiga en compañía de otras varias historias odiosas: caballos. Cuatro frente a la taberna. Dos más en la parte trasera. Tierra fresca revuelta por cascos, agua con orina de caballos en los bebederos. La madera de pino del edificio mismo. Maro. Roland no había olido la muerte del hombre, lo cual solo podía significar que estaba vivo.

—¿Cómo omitieron los exploradores esto? —preguntó Roland.

—Está más allá de nuestro perímetro habitual —respondió Michael estudiando el valle por unos instantes—. ¿Ideas?

—Muchas —expresó él sombríamente.

—¿Alguna de la que te gustaría hablar?

—Solamente la que importa.

—¿Y cuál es?

—Él vive o morimos.

—¿Y cómo deberíamos ayudar a vivir a ese insolente radical al que llamamos primo? —manifestó ella, asintiendo con la cabeza.

Roland había ido tras Maro después de oír que este había dejado que su boca borracha hablara de llevar el cuero cabelludo de un amomiado al valle Seyala, morada durante el último año de todos los mil doscientos mortales que esperaban el gobierno de Jonathan. Michael había alcanzado a Roland en medio de la noche y él había permitido la compañía de su hermana, esperando que no se produjera un verdadero problema aparte del fastidio que sentía por el rescate del primo.

Hasta que hallaron el caballo de Maro a ocho kilómetros al sur del valle, muerto y cubierto con el nuevo olor a muerte que los había conducido hasta aquí.

Roland habría regresado por más guerreros, pero no podía correr el riesgo de

perder el rastro del nuevo aroma, o la oportunidad de saber si la nueva muerte que se rumoraba era real. Con la toma de posesión de Jonathan dentro de pocos días no podían arriesgarse.

Más allá de eso, Roland sentía una responsabilidad personal por el exaltado radical. Si salvaban la vida de su primo, el príncipe en persona se aseguraría de que el hombre pasara el resto de la vida dolorosamente consciente de su locura.

—Matamos al resto —declaró Roland.

—¿Cómo?

—Lo sabré una vez que esté dentro.

—Querrás decir «que estemos». Una vez que estemos dentro.

—No, Michael. Tú no.

La hermana de Roland estaba en su mejor momento como guerrera, muy hábil en el manejo de la espada y el arco. El año pasado él la había visto encargarse de cuatro hombres en los juegos, poniéndolos de rodillas... tres con marcas de espada suficientemente profundas en sus gargantas como para quitar cualquier vestigio de duda en cuanto al dominio y precisión de la chica.

Roland la había ascendido entonces como su segunda, no porque fuera su hermana y portara la misma sangre antigua de los gobernantes, sino porque no la podían igualar en batalla. Y cada uno de ellos sabía que vendría la batalla.

Michael volvió hacia él sus ojos color avellana, que habían sido marrones antes de su mortalidad, igual que los de él. Los mortales no podían oler las emociones ni las naturalezas de otros mortales, pero Roland estaba seguro de que, si pudieran hacerlo, el aroma de la lealtad se le filtraría a su hermana por todos los poros. Ella moriría por él, no como su hermano, sino como su príncipe... así como habían jurado hacer todos los nómadas.

Razón por la cual él no debía darle la oportunidad.

—¿Puedo preguntar por qué?

—Porque te necesito para arrasar esa cabaña en caso de que yo falle.

—Rom es el líder de los mortales. Tanto de los custodios como de los nómadas.

—Rom es fuerte y le servimos —objetó Roland nivelando la mirada con la de ella—. Pero servimos primero a Jonathan y a nuestra gente. Nunca olvides eso. Uno de nosotros debe vivir.

—Entonces permíteme ir primero —pidió ella.

—¿Cuándo algún líder nómada no ha sido el primero en ir? —inquirió él debiendo esforzarse para quitar una leve sonrisa en la comisura de los labios—. No. Iré primero. Solo.

—Mi príncipe —asintió ella con una inclinación de cabeza.

—Ponte la capucha. Apenas yo entre, degüella todos los caballos, menos uno. Si las cosas salen mal, regresa a donde Rom, dale un informe completo y guía a nuestra

gente. ¿Me hago entender?

La mandíbula de la joven se puso tan tiesa como su asentimiento de cabeza.

Roland hizo dar la vuelta al alazán y comenzó a bajar el terraplén, muy consciente de que Michael estaba a un caballo de distancia de él.

Era cierto lo que él había dicho. La única idea que importaba ahora era si ellos vivirían o morirían intentando preservar la vida que Jonathan había dado a todos los mortales. El muchacho estaba a nueve días de su toma de posesión. Y entonces todo cambiaría.

También era cierto que los pensamientos de Roland eran más complejos de lo que le importaba expresar, incluso para Michael.

El guerrero había dirigido a los nómadas durante doce años desde la muerte del padre de él y Michael, quien fue el que los guió en su rebelión contra el Orden viviendo en el desierto de Europa, al norte de Bizancio, aquella ciudad antiguamente llamada Roma en la era del Caos siglos antes.

Los súbditos de Roland se habían aferrado tenazmente a la resistencia por temor a ser controlados por los estatutos de la religión estatal... una religión que todavía reclamaba grandes bajas entre los nómadas, ya que la mayoría había cedido ante el mayor temor del creador del Orden. Y ante reglas con consecuencias eternas.

Los nómadas que permanecieron fieles eran los más puros de la humanidad, un pueblo extremadamente autónomo que llevaba su lucha y sus habilidades de supervivencia como una insignia de honor sin igual. Se conservaron solos, vagabundos con una larga tradición de forjar vivencias difíciles en áreas remotas, soñando con el momento en que derrotarían al Orden.

Dos años después de que Roland se convirtiera en el príncipe gobernante se había extendido el rumor de que a un niño al que habían conocido, a quien acogieran brevemente siendo bebé, lo habían confirmado como heredero legítimo del trono soberano. Se llamaba Jonathan.

Jonathan, el príncipe de vida. Había vuelto a ellos con Rom Sebastian y el guerrero Triphon, dos hombres cambiados por un frasco de sangre obtenido por la antigua secta de custodios en previsión del día en que la sangre de Jonathan comenzaría un nuevo reino.

Mortales, así se llamaban a sí mismos.

Roland había ofrecido su total apoyo. No necesariamente porque creyera en lo que se decía del muchacho o de la historia de amistad de los custodios con los nómadas, sino porque todo rebelde que se oponía al Orden era un amigo. Así que había dado la bienvenida a los mortales y les había enseñado las formas nómadas de supervivencia y lucha.

Rom Sebastian demostró habilidades superiores como líder. Hablaba con extraña pasión acerca de nuevas emociones desatadas por la sangre que había ingerido, y de

una época venidera en que todos saborearían la vida como él la había probado.

Y entonces había llegado el día, cinco años antes, en que la sangre del muchacho cambió. El anciano que había venido con Rom, el último miembro sobreviviente de los custodios, la había proclamado lista para llevar vida a otros. En el mundo de nómadas hubo gran algarabía. ¿Podría ser así? Para asegurarse de que no se engañara a su pueblo, Roland había aceptado en sí mismo la sangre del joven.

Ese día, inyectado con una endoprótesis vascular directamente de la vena de Jonathan, el mundo de Roland había cambiado para siempre. La vida había llegado como una marejada, barriendo una muerte que él no sabía que existiera. Por primera vez había sentido la misteriosa emoción de la alegría, el éxtasis y el amor. Había rabiado por el campamento, delirante. También había hallado las emociones más siniestras: celos, tristeza, ambición, y había llorado como nunca, arañándose el rostro y maldiciendo su propia existencia. Cualesquiera que fueran los desafíos que le produjera esta mezcla de emociones, le hicieron sentir totalmente hermoso y también deplorable en sentidos que nunca había sondeado.

Pletórico de vida nueva y liberada, Roland había exigido a todos los nómadas que recibieran la sangre de Jonathan y también que le sirvieran en una nueva misión como la última esperanza para un mundo muerto. En los meses y semanas siguientes, más o menos novecientos nómadas llegaron a la vida. En los años posteriores se les unieron otros trescientos amomados comunes, aprobado cada uno por quórum del concilio, antes de que este exigiera una moratoria hasta la total madurez de la sangre de Jonathan.

En el lapso de un año, los primeros mortales nacidos de la sangre de Jonathan comenzaron a observar nuevos cambios en sus sentidos. Podían oler las fragancias más leves con mayor sensibilidad que los animales. Podían percibir movimientos rápidos con gran detalle, todo a la vez, de modo que el mundo parecía detenerse con relación a ellos, dándoles gran ventaja en combate. Todos sus sentidos de tacto, gusto y oído aumentaron, y siguieron aumentando, casi hasta el punto de la insaciabilidad.

Pero quizás el cambio físico más fabuloso para cualquier mortal fue la promesa de vida extensa. Cuando los alquimistas de entre ellos —sobre todo el mismo custodio viejo— observaron en primer lugar el cambio en el metabolismo de las personas, fue el anciano quien calculó una nueva vida mortal mínima de cien años.

Eran una nueva especie, totalmente merecedora del nombre *mortales*. Eran un pueblo escogido y poderoso esperando fuera de control y con terrible anhelo el día en que Jonathan reclamaría el reino mortal para siempre.

Una nueva época se cernía sobre ellos. Esto era lo único que importaba.

Sin embargo, hoy estaba la necesidad de Maro y este nuevo olor con el cual contender, esta muerte que emanaba de la cantina en el antiguo cauce a menos de doscientos pasos más allá.

Roland y Michael hicieron caminar sus caballos uno al lado del otro, con las miradas fijas y los brazos relajados. La fetidez era ahora tan repulsiva que esto era lo único que él podía hacer para no cubrirse la nariz.

—Ve a la derecha, hacia la parte posterior —anunció Roland—. Lentamente. Todos los caballos menos uno. Y hazme caso.

—Hermano, me niego a perder hoy a mi príncipe.

—Tu príncipe vivirá mil años.

—¿Y si esto fuera más de lo que esperabas?

—Si es así, Rom deberá saberlo. Hazme caso. Haz como te pido. Ve.

La joven espoleó el caballo hacia adelante, pasando frente a él y dirigiéndose hacia la parte trasera de la taberna.

La estructura de madera era poco más que una choza, construida a toda prisa y en malas condiciones. Aun desde donde se encontraba, Roland podía ver huecos entre las tablas de las paredes. Se asentó la capucha sobre la cabeza a medida que el viento arreciaba, enviando remolinos de polvo sobre los cascos de los caballos. Los amomados no siempre los reconocían al instante a los mortales que cabalgaban más allá de su hogar en el valle Seyala, pues no sabían buscarles el exclusivo color avellana de los ojos. Pero Roland sentía que quienes capturaron a Maro sabrían exactamente qué habían tomado.

El guerrero podía sentir debajo del abrigo el peso de los cuchillos de lanzar, atados a un lado del cinturón cuando se detuvo en la cantina y luego se deslizó de la silla de montar. Enrolló las riendas alrededor de la barandilla con un firme tirón y miró los otros caballos.

Llevaban espadas de hoja recta enfundadas de las sillas; eran cortas, quizás cada hoja medía solo sesenta centímetros, un arma para arremeter y cortar, no para degollar desde el lomo del caballo. Roland nunca antes había visto espadas como estas, y sin embargo las empuñaduras estaban gastadas y obviamente usadas. Al menos, el hecho de que las armas estuvieran aquí significaba que los amomados de adentro no esperaban ningún problema.

Roland volvió la mirada hacia la puerta e inhaló.

Alguien hablaba adentro. Una risita. Otra voz. Licor vertiéndose en una copa. Vino. Cerveza. Pan. Sal. Sudor. El tenue y agrio olor del miedo. Muy tenue. Mucho menos que el temor que emanaba de la mayoría de amomados, generado por la única emoción que los llevaba engañosamente a creer que eran humanos.

Roland acababa de poner la bota en el primer peldaño cuando otro aroma le atacó los pulmones, filtrándosele en la conciencia. Era un olor que nunca antes había percibido. Penetrante. Fuerte, pero no ofensivo. Al contrario, agradable.

Algo distinto a muerte o miedo.

El corazón se le agitó, y deseó aplacarlo. Los mortales no podían oler las

emociones de otros mortales vivos del modo en que podían oler el temor de los amomados. Si él no podía oler a los mortales, entonces el aroma no era de Maro. Y no obstante aquello agitó algo nuevo en él, tanto que el corazón se le volvió a sobresaltar como un potro.

Roland pensó por un instante en retirarse para considerar la situación, pero este era un asunto que debía averiguar solamente por experiencia.

Subió los escalones y se detuvo en el rellano. Echó la chaqueta por detrás de sus hojas, enganchando el costado en el cinturón, despejando el camino hacia sus cuchillos. Sacó dos, uno en cada mano. Los sostuvo con firmeza a nivel de la cintura. Incluyó la cabeza y fijó la mirada en la grieta negra en la parte inferior de la puerta, y se calmó. No simplemente sus pensamientos o su valor... como hace cualquier hombre o mujer antes de atacar a un enemigo. Ahora había mucho más por deducir.

Los mortales llamaban a esto *ver*, y técnicamente lo era. Pero por *ver* querían decir entender totalmente cada elemento de esa visión de tal modo que el mundo parecía más lento, que llenaba de información cada instante, cada respiración y cada latido del corazón. Una ventaja superior, un gran regalo de la sangre extraordinaria que les fluía por las venas.

El viento sopló entre sus trenzas y le pasó rápidamente por la nuca. Él sintió eso, y mucho más. El corazón le palpitaba como los tambores encubiertos de los nómadas. Más allá del aroma que le engullía la nariz había más... más que las texturas, el olor y el sonido del mundo que tenía justo delante.

El tiempo pareció desacelerarse a su alrededor. Allí estaba la tranca de la puerta, rayada y desgastada prematuramente. Trabada, a través del espesor de la puerta misma de madera. Estaba la distancia entre él y esa puerta, el viento que discurría entre ellos y las ráfagas de partículas de polvo.

Roland mantuvo esa postura, esa visión, el aroma en sus fosas nasales, por un alargado segundo hasta que, como alguien que entraba a otro mundo, se volvió parte de ello.

Entonces avanzó, plenamente comprometido, sabiendo que contaba con una gran ventaja sobre cualquier cosa que lo esperara adentro.

Estrelló el hombro contra la puerta, astillando la madera alrededor de la cerradura. Esta voló haciendo gran ruido, y todos los detalles del salón encajaron en su lugar a la vez.

Bar: a lo largo del fondo del salón, coronado con gran variedad de botellas. Tres de ellas abiertas, una apestando a alcohol de cien grados. Doce jarras. Tres sucias. Taburetes: nueve, alineados frente al bar, sin respaldos. A derecha e izquierda: siete mesas. Redondas. Madera oscura, tratada con creosota. Pared del costado: una puerta cerrada. Un salón trasero a continuación.

Cuatro enormes guerreros vestidos de extraña armadura con paneles de cuero,

grandes cuchillos en sus cinturones, apoyados en la barra. Dos con jarras de cerveza en los puños. Los tipos eran más grandes y más fuertes que cualquier amomiado que Roland hubiera visto: cuellos musculosos y veloces ojos negros, ya enfocados en el revuelo causado por él.

Detrás del bar un amomiado común y corriente con un delantal. Ninguna señal de Maro.

Roland vio todo esto a la vez antes de que su bota se asentara en las tablas del piso.

El salón pareció paralizarse, el aroma de cerveza recién vertida le cubría las fosas nasales. Un latido de corazón. La mitad de otro... el de ellos. No de él.

Entonces las manos de Roland brillaron con la velocidad de las víboras. Arrojó los cuchillos ocultos con suficiente fuerza para enviarlos directo y sin desviarse a una distancia de treinta pasos.

Las hojas centellearon hacia sus objetivos, uno en cada extremo de la barra. Muerte girando por el aire. Cabezas volviéndose, demasiado lentas, ojos nublados por el licor. Músculos faciales encogiéndose, demasiado tarde.

Las hojas alcanzaron a un tipo en el ojo derecho y al otro en la frente, clavándose hasta las empuñaduras en rápida sucesión.

Entonces a Roland le llegó el aroma, como una pared. Un olor de emociones que nunca antes había encontrado en ningún amomiado. La comprensión le tajó la mente como una lanza.

Pero no era vida. Imposible.

Las manos de él ya estaban en el segundo par de cuchillos, consciente de que estos hombres *no* estaban vivos. Que eran enemigos que lo matarían sin pensarlo dos veces. Giró a su derecha, ganando impulso para una segunda descarga.

Cuando volvió a girar se dio cuenta de la rapidez con que habían girado los otros dos. Tan rápido como había visto en cualquier luchador. Quizás mucho más.

Uno de ellos había extraído su cuchillo y estaba a medio camino de lanzarlo. El otro estaba empujando a su vecino que se desplomaba.

Roland se encargó del primero que lanzó el cuchillo... en el rostro, sin estar seguro de que la hoja atravesaría la pesada armadura de cuero sobre los corazones de ellos. Sin esperar a observar si el cuchillo había alcanzado su objetivo, el príncipe se lanzó hacia delante con todo su peso contra el último hombre.

Cabeza inclinada, tres zancadas de carrera de velocidad, golpeando la mandíbula del hombre como un ariete.

Los nómadas solían coser coronas de cuero en sus capuchas para ese fin. Había unas pocas partes del cuerpo que no se podían usar en combate sin la protección adecuada, la cabeza principalmente entre ellas. Ningún movimiento perdido, ningún arma desperdiciada, ningún momento malgastado.

Roland sintió que la corona de su cabeza se estrellaba contra la mandíbula del hombre. Oyó rotura de dientes y chasquido de huesos. El individuo se arqueó violentamente sobre la barra, en instantes inconsciente y flácido.

Mientras el cuerpo se desplomaba sobre la barra, Roland vio que su tercer cuchillo había dado en el blanco, quedando solamente el tipo que servía detrás del bar, con los ojos desorbitados y tratando de agarrar una espada apoyada en la pared detrás de él.

Con la paciencia consumida, Roland lanzó su último cuchillo contra la nuca del hombre. El amomiado cayó como un saco de heno.

El príncipe retrocedió y se quitó la capucha. El aire estaba en calma, lleno de podredumbre. Cuatro ya estaban muertos y no volverían a sentir. El quinto estaba inconsciente, incapaz de sentir nada por el momento.

Pronto se enteraría de todo lo que aquel sabía.

Pero, en primer lugar, Roland corrió hacia la puerta que llevaba al salón trasero y la abrió de par en par. En el interior de la pequeña despensa se hallaba el cuerpo atado de pies y manos de su primo Maro, amordazado y con ojos desorbitados.

Roland le lanzó una larga mirada y volvió a cerrar la puerta. Un grito sofocado sonó en el interior.

—¡Michael!

Ella ya estaba en la puerta, examinando su trabajo como quien lee la página de un libro. Volvió la mirada hacia su hermano.

—¿Maro?

—En la despensa.

—¿Vivo?

—Hasta que yo me acerque.

Los ojos de la joven se posaron en la forma desplomada de espaldas sobre la barra. Sacó un cuchillo y empezó a avanzar para rematar al sujeto.

—Déjalo vivo —decretó Roland.

Michael se detuvo a mitad de camino, lanzándole una mirada a su hermano.

—Desata a Maro. Usa la cuerda para asegurar a este hombre a su caballo. Lo llevaremos con nosotros —manifestó él dirigiéndose hacia la puerta.

—¿Y los otros? —preguntó ella.

—Se quedarán en su pira funeraria —contestó Roland sin regresar a mirar—. Arrasemos con fuego esta choza y orinemos sobre la ceniza.

Capítulo dos

LA FORTALEZA SE EXTENDÍA a lo largo del borde del bosque, con sus torrecillas arraigadas profundamente en la tierra como zarpas industriales. Como garras de un trono con patas de acero.

Desde un puesto de vigilancia más elevado entre los retorcidos pinos se podían observar las colinas de Bizancio a treinta kilómetros de distancia y mirar la inquietante musa del agitado cielo irradiando la luz del sol mientras los de allí abajo vivían bajo el disfraz de la muerte.

El tenue sonido de violines inundaba la alcoba principal de Saric, bombeado como aire a través de las rejillas de ventilación. No se trataba de las cosas vacías compuestas en el último medio milenio, sino de la música del Caos tal como había sido cinco siglos antes: resucitada... una melodía para desgarrar el alma. El tono menor saturaba la ensombrecida cámara, las pesadas cortinas de seda, los mismos candeleros, hasta que arruinaba el aire como para algo más. Saric había ordenado que se tocara esta melodía en toda la fortaleza cada noche a la misma hora para el bien de quienes moraban dentro de estos muros.

Muchísimo había cambiado.

Nueve. Era la cantidad de años desde que el maestro alquimista Pravus le inyectara por primera vez el suero que lo despertó a un aspecto de vida siniestra. Todo su ser hervía con emociones nuevas. Había sido un tormentoso parto que casi lo había destruido. Y sin embargo, hoy celebraba ese primer despertar, porque finalmente este lo había llevado a una vida fabulosa, la misma que ahora le permitía saborear las antiguas pinturas de paisajes exuberantes que se alineaban en las paredes del salón en que se hallaba.

La alcoba principal estaba a veinte pasos a un costado. Una gruesa alfombra de gran extensión tejida de pieles de leones se extendía ante un largo escritorio de ébano que servía como mesa de comedor cuando Saric lo deseaba, como ocurría a menudo. Unos paneles dorados de seda recogidos en cada esquina colgaban desde el techo y hacían juego contra el piso de mármol como si fueran rayos de sol cayendo a los pies del hombre. En el lado opuesto del salón, un alto sarcófago cilíndrico de cristal recostado en la pared.

Ocho. Era el número de años que él había pasado en ese mismo sarcófago, aquí, en la fortaleza de su antiguo amo. Tenía pocos recuerdos de esos años, a excepción de las pesadillas de su época anterior al letargo: sueños de encendida ambición. De recuperación y celos desesperados. De ira como veneno en las venas.

Siete. Era la cantidad de meses desde que despertara de esas tenebrosas visiones para encontrarse como un hombre renacido. Como algo más de lo que había sido, una obra maestra de su creador, Pravus.

Había evolucionado, se había perfeccionado desde esos primeros días violentos de una vida menor, años atrás. Los sentimientos básicos de ira, codicia y fuerte ambición se habían sumado a una capacidad para el gozo y el amor, la paz y el asombro. Fue entonces cuando se hizo consciente de su verdadero propósito: abrazar totalmente la verdadera vida a cualquier costo. Y por este fuerte deseo estaría eternamente agradecido a su creador.

Saric se sentó detrás de la tallada mesa de ébano y evaluó la carne con un huevito crudo de codorniz encima. El huevo estaba salpicado con caviar, el salado aroma del cual había inhalado ya por diez minutos. Los ojos se le cerraron parpadeantes. El éxtasis que sentía al pensar en ingerir vida dentro de sus mismas células era solo el principio. Pronto probaría la vida en una manera que lo exaltaría hasta los cielos.

Tocó el cuchillo de plata con la punta del dedo, lo deslizó por el mantel adamascado antes de levantarlo suavemente. Alzó el tenedor con igual reverencia y luego, con ocio deliberado, deslizó los dientes y pinchó en seguida la carne. El huevo tembló y derramó yema en el plato cuando Saric se llevaba a la boca el primer bocado salado. Masticó lentamente, haciendo estallar el caviar, salobre como la vida, contra la lengua.

Seis. Era la cantidad de meses desde que descubriera por primera vez que fuera de esta vida renacida había dos cosas a las que ya no se sometería: la muerte, y cualquier poder que amenazara su dominio de la vida, cualquier poder mayor que el suyo propio. Había encontrado verdadera vida al menos en este mundo muerto, y no podía permitir que nada pusiera en peligro o suplantara el incuestionable poder que venía con esa experiencia.

Deslizó la mirada más allá del brillo de los candeleros hacia el sarcófago de cristal. Pravus le devolvió la mirada con ojos ciegos.

Cinco. Era la cantidad de meses desde que matara a Pravus. El recuerdo de ese día se le estampó en la mente como una marca de nacimiento. Su amo se había inclinado sobre un microscopio en el laboratorio de Corban para analizar una nueva muestra de carne vivificada por un suero fortalecido, cuando Saric entró en silencio y se colocó detrás, con un hacha en la espalda, temblando al pensar en lo que estaba a punto de hacer.

Había vacilado solo por un instante, teniendo en cuenta la impiedad de matar a aquel que le había dado vida en tanta abundancia. Pero Pravus no podía llegar a ser soberano del mundo, mientras que él, miembro de la familia real en la línea de soberanos, sí podía hacerlo. Aunque amaba al hombre como a un padre, este siempre se interpondría en el camino del descubrimiento de Saric en relación a todo lo que esta nueva existencia podía ofrecerle. El poder salvaje era una expresión de vida, y el destino de Saric yacía en el consumo desenfrenado tanto de la una como del otro.

Pravus se había vuelto cuando Saric se precipitaba sobre él, pero la ira que sintió

al incrustar el hacha en el rostro de su amo se había dirigido hacia sí mismo. El asesinato había sido una experiencia muy desagradable. Había caído de rodillas y llorado a medida que Pravus se desplomaba en la silla, muerto, sangrando sobre el piso.

Y sin embargo, en su muerte Pravus le había dado un definitivo y grandioso regalo lleno de poder. Y así lo veneraría por siempre.

Saric bajó el cuchillo y el tenedor. Deslizó para atrás la silla tallada y se levantó. Rodeó el extremo de la mesa y caminó hacia el sarcófago, con la servilleta aún en la mano. Inclinando la cabeza, limpió hasta la más insignificante mancha en la parte frontal de vidrio, resistiendo la urgencia de llorar por la repentina soledad que se apoderó de él.

Los tubos de alimentación entraban por la parte trasera del sarcófago, contrayendo muy levemente el pulso del fluido dentro de ellos. Por un instante, Saric pensó en arrancarlos. En vez de eso tocó uno con aire meditabundo, sabiendo que aun ahora este enviaba nutrientes a la capa de carne viva que había ordenado a Corban injertar en la larga herida que había separado para siempre los ojos de Pravus por casi tres centímetros... esa herida que se había abierto bajo el hacha de Saric, derramando sangre y sesos a fin de que este pudiera cumplir con su llamado.

Saric retrocedió, y su pálido reflejo se traspuso sobre el rostro impersonal de su antiguo amo. No podía contar las ocasiones en que se había parado ante este sarcófago y había llorado. Pero aún había nueva vida por hallar. Y poder mayor que cualquiera que se hubiera comprendido hasta aquí. Se inclinó hacia adelante y estampó un ligero beso en el cristal.

—Perdóname.

Y supo que su amo lo hizo.

Cuatro. Era la cantidad de días que habían pasado desde que supo por primera vez que la Fortaleza de Bizancio, sede de las oficinas administrativas más altas del mundo, albergaba un secreto terrible y hermoso.

Un toque en la puerta. Saric volvió lentamente la mirada del sarcófago y echó un vistazo a las delicias de su plato. No le gustaba que lo interrumpieran en momentos como este. Pensó en hacer caso omiso de la intromisión. En lugar de eso dobló la servilleta entre los dedos.

—Adelante.

Las puertas dobles y talladas se abrieron en sus goznes, revelando la figura ataviada de Corban, su jefe alquimista.

El hombre tenía la cabeza agachada, y el largo cabello trenzado y atado firmemente con seda negra le caía sobre el pecho. Esta era una preferencia que el alquimista había adoptado desde que despertara a la vida que Pravus le negara una vez, y Saric fue quien se la concedió.

Otros dos individuos estaban detrás de él, más altos y con hombros más anchos que Corban... productos de las mismas cámaras de las que el mismo Saric había emergido como una mariposa de un capullo. Se inclinaron en reverencia, cada uno en la sombra de cada puerta, imágenes gemelas de siniestra belleza, perfectamente musculadas y con venas negras debajo de la pálida piel muy similar a la suya propia. Así como Pravus fue su creador, él era el de ellos... un creador mejor, después de haber visto que estos fueran despojados de toda capacidad de contramandarle. Nunca conocerían la inquietud o angustia de matar a su creador como él. Era el padre de ellos, y ellos eran sus hijos, a quienes amaba tanto como a su propia vida. Hasta cierto punto.

—¿Sí?

Los ojos negros de los tres se levantaron con devoción.

Mucho había cambiado.

—La hemos encontrado —informó Corban.

—¿Dónde está? —indagó Saric cuidándose de que sus palabras no traicionaran la aceleración de su corazón.

—Aquí, señor.

—¿La trajeron?

El corazón le tamborileaba cada vez más dentro del pecho en un tremendo clímax.

—Sí.

—¿Viva?

—En letargo absoluto.

Por un momento, Saric no se pudo mover. Difícilmente podía sondear la buena suerte que había encontrado con estas palabras. Pero este era su destino, y finalmente había llegado el día de ese glorioso cumplimiento.

Respirando adrede contra las nuevas y terribles ansias que le inundaban las venas caminó hacia delante, apenas consciente ahora del piso, de las paredes que ocultaban su legión de un mundo inconsciente, y del aire que respiraba.

De inmediato pasó a Corban y pasó por el corredor de piedra, velozmente ahora. Sedas rojas, del color de la vida, se elevaban desde la pared a su paso, como pulmones, abriéndose con aliento carmesí.

No preguntó a dónde la habían llevado. Lo sabía.

Unos violines le atacaron los nervios, rebotando en las piedras de basalto del corredor. Pasó a varias de sus crías. Sangrenegras en desarrollo, casi iguales que él. Se arrodillaron en el instante en que lo vieron, girando el cuello mientras Saric pasaba para descender la enorme escalera en el extremo lejano de la fortaleza hacia el interior de la cámara subterránea. Tenuemente iluminada, eternamente fétida debido a los químicos y al formaldehído. Olor a muerte... una de las dos cosas que le

resultaban demasiado ofensivas.

Pero Saric apenas notó eso ahora. Allí, sobre la gran mesa de acero en el centro, un cuerpo enfundado en tela, un brazo colgando fuera del borde, serpenteaba a través de los tubos. La piel, donde él podía verla, aún perfecta...

Deseó que el aliento se le volviera a desacelerar. Inhaló.

—Fuera.

Esperó hasta que los tubos a lo largo de la pared del fondo, muy bien guardados en sus bastidores, y sin tocarse en años, cesaran de temblar después de que las enormes puertas se cerraran con fuerza.

Solo entonces Saric notó el silencio... la música no llegaba a esta cámara. Pero en este momento el silencio era el único sonido adecuado.

Con reverentes dedos, retiró la tela de ese rostro. De la larga línea de ese cuello, esos hombros y ese torso, sin mancha todo este tiempo, excepto por las marcas rojas donde cosieron los tubos para mantenerla con vida. De la costura de una gran cicatriz donde unas suturas metálicas la habían cerrado una vez.

Saric levantó la mano para corregir la posición del anillo con pálida piedra de luna, que se había torcido en el esbelto dedo de Feyn. La alzó hasta sus labios.

—Mi amor —susurró, volviendo la mejilla contra los delicados lomos de esos dedos—. Ahora abrazaremos juntos el pleno poder de la vida...

Capítulo tres

OCULTOS EN LO PROFUNDO del valle Seyala mil doscientos mortales comenzaban sus rutinas después de una noche de juerga. Un ritmo diario de reunirse, cazar, alimentar caballos y consumir la vida con avidez ligados en la inminente promesa del venidero reinado del muchacho. Después de quinientos años de opresión y muerte, ya no sería todo el mundo gobernado no por los estatutos del Orden sino por la vida.

Por Jonathan.

Sin embargo, esas mil doscientas almas vivas eran ajenas al giro de acontecimientos que había traído nueva muerte entre ellos en medio de la oscuridad de la noche.

Roland y Michael habían regresado al campamento antes del amanecer. Ahora, seis horas después, el Consejo de Doce se hallaba reunido en las ruinas del templo construido en el escarpado precipicio. Aquí, en el santuario interior, las ventanas antiguas aún contaban con una gama de vitrales, los únicos vidrios todavía intactos.

Como a treinta pasos de profundidad, estaba la cámara, más allá del patio exterior. Alfombras tejidas suntuosamente cubrían el punteado piso de mármol y se extendían más allá de los bancos de piedra subiendo tres peldaños hasta una pequeña plataforma. Había un altar antiguo en el centro, envuelto en seda color poso de vino bordada con el emblema del corazón de Avra. Avra, la primera mártir mortal. En lo alto del altar había un sencillo volumen apoyado en un soporte de madera. El Libro de los Mortales. En el interior de este se encontraban registrados los nombres de cada mortal y la fecha de su renacimiento, así como una traducción exacta del antiguo pergamino de los custodios que pusiera en marcha todos los acontecimientos que hicieron posible tal clase de vida.

Las antorchas que iluminaban la nublada mañana irradiaban cálida luz sobre la piedra expuesta de las seis columnas del salón que se erguían como centinelas a todo lo largo de la cámara. Pero hacían poco por dar color a la fantasmal palidez del amomiado que se hallaba amordazado y atado a una silla al pie de la plataforma.

Rom Sebastian, custodio, líder primogénito de los mortales, y protector de Jonathan, se hallaba de pie ante el amomiado, considerando cuidadosamente lo que podría significar este giro inesperado de los hechos.

Habían pasado nueve años desde que Rom bebiera del antiguo frasco de sangre que le dio vida y lo pusiera a tratar de encontrar al niño predicho por Talus.

Talus, el hombre que creó a Legión, el virus que despojó al mundo de su humanidad cinco siglos atrás, y quien había jurado deshacer su grave falta.

Talus, el genetista que calculó la llegada de un niño en cuya sangre se revertiría ese virus.

Talus, el profeta que estableció la Orden de los Custodios a fin de proteger un

simple frasco de sangre, suficiente para despertar de la muerte a cinco personas y proteger al niño contra las fuerzas que intentarían asesinarlo.

Talus, quien escribió el pergamino antiguo con el que Rom halló al niño.

Rom levantó la mirada hacia el consejo reunido. Jonathan estaba visiblemente ausente, como siempre, pues prefería estar con el pueblo en lugar de decidir formulismos. Ninguna clase de persuasión había cambiado eso en él. Y, por tanto, el Consejo de Doce en realidad era un consejo de once: siete nómadas, incluyendo a Roland y Michael, quienes se negaron a sentarse, y cuatro custodios, incluyendo al primer amomado convertido, una mujer llamada Resia, y aquellos dos que se unieron al principio a Rom hace nueve años: Triphon y el Libro.

El Libro, como llamaban al avejentado custodio, llevaba la barba blanca desatada de una manera que fascinaba a los nómadas, quienes todo lo trenzaban, incluso las crines y las colas de sus caballos. Sin embargo, el personaje había adoptado las pieles largas y negras de los nómadas, lo que le daba una sorprendente apariencia juvenil a pesar de la nivea blancura de cada cabello de la cabeza y la barbilla. Es más, el hombre parecía mejorar en el desierto, aunque Rom sabía que esto tenía menos que ver con el estilo de vida nómada y más con la nueva clase de sangre que al anciano le fluía por las venas después de haber experimentado, al fin, lo que esperara toda la vida: la verdadera vida de la sangre de Jonathan.

Triphon, sentado al lado del Libro, en los últimos años se había dejado crecer tanto la barba como el cabello, y llevaba la una y el otro trenzados y atados con los hilos del guerrero. Rojo, por matar amomados; negro, por sus proezas en los juegos. Rara vez usaba los abrigos largos de los nómadas, pues nunca tuvo la paciencia para realizar el elaborado y prolongado trabajo con agujas para poner cuentas sobre el cuero, con las cuales se distinguía cada guerrero. Él había adoptado las simples polainas y túnicas con capucha que eran útiles a todos los nómadas, particularmente en combate.

Michael mostraba señales de fatiga, aunque solo en las arrugas que se le hacían en la comisura de los labios. Las medidas del consejo eran bien conocidas por tratar con la paciencia de ella, así como con las miradas fulminantes de Triphon.

Rom volvió la atención hacia Roland. El nómada permanecía con los brazos cruzados al lado de su hermana. Nadie habría imaginado por sus gestos que había pasado casi tres días durmiendo muy poco. O que, con su riqueza de perlas en el cabello y su gran debilidad por el arte, el príncipe fuera un guerrero tan brutal como ninguno que Rom hubiera visto.

El jefe nómada lo miró fijamente.

—¿Dices que eran cuatro? —quiso saber Rom.

—Cinco.

—¿Todos tan fuertes?

—Excepto el que estaba detrás de la barra.

—Y ahora están muertos.

—Siempre estuvieron muertos. Ahora son cenizas.

Así que Roland los había quemado a la costumbre nómada. Si dependiera de ellos, todo amomiado en el planeta estaría mejor reducido a cenizas que vuelto a la vida, un sentimiento que Rom apenas lograba entender.

—¿Armas?

—Espadas, hachas, cuchillos. De acero pesado —informó el nómada sacando de su espalda un cuchillo de monte de treinta centímetros y lanzándoselo a Rom, quien lo agarró en el aire.

La empuñadura del arma era de acero negro, igual que la hoja, pulida de tal modo que brillaba como el aceite a la luz de las antorchas.

—¿Has visto alguna vez un cuchillo como este? —inquirió Rom pasando el dedo por el filo de la hermosa arma.

—He visto demasiadas hojas para contarlas, pero ninguna como esta.

Rom analizó al amomiado, quien le devolvió la mirada con ojos negros como el carbón, inmutables. La armadura le cubría el torso, los muslos y los brazos con solapas superpuestas que le permitían moverse. Cuero negro, de más de medio centímetro de grosor, diseñado para detener un cuchillo. Las botas le llegaban a las rodillas, con puntas de acero y suelas de casi tres centímetros de espesor. Llevaba el cabello largo y grueso, retorcido en hileras de rizos enmarañados; tenía la mandíbula obviamente hinchada, pero por lo demás sus rasgos eran bastante refinados, a pesar del tamaño del sujeto. Este no era un simple matón.

Los mortales se habían topado antes con guardias élite: grupos disidentes cuyas raíces no se habían podido rastrear hacia una sola fuente. Siempre habían sabido que se levantarían fuerzas contra ellos para desafiar la soberanía de Jonathan. Pero, aunque el guerrero frente a ellos estaba obviamente entrenado en batalla y se trataba de un espécimen tan bueno en potencia y fuerza como ninguno que Rom hubiera visto, Roland solo había encontrado a cinco de ellos. ¿Dónde estaban los demás?

Luego estaba la pregunta respecto a *qué* era el guerrero. El extraño aroma que el tipo emanaba producía un ligero estremecimiento en los nervios de Rom.

—¿Qué piensas de él? —preguntó Rom mirando a Roland.

Todos ellos sabían a qué se estaba refiriendo.

—No tengo certeza alguna.

—Es emoción —terció Triphon.

—Imposible —objetó uno de los nómadas de rango llamado Seriph—. Si el sujeto fuera mortal no podríamos olerlo.

—Quizás no sea mortal, pero no huele como cualquier amomiado con que me haya topado —expresó Triphon—. ¿Cómo puede ser amomiado con ese olor?

—O es amomiado o es mortal. No hay término medio.

—Sabemos a qué huelen los amomiados. No sabemos cómo huelen los mortales.

—¿Estás sugiriendo que olemos así? ¿A muerte y a estos otros hedores mezclados en esa... *repugnante fragancia*?

—Estoy diciendo que no lo sabemos.

—Basta —decretó Rom levantando la mano; entonces se volvió hacia Roland—. ¿Cuál es tu mejor conjetura?

—Pregunta al alquimista. Esto es obra de un brujo.

A Roland nunca le había interesado la alquimia, prefería la manera natural de destilar pureza a través de las generaciones. Los nómadas, una vez homogéneos por necesidad, se consideraban especialmente puros ahora que estaban ligados por la sangre de Jonathan. Esto en contraste con los custodios, que eran de varias descendencias, excepto por lo único que tenían en común: que fueron cambiados de amomiados a mortales mediante la misma sangre.

—Te estoy preguntando a ti —presionó Rom—. Tú los viste, peleaste contra ellos, los mataste. Tú tienes los más agudos instintos aquí.

—Esto es lo único que sé —manifestó Roland en voz baja lanzando una mirada helada al prisionero—. Él es un enemigo que se llevó a uno de mis hombres. Su hedor a muerte es mucho más profundo que el de cualquier amomiado. Si esta nueva hediondez es vida, entonces es la obra de un mago alquimista. La verdadera pregunta es cuántos de ellos hay y bajo qué autoridad.

—¿Qué dices tú, Libro? —indagó Rom, asintiendo.

—Yo diría que tienes razón —expresó el anciano custodio cambiando la mirada desde el prisionero hacia el príncipe nómada; luego bajó la cabeza—. Roland tiene buena intuición.

El anciano se había vuelto muy firme este año a medida que Jonathan se acercaba a su madurez, y estaba dedicado sobre todo a la tarea de supervisar el cambio constante en la sangre del niño y a asesorar al consejo como un padre de pocas palabras. Lo único que le importaba era que Jonathan cumpliera la promesa de los custodios que llegaron antes que él: que la sangre del niño cambiara al mundo. Este era el destino de Jonathan, y verlo cumplido era el del anciano.

Rom compartía hasta el fin la determinación del custodio.

—Quítale la mordaza —pidió asintiendo hacia Roland.

El nómada se puso detrás del prisionero, desanudó la tela y soltó la mordaza.

El amomiado escupió sangre en el suelo, no tanto en aparente disgusto sino más bien para limpiarse la boca. Un diente salió saltando por la piedra polvorienta, yendo a parar cerca de los pies de Triphon, quien miró a Rom y luego se inclinó y lo recogió. Lo olió, y lo lanzó de vuelta hacia el prisionero con un movimiento del pulgar.

—Vainilla —manifestó.

—¿Vainilla?

—A eso me huele —expresó Triphon encogiendo los hombros—. Pudín de vainilla. Hay mucha mezcla de muerte, pero me viene a la mente vainilla.

Rom contuvo una leve sonrisa. Triphon, el hombre de palabras enfáticas y sin malicia, querido por todos. Excepto quizás por Michael.

—Es de pasta de vainilla —dijo el prisionero.

Esas palabras robaron el sonido del salón. Era asombroso que el hombre pudiera hablar tan bien a través de su mandíbula hinchada, y obviamente rota. Rom no estaba seguro de cómo reaccionar ante esa afirmación. Las pastas de vainilla eran comunes en estos lugares, masticadas para limpiar los dientes y refrescar el aliento. Pero oír esta primera confesión de un amomiado con ojos negros que portaba un cuchillo del tamaño del antebrazo de Rom le pareció extraño.

—¿Cuál es tu nombre? —preguntó.

El prisionero miró sin responder.

Los mortales podían ser muy persuasivos y fascinantes, rasgos que se había desarrollado con sus habilidades de percibir a otros en maneras únicas. La persuasión comenzaba con entender necesidades, temores y anhelos en otros. La sangre que Jonathan les había proporcionado les aumentaba la percepción de todo eso.

Del prisionero manaron nuevos olores, mitigados por uno mucho más conocido: temor. Respeto motivado por miedo. Honor, ligado al mismo temor. Evidentemente, el hombre era leal. Sería difícil doblegarlo.

—Estás en una posición difícil —formuló Rom en tono suave—. Reconozco que hay muchas cosas que no eres libre de decirme. Pero algunas otras sí, y yo las sabría. Quiero que sepas que nuestra intención no es torturarte, porque ya sabemos que no te doblegarás.

De inmediato, el prisionero comenzó a atenuar el aroma del miedo, no así la fetidez a muerte.

—Sabemos que estás muerto. ¿Sabes eso, amigo?

El hombre tragó saliva una vez, abrió la boca como para decir algo, la cerró, y entonces habló.

—Los amomiados están muertos —explicó—. No soy un amomiado.

—¿Estás afirmando que eres un mortal? —preguntó Rom después de hacer una pausa—. Porque apestas a muerto.

—No soy mortal, ni soy amomiado.

—¿Qué eres entonces?

—Soy humano, hecho por mi señor. Vivo.

—¿De veras? ¿Y quién es tu señor?

—Saric.

El nombre quedó como suspendido en el aire.

—Saric está muerto —declaró Triphon con voz fuerte.

—Saric... está vivo —objetó el amomiado—. Es un sangrenegra. Mi creador. Totalmente vivo, como yo estoy totalmente vivo.

Un escalofrío le erizó los brazos a Rom. *Imposible*. Miró al anciano custodio, cuyos ojos estaban desorbitados por la impresión.

—¿Te hizo Saric? —inquirió Rom volviéndose hacia el prisionero—. No. Quieres decir que él te cambió con alquimia.

—Magos —musitó Roland.

—Saric me dio vida, como se la ha dado a todos los sangrenegras.

—¿Los sangrenegras?

—Aquellos que estamos hechos a su imagen, resucitados de la muerte para conocer la vida plena.

—¡Sacrilégio! —exclamó Zara, uno de los ancianos nómadas—. Solo Jonathan puede dar vida.

Incluso mortales que llevaban vida a amomiados con la sangre de sus venas, un descubrimiento de los últimos seis meses, podían hacerlo debido solo a que su propia sangre provenía de Jonathan. A menos que Saric hubiera tomado sangre de Jonathan... Pero eso no era posible. Esta era una clase de vida totalmente distinta.

—¿A cuántos les ha dado «vida» Saric? —preguntó Rom con cautela.

—A tres mil —contestó el sangrenegra asintiendo una vez, con mirada firme.

Un débil pero colectivo grito ahogado llenó el arruinado salón.

—¿Tres mil? —exclamó Triphon—. ¿Todos como él?

—Más o menos —opinó el sangrenegra—. Y otros que no son guerreros como yo.

—¡Él está mintiendo! —profirió Triphon poniéndose de pie.

—¡Siéntate! —ordenó Rom.

La mano de Roland se posó en la muñeca de Michael, que se había dirigido a su espada.

Triphon volvió lentamente a su asiento.

Así que por fin aparecía la amenaza que ellos habían temido siempre. Pero Rom se negó a permitir que el temor se afanzara entre su consejo. Durante nueve años habían protegido a Jonathan con comunicación regular de parte de Rowan, regente de Jonathan y soberano interino. Ni una sola vez Rowan había hablado de alguna amenaza verdadera. Y Rom no toleraría ahora ninguna amenaza hacia Jonathan, quien dentro de ocho días reclamaría el cargo de soberano.

Cualquier otra cosa era impensable.

—Tres mil —declaró volviéndose hacia Roland—. ¿Es un problema?

—Sería mucho menos problemático si hubiéramos sabido y actuado antes —

contestó deliberadamente el príncipe nómada.

—Eso no contesta mi pregunta.

—Si estás preguntando si podemos encargarnos de tres mil de ellos en confrontación directa, la respuesta es sí. Pero sería tonto de nuestra parte creer que la amenaza no sea aun mayor en el Orden.

—Si hubiera una amenaza en el Orden, Rowan lo sabría.

—Quizás.

Rom no insistió. En vez de eso se volvió hacia el sangrenegra.

—¿Dónde está Saric ahora?

—Donde no puede ser hallado.

—¿Cómo te llamas?

—No te lo puedo decir.

—¿Sientes miedo?

El amomiado encogió los hombros.

—¿Y odio?

—Todos los hombres odian a sus enemigos.

Y, sin embargo, los amomiados no sienten odio, solo temor.

—¿Tristeza?

—Cuando es apropiado.

—¿Es apropiada ahora?

—Mi compañera llorará cuando yo no regrese.

Rom sintió un extraño pinchazo de piedad por el hombre. Odio y tristeza, después. Estos eran dos de los nuevos olores que se olían. Cuál era cuál, no estaba seguro.

—¿Alegría? —indagó el Libro desde el otro lado del salón.

—Ninguna hoy.

—Eso es mentira —expresó Seriph—. Solamente los mortales sienten esas emociones que él está imitando.

—Cierra la boca, Seriph.

—¿Sería posible que Saric reviviera esas emociones?

—¿Cuáles son tus órdenes?

—Buscar a todos los que representen peligro para nuestro creador.

—¿Con qué propósito?

—Destruirlos —contestó el sangrenegra.

—Y ahora que nos has visto en acción, ¿crees poder destruirnos?

Una pausa.

—Sí.

—¿Sabes cuántos somos?

—No.

—Y sin embargo crees que puedes destruirnos. ¿Por qué?

—Porque solamente Saric puede prevalecer.

—¡Jonathan ya ha prevalecido! —exclamó Zara.

Sin previo aviso, Roland se acercó al prisionero y le propinó un puñetazo en la sien. El sangrenegra se desplomó en su asiento, inconsciente.

Silencio.

Lanzó a Zara una mirada iracunda y se volvió hacia Rom.

—Ya ha oído demasiado.

—Sacarlo del salón era más fácil —objetó Rom.

—Matarlo era más fácil.

—No matamos amomiados sin pensarlo dos veces.

—Matamos a cualquier enemigo que se interponga en el camino de Jonathan. Y este enemigo nos ha dado toda la información posible.

—No he consentido en matarlo.

—Él es repugnante, lleno de muerte. No tenemos más remedio *que* matarlo antes de arriesgarnos a que haga daño a Jonathan. Nada impuro entre nosotros, ¿no es ese tu propio edicto?

—Lo es, ¡pero eso no quiere decir que acabemos matándolo!

—¿Y qué propones? ¿Conservarlo encadenado para siempre?

Rom ya había pensado en el asunto y no se le ocurrió una respuesta. Nunca habían permitido que un amomiado permaneciera entre ellos, salvo los que recibían vida. Separación de los amomiados a toda costa era una ley dura y expresa que él mismo había defendido a medida que se acercaba la ascensión de Jonathan.

—Matándolo o no, tenemos que reconocer que si Saric está realmente vivo y logró crear a tres mil de estos, tenemos un problema —advirtió Triphon levantándose.

Rom se alejó, agarró el odre que yacía en el peldaño del altar, lo destapó y bebió profundamente.

Saric... vivo. *¿Sería incluso posible?* Y si lo fuera, ¿pudo él haber concebido un ejército de amomiados otorgándoles alguna clase de vida... y suficientes como para tomar por la fuerza a la Fortaleza?

Ocho días. No entraría en conflicto directo con Saric estando el final tan cerca.

Le pasó el odre a Triphon y enfrentó al consejo.

—Esto no cambia nada. No alteramos el curso de las cosas. Permanecemos aislados aquí y mandamos a Jonathan a la Fortaleza el día de su toma de posesión. Si somos desafiados aceptaremos ese desafío, pero no iremos a buscarlo. No debemos exponernos al peligro antes de que Jonathan asuma el poder.

—¿Qué pasará después?

—Después él decidirá qué hacer con Saric.

—¿Que Jonathan decida? —masculló Seriph—. El muchacho es portador de vida

y el legítimo soberano, pero no te equivoques. No es un líder.

—¡Silencio! —resolló Rom iracundo; su voz resonó en la cámara—. ¡Pronuncia una palabra más y yo mismo te encadenaré una semana!

Seriph alejó la mirada en deferencia.

—Seriph ha hablado inapropiadamente —opinó Roland dando un paso a la derecha—. Pero no podemos hacer caso omiso del clamor popular por una manera más proactiva de llevar al poder a Jonathan... y a los mortales.

—Si te refieres a los radicales, no quiero saber nada de eso —determinó Rom.

—Debes saber que su número está creciendo. Y que cada vez están más convencidos.

—¿De qué?

—De que Jonathan fue siempre una figura decorativa, no un líder. Que comenzará el nuevo reino como está profetizado, pero que no necesariamente lo gobernará.

—Siempre será soberano —expresó Rom—. Y los soberanos gobiernan.

—Sí, lo sé.

—No me digas que les das algún crédito a los radicales.

—Sirvo a la vida mortal con la mía propia, y a Jonathan con la vida de cada nómada. Sin embargo, es peligroso desestimar los sentimientos de otros mortales que han jurado proteger a Jonathan. Él nos ha dado vida y debemos protegerlo a cualquier costo.

—Lo protegeremos. Como nuestro soberano.

—Sí, desde luego. Mientras tanto, un enfoque más proactivo para eliminar cualquier amenaza presentada por Saric y esos sangrenegras...

Roland hizo sobresalir la barbilla hacia el desplomado prisionero.

—... podría ser la mejor manera de asegurar que el muchacho se convierta en soberano. Al menos ahora deberíamos considerar la opción, mientras la tengamos.

—¿Cómo? ¿Entrando en Bizancio y tomando la Fortaleza por la fuerza?

—Lo que sea necesario para asegurar la ascensión de Jonathan —indicó Roland encogiéndose los hombros.

—No bañaremos en sangre su ascensión al poder a menos que nuestra mano se vea obligada —aclaró Rom.

—No, por supuesto que no —concordó Roland con una profunda inclinación de cabeza; siempre el guerrero y el estadista—. Mientras tanto, espero que matemos a este sangrenegra.

Rom contempló al prisionero, luego miró a cada uno de los miembros del consejo, reposando por último la mirada en su más fiel amigo.

—Triphon —dijo—. Busca a Jonathan. Él es nuestro soberano. Dejemos que decida.

Capítulo cuatro

LA FORTALEZA. CORAZÓN DE Bizancio. Salón del trono del soberano. Sede del poder mundial.

Lugar de susurros. Zona de secretos.

Había pasado un día desde que el mundo de Saric cambiara otra vez. Ahora entró al vestíbulo exterior de la Cámara del Senado mientras sus pasos sobre el suelo de mármol resonaban a través del techo de la sala abovedada. Apenas era vagamente consciente de los dos guardias de la Fortaleza en uno y otro lado, acobardados al paso del hombre.

Saric respiró hondo.

Todo volvió precipitadamente en un instante: el caos de estos salones antiguos. Se filtraba desde las mismísimas piedras como sudor desde las paredes subterráneas. Revoloteaba a través de los pasillos como los fantasmas de una época anterior, susurrando cánticos de pasión. Ira. Amor.

Poder.

¿Tenían aquellos sentados dentro de la sala del senado alguna idea de cuán equivocados estaban? ¿De cuán débil y defectuosa era la base sobre la que habían construido sus aburridas e indiferentes leyes?

No.

Hoy lo sabrían. Hoy les enseñaría.

Saric se alisó la manga de su túnica negra y se dirigió hacia las enormes puertas que llevaban al interior de la cámara del senado. En su vida anterior había tenido muchas túnicas finísimas, pero ninguna podía igualar la que usaba ahora, que brillaba con aspecto de ónix y granate en el cuello y la bocamanga, bien entallada en los hombros que de los años de la metamorfosis del hombre habían emergido más anchos y musculosos que antes. Corban mismo se había recogido atrás el cabello, envolviéndolo en un trozo de la seda más fina que poseía. Un adorable tributo a su creador, lo que Saric había aceptado con pleno afecto frente a tal adoración.

Dos guardias se encontraban apostados en las puertas gemelas mientras él se acercaba. Uno de ellos palideció, el color del rostro le desapareció al reconocerlo. Así debía ser... Saric era un verdadero fantasma que volvía de los muertos. Una Parca que venía a tomar lo que era suyo.

—Mi señor —susurró uno, haciéndose a un lado.

El otro miró fijamente a su compañero, pero se mantuvo firme sin que la vara ceremonial a su lado temblara una sola vez.

—El Senado está en sesión —advirtió—. No está permitida la entrada.

Saric cerró lentamente la distancia entre ellos, hasta quedar a un brazo de distancia, le pasaba con toda la cabeza. La mirada del hombre se dirigió rápidamente

hacia los dos guardias detrás del recién aparecido y luego otra vez a este bajándole por el cuello, donde la línea negra de las venas le desaparecía debajo del escote.

—¿Sabes quién soy yo? —inquirió Saric.

—No —respondió el guardia con la mano temblándole en la vara.

—Entonces es hora de que lo sepas.

Saric se inclinó, como para susurrar entre ellos.

El guardia miró hacia arriba y después de un momento de vacilación inclinó la cabeza hacia Saric, quien levantó los largos y pálidos dedos hacia la cabeza del sujeto acercándosele más, de modo que los labios le tocaron la oreja.

—Me podrías llamar muerte —susurró.

Entonces retorció la cabeza del guardia. Un sonido seco... y luego silencio.

El hombre se desplomó sobre el suelo de mármol mientras la vara caía estrepitosamente a su lado.

El guardia en la otra puerta retrocedió otro paso y luego se quedó helado, pálido como un fantasma.

Sin pronunciar palabra, Saric pasó de largo, mientras el borde negro de su túnica rozaba la bota del hombre muerto. Entonces colocó las manos contra las pesadas puertas dobles, las abrió de un lento empujón, y entró a la gran cámara del senado.

La sala no había cambiado en nueve años. Muy poco cambiaba entre los muertos. La gran antorcha ardía sobre el estrado, alimentada constantemente por un suministro de gas... la llama del Orden, recolectada desde todos los rincones del mundo, y que nunca debía extinguirse. Su humo había ennegrecido casi del todo a la antigua pintura del techo, borrándola.

Había un debate en pleno curso... a Saric no le importó de qué trataba. Ahora no importaba ninguna de las baladíes inquietudes de ellos. Solo importaba él.

La algarabía de voces comenzó a desvanecerse a medida que quienes se hallaban más cerca de la puerta del teatro de la cámara reaccionaban al verlo parado en el hueco abierto de la gran entrada. Los cuellos se volvieron. Gritos ahogados, sibilantes como oraciones para los oídos de él. Uno o dos de los senadores se levantaron a medias de sus asientos, cayéndoseles papeles de los regazos.

Saric soltó las puertas y recorrió el gran pasillo central, a través de las sillas del medio dispuestas en gradas, más sintiendo que viendo los cien rostros jadeantes a cada lado de él. Acogió el asombrado silencio como se toma el sol, o el poder de una tormenta que se avecina. En la parte trasera de la sala, las pesadas puertas se cerraron con un ruido sordo y hueco.

Allí en la redondeada plataforma que sobresalía dentro de la cámara estaba Rowan, el soberano regente. Por primera vez en su vida, Saric consideró con renovada curiosidad al individuo que conocía desde hacía tanto tiempo.

El hombre de piel oscura que una vez había servido al padre de Saric como líder

del senado estaba aparentemente intacto, como el Orden mismo. Usaba la misma túnica negra de antes, el cabello recogido atrás en la misma forma que Saric recordaba vívidamente. Tan solo las leves rayas de gris en el cabello y las escasas arrugas debajo de los ojos traicionaban su envejecimiento. Por lo demás, era exactamente como había sido. Esto le pareció desilusionador a Saric.

El regente estaba sentado cerca de una mesa de mármol, tras la cual se ocultaba perfectamente la silla de soberano, significando la simbólica presencia del legítimo soberano, aún sin la edad requerida. En el otro lado de la mesa se hallaba un hombre con pelo canoso, nariz en forma de pico, manos agarradas de los brazos de la silla, y ojos fijos en Saric. Este entonces debía ser Dominic, el nuevo líder del senado.

—¡Orden! —gritó Rowan agarrando el martillo, golpeándolo dos veces sobre el grueso trozo de mármol; el viejo tonto aún no lo había reconocido—. ¿Qué significa esta interrup...?

Entonces Saric vio una mirada de reconocimiento en los ojos del regente: la colisión de lo imposible y lo inexplicable a la vez. El modo en que esos ojos lo recorrieron, deteniéndose en la cambiada estructura del cuerpo, y volviendo al rostro de extrema palidez.

El martillo se le deslizó de los dedos y quedó recostado en la mesa. Rowan dio un paso atrás.

Saric subió lentamente los peldaños hasta la plataforma. Se acercó a la mesa, sin dejar de mirar ni una vez al hombre.

—Saric... Creíamos que estaba muerto...

El auditorio detrás de Saric estaba en total silencio.

—Siéntate —ordenó.

El regente miró a Dominic y luego hacia la sala mayor del senado. Inclino la cabeza y lentamente regresó a su silla. Se sentó como alguien inseguro de su propio movimiento.

Saric levantó el martillo, se golpeó una vez la palma de la mano, y se volvió hacia el público. Cien senadores lo miraban con expresiones variadas de confusión. No sabían cuán pronto sería apropiado aquel sentimiento.

—Estimados senadores. He regresado ante ustedes. Yo, Saric, quien una vez fui su soberano.

Murmullos entre los que se encontraban en la sala.

—Me he alejado de ustedes durante muchos años. Sin duda ustedes, igual que su regente, me creían... muerto —balbuceó y emitió una leve sonrisa—. Como pueden ver, estoy muy vivo.

Miró al líder del senado, sentado a la izquierda.

—Dominic, supongo.

—Correcto —contestó el líder sosteniéndole la mirada, firme.

El hombre era fuerte. Inconmovible. Eso era bueno.

—Tú sirves al Orden. Lo sirves fielmente como una forma de conservar la vida, dada como el regalo de Sirin después de la era del Caos. Dime si esto es verdad.

—Hemos comprometido nuestras vidas a ello.

—En efecto. Sus vidas —expresó Saric, se volvió hacia la asamblea y siguió hablando con clara y perfecta autoridad—. Fue Sirin quien primero predicó la negación de las emociones en una filosofía nueva diseñada para evitar las grandes pasiones que llevaron a las guerras hace cinco siglos. Y así la humanidad aprendió a controlar sus pasiones y más viles sentimientos. Las cosas viejas pasaron y nos convertimos en seres nuevos y evolucionados más allá de esos instintos más viles que una vez nos guiaron solo a la muerte y la destrucción.

Saric movió la cabeza y se dirigió al líder del senado.

—Esto también es verdad, ¿o no?

—Sí —concordó Dominic mientras se oía un murmullo de asentimiento en la sala.

Saric asintió con la cabeza y sonrió.

—Sí —continuó, dando un paso a la derecha, revisando el auditorio y manteniéndolo en silencio por un largo instante.

—Por desgracia, esa no es la verdad.

Miradas entre los senadores. En la periferia de Saric, Rowan se inclinó hacia adelante. El recién llegado le detuvo con una mirada.

—A ustedes les han dado de comer una mentira. Ustedes son producto no de filosofía, sino de traición... y alquimia.

Una oleada confusa de voces en toda la sala.

—La verdad es que ustedes no han evolucionado. Al contrario, los han despojado de las emociones que no sean necesarias para controlarlos. Concretamente, toda emoción menos el miedo. Todo a través de un virus llamado Legión.

—¡Insensatez! —exclamó Dominic, levantándose de la silla, pálido.

—Lo cierto es que Megas asesinó a Sirin cuando este se negó a infectar al mundo con Legión, sabiendo que el virus despojaría de humanidad al género humano. La verdad es que después de matar a Sirin, Megas liberó a Legión en el mundo, matando todo menos el temor requerido para crear marionetas del Orden. La realidad es que ustedes no han evolucionado... es más, han retrocedido.

—¡Absurdo! ¡Total herejía!

—¿Lo es? Pregúntense: ¿es lealtad lo que les obliga a ponerse de pie en este instante? Amor, ¿por el Orden?

—Sí —reconoció Dominic, enderezándose.

—¿Estás tan seguro? ¿O es solamente tu temor a perder la felicidad en la próxima vida si no te levantas y defiendes el camino del Orden? ¿Del mismo modo en que

actúas de día en día cuidando solamente de no ser atrapado en transgresión y de que tus delitos no se multipliquen, para que el día en que la vida te corte arbitrariamente del mundo no vayas a parar al temor eterno?

El líder del senado se quedó totalmente callado, no enojado, porque los amomados eran incapaces de tal emoción, sino aterrado. Rowan también se había puesto de pie.

—El temor nos guía, como debe ser —expresó Dominic.

—¿Como debe ser? La verdad es que eres incapaz de sentir todo *menos* miedo porque genéticamente te han despojado de esos sentimientos. O de lo que te hace humano. Lo cierto es, mis queridos Dominic, Rowan... estimados miembros del senado... que todos ustedes en realidad están bastante muertos.

Se quedaron mirándolo como si estuviera loco. Con estas palabras, el hombre acababa de matar toda credibilidad en los ojos de ellos, naturalmente. Pero se lo esperaba. ¿Qué persona a la que le dijeran que estaba muerta podría creer al portador de tan desquiciada noticia?

Saric esperó un momento, considerando brevemente el martillo en sus manos, antes de colocarlo con cuidado sobre la mesa de mármol, y moviéndose luego hacia el borde del estrado, donde encaró a Rowan.

—¿No soy su antiguo soberano? ¿El último soberano en funciones que se paró en esta sala?

—Sí —concordó el regente—. Pero...

—¿No he tenido acceso a todo archivo en los salones debajo de esta sala? —continuó Saric.

Miró hacia la puerta más allá del estrado. Era obvio que la habían sellado por los bordes, y que no tenía pomo ni tranca. Pero todo el que conocía la Fortaleza había al menos oído rumores del laberinto subterráneo de secretos debajo de este lugar.

—Sí.

—¿Vengo de la línea real de alquimistas?

—Sí —convino Rowan con la boca tensa.

—¿Y estoy muerto como tú y todos los demás aquí supusieron una vez?

—Evidentemente, no —contestó el regente después de titubear.

—Díganme —manifestó Saric caminando a lo largo de la tarima, abriendo de par en par la parte superior de la túnica donde se le fijaba al cuello.

Se volvió entonces hacia los miembros de la asamblea. Estos vieron el negro esqueleto de venas a manera de árbol debajo de la pálida piel, mucho más oscuras que las codiciadas venas azules de los nobles... tan alabadas que por años los miembros de la nobleza les habían resaltado el color con talco azul. El cuerpo de Saric mostraba una armoniosa musculatura y era más fuerte que cualquier otro que ellos pudieran haber visto.

—¡Esto es vida! Lo sé porque una vez estuve muerto —exclamó él, y se soltó la túnica—. Díganme, ¿cuándo fue la última vez que lloraron al ver el cielo? ¿Ante la devoción de sus electores? ¿Cuándo fue la última vez que ansiaron una comida con algo más que beber para sus cuerpos... que anhelaron cada experiencia solo por el bien de llevar dentro de sí mismos cada gota de vida?

Ellos se quedaron mirando, sin entender. Eso también era de esperar.

—Pero tal vez ustedes no puedan hacer ninguna de estas cosas. ¿Saben por qué? ¡Porque les falta la capacidad para algo así!

Esta vez hubo un conato de protesta, pero él levantó la mano pidiendo silencio.

—Hace nueve años el maestro alquimista Pravus me inyectó un suero que me encendió las venas con emoción de la clase que ustedes nunca han imaginado. Ira. ¡Lujuria! Celos. Me convertí en algo salvaje. El caos me gobernó el corazón. Sí, sé que esto es blasfemia contra el Orden. ¡Pero les aseguro hoy que su Orden es una blasfemia contra la vida misma!

A un lado, Rowan lo miraba con extrañeza, como con una nueva revelación propia.

—En esos días... —balbuceó Rowan en voz baja—. Antes de la toma de posesión... cuando usted quería convertirse en líder del senado...

—Sí. Así que ya lo sabes. No pude contener tan virulenta emoción, y Pravus me reclamó. Pasé ocho años en letargo. Hasta el día en que él me sacó como quien vuelve a emerger de la matriz. Esta vez, perfeccionado. Pravus pasó meses conmigo, enseñándome. Instruyéndome en esta nueva humanidad reformada.

Se le quebró la voz.

—Él era mi padre.

—Esto es... esto es abominación —susurró Rowan.

Por eso, el hombre iba a morir.

—Hoy día solo hay un hombre vivo en esta sala —continuó Saric haciendo caso omiso del regente y extendiendo los brazos como si fuera el padre de ellos—. ¡Vean y sepan ahora que yo soy esa persona!

Durante un largo instante nadie habló. Los muertos no podían rebajarse a desafiar tan absurda afirmación. Así había sido, y así sería...

Al menos por unos minutos más. Y luego todo el mundo les cambiaría delante de sus mismísimos ojos.

—Mi señor —declaró Dominic en tono ensayado y conciliador—. Sin duda investigaremos la veracidad de lo que usted afirma. Esto es toda una... revelación.

Esa no era la palabra que el líder del senado quería usar, pues constituía blasfemia para él, y Saric lo sabía. Así como el Orden era blasfemia para Saric.

—Lo veneramos a usted por su servicio al mundo... en un tiempo tal como el de la muerte abrupta de su padre, aunque no lo crea. Y puesto que el Orden es dado por

el Creador, la ley no es el Creador. No es perfecta. Pero debemos seguir los dictados de la ley hasta que esta sea cambiada. Estas afirmaciones son serias, y darlas a conocer lanzaría al mundo nada menos que al pánico. No podemos permitir tal alboroto, y si se demuestra que esas afirmaciones son verídicas, deberemos proceder con sumo cuidado.

La ira surgió dentro de Saric como bilis. ¿Creía realmente el hombre que a él lo aplacarían una necesidad tan sobreprotectora?

—Hasta el día en que sus afirmaciones sean probadas y el senado establezca lo contrario, se debe mantener el Orden. Nuestro Libro de las Órdenes es infalible, no creado por Sirin o por Megas, quien escribió ese libro sagrado, sino por el Creador que inspiró su escrito. Y hasta que llegue el día en que se pruebe que el libro está equivocado serviremos tanto al Orden como al Creador por obediencia a los estatutos escritos.

Murmullos de asentimiento.

Saric inclinó la cabeza. Todo muy previsible. De alguna manera, él había esperado más de esto.

En lo alto, la llama del senado ardía directa y continuamente, lanzando su tenue humo hacia la negrura del techo. Saric pensó que Dominic luciría muy apuesto en un sarcófago de cristal.

—Sí. Perdóname —expresó, inclinando la cabeza—. Tu memoria es infalible. Has dicho que estos asuntos serán investigados por el senado. La veracidad de ellos será revisada, y el senado actuará en consecuencia, aunque esto signifique alterar la historia del Orden mismo, la cual es la historia del mundo, y del Creador.

—Sí —afirmó Dominic después de titubear, y obviamente inseguro de esto último—. Si se prueba que tal revelación es verdadera.

—Hasta entonces, me inclino a tu sabiduría.

—Gracias, mi señor. Ahora, si podemos...

—Así como tú te inclinas ante la autoridad del senado. Así, solamente el senado podría decidir estos asuntos de acuerdo con el soberano.

—Sí. Así es como se hace —declaró Dominic inclinando la cabeza.

—Y ante la autoridad del soberano, que tiene todo el dominio sobre el senado.

—Sí, del soberano. Eso es verdad.

—Pero el soberano no está aquí... —expuso Saric, volviéndose y mirando alrededor.

—Pronto llegará a la mayoría de edad. Hasta entonces, está Rowan...

—Y si tu soberano estuviera aquí... el escogido por el ciclo, como lo dictamina el Orden... nacido el día séptimo del mes séptimo, el más cercano a la hora séptima, ¿te inclinarías?

—¿Mi señor?

Rowan estaba sentado adelante, con el ceño fruncido. Afuera en la sala del senado, los senadores habían regresado a sus asientos, la mayoría de ellos, ya suavizada la alarma anterior en una calma extraña, excepto para unos pocos, aún pálidos, obviamente deshechos por las afirmaciones de Saric.

—Servirías primero a tu soberano, antes que al senado —afirmó Saric, con las cejas levantadas.

—Por supuesto. Sirvo primero al soberano en todas las cosas. Como hacemos todos.

—Y no podrías hacerlo de otra manera —dijo Saric mirándolo de soslayo.

—Por supuesto que no.

—Bueno. Yo también me inclino ante la total autoridad del soberano.

Saric miró al hombre encubierto que se había deslizado en la parte trasera después de él, esperando sus órdenes. Corban. Luego levantó lentamente una mano para dar una señal clara a su jefe de alquimistas.

Corban se volvió, agarró las grandes puertas por las manijas y las abrió de par en par, haciéndose a un lado.

Dos sangrenegras atravesaron las dobles puertas llevando entre ellos la inconfundible figura de un cuerpo envuelto en seda blanca sobre un paño mortuario. La vista de sus sangrenegras destacándose majestuosamente sobre los frágiles cuerpos de los reunidos inundó a Saric de un orgullo paternal. Ahora verían.

Pronto se inclinarían.

Pero, primero, los senadores cercanos a la puerta se pusieron de pie y retrocedieron, deslizándose como cangrejos. ¿Cuándo fue la última vez que alguno de ellos había visto un cuerpo sin vida?

Los cáusticos recordatorios de la muerte no estaban permitidos, ni siquiera en funerales.

—¿Qué significa esto? —preguntó Rowan poniéndose en pie cerca del estrado.

Los sangrenegras cargaron el paño mortuario por el pasillo, subieron los escalones del estrado y depositaron el cuerpo envuelto sobre la mesa de piedra.

Ni un alma se movió. El aliento había huido de la sala. Un cuerpo muerto en la cámara del senado... solo con eso el Orden ya había sido hecho trizas hoy.

A cada lado del altar, los sangrenegras miraron hacia Saric, se hincaron en una rodilla e inclinaron las cabezas.

El hombre caminó hasta el lado del cuerpo, con la cadera casi rozando contra la silla de soberano. Pasó un dedo por el borde de la figura inmóvil, arrastrándolo hacia la cabeza. Agarró la tela de seda con las yemas de cuatro dedos y, con un rápido tirón, apartó la tela, quedando al descubierto el cuerpo desnudo de una mujer con los ojos muertos enfocados en el techo.

Rowan se quedó helado, los ojos desorbitados al reconocer el rostro pálido como

la seda sobre el suelo. La sala estaba en total silencio.

Y entonces ese único nombre, susurrado por Rowan para que todos oyeran en perfecto silencio.

—*¡Feyn!*

Capítulo cinco

JORDIN SIRANA ATRAVESABA EL campamento como «aquella a la que no se le ve». Este era el nombre con que sus compañeros la llamaban cada vez más, por su habilidad de pasar prácticamente desapercibida.

Ella tenía una estructura más pequeña que los demás combatientes. En un campamento lleno de nómadas ricamente adornados, la vista no notaba lo rojizo de la túnica y las mallas marrones... hasta que veían las trenzas atadas con tanto rojo que parecían teñidas en sangre.

El padre de Jordin había sido un desertor del campamento nómada en la Europa del norte, alguien que cambió el desierto por el Orden, un estigma transmitido a ella y a su madre, quien había muerto en una cacería menos de un año antes. La tribu ya no quería a la hija sin madre de un desertor y ese año la habían ofrecido en la Concurrencia. Si Roland no hubiera aprobado la adopción, ella habría tenido que salir a sobrevivir por su cuenta o morir. Escasas posibilidades para una niña de seis años.

Lo que en otro tiempo se consideraban deficiencias hizo de la joven lo que era hoy día: una feroz guerrera reconocida por todos los ancianos, incluyendo al mismo Roland. Una joven mujer de carácter inflexible, cuyas numerosas jornadas solitarias de caza y preparación con oponentes más corpulentos le habían dado reputación de ser veloz y tener precisión mortal.

Ella no hablaba mucho. No contaba historias acerca de la caza ni se pavoneaba de sus habilidades como hacían los demás. No era la primera en desafiar a un oponente en los juegos, ni la más rápida en levantar el puño en victoria.

Una guerrera sin pretensiones estaba libre del peso de la distracción. Poco escapaba a la observación de la chica. Como el hecho de que los caballos de Roland y Michael no solo habían vuelto antes del amanecer, sino que estaban totalmente empapados de sudor. Como el hecho de que cuatro horas después el humo en el brasero de Adah, quien cocinaba para Rom, aún se enroscaba en espiral bastante tenue como para mantener ardiendo el fuego antes de cocinar los primeros alimentos del día.

Cualesquiera que fueran las noticias que hicieran regresar a Roland con tanta prisa le habían robado el apetito a Rom.

Y ahora estaban llamando frenéticamente a Jonathan. Jordin podía oír sus voces resonando por el campamento. Lo necesitaban con urgencia.

¿Por qué?

Triphon, mientras tanto, había acudido directamente a ella.

—¿Lo hallarás?

—Sí.

La joven era quien tácitamente velaba por él, quien siempre sabía dónde hallar al

soberano del mundo.

Jordin atravesó el campamento en silencio, pasó la yurta de Rhoda el herrero, la vivienda del nómada.

Aquí, el amplio valle Seyala se angostaba entre los precipicios y las nacientes colinas. La muchacha levantó la mirada, distinguiendo la conocida imagen del explorador sobre la loma por encima del campamento. Desde allí el guardia podía ver cualquier señal de movimiento abajo en el valle y más allá de la meseta.

La chica bajó trotando hacia el brazo más pequeño del río que pasaba al otro lado del campamento. Varios hombres y mujeres estaban lavando ropa, utensilios, niños y a ellos mismos; sus canciones iban río abajo como espumas de jabón. Jordin vadeó el río y subió corriendo la colina opuesta a las ruinas, haciendo solo una pausa cuando llegó a la cima del enmalezado cerro. Desde allí tenía perfecta ventaja para distinguir la figura de Triphon atravesando el campamento en su propia búsqueda del joven soberano. Esfuerzo desperdiciado, pensó la joven, aunque a decir verdad nunca se podía estar seguro del todo con relación a Jonathan.

Ella sabía esto: el soberano casi nunca estaba donde muchos creían que debía estar. Y por lo general se hallaba donde nadie suponía que estuviera.

Detrás de la loma rocosa había un lugar donde la colina se nivelaba frente a la pared del precipicio naciente, donde a menudo los niños iban a jugar fuera de la vista de sus padres, y donde los amantes se reunían en la noche fuera del alcance de la luz de las fogatas.

Jordin trepó el borde de la colina y los vio. Cinco niños jugaban con figuras talladas en madera. Y con ellos se hallaba Jonathan, como ella había supuesto al haber oído más temprano los planes de juego de los chicos.

Jonathan estaba sentado con las piernas cruzadas sobre la hierba llena de matorrales, con polvo en pantalones y botas. Había cambiado mucho del niño con cojera que llegara hasta ellos nueve años atrás, cuando la misma Jordin casi tenía diez, poco después de la muerte de su madre. Ahora él era un joven alto y delgado, dos cabezas por encima de ella, con cuello fuerte y hombros anchos, y manos que tocaban la lira nómada con la misma facilidad con la que ellos manejaban una espada. Tenía el cuchillo fuera y acababa de soplar el polvo de una nueva pieza de juego tallada cuando vio a la chica y sonrió.

Jordin le devolvió la sonrisa y aceleró el paso, sin disimular fácilmente su alegría por haberlo hallado. Otra vez.

Jonathan. El hombre que la miraba de modo distinto que a otras mujeres. El hombre que asentía cuando llegaban a extraerle sangre como si fuera un aljibe. Ella deseaba llevárselo cada vez que el custodio lo buscaba.

—Jordin, ¡ven a jugar! —exclamó uno de los niños—. ¡Jonathan está haciendo un segundo juego!

—¿Ah, sí? —contestó ella sentándose en la tierra al lado de ellos.

—¿Qué crees? —inquirió Jonathan, pasándole la pieza, que era del tamaño de la mano de un hombre, de forma cilíndrica.

—Creo que se parece...

Jordin hizo una pausa, agarrando por el pelo la tosca talla y se echó hacia atrás. La figurilla estaba parada sobre una piedra para hacerla de la misma altura que las otras. Ella levantó la mirada hacia Jonathan.

—... a mí.

—¡Eres tú! —tarareó uno de los niños—. ¡Y aquí están Michael y Roland!

La chica soltó una débil risita mientras miraba a Jonathan, cuyas trenzas le caían al rostro.

—Me sorprende que no hayas hecho a Triphon.

—La pieza sería demasiado alta —objetó Jonathan con una sonrisa irónica.

—Te está llamando. El consejo te necesita. Parece que es urgente.

—¿Urgente? ¿No lo es siempre?

—Creo que esta vez es diferente.

Jonathan bajó la mirada al cuchillo en su mano, asintió una vez y se puso de pie, extendiendo la mano para ayudar a la muchacha.

—¡No se vayan! —exclamó uno de los niños.

—Volveré. Lo prometo.

Jonathan agarró la mano de Jordin y la alejó de los niños, luego la soltó y la ayudó a bajar un corto descenso. Él nunca había sido reservado respecto a mostrar afecto, pero últimamente había algo más en la forma en que la tomaba de la mano. La chica se había asombrado cada vez, temerosa de investigar las intenciones de él, temiendo que lo que pudiera esperar fuera aplastado con una sola palabra que tan solo demostrara amistad. ¿Podía el joven sentir el temblor en el pulso de la joven cuando le tocaba los dedos? ¿Podía oírle la respiración entrecortada?

No hablaron mientras descendían hacia el campamento. No había necesidad de llenar el grato silencio entre ellos; en esto se parecían mucho.

Quienes lavaban ropa y se bañaban se pusieron de pie cuando ambos cruzaron el riachuelo, varios de ellos se acercaron a saludar al muchacho, estrechándole la mano.

—Jonathan —susurraron, haciendo una reverencia.

Él se lo permitió. Siempre lo permitía, mientras le tomaban la mano le tocaban con los dedos la vena a lo largo de la muñeca... un reconocimiento de la vida que fluía a través de esa vena. Unos pocos, una mujer de más edad entre ellos, levantaron avejentados dedos para tocarle el cuello.

Luego Jonathan y Jordin siguieron adelante, bordeando el campamento, pues atravesarlo les llevaría demasiado tiempo. Se detuvieron otra vez cuando quienes trabajaban detrás de sus tiendas se acercaron para tocar al muchacho, susurrando su

nombre. Incluso al verlo, algunos entraban corriendo a sus tiendas y salían con trozos de carne, una copa de vino o leche de yegua. Él tomó todo, bebiendo la leche y desgarrando la carne con un entusiasmo que provocaba asentimientos de aprobación, y arrojando el vino como se esperaba.

Nunca había sido un misterio para Jordin por qué él se quedaba fuera del campamento cuando podía. No era solo por su bien, porque Jonathan no haría otra cosa que aceptar con gracia cada uno de los regalos, por tedioso que esto fuera; sino que lo hacía por el bien de ellos, porque no podían verlo sin sentirse obligados a agradecerle el enorme regalo de vida mortal. Por la aguda percepción que les servía tan bien en cada cacería. Por la existencia natural que celebraban en todo lo que hacían, desde la explosión de color en sus ropas hasta el ritmo de los tambores y la fortaleza del vino durante la noche. Todo lo cual anhelaban y usaban con energía.

Todo lo cual Jonathan, y también Jordin, disfrutaban tanto dentro como fuera del campamento. Más.

Llegaron a las ruinas del templo por el costado. Sobre las escaleras de piedra, las antiguas columnas se abrían hacia el cielo. El techo abovedado que una vez los protegiera, hacía tiempo había cedido y había sido saqueado por carroñeros. En un tiempo fue una basílica, antes de la era del Orden, cuando los hombres conocían al Creador por otro nombre: Dios.

En la solitaria viga de piedra que apuntalaba las dos columnas frente al patio, Rom había cincelado el credo por el cual vivían los mortales: *La gloria del Creador es el hombre totalmente vivo*. Se afirmaba que este credo fue proclamado primero por un antiguo santo llamado Ireneo durante el segundo siglo del Caos, hace dos mil trescientos años.

Hoy día las esquinas de piedra estaban rotas, y diminutas plantas crecían en las grietas entre cada peldaño, pero cada vez que Jordin subía esos escalones se le erizaba la piel. En el santuario de este templo llamado Bahar, nombre que una vez le dijeron que significaba «fuente de la vida», la muchacha había entrado a la mortalidad en la elevada plataforma, sin padre ni madre que la recibieran abrazándola después.

Había sido Jonathan quien la besara y le diera la bienvenida a la vida aún con la endoprótesis vascular en el brazo.

Los jóvenes atravesaron el largo pasillo de columnas hasta el santuario interior en la parte trasera, abriendo juntos de un empujón las puertas dobles y entrando sin decir una palabra.

El olor asaltó sin previo aviso a Jordin, quien retrocedió. Jonathan titubeó, también.

Fetidez a amomiado.

O a algo más...

Diez cabezas se habían vuelto, Roland, Michael, Rom y el anciano custodio entre ellos. Sobre el amplio pasillo frente al altar, un enorme y pálido individuo derrumbado en una silla. ¿Era eso lo que ella olía? El sujeto parecía un amomiado. Era dos veces y media más alto que Jordin, y el cabello descuidado y enmarañado le colgaba como cuerdas de la cabeza. A la chica se le pusieron los pelos de punta al verlo.

Rom se les acercó a toda prisa mientras los demás se ponían de pie. Roland y Michael ya estaban parados.

—Jonathan —expresó Rom inclinando la cabeza.

—¿A quién estoy oliendo? —preguntó Jonathan.

—Es el amomiado que Roland y Michael trajeron anoche —contestó Rom, con la mandíbula apretada—. Necesitamos que tomes una decisión.

Jonathan miró al amomiado, cuya nuez se le balanceaba en la garganta al tragar.

—Por favor.

Rom guió a Jonathan hasta el frente de la sala.

Jordin se dirigió hacia la última fila de bancos de piedra en la parte trasera, y se quedó de pie al borde de una alfombra con flecos. Por la mirada de refilón de Siphus y los contactos visuales entre Zara, Roland y Rom era evidente que algo pasaba con el amomiado. También por la tensión en la mandíbula de Roland.

Detrás de la joven se abrieron las puertas y Triphon irrumpió en el salón. Una de las puertas se cerró de golpe en las antiguas bisagras. El vitral se estremeció en la ventana cercana. El amomiado de la silla se sobresaltó ante la conmoción.

—No puedo hallar a... —dijo Triphon y se detuvo—. Pero si aquí está Jonathan.

Arrugó la nariz, aparentemente reajustando el olor en el salón, y luego corrió por el pasillo hasta llegar al frente, haciendo a Jordin un leve asentimiento con la cabeza mientras pasaba a tomar su asiento.

—Este... amomiado que trajeron Roland y Michael —expresó Rom, gesticulando hacia el hombre que se revolvía en la silla—. Es distinto.

Jonathan asintió con la cabeza, mirando al sujeto; aún tenía la túnica polvorienta por haber estado sentado en la loma.

—Él afirma estar vivo. Que ha recibido vida... —continuó Rom e hizo una pausa, como si no estuviera seguro de lo que iba a decir—. De parte de Saric.

—¿Saric? —exclamó Jonathan, más bruscamente de lo que Jordin le había oído hablar alguna vez.

—Sí. Él afirma que Saric está vivo, y que ha formado tres mil guerreros más... sangrenegras, los llama, iguales que él. Pero hay algo más. Este...

—Siente —interrumpió Jonathan.

—Así lo creo.

—Siente emoción.

—Eso es lo que creemos.

—Imposible —murmuró Seriph.

—Sí, imposible —concordó Rom remarcando las palabras—. Pero parece que lo imposible nos ha llegado hoy aquí.

Jonathan miró con calma de Seriph a Rom y luego al amomiado.

—Él nos ha visto aquí —comentó Roland—. Ha oído demasiado. Yo aconsejaría matarlo.

Jonathan pareció evaluar a Roland antes de volver lentamente la mirada otra vez hacia el amomiado en la silla. Este acababa de levantar la cabeza y pestañeaba delante de ellos, moviendo lentamente la mandíbula, con una fuerte contusión a lo largo de la pálida piel del rostro y otra más reciente cerca de la sien.

Jonathan pasó a Roland, deteniéndose justo frente al amomiado, y alargando la mano.

—Jonathan... —vaciló Roland dando un paso adelante.

Rom estiró la mano para detener al príncipe. Los dos se quedaron atrás, en posición tensa, mientras Jonathan tocaba lentamente la cabeza del hombre, llegando a reposar los dedos en la rebelde maraña del cabello del sujeto.

Una cosa era que un guerrero tocara a un amomiado, pero el consejo había concordado en que nada inmundo debería tocar a Jonathan a menos que fuera para dar vida a ese amomiado... una rara ocurrencia este último año, tan cerca del reinado del muchacho. Simplemente, el riesgo era demasiado grande. Jonathan tenía que ser protegido a cualquier costo.

El amomiado levantó la cabeza para mirarlo, y Jordin se estremeció ante el helado destello de esos ojos negros.

—Mi amo verá muertos a todos ustedes —manifestó el amomiado.

—¡Silencio! —ordenó Rom—. ¡Es a tu soberano a quien le estás hablando!

—Mi soberano es mi creador. Y mi creador es Saric —objetó el hombre.

Jonathan lo miró un momento más y luego se alejó lentamente.

—¿Qué dices a esto, Jonathan? —inquirió Rom, con la línea de la boca tensa—. ¿Debería ser liberado, quedar prisionero o morir?

—¿Me estás pidiendo consejo o una decisión?

Rom titubeó, mirando con cautela hacia Roland. Todo aquel cercano a Jonathan sabía que él nunca expresaba interés en ejercer autoridad explícita para tomar decisiones específicas que afectaran la seguridad de los mortales.

—Tu decisión —contestó Rom.

—Ninguna de esas alternativas —declaró Jonathan mirando de Rom a Roland—. Hazlo mortal.

Por un momento nadie pudo responder. Ni un sonido, ni un movimiento.

Entonces Triphon y Seriph se pusieron de pie. La mirada de Roland se posó en

Rom, su significado era inconfundible. *Haz que entienda*. El anciano custodio se irguió lentamente, pero no dijo nada.

—Jonathan... ¿estás seguro? —indagó Rom.

—Sí. Hazlo mortal. Dale mi sangre.

—No podemos desperdiciar tu sangre en nuevos amomiados —opinó el Libro con voz vacilante—. Decretamos una moratoria al respecto por una razón.

—Jonathan es nuestro soberano —manifestó Rom levantando la mano—. Él ha hablado. Haremos según sus deseos.

—Yo no quiero sangre de ustedes —objetó el hombre en la silla mirando confuso del uno al otro.

—Porque no la mereces —observó Seriph, escupiéndolo.

—¡Hazlo! —gritó Rom—. ¡Ahora!

El custodio se dirigió al altar y levantó el borde de la seda que lo cubría. Allí, en el altar, había una pesada argolla metálica. Tiró de ella y toda una parte de la piedra se deslizó con un chirrido. Luego hurgó dentro del cajón de piedra y sacó varios útiles: una endoprótesis vascular de casi veinte centímetros de largo, hueca y estrechada en cada extremo para insertar agujas puntiagudas, y un pedazo de paño. De color marrón, pensó ella... pero luego lo olió, aun desde aquí.

No. Manchado de sangre. Sangre de Jonathan.

Jonathan se hincó sobre una rodilla al lado del amomiado, se subió la manga y apoyó el antebrazo en el brazo de la silla como si este fuera solo otro día de sangrado. El amomiado en la silla miró frenéticamente hacia todos lados.

—¿Qué están haciendo? ¡Me van a matar! Por favor, ¡no hagan esto!

Nadie respondió.

El custodio se arrodilló frente a ellos, sacó su cuchillo y cortó la manga de la túnica que el amomiado llevaba debajo de la armadura blindada; luego le desinfectó rápidamente el brazo, así como la muñeca de Jonathan. Tirando la manga al suelo, se inclinó primero sobre Jonathan, obstaculizando la vista a Jordin, pero ella no necesitaba ver lo que estaba sucediendo ahora: un extremo de la endoprótesis deslizándose al interior de la funda corta y permanente insertada en la vena de la parte interior del brazo. Jonathan se volvió ligeramente, mientras el antiguo alquimista guiaba el otro extremo al interior de la vena en el brazo del amomiado. Este contrajo la cara.

Silencio en la cámara, excepto por la respiración del prisionero. Mientras el ambiente se hacía más pesado y penoso, Jordin no pudo dejar de pensar en el día de su propio renacimiento... el dolor ardiente que sintió, como ácido atravesándole las venas. La manera en que el ardor amainó y luego le provocó una calidez como de bebida alcohólica, pero más lánguida y eufórica, de modo que ella pudo sentir en los oídos las palpitations de su corazón demasiado fuertes, como si comenzara a latir

por primera vez.

La euforia. La gratitud. La abrumadora sensación de extraña pérdida. La repentina urgencia o necesidad de llorar. La manera en que cayó en brazos del custodio sin poder alejar la mirada de Jonathan. Contemplándolo. La necesidad de agarrarse de alguna visión mental como la de un ancla contra la ola que amenazaba con derribar a la chica.

De pronto, el amomiado boqueó. Se tensó contra sus ataduras. El custodio retiró rápidamente la endoprótesis, primero de Jonathan, cuidando de secarle la sangre en la piel con el paño. Jordin pudo olerlo, incluso desde aquí, mucho más allá del hedor del amomiado, que de prisa... cambiaba.

El Libro dio un paso atrás, pero Jonathan permaneció arrodillado, mirando cómo el prisionero comenzaba a respirar profundamente, y luego a jadear, como con gran dolor. Luego arqueó la espalda con una súbita mueca. Entonces se le contrajo la expresión y en terror se le desorbitaron los ojos.

Se quedó así, paralizado.

Jonathan miró rápidamente al custodio, quien se inclinó a toda prisa, obstaculizando la visión de Jordin de ese horrible rostro, mientras el Libro abofeteaba al amomiado, ligeramente al principio, y después con un golpe categórico. La cabeza del hombre cayó a un lado.

El custodio se dio la vuelta. La mirada en su rostro era de asombro.

—Está muerto.

Jonathan estaba mirando entre ellos, al brazo del hombre y luego al suyo propio. Los miembros del consejo se estaban poniendo de pie, levantándose despacio por la impresión.

—Imposible —manifestó débilmente Rom.

—Está muerto —repitió el custodio.

—¿Cómo puede ser?

—No lo sé.

Jonathan se puso de pie, pálido.

Jordin acababa de salir de la fila de asientos para acercarse cuando una de las puertas dobles se abrió de golpe.

Olor a amomiado, verdadero y común, sopló con la ráfaga repentina de aire a través de las columnas del exterior. Un hombre, vestido con ropa de la ciudad.

Se trataba de Alban, un espía amomiado leal a Rowan y bien remunerado por los mortales para vigilar los acontecimientos en la Fortaleza y reportárselos cuando fuera necesario. Como tal, era leal al regente del Orden y también estaba decidido a permanecer amomiado hasta el momento en que el Orden permitiera su mortalidad.

Lo cual nunca sucedería.

—Perdónenme —expresó Alban, corriendo por el pasillo, exactamente hacia

Rom.

—¿Qué pasa? —objetó Triphon, moviéndose hasta quedar frente a él.

—Traigo un mensaje de la Fortaleza —informó el amomado, mirando de modo nervioso a su alrededor; positivamente olía a miedo.

—¿Ah, sí? —exclamó Rom pasando a Triphon—. ¿De qué se trata?

—Del cuerpo de Feyn —explicó el recién llegado, y carraspeó—. Ha desaparecido.

Capítulo seis

SARIC TRASPASÓ EL PÁLIDO rostro de Rowan con una mirada inflexible, totalmente consciente de que el regente ya sabía de Feyn, que había estado oculta en profundo letargo. Que el cuerpo no se le había descompuesto.

Nada de esto perturbó a Rowan tanto como al resto del senado, que ahora estallaba en gritos de alarma y horror. No, el terror de Rowan estaba en ver el cuerpo de Feyn *aquí*, en el senado, y no en la cripta que lo había albergado durante los últimos nueve años, alimentado por nutrientes. Ahora el antiguo pilar del Orden titubeó en su túnica real, amenazando derrumbarse junto con el poder que había protegido por tanto tiempo.

Saric hizo caso omiso del escándalo que resonaba a través de la gran sala, y se quedó mirando fijamente al regente mientras saboreaba la aplastante victoria.

—¿Qué significa todo esto? —rugió una voz por encima de las demás.

Saric interrumpió la mirada de mala gana. Se volvió hacia Dominic, quien se hallaba temblando a su derecha, con los puños apretados y el rostro pálido por el miedo. El escándalo se esparció por completo, y todas las miradas se posaron en el escenario ante ellos: Rowan a la derecha, de pie como un cadáver; Dominic a la izquierda, poseído por el terror. Dos soldados cubiertos con armadura, cada uno hincado en una rodilla, con las cabezas inclinadas, imperturbables por el caos.

Feyn. Cuerpo desnudo inerte sobre el altar hechura de Saric, muerta para el mundo, las venas oscuras con sangre inactiva debajo de la pálida piel de la nobleza.

Saric, imponiéndose sobre todos ellos, creador de sus destinos, agarrando el poder absoluto delante de los presentes.

—¿Qué morbosidad obliga a un hombre a exhumar un cadáver de la tumba? —tronó Dominic—. ¡Ella ha pasado a la felicidad!

Saric pasó rozando un dedo sobre uno de los fríos párpados de Feyn. Él mismo le había trenzado el cabello, y había lavado y perfumado el cuerpo, tratando con mucha ternura la larga cicatriz en el pecho donde la espada del custodio la había cortado. La marca se había desvanecido, pasando un poco de lo que debió haber sido algo irritado y grotesco a una hermosa sutura. El almizclado aroma de ella le llenó las fosas nasales con promesa.

—¿De veras? —objetó Saric en voz baja.

—¡Sí! ¡Cómo se atreve usted a violar con muertos la santidad de esta sala!

—Ella no está más muerta que tú, que respiras, sangras y orinas.

—¿Qué se propone? —gritó el hombre—. ¿Usar a los muertos como una lección? ¿Profanar al Creador con blasfemia?

—Y una poderosa lección en realidad, ¿no te parece? —desafió Saric bajando la mano y mirando al hombre estupefacto, este defensor del Orden... al que ahora vería

caer.

Se volvió, consideró a los senadores, a muchos de los cuales conocía por nombre. Allí, Nargus, de la casa sumeria, vestido de azul como era su costumbre. Y allá, Colena, la envejecida vampiresa con la piel empolvada para ocultar las profundas arrugas que susurraban muerte. Stefan Marsana de Europa del norte, Malchus Compalla de Russe, Clament Bishon de Abisinia, líderes todos que servían en el senado cuando Saric mismo fue su soberano por pocos días. Solo unos cuantos eran nuevos para él.

Hoy él sería distinto para todos ellos.

—¡Guardias! —ordenó Dominic—. ¡Retiren este cuerpo!

Saric no se molestó en reconocer el mandato. Sus sangrenegras ya habían dominado a la guardia de la Fortaleza.

Caminó hasta el frente de la plataforma, consciente de que todas las miradas estaban fijadas en él.

—Dime, Rowan, regente de Jonathan... ¿Está Feyn, quien fue legítima soberana antes de su cruel e injustificada muerte, en la felicidad en este momento? ¿O se encuentra con nosotros?

La mente del regente o estaba demasiado preocupada con la tragedia que se desarrollaba delante de él o no estaba ocupada en absoluto, bloqueada.

—Responde. Ahora.

—No... no se sabe —balbuceó el regente con la mirada enfocada en Dominic.

—¿No está señalado para todos vivir una sola vez? ¿Y morir también una sola vez? ¿No es eso lo que afirma tu libro?

—Sí.

—Y cuando padeces esa muerte, tu alma va a la felicidad o al infierno, ¿no está escrito eso?

—Sí.

—Sin embargo, nuestros propios textos antiguos registran relatos de quienes volvieron a vivir. ¿Estuvieron realmente muertos? ¿Se habían ido a la felicidad cuando sus corazones se detuvieron?

—No... no lo sé —masculló Rowan.

—No, no lo sabes. Porque en realidad no conoces los poderes que ordenan la vida y la muerte. Solamente el Creador puede conocer cosas así, ¿no es verdad?

—Sí.

—Entonces Feyn podría no estar ni en la felicidad ni en el infierno en este momento, sino aquí con nosotros. No lo podemos saber. Lo único que podemos saber es que está muerta o viva según entendemos la vida y la muerte. Dime que esto es verdad.

—Lo es —confesó el regente con las cejas relajadas un poco.

—Siendo así, de acuerdo con tu entendimiento, ¿está Feyn viva o muerta ahora?

—Muerta —respondió él vacilante, eligiendo las palabras—. Por ley.

—¿No por carne?

No hubo respuesta.

—¿Ayudaste a los alquimistas a mantener el cuerpo de ella en letargo en una cripta debajo de esta misma Fortaleza desde el día en que fue asesinada?

Rowan parpadeó. No podía ocultar la verdad grabada en su rostro.

—Sí.

—Y lo hiciste en previsión del día en que ese *niño*, Jonathan, se hubiera erigido soberano y tú pudieras traerla de vuelta sin comprometer el reinado del chico —expresó Saric antes de que la audiencia pudiera reaccionar.

Dominic, los líderes del senado, Corban, Saric... todos miraban a Rowan, menos los dos hijos de Saric, quienes aún inclinaban el rostro en sumisión.

—Rowan —musitó Dominic—. ¡Por supuesto que no!

—Lo que él dice es verdad —declaró Rowan asintiendo superficialmente.

—¿Por qué?

—La razón ya no importa —explicó Saric—. Esta es la verdad: que si Feyn estuviera viva hoy día, sería soberana, ya que la sucesión recayó en ella antes que en Jonathan. Dime, Señor Regente, ¿no es eso cierto?

Él asintió con la cabeza. Su rostro era una máscara hueca.

—Y tú no serías regente, porque Jonathan no tendría ningún derecho a reclamar el cargo.

—¡Nada de esto importa ahora! —exclamó Dominic, dando un paso adelante con repentina urgencia—. El destino de Feyn está sellado. Ella está muerta. Jonathan es el soberano, y asumiré el poder en ocho días.

Saric se volvió hacia él.

—¡Solo el Creador decide si Feyn está muerta! *Y hoy veremos al creador de ella.*

La afirmación hizo retroceder al líder del senado.

—Tráela —ordenó Saric volviéndose a Corban.

El alquimista sacó una bolsa de terciopelo negro de debajo de la túnica y atravesó el estrado. Saric se quitó la capa y la colocó sobre las piernas inertes de Feyn. Sin ninguna explicación, tomó el puño de la manga derecha y lo arremangó con cuatro dobleces, dejándose al descubierto el antebrazo.

—Levántense.

Los dos sangrenegras se levantaron y se hicieron a un lado, inquietantes. En el senado nadie se movió.

—Procede —ordenó Saric a Corban.

El alquimista puso la bolsa sobre la mesa al lado de la cabeza de Feyn y sacó un par de guantes médicos negros. Después de ponérselos extrajo de la bolsa una

manguera de goma transparente como de sesenta centímetros, con agujas de acero inoxidable en cada extremo.

Ante Saric, el cuerpo sin vida de Feyn reclinada, no en la muerte, él lo sabía, sino haciendo caso omiso. La yugular allí, exactamente debajo de la traslúcida piel, rogaba volver a tener pulso. Suplicaba el dominio absoluto de él sobre ella. El regalo que a él le diera Pravus, ahora perfeccionado por Saric para poderlo conceder a su antojo. Como lo hacía ahora. El hombre no pudo contener el leve temblor que se le extendió por el torso ante el pensamiento. Este era su destino: consumir y dar vida como solo él decidiera hacerlo.

Amo y creador.

Cerró los ojos. La mente se le avivó con hermosa oscuridad.

—¿Señor?

Abrió los ojos. Corban estaba listo, con la manguera en una mano. Saric le presentó silenciosamente el antebrazo.

—¡Le suplico que no haga esto!

La protesta de Dominic se vio interrumpida por la mirada tenebrosa de uno de los hijos de Saric, quien apenas lo notó. Su atención estaba en la manguera expansible en la mano de Corban. En el pinchazo del borde afilado en su vena. El hombre jadeó un poco mientras el dispositivo se alojaba.

Entró sangre negra en la manguera. La llenó hasta la pinza en la mitad de la longitud.

El donante agarró la manguera por un extremo mientras Corban deslizaba el otro en la yugular de Feyn. El alquimista levantó los ojos hacia él.

Saric asintió con la cabeza.

Corban retiró la pinza de la manguera.

Por un momento fugaz, Saric se dio cuenta de cuán perfectamente silenciosa había quedado la sala. El miedo gobernaba los corazones de los que estaban dentro del Orden. Pero él era ahora el creador. Ellos recordarían este día. La supremacía de Saric. Los ojos brillantes de los sangrenegras sobre ellos a fin de que nadie se atreviera a emitir un sonido.

La sangre entró lentamente en la yugular de Feyn, bombeada por el corazón de Saric en una transfusión de vida. La dejó fluir, empuñando los dedos, deseando inundarla. Esta no sería una hechura como la suya propia en manos de Pravus, sino una perfeccionada, más potente y más refinada. Solamente había producido vida a seis de este modo.

Se llamaban los futuros «siete» soberanos elegidos.

Feyn, su medio hermana, soberana del mundo, sería *su* séptima. Aquella que él, no los dictados del Orden, escogiera para el trono.

—¿Señor?

Saric hizo caso omiso de Corban, manteniendo los ojos fijos en el brazo.

—Señor, es suficiente.

—No.

Corban solo informaba, no protestaba. Él había sido el primero de Saric y nunca lo traicionaría. Así como pasaba con todos los hijos de Saric, el corazón no le pertenecía, pues era únicamente de su amo.

El hombre esperó hasta sentir el primer indicio de agotamiento y continuó durante un momento más, con repentina agitación del corazón, presionando tenazmente la sangre al interior del cuerpo inerte. Dominic retrocedió, moviendo los labios en oración.

Al creador equivocado.

—Ahora.

Corban se dispuso a volver a colocar la pinza en la manguera, pero antes de que pudiera hacerlo, los ojos de Feyn se abrieron de repente, el cuerpo se le arqueó, la parte baja de la espalda saltó de la mesa de piedra como treinta centímetros.

Rápidamente, el alquimista desconectó la manguera expansible del cuello de ella.

Durante toda una palpitación, a la mujer se le contrajeron los músculos, y se inclinó de manera increíble. Entonces la boca se le abrió de repente, succionando toda una bocanada de oxígeno. Su grito resonó por toda la sala.

Feyn se desplomó en la mesa, con ojos desorbitados. Luego los apretó fuertemente y gritó.

Fue un grito salvaje de parto en insoportable dolor, que el mismo Saric tanto anhelaba sentir. A él no lo hicieron de este modo, ¡pero cómo habría deseado que eso ocurriera!

Un segundo grito siguió al primero, unido ahora a cien chillidos de la asamblea como muerta sobre el piso del senado.

Saric se arrancó del brazo la manguera y retrocedió. Le goteaba sangre. No se regodeó, no sonrió, no ofreció ninguna señal de satisfacción. Todo estaba bajo su control.

Sencillamente lo era. Creador.

Feyn volvió a derrumbarse contra la mesa, jadeando, arañándose el cuello, y con las piernas rígidas. La solución que la había mantenido en letargo le había preservado la mayoría de los músculos, pero ella tardaría horas en recuperar cualquier semblanza de su antigua movilidad.

Y unos cuantos días para que el dolor le desapareciera totalmente.

Saric caminó hacia Feyn y suavemente bajó la mano hasta el corazón de ella, el cual le palpitó bajo la palma, debajo del calor repentino de la piel femenina. De la vida de él, volviéndose la de ella. La mujer le apartó distraídamente la mano, inconsciente, retorciéndose de pánico.

—¡Aguanta! —exclamó Saric dándole una bofetada.

Feyn miró con ojos negros desorbitados, viéndolo por primera vez.

—Aguanta —repitió, esta vez con ternura—. El dolor cesará.

Ella gimió una vez más y se tranquilizó.

—Mejor.

Él se inclinó hacia delante, la besó y le susurró a la mismísima alma de ella.

—Mi amor, mi soberana... Gobierna por mí.

Unas lágrimas se deslizaron por los rabillos de los ojos de Feyn, cayendo abajo en la mesa.

—Encárgate de ella —ordenó Saric a Corban.

Luego se volvió hacia la sala del senado, que ahora rugía con temor y disonante confusión. Muchos estaban fuera de sus asientos, otros se hacinaban en el pasillo, mientras otros se amontonaban cerca de las puertas. Todos en un espeluznante estado de shock.

Saric levantó la mano.

—Estimados miembros del senado, líderes del Orden, tengo una pregunta para su líder con todos ustedes como testigos, aquí, en este recinto sagrado. Él dirá la verdad para que todos la oigan por encima del dolor de la muerte.

Ellos esperaban que él se dirigiera a Rowan, el regente. En vez de eso enfrentó a Dominic, quien inmediatamente miró a Rowan con ojos cuestionadores.

—Feyn está viva —declaró Saric con voz refinada—. Escogida al nacer por las leyes de sucesión como nuestra legítima soberana. ¿Conserva ella o no su pleno derecho al cargo de soberana?

La boca del líder del senado se abrió, pero no pareció poder hablar. Su negra mirada se dirigió hacia la mesa de piedra donde Corban y uno de los hijos de Saric alzaban a Feyn por los hombros.

—Si ella... —logró balbucear, pestañeando.

—Ella respira. Ella sangra. Igual que ustedes. No. Mejor que ustedes, ahora. ¿No fue ella designada por derecho de nacimiento séptima en línea para el cargo?

—Sí.

—Más fuerte. ¡Di la verdad para que todos oigan!

—Ella fue... ella lo es.

—Te permitiré vivir.

Saric se acercó a Rowan, quien ahora solo era un débil reflejo de lo que había sido.

—Perdóname, viejo amigo, pero solamente puede haber un soberano —manifestó con total tranquilidad.

La mano le resplandeció con una velocidad que todos ellos también llegarían a conocer pronto. El cuchillo debajo de su chaleco le copó el puño. Antes de que

alguien pudiera ver, mucho menos reaccionar, la hoja tajó el cuello del regente, a diez centímetros de profundidad.

La sangre brotó a borbotones de la yugular del hombre sobre el piso del estrado. Rowan se agarró la cabeza en un intento por conservarla, con la mirada ya desvaneciéndosele. Cayó con estrépito mientras Saric le daba la espalda.

Corban y uno de los sangrenegras habían puesto de pie a Feyn sobre el suelo. La sostuvieron de pie frente a la sala del senado. Ella temblaba, inclinándose a un lado, débil como un cervatillo que ve el mundo por primera vez. Qué terrible belleza. Corazón del corazón de Saric. Sangre de su sangre.

—Ahora —enunció hacia los de la sala—, les presento a su soberana. Pueden inclinarse ante ella.

Los senadores se miraban unos a otros, solo el suave roce de cabezas girando y cuerpos moviéndose en sus asientos llenó el opresivo silencio de la cámara.

Entonces un hombre se movió.

Dominic.

Pasó lentamente al frente. Un movimiento nacido de la obediencia, no al hombre en el estrado, sino a una vida de Orden. La soberana estaba viva. Así que él se arrodilló.

Lo siguió el resto de la sala.

Capítulo siete

EL ESPÍA AMOMIADO PUDO haber entrado a la sala del consejo y decirle a Rom que la Fortaleza se había derrumbado. No. Esa noticia habría sido mucho mejor recibida.

Rom sintió que la sangre se le escurría del rostro. Seguramente no había oído las palabras de manera correcta.

—¿Feyn? ¿Qué quieres decir con que *ha desaparecido*?

—Quiero decir que su cuerpo no está en su sitio.

—¿No está allí? No se puede haber ido.

—Lo siento, señor. Estaba allí hasta hace tres días.

—¡Eso no es posible! —resonó su voz por todo el santuario de piedra—. Está en letargo. ¡Sencillamente no puede desaparecer!

—Todo en su cámara está como debería, pero han cortado las mangueras y su cuerpo ya no está.

Rom sintió una punzada ardiente de pánico en la nuca. Mangueras cortadas. Feyn desaparecida. Debía haber una equivocación.

—Entonces fuiste a la cripta equivocada. ¿Viste que se llevaran el cuerpo?

Los ojos llenos de miedo de Alban se dirigieron hacia Roland, buscando ayuda.

No llegaría ninguna.

—No existen otras criptas como esa debajo de la Fortaleza. He estado revisando la misma puerta durante cinco años, señor. A ella se la llevaron hace dos días. Vine tan pronto como pude.

—Entonces Rowan se la llevó —supuso Rom girando hacia el Libro, quien había asegurado y vigilado todos los arreglos del letargo de Feyn—. ¿Tenías algún conocimiento de esto?

—No —contestó el custodio con la mirada fija en el espía—. ¿Acudiste a Rowan para informarle esto?

—Usted mismo me instruyó que no lo hiciera —respondió el amomiado negando con la cabeza—. En caso de cualquier alteración en ella, nadie más que usted debía saber. Pero hablé con él acerca de algunos otros asuntos y estoy seguro de que no sabe nada de la desaparición. Me habría dicho algo.

—Si no fue Rowan, ¿quién entonces? —exigió saber Rom.

—Saric —intervino Roland.

Rom miró al príncipe. Justo detrás de él, el sangrenegra de Saric se hallaba desplomado en la silla, muerto por la sangre de Jonathan.

—¿Quién más lo sabe? —le preguntó al espía—. ¿Cuánto tiempo lleva desaparecida?

—Como he dicho, dos días como máximo. Se lo juro, vine tan pronto como descubrí la cámara vacía.

No había engaño en el aroma del hombre.

—¿No sabes nada más?

—Nada —contestó el amomiado con voz vacilante y la mirada fija en el sangrenegra.

—¿No hay otros cambios en la Fortaleza?

—Ninguno que yo sepa.

—Déjanos —decidió Rom rascándose el cabello—. Espera nuestras órdenes en el borde del campamento. No hables con nadie y asegúrate de permanecer a favor del viento.

El amomiado inclinó la cabeza y salió a toda prisa. Nadie habló durante varios segundos.

Feyn, quien una vez iba a ser soberana.

Le sorprendió la oleada repentina de emoción que le recorrió.

—¿Libro? —exclamó con voz tosca.

Detrás de él, el custodio permanecía en silencio.

—¡Dime algo, amigo! —vociferó Rom volviéndose y enfrentándolo.

—Podríamos tener un problema —opinó en voz baja el anciano.

—Si lo que Roland dice es cierto...

—¿Cómo sabría Saric dónde buscarla? —inquirió Triphon, levantándose—. ¡Nadie más que Rowan sabía!

—Y ese amomiado —terció bruscamente Michael—. Somos necios en confiar en alguno de ellos.

—Nosotros lo sabíamos —añadió Seriph.

Ellos lo miraron.

—¿Estás sugiriendo que uno de nosotros se lo dijo a Saric? —exigió saber Triphon.

—Solo estoy diciendo lo que se debe decir —contestó Seriph negando con la cabeza—. Para empezar, que fuimos unos tontos al permitir que una soberana muerta estuviera en letargo.

—¿Fuimos? —resaltó Rom, mirando al nómada—. Di lo que quieres decir. Acúsame. Acusa al Libro.

El líder de los mortales dirigió el brazo hacia Jonathan, quien estaba en garras de su propia angustia por la muerte del sangrenegra.

—Ella dio su vida por Jonathan bajo el arreglo expreso de que la mantuviéramos en letargo por nueve años hasta que Jonathan asumiera el trono. Una vez que él se convirtiera en soberano debíamos regresarla para servir bajo el gobierno del muchacho. ¡Pero *nosotros* éramos los encargados de salvar a la mujer que murió por Jonathan mientras tú aún eras un *amomiado del desierto*!

—¡Ella murió por verlo en el poder, no para regresar y deshacerlo todo!

—¡Silencio! —exigió bruscamente el Libro poniéndose de pie; la mirada despedía fuego y tenía el rostro lleno de una urgencia que Rom no había visto en muchos años—. Yo hice la promesa con pleno consentimiento de Jonathan.

Miró entonces a Seriph.

—Solo un necio cuestionaría lo que fue hecho mucho después de que se lo hizo. ¡Basta!

—Roland tiene razón —opinó Rom asintiendo con la cabeza—. Tenemos que suponer que esto ha sido obra de Saric.

—No obstante, ¿cómo pudo él haber sabido...? —objetó Triphon, que no estaba listo para suponer nada.

—¡Eso no es importante ahora! —le interrumpió Rom—. Nadie más en el Orden tendría el mismo incentivo que Saric en cuanto a llevarse el cuerpo de Feyn. Aunque lo hicieran, no representaría ninguna amenaza para Jonathan. Pero si resucitara antes de que Jonathan llegue al poder, *ella* será la legítima soberana, no él.

Silencio.

—Dime si no tengo razón, Libro.

—Sí. Las leyes de sucesión son claras. La reclamación de ella precede a la de él. Si se vuelve a la vida a Feyn antes de que Jonathan asuma el cargo, ella es soberana por derecho.

—Entonces la encontramos y la matamos —aconsejó Roland—. Ahora. Antes de que Jonathan llegue al poder.

—¡No! —chilló el Libro—. Si Feyn está viva, ¡ya es soberana! Y si un soberano muere, el poder se transmite al último soberano vivo, no a Jonathan.

Un silencio sepulcral los atrapó a todos.

—Saric —expresó Rom.

—¿Saric? —inquirió Roland mirando entre ellos—. No oí nada de que Saric fuera...

—Pocos lo saben —informó Rom dando un paso adelante, con una mano escarbando en la parte trasera de la cabeza—. Él se convirtió en soberano por algunos días cuando su padre murió. Como soberano cambió las leyes de sucesión. No importa. Lo que importa es que si Feyn está viva ahora, Jonathan nunca será soberano. Y la muerte de ella solo le daría el poder a Saric.

—Como yo dije —murmuró Seriph—. Mantenerla en letargo...

—¡Déjanos! —tronó Roland.

Seriph se puso pálido.

—Ahora mismo —ordenó Roland señalando la puerta con un dedo.

El nómada se levantó, inclinó lentamente la cabeza, y con la mandíbula tensa se dirigió hacia la puerta.

—Tus radicales son necios —expresó Rom después de que la puerta se cerrara

detrás de Seriph.

—Ellos no son mis radicales —corrigió Roland—. Y no todos son tontos.

Y, sin embargo, debieron haber vigilado a todos los que abogaron por un enfoque más enérgico para asegurar la próxima llegada de Jonathan al poder, pensó Rom. Pero en este momento, al menos, tenían asuntos mucho más urgentes que tratar.

—Tienes que hallarla.

La voz vino del fondo, de Jordin. Rom miró a la joven guerrera que había asumido el papel implícito de segunda de Jonathan, y quizás últimamente de su más cercana protectora. Ella tenía determinación en el rostro y seguridad en el brillo de los ojos color avellana.

—Jonathan le debe la vida —opinó ella.

—¿Libro? —dijo Rom volviéndose hacia la muchacha—. ¿Cuánto tiempo puede sobrevivir el cuerpo de ella desconectado de las máquinas que la mantienen en letargo?

—Cuarenta y ocho horas. A lo sumo —respondió el custodio moviendo la cabeza de lado a lado—. Debemos suponer que Saric la tiene.

—Si la tiene, es posible que ya la haya matado y se haya convertido en soberano —opinó Rom debiéndose obligar a pronunciar esas palabras.

—No. Primero debe establecerla como soberana gobernante para probar que está viva. La necesitará en el poder. Si Saric la tiene, la instalará.

—O ya lo hizo.

—Es posible.

—Entonces esperemos eso —murmuró Rom.

—¿Cómo puedes decir tal cosa? —objetó Michael parándose frente al que había sido el asiento de Seriph.

—No, él tiene razón —comentó Roland, frunciendo el ceño, con profundos surcos que le atravesaban la frente.

El dirigente nómada casi nunca mostraba preocupación, pero él también debía estar tan nervioso como los demás, sabía Rom. No había mejor hombre para tener a su lado.

—Si Saric tiene escondida a Feyn, tenemos tan poca posibilidad de hallarla como de encontrar a esos otros sangrenegras. Pero si la instala como soberana sabremos dónde estará. Esa es nuestra mejor esperanza.

—¿Con qué fin? —exigió saber Triphon—. Si Feyn ya es soberana, ¡Jonathan está perdido!

—¡Cierra la boca! —exclamó bruscamente Rom.

Triphon lo miró y luego apartó la mirada.

Durante todo este alboroto, Jonathan no se había separado ni una sola vez del lado del sangrenegra muerto. Ahora los observaba con mirada silenciosa. No era la mirada

de un líder mundial a punto de perder su reinado, pero tampoco era la reacción de un niño ingenuo. Rom estaba seguro que estaba sucediendo mucho más en esa mente, algo que quizás ni siquiera Jordin conocía.

Hasta la fecha se había cumplido todo lo que profetizara el primer custodio, Talus, cuatrocientos ochenta y nueve años antes. No podría haber duda acerca de la veracidad de las afirmaciones del primer custodio. El destino de la humanidad reposaba en los hombros de Jonathan, y Rom estaba preparado para dar su vida a fin de ver cumplido ese destino.

No importaba ahora que los mortales pudieran hacer otros mortales con su propia sangre, lo que hacía superflua la sangre de Jonathan, como algunos ya comenzaban a susurrar.

No importaba que nadie supiera exactamente *cómo* Jonathan traería vida al mundo. Ni que los radicales en particular estuvieran más interesados en proteger a los mortales como una raza élite que en ver que algunos amomados más llegaran a la vida.

No importaba que Jonathan no hubiera mostrado ni deseos categóricos ni la actitud esperada para gobernar el mundo como soberano.

Todo lo que Rom y los custodios habían hecho fue con un propósito en mente: llevar al poder a Jonathan como lo requería el pergamino sagrado escrito por Talus. Nada más importaba ahora.

Nada.

Una simple lágrima brotó del ojo de Jonathan y le bajó por la mejilla derecha.

—¿Jonathan? —expresó Rom, aun en medio de la inquietud por la desaparición de Feyn, y sintiendo un impulso de empatía por el muchacho elegido para llevar las cargas del mundo—. Perdónanos. Ningún daño vendrá sobre ti, lo juro por mi vida.

—Tienes un buen corazón, Rom —manifestó Jonathan inclinando la cabeza, poco a poco—. Es Feyn quien me preocupa.

Por supuesto que el corazón de Jonathan era atraído primero hacia la mujer que pagara un terrible precio por él. La mujer que el mismo Rom había llevado una vez a la vida, aunque solo fuera por poco tiempo.

La desesperación se le espesó en el pecho.

Al volverse hacia los demás, la mente de Rom ya estaba dispuesta, pero al menos actuaría en deferencia a la costumbre nómada.

—Roland. Tu recomendación.

—Si supiéramos dónde se reúnen estos sangrenegras y la total naturaleza de sus defensas, podríamos tomarlos junto con Saric —comenzó el príncipe después de una breve consideración—. Ellos son muy fuertes y nos superan en número, pero tenemos setecientos luchadores con inigualables habilidades y percepción mortal. Los destruiremos.

—Aunque supiéramos dónde —dijo Rom—, asesinarlos iría contra todo lo que Jonathan representa.

—Tú preguntaste —objetó Roland asintiendo con la cabeza—. Digo lo que creo. De cualquier modo, no sabemos dónde están. Así que vamos por Feyn.

—¿Libro? —preguntó Rom mirando al anciano custodio.

—Debes hallar a Feyn —juzgó mesándose la barba y sacudiendo la cabeza—. Saric se habrá movido rápidamente. Si ella no es soberana todavía, lo será pronto.

—Así que la hallamos y ¿qué hacemos? —intervino categóricamente Michael.

—Ella tiene dentro de sí la sangre antigua —explicó Libro—. Te escuchará, Rom. Esa es nuestra esperanza.

Sí. Así era.

—Roland, tú estás conmigo.

El nómada asintió.

—Cabalgaremos hacia Bizancio —anunció Rom dirigiéndose a la puerta.

Había dado dos pasos cuando la voz de Jonathan sonó detrás de él.

—Yo iré.

—No —objetó Rom deteniéndose y volviéndose.

—Debo ir —recalcó Jonathan ya puesto en pie—. Ella te ama, Rom, pero murió por mí. Mi sangre es más fuerte que la de cualquier otro mortal. Iré hasta Feyn.

Jonathan nunca había estado más allá del perímetro de protección. Nunca había puesto un pie en ningún pueblo o ciudad desde el día en que entró en Bizancio siendo niño para reclamar el trono de soberano. Nunca había visto un amomado que no fuera de los que entraban al campamento.

—No puedo permitir eso.

—Él va —afirmó el Libro, atravesando el altar y retomando la endoprótesis de donde la había dejado—. Quizás no tengamos una segunda oportunidad.

—Entonces yo también iré —decidió Jordin, caminando hacia Rom.

—De ningún modo.

—Ella va —expresó Jonathan mirando a la joven trigueña.

Michael levantó las manos y comenzó a protestar, pero Roland la detuvo con una palma en alto.

—Jonathan tiene razón. Jordin va. Ella es de las mejores luchadoras que tenemos —explicó él, luego se dirigió a Michael—. Tú te quedarás con nuestra gente.

Rom miró de uno a otro, luego a Jonathan, cuyo brazo ya estaba al alcance del Libro, con la endoprótesis vascular ingresándole en la vena.

¿Sangre? ¿Ahora?

—¿Qué están haciendo? ¡No tenemos tiempo!

—Debo saber qué sucedió —dijo el Libro mirando al sangrenegra muerto—. Ustedes estarán fuera todo un día. Y necesito saberlo ahora.

Capítulo ocho

DOMINIC PASÓ DETRÁS DEL pesado escritorio en su oficina, mirando los estantes. Mirando sin ver. Debía consultar los textos. Los comentarios del Libro de las Órdenes. Necesitaba consejo. Necesitaba a Rowan.

Rowan, cuya cabeza casi había caído del cuello, lanzando sangre a chorros por el aire...

¿Qué abominación, qué acto depravado acababa de presenciar?

Meneó la cabeza, conteniendo su terrible miedo. No por Rowan sino por sí mismo ante el espectáculo de muerte.

La afirmación de Saric de que todos estaban muertos aún le resonaba en los oídos. Quizás las palabras más blasfemas dichas en la sala del senado.

Dominic miró por la ventana y quiso sentir algo diferente. *Diferente* al horror. *Diferente* al temor perverso que acababa de presenciar.

Pero no podía. Habían desaparecido los sentimientos de una era vil llamada Caos. La humanidad se había erguido sobre ellos y había reinado la paz.

Simplemente no era posible que un virus los hubiera cambiado genéticamente como había afirmado Saric.

Sabemos que el Creador existe para su Orden. Era la primera línea de la liturgia. El estatuto más fundamental del Orden. El Orden estaba en la mano del Creador. Cuestionar el Orden era cuestionar al Creador. Solo por eso Dominic sabía que las afirmaciones de Saric desde el estrado eran sacrílegas. Que toda sangre negra que fluyera por las venas de Saric era anatema.

Y sin embargo... él había devuelto la vida a su hermana.

Entonces... era posible regresar un cuerpo del letargo. No había un final para la alquimia. Megas había sido alquimista... ¿sería posible que hubiera elaborado un virus llamado Legión?

La idea pinchó la mente de Dominic. No. Solo había una verdad, dada por el Creador en la forma del Orden como lo escribieran los profetas. El temor que él sentía ahora había nacido de la justicia. Sabía sin investigar las afirmaciones de Saric que el hombre era más que malintencionado.

Era perverso.

Los nacidos una vez a la vida hemos sido bendecidos. Y si agradamos, naceremos en el más allá, dentro de la felicidad eterna.

El mayor temor de Dominic no era ahora por su propia vida. Era que al no actuar hoy pudo haber dejado inseguro su destino de alguna manera. O que al no actuar en el futuro podría conseguir lo mismo. No se atrevía a arriesgar la felicidad. Temía al infierno.

Se enderezó, con su objetivo claro. Ajustándose la túnica, se dirigió a la puerta de

su oficina y la abrió de golpe.

La antesala de su oficina estaba llena de senadores, solo un poco menos pálidos que cuando presenciaran los horrores de solo una hora antes.

—Senadores —dijo, inclinando la cabeza.

—¿Qué tienes que decir? —indagó la senadora Compalla de Russe.

—¿No es obvio? —contestó Dominic, siguiendo adelante, decidido—. Feyn es nuestra soberana. Le serviremos sin cuestionar como servimos al Creador.

—¿Y Saric?

—Saric —opinó él, enfrentándola—. Es un blasfemo.

—¿Y las afirmaciones que hace?

—¿Te atreves a preguntar?

—No a preguntar —respondió ella, vacilando—. Solo deseo saber cuál es tu posición.

—¡Falsas! Todas ellas.

Estaban en las garras del miedo, prácticamente desfalleciendo allí mismo. Una nación no podía ser gobernada de este modo. Un mundo no podía ser regido por los débiles.

—He consultado el archivo. Él te llena los oídos con mentiras. Cuida tu mente para no poner en peligro tu futuro.

Eso no era cierto... no había ido al archivo, había pasado la última hora andando. Pero *era* la verdad. El Orden era infalible. Era mejor mentir una vez que mostrar tal falta de obediencia mientras seguía buscando prueba de que no lo era.

La prudencia de su decisión, de su propia obediencia, se evidenció de inmediato en leve pero muy real decisión en los rostros ante él.

—Sabemos que el Creador existe para el Orden —expresó—. Y por eso oye lo que digo ahora. Es necesario detener a Saric. A cualquier costo.

Él giró y se alejó de ellos.

—¿Y cómo lo detendrás?

Se detuvo en la puerta exterior y los miró.

—Yo no. La soberana lo hará.

Capítulo nueve

HABÍAN PASADO OCHO HORAS desde que Feyn despertara para encontrar su mundo totalmente cambiado. Y aunque sabía exactamente quién era, en ciertos sentidos no se reconocía en absoluto.

El rostro que se reflejaba en el espejo no era el suyo. Conocido, sí. Tan pálido. La piel que fijaba la norma de belleza del mundo. Y allí mismo... la vena negra debajo de la sien. Tan negra. Antes había sido azul. Y sus ojos habían sido de color gris pálido. Ahora brillaban, como ónice labrado en facetas.

Feyn giró la cabeza, consideró las venas renegridas que se le extendían por la mejilla como ramas de un árbol de invierno... tributarios de un río negro. Un río con una sola fuente.

Un rostro apareció al lado del de ella en el espejo.

—Eres hermosa, mi amor.

Saric.

Feyn lo consideró en el vidrio. La fuerte línea de la mandíbula de él, más ancha de lo que ella recordaba. El pelo bien recortado debajo del labio inferior, meticuloso como ella lo recordaba.

—¿Soy yo?

—Sí.

La voz de su hermano la inundó de un calor extraño.

Él llegó hasta donde ella y le desabrochó la parte superior del vestido. Abrió el ancho cuello, que portaba la cicatriz que le atravesaba desde el esternón casi hasta la cintura en el otro costado.

Feyn se estremeció, no al ver la cicatriz sino ante el repentino recuerdo de la espada. Relampagueante, reflejando luz en la hoja. Un grito en los oídos... su propio grito mientras mantenía los brazos abiertos. Ella se había dispuesto para la rauda hoja. Dándose a sí misma.

Ese día había muerto.

Feyn se agarró la parte delantera del vestido y lo cerró. Entonces las manos de Saric le tomaron las suyas y las apartaron tiernamente, asegurándole los broches del frente.

—No te preocupes, querida. Te quitaré la cicatriz. La veré fuera de ti. Nada desfigurará tu belleza ni te recordará ese momento. Nada excepto el hecho de que aquel día esa cicatriz te trajo a mí. Eso te agradecería, ¿verdad?

Ella levantó la mirada hacia él en el espejo.

—Sí —contestó, y luego dijo—. Gracias.

—Espera aquí —pidió él sonriendo.

Su hermano se alejó, y Feyn se volvió para ver mientras él iba hacia la cómoda en

el rincón. El cofre de joyas de ella. Aquí, en su propia habitación.

La joven miró a través de las amplias ventanas hacia el turbulento cielo, agitado más allá de la pesada cortina de terciopelo recogida a cada lado. Hacia el tocador con el espejo grande y redondo. Hacia la cama, demasiado grande para una persona, o inclusive para tres. Arriba, hacia el abovedado cielo raso en lo alto.

Saric había vuelto, sosteniendo un par de aretes colgantes de zafiro.

—Nunca te los habías puesto. Un regalo estatal, creo, de Asiana, con motivo de tu toma de posesión el día en que te arrebataron de mi lado. Siempre insististe en esos adornos sencillos. Pero se acabaron los días para esas niñadas, ¿no es así?

—Supongo que sí —respondió ella, mientras él se los deslizaba a través de los lóbulos de las orejas.

El antiguo custodio le había asegurado que ella no moriría. Que dormiría por un tiempo... y que volvería a vivir. Y había tenido razón, por así decirlo.

Él también se había equivocado.

Ella no había estado dormida.

Y ahora allí estaba Saric, el rostro que ella recordaba, mirándola con frialdad, como desde otra vida.

Feyn no lo recordaba tan musculoso, ni siquiera tan alto. No recordaba la curvatura de esa boca cuando sonreía como lo hacía ahora.

Había habido dolor. Dolor, peor que el que la matara. Ahora no tenía duda de haber estado muerta.

¿Había estado entonces en la felicidad? No tenía ningún recuerdo de temor. Del tormento eterno del infierno al que alguien va cuando no conoce la justicia del Orden, dondequiera que pudiera estar establecido, ese día, y para esa persona. Y en el día en que ella había muerto renunció al Orden y cambió el curso de la sucesión.

Cuán extrañamente se había desarrollado todo.

—Dime, hermana, ¿soñaste?

Él quería oír que sí. Ella se lo vio en los ojos.

Feyn sonrió ligeramente.

—Por supuesto que soñaste —asintió él con voz zalamera y tierna—. Conmigo, estoy seguro.

La mente de Feyn vagó hacia la escena en el senado. Como un sueño, pero real, vivo. Todo ojo mirándola. Había estado desnuda, pero esto no había importado al principio porque ella aún estaba en el sueño, y en los sueños el temor siempre se manifestaba como desnudez. Un temor de que el mundo viera al soñador como realmente era. Que viera que no era como fingía ser.

—Desde luego —contestó ella, volviendo a sonreír.

Feyn quiso verlo sonreír. ¿Había sido Saric tan tierno antes con ella? ¿O tan apuesto? ¿Había él cambiado tanto como parecía?

¿O ahora ella estaba viéndolo por quién era?

De nuevo la ola de calor, esta vez cuando él le agarró la mano. Saric le había escogido los anillos, el vestido, y hasta le había puesto los zapatos en los pies. Con mucho cuidado le había echado hacia atrás el cabello por los costados poniéndole un broche de esplendorosos diamantes.

—Sonríes, hermana —dijo él—. Por amor, ¿verdad? Por mí. Por tu amo.

—Sí —contestó ella... y la confusión le produjo más alivio.

La puerta de la suite se abrió. Varios siervos de Saric entraron, aquellos a los que él llamaba hijos y a veces sangrenegras. Estaban arreglando la mesa allí en el comedor.

—¿Crees que puedes comer? Debes tratar de consumir alimento normal, no solamente lo que te di.

—¿Por qué me siento de esta manera? —preguntó ella, mirándolo a los ojos.

—¿De qué manera, querida?

—No... no me siento yo misma. Algo ha cambiado.

—¿Cómo te sientes? —inquirió Saric inclinando la cabeza.

—No siento el mismo temor que sentí una vez.

—Dime más.

—Siento... placer. Por la manera en que me miras ahora. Por cómo sonríes. Placer por ver. Siento un gran deseo de verte agradao.

—Entonces la idea de mi placer te complace.

—Mucho —asintió ella con algo de asombro—. Y hay más. Siento...

Ella no podía expresar totalmente las emociones que le inundaban la mente y el corazón. No estaba segura de dónde se le asentaban, solo que de algún modo habían procedido de Saric.

—¿Alegría? —indagó él—. ¿Amor? ¿Paz?

—Sí —respondió ella asintiendo con la cabeza—. Sí, eso creo.

Una vez Feyn sintió lo mismo. Un hermoso día en una pradera donde se enteró de una verdad que había cambiado el curso de su vida muerta...

Trayéndola aquí, finalmente, aquí.

—¿Por qué? —preguntó Feyn.

—Porque estás viva.

—Viva.

El corazón se le volvió a acelerar en el pecho. ¿Así que él había encontrado el suero y la había vuelto a la vida que ella una vez conociera? ¿Había cumplido su promesa el custodio?

Se sintió flaquear ante la belleza de la idea. La mano de Saric se le puso de pronto debajo del codo.

—Sí. Viva —admitió él haciéndola volverse—. Vida total. Vida que es mía.

—¿Tuya? —objetó ella con un titubeo en el corazón.

¿Por qué eso la fastidió, como si hubiera mordido un metal?

—No como la tuve antes. Perdóname por mis antiguas indiscreciones, querida — confesó Saric, y le agarró las manos—. Entonces me hallaba débil. Un alma perdida y desesperada por encontrar la verdad. He comprendido que mi destino es conocer y experimentar la más pura clase de vida, y ahora al fin la he encontrado. No hay vida más grandiosa que la que fluye ahora por mis venas. Ahora amo de veras como no podía hacerlo antes. Y ahora tú me sirves como has deseado hacerlo, a menudo sin saberlo tú misma. Te he liberado del Orden de la Muerte y de todas sus reglas.

—¿Tú? —exclamó ella, inclinando la cabeza.

Uno de los sangrenegras apareció en el umbral de la puerta y Saric levantó la mirada.

—Aja, está bien. Ven, querida. Comerás ahora.

El hombre deslizó el brazo de ella a través del suyo y la guió a la sala delantera. Feyn examinó al sangrenegra mientras este retiraba una silla para ella en la mesa. Era grande y musculoso como las dos exquisitas criaturas que había visto anteriormente en el senado. Tenía los ojos negros, la piel como mármol vetado de tinta, igual que ella, pero guerrero como los otros.

—Janus, ¿cómo está tu compañera?

El sangrenegra levantó la mirada cuando llegaba al costado de la mesa para verter vino en las copas delante de ellos.

—Está muy bien, mi señor. Gracias.

La mesa estaba llena con todo una variedad de alimentos tan delicada y cuidadosamente preparados que Feyn no podía recordar haber visto una comida tan apetitosa. Pescado. Asado. Temblorosos huevos cocidos encima del filete. Color en todas partes... desde las verduras hasta las flores en los costados de los platos. Y en medio de sus dos entornos, un tazón de pálida sal de roca. Miró a Saric. Los hábitos de alimentación de su hermano habían cambiado.

Saric tomó su lugar, contiguo a Feyn en la mesa, extendiendo la mano para sacudirle la servilleta y ponérsela en el regazo antes de hacer lo mismo con la suya.

—Te envidio, Janus. Es adorable.

Janus titubeó, con la jarra de vino en la mano.

—Podría ser suya si usted lo desea, mi señor.

Saric levantó la mirada hacia él.

—No, no —expresó él con una ligera sonrisa—. Solo deseo verte feliz.

—Gracias, mi señor —contestó el sangrenegra.

Saric tocó el cuchillo con un dedo índice antes de levantarlo de la mesa. Miró a Feyn de manera deliberada, viéndola de una forma que la puso nerviosa, aunque solo un poco.

—Si alguna vez ella te desagrada, Janus, ten la confianza de decírmelo —declaró, con la mirada fija en Feyn.

—Por supuesto, mi señor.

—Ese día yo no dudaría en matarla.

Feyn levantó la vista.

—Gracias, mi señor —repitió Janus después de un momento.

—Ahora déjanos solos.

El sangrenegra inclinó la cabeza y salió del salón.

Feyn analizó a Saric mientras este cortaba un pedazo de carne y lo ponía en el centro del plato de ella. El aroma amenazó por un instante revolverle el estómago, por no estar acostumbrada a los alimentos durante casi una década.

—¿Matarías a su compañera?

—Sí.

—¿Es ella también una de tus hijos?

—Sí.

—Pero dices que los amas.

Saric la miró de refilón, pensativamente lamió el borde del cuchillo, y luego de manera delicada y exacta lo colocó paralelo al tenedor en el borde del plato.

—También mataría a Janus, si falla en servirme —contestó tranquilamente.

—¿Matarías a tus hijos? ¿A quienes llamas tuyos? —preguntó ella con mucho cuidado.

Feyn no podía apartar la mirada del rostro de su hermano. La sencilla inclinación de cabeza de él. Sus labios, sin tensión. La proyección de su mirada, tan silenciosa y pesada sobre ella como una advertencia.

—¿No comprendes el poder del creador? ¿No tortura y envía al infierno incluso a quienes una vez amó porque no lo amaron del modo que él quería? ¿No es esa la manera de proceder del más alto poder?

Ella pestañeó.

Felicidad. Infierno. Los dos destinos de los muertos. Libertad eterna del temor. Temor eterno, ligado al llanto y al rechinar de dientes. Eso se enseñaba desde el nacimiento. Así eran las cosas.

—Sí —respondió Feyn.

¿Debería ella decirle que en su muerte no había visto nada de felicidad o de infierno? ¿Que esa muerte solo estuvo llena de nada?

De nuevo la mujer sintió el extraño deseo de agradarlo.

¿Era esto amor, entonces, como lo conociera una vez?

Quizás.

¿Lealtad?

Sí.

¿Renuncia desinteresada?

Entrega.

—Y para que veas —manifestó él con una leve sonrisa—. Yo también soy como aquel. Como ese Creador.

—Sí, lo eres.

—Lo soy. Y tú me servirás, cariño, como mi soberana.

—Como tu soberana —asintió ella.

—Gobernarás el mundo como yo te diga.

—Como tú digas —respondió ella inclinando la cabeza.

Él le tendió la mano.

—Me obedecerás como tu creador.

Ella levantó la servilleta del regazo y la puso sobre la mesa. Se deslizó de la silla, a una rodilla entre ellos, le levantó la mano y se la volteó.

—Como mi creador —repitió ella, estampándole un beso en la palma.

Capítulo diez

CABALGARON TODA LA TARDE. Rom, Roland, Jordin y Jonathan. Al sur de las tierras de piedra caliza del cañón de Seyala, a través de terreno escarpado, recorriendo cinco kilómetros al oriente de la ruta más directa, lejos de los rieles del ferrocarril y de la carretera principal hacia la ciudad.

Al sur, hacia Bizancio.

A tres kilómetros fuera de la ciudad hicieron una pausa para dar de beber a los caballos y dejarlos descansar. Jonathan y Jordin se sirvieron en silencio una comida sencilla de queso y carne seca. Ninguno de los dos hablaba mucho en compañía de otros. Roland se había preguntado una vez en voz alta si en realidad ellos se comunicaban entre sí de alguna otra manera. ¿Veía el muchacho más allá de la percepción mortal normal? ¿Podría con una sola mirada discernir los pensamientos del otro?

Los dos eran misteriosos, incluso para los mortales. Jordin, con su naturaleza poco expresiva entre una clase de guerreros de quienes se esperaba cierta cantidad de arrogancia. Jonathan, con la carga del mundo sobre los hombros.

Y luego estaba la nueva amenaza de Saric y sus sangrenegras.

La muerte del prisionero confirmó algo en el entendimiento de Roland: Los sangrenegras eran una abominación. Una raza impura.

No obstante, de algún modo la muerte del individuo había perturbado en gran manera al niño.

«El niño». Era curioso ver cómo todos ellos aún pensaban de ese modo respecto a Jonathan a pesar de toda la evidencia de lo contrario. Él era tan fuerte como la mayoría de guerreros de su edad y más rápido que todos a excepción de unos cuantos entre todos los mortales.

Roland miró a Rom, le ofreció un pedazo de cecina seca, y se la comió él mismo cuando el hombre la rechazó. Era consciente de que solo había algo más que Jonathan en la mente de su líder.

Feyn.

Rom había hablado menos de ella a medida que se acercaba el momento de despertarla, clara indicación de que había mucho más revolcándose debajo de la superficie. Ahora hablaba aun menos.

El príncipe nómada admitía su preocupación acerca de la potencial ascensión de Feyn, pero solo en la medida en que afectaba la misión de ellos de ver a Jonathan en el poder. La misión de proteger la línea de sangre mortal. De ver florecer la raza superior nómada. Este era el verdadero propósito de Jonathan, nada más importaba. Por el bien de los nómadas, Roland moriría para servir a esa causa.

El sol ya estaba inclinándose hacia el horizonte cuando iniciaron los kilómetros

restantes al interior de la ciudad. Rom, cabalgando al frente. Jordin, siempre al lado de Jonathan. Roland flanqueándolos a todos.

A la media hora aparecieron las débiles luces de Bizancio, no las brillantes hogueras anaranjadas a las que los nómadas estaban acostumbrados, sino una luz tenue reflejada por el cielo opaco. El líder observó a Jonathan inclinado en su silla mientras las torrecillas de la ciudad aparecían a la vista.

Allí fue cuando le llegó, débil como humo en el viento, pero mucho menos agradable.

Olor a amomiado.

Se detuvo, con la mano en alto. El olor venía del occidente de ellos, demasiado cerca para ser de los habitantes de la ciudad... no todavía, al menos. Demasiado cerca, y demasiado débil para ser de tantos.

Roland espoleó su montura, pasando a Jordin y Jonathan.

—Allí —indicó Rom, levantando la barbilla hacia un bosquecillo de árboles que ocultaba un pequeño cobertizo, como a ciento cincuenta metros de distancia. Aquello era poco más que un trozo de revestimiento apoyado en los troncos retorcidos de dos árboles.

Carroñeros, escapados del Orden. Dos, por lo que se veía: una mujer con el brazo atado en una pesada venda, y una chica adolescente, de cabello negro, tal vez de quince años, con una notable cojera. Entonces serían víctimas de un accidente, huyendo de la ciudad y del centro de bienestar, y con buen motivo. Muchos que resultaban víctimas de enfermedad o accidentes a menudo no regresaban. El Orden no permitía recordatorios de mortalidad, de lo que todos los amomiados más temían: la muerte.

Se decía que aquellos que huían lo hacían en temor secreto, sabiendo que sus cónyuges y los miembros de su familia eran obligados bajo el Orden a reportarlos a las autoridades. Lo cual hacían, porque solo existía el deber a las leyes del Orden.

Estas dos mujeres no tenían ninguna posibilidad. Solo en cuestión de días las encontrarían las autoridades que vigilaban regularmente las afueras de la ciudad en busca de esta clase de personas.

Jonathan se detuvo entre Roland y Rom, absorto, mirando desde la silla. ¿Por qué ese vivo interés? Un amomiado era un amomiado. Muerto. Enfermo. Digno de mortalidad solo a través de la aprobación del consejo.

—Ellas han huido de la ciudad —manifestó Rom dirigiéndose a Jonathan—. En un esfuerzo por vivir.

Roland miró hacia el occidente. El sol se estaba ocultando en el horizonte.

—Debemos irnos.

Entonces lanzó una última mirada hacia el cobertizo y siguió adelante. Jordin esperó a Jonathan quien, después de un largo instante, finalmente dio media vuelta.

Traerlo había sido un riesgo innecesario, a juicio de Roland. Era verdad, la sangre del muchacho era mucho más potente que la de ellos y no sobrevivía más de una hora fuera de su cuerpo. Pero, con la misma facilidad, la sangre de ellos se le podía dar a Feyn para volverla mortal. Sin embargo, Jonathan era soberano.

Haciendo completo caso omiso de las amomiadas, Roland cabalgó detrás de sus otros tres compañeros.

Bastante tiempo atrás, los mortales habían dejado de entrar a Bizancio por medios convencionales. Hacía nueve años, Rowan había emprendido un nuevo proyecto a nombre de Jonathan con el fin de fortificar partes del sistema de alcantarillado de Bizancio, comenzando debajo de la Fortaleza misma y extendiéndose hacia el borde norte de la ciudad. Las antiguas alcantarillas que habían resistido milenios fácilmente habrían resistido mil años más, pero gracias a Rowan una parte de ellas se había conectado de forma conveniente para formar una ruta subterránea dentro de la ciudad.

Fue por esta ruta donde el custodio se reuniría con Rowan para tratar la atención de Feyn. El mismo camino por el que los espías de Rom habían ido y venido desde el capitolio sin ser vistos.

Llegaron a una colina exactamente en las afueras de la ciudad. Allí un desagüe metálico del tamaño de un hombre se abría dentro de un lecho pedregoso que una vez había sido un río de drenaje superficial.

Desmontaron en un bosque de escasos árboles, ataron los caballos y sacaron antorchas de las alforjas en medio de la oscuridad.

—Jordin —dijo Rom—. Tú llevarás el caballo tuyo y el de Roland a la parte trasera de la basílica... la Basílica de las Torrecillas. Deja los otros dos aquí.

Jordin le lanzó una mirada aguda y luego miró a Jonathan. La piel de ella aparecía morena en la penumbra, emanando su propia clase de brillo.

—No corremos riesgos con Jonathan —expresó Rom, viendo la renuencia de la joven—. Necesitamos dos rutas de escape. Espera detrás de la basílica con los caballos. Si no hemos vuelto en tres horas, regresa y reúnete con nosotros aquí.

La mirada de Jordin se dirigió de Jonathan a Rom. Ella asintió.

Esa era la decisión correcta. La chica era quien tenía mayores probabilidades de salir lo más rápido y discretamente posible.

Rom se levantó la capucha. Roland ya se había puesto la suya y estaba poniéndose una bufanda negra sobre la nariz y la boca. Esto no era con el fin de enmascarar el olor en el desagüe, sino por algo mucho más ofensivo: el hedor de quinientos mil amomiados caminando, respirando y viviendo en temor.

Jonathan regresó a mirar una vez a Jordin sin decir nada, y luego se puso la capucha sobre la cabeza.

Después atravesaron el lecho rocoso de drenaje hacia el desagüe, encendieron las antorchas, y entraron a la oscuridad asentada sobre la ciudad.

Rom no había entrado en estos túneles durante seis meses, desde la última vez que se reuniera con Rowan en la cámara de letargo de Feyn como había hecho dos veces al año por casi una década.

Se movió rápidamente a través del desagüe, dejando atrás el hedor de heces de ratas, la basura de la ciudad, la putrefacción y el moho que se filtraba a través del grueso tejido de la bufanda sobre la boca y la nariz. La imagen del cuerpo de Feyn le flotaba en la mente.

Inmóvil. Pálida. Las pestañas tan características que él esperaba que ella abriera dentro del tanque lleno del fluido. La mano con uñas tan meticulosamente arregladas. El dedo con el anillo de piedra de luna.

Feyn había estado en letargo tanto tiempo que los pocos días que él la había conocido se parecían menos a un recuerdo y más al vestigio de algún sueño.

Un sueño que los había llevado a este momento, aquí. Ahora.

Rom agarró el ritmo, las botas salpicaban a través de los sedimentos asentados en el fondo del sumidero. Regresó a mirar a Jonathan, quien se movía con todo el sigilo de los nómadas, cabeza agachada, y a Roland como una sombra detrás de él.

Justo adelante el desagüe se abría dentro del túnel de ladrillo de la alcantarilla. La abertura era nueva, reforzada con una armadura de acero, pero el ladrillo era antiguo. Entraron al túnel, que estaba levemente más abajo del borde del desagüe y lleno con unos quince centímetros de agua.

Los túneles se estrechaban debajo del centro de la ciudad, cerca de la terminal norte del subterráneo. Una rejilla en la parte superior del túnel emitía una luz tenue, oyéndose luego el chirrido lejano de frenos sobre ruedas.

—Aguarden —exclamó Rom—. Solo es el subterráneo. El transporte público.

Una ráfaga de aire entró por la rejilla después de otro chirrido lejano.

Hedor a amomiado.

—Mantengámonos en movimiento —ordenó él después de oír al muchacho parado detrás de él.

Más allá de la terminal, el chirrido de frenos se desvaneció a medida que ellos ingresaban a lo profundo de la ciudad. Después de otros diez minutos el túnel se abrió dentro de una gran cámara con gruesas columnas que se levantaban casi dos pisos hacia un techo abovedado. Una caja eléctrica ocupaba la mitad de la pared, y de ella salían cables en toda dirección; la cubría una jaula metálica con candado y emitía un leve zumbido. Escaleras de metal llevaban a una columnilla de dos pisos que rodeaba la circunferencia del nivel superior; cuatro pasillos arqueados se abrían en el ladrillo, cada uno en una dirección distinta.

—Subamos —decidió Rom, asintiendo hacia la escalera en espiral que subía al costado de la pared.

Los tres ascendieron, haciendo resonar las botas en los peldaños metálicos, luego rodearon la columnilla superior hacia el arco del pasaje norte.

Rom podía oír la respiración del muchacho detrás de él, los rápidos movimientos de un roedor, y argamasa desmoronándose, aquí, donde los ladrillos eran los más antiguos de todos. Olisqueó el aire estancado.

Lugar de secretos.

Emergieron del túnel y se acercaron a una puerta, cuyo marco de piedra parecía tan antiguo como la historia de la ciudad misma, excepto por las evidentes adiciones de cables eléctricos adheridos al borde. La cerradura en la puerta también era moderna.

Solo tres personas tenían la llave de esta puerta: Rowan, el custodio, y el amomado que atendía a Feyn. Rom había obtenido la llave antes de salir del campamento, pero ahora vio que sería totalmente innecesaria, pues la puerta no estaba cerrada, sino un poco entreabierta.

La atravesó y entró, antorcha en alto.

Unos nichos oscuros, del tamaño suficiente para contener un cuerpo, habían sido excavados en las paredes como cuencas de ojos de una calavera.

Él corrió por la primera cámara hacia la cripta abovedada más allá. Hasta el gran sarcófago en el centro del salón, con sus antiguos labrados y tubos metálicos que serpenteaban a través de hoyos taladrados en la piedra.

Habían hecho a un lado la pesada tapa y la habían puesto sobre su borde en el piso de piedra entre el sarcófago y la pared de la cripta.

Rom corrió hacia delante, mientras la antorcha irradiaba luz al caparazón de cristal.

Vacío. Unos tubos cortados colgaban inmóviles en la cámara llena de fluido. Así que era verdad. Había tenido una escasa esperanza de que la historia del espía hubiera sido un error.

Se volvió hacia Jonathan, quien miraba alrededor de la cámara con ojos desorbitados.

—Como se esperaba —dijo Roland.

—La hallaremos —expresó Rom tomando una lenta inhalación.

—¿Estás seguro de que conoces el camino? La Fortaleza tiene cinco kilómetros cuadrados.

—Esperemos que así sea —contestó él asintiendo.

Los guió por fuera del salón y luego bajaron por el pasaje subterráneo. Habían transcurrido nueve años desde que él atravesara estos pasillos de muerte y jaulas de prisiones. La mayoría de esas prisiones habían sido selladas inmediatamente después de comenzar la regencia de Rowan. Arriba, cerca de la entrada de servicio, con su pasillo posterior...

Un pasillo que él recordaba desde una noche surrealista en que había secuestrado a la misma Feyn. Una vida atrás.

Si lo hizo antes, podía hacerlo otra vez.

—¿A dónde nos llevará esto? —preguntó Roland.

—A la alcoba de la soberana.

—Tú conoces el camino hacia la alcoba de la soberana —enunció el nómada en un tono extraño—. Yo debería haberlo sabido.

Rom no respondió.

Los guió por el pasillo, la mano libre en alto pidiendo silencio, y luego a la parte superior de un estrecho tramo de escaleras oscuras. La débil luz se filtraba más allá del borde inferior de una pesada cortina de terciopelo. El líder les indicó que apagaran sus antorchas y esperaran.

El olor a amomiado era inconfundible, junto con el de velas ardiendo. El persistente aroma de una comida... carne. Vino.

Un olor más profundo.

Sangrenegras.

El pulso de Rom se aceleró. Bajó las escaleras pisando suavemente e hizo a un lado el borde de la cortina.

Débil resplandor de luz de velas a través de la cámara tenuemente iluminada. Débil son de... ¿violín? Ya no estaba la comida; el olor venía de la sala del frente, adyacente al dormitorio.

El olor a amomiado era más fuerte. A sangrenegra.

Saric debía de estar cerca.

Una figura al pie de la extensa ventana. Una mujer, vestida de terciopelo azul, un broche de diamantes en el pelo. Sentada ante un escritorio repleto de periódicos.

¿Feyn?

Rom quiso aplacar la respiración, deslizándose más allá de la cortina con el solo susurro de un roce. Miró a su izquierda, hacia el vestidor, y levantó la mirada hacia el techo, notando el débil borde mal emparejado de yeso donde había sido reparado.

El corazón le palpitaba con fuerza, demasiado fuerte.

Dio varios pasos hacia el centro de la recámara y se detuvo.

—Feyn.

La mujer del escritorio hizo una pausa, periódico en mano. Bajó el diario, muy lentamente, y luego se volvió en la silla.

Se trataba de Feyn, y estaba viva.

Entonces él recordó, todo a la vez: el día en que la había sacado de la ciudad, la manera en que ella había obtenido vida cuando él le dio la sangre. Las maneras en que la joven había reído, y cómo luego lo había besado. Le había pedido que se fuera con ella.

Cuán diferente podría entonces haber sido todo. Pero estaba Jonathan.

Y Avra...

La última vez que vio a Feyn fue el día de la toma de posesión. Ella había caído de rodillas, los brazos extendidos, un terrorífico grito saliéndole de los labios tan hermosamente juntos entonces. La sangre femenina había salpicado la plataforma mientras caía, herida por la espada del custodio...

Una horrible imagen que le había perseguido en sueños durante años.

Ahora, con la luz del candelero iluminándole el cabello como una aureola, sintió que la respiración se le calmaba. Había olvidado cuán real y absolutamente hermosa era.

—Soy Rom —informó él, cuando la dama no dijo nada.

Feyn era la imagen de la compostura, las manos dobladas en el regazo. Dos preciosas piedras azules le colgaban de las orejas.

—Rom —reaccionó ella.

Él dio dos pasos y se detuvo, mirando. Feyn no se levantó. Ni corrió para encontrarlo. Ni explicó a gritos cómo Saric se la había llevado. Rom había esperado algo más que este dominio propio. Pero por supuesto que él debería haberlo sabido. Ella había vuelto a ser anomiada, educada para comportarse como alguien sin miedo, sin importar cuán agudo lo sintiera...

—Es verdad entonces —expresó Rom—. Saric te tomó.

Nada.

—¿Cómo lo hizo?

Ella se levantó de la silla.

—Una vez más invades mis aposentos, Rom Sebastian. La historia se repite, después de todo.

Feyn cruzó las manos, colocando la izquierda sobre la derecha. No había ninguna duda del pesado anillo del cargo en su dedo. Soberana.

Él había venido sin esperar nada menos, pero verlo tan vívidamente confirmado...

Nueve años pasaron en ese instante ante sus ojos. Las vidas de Avra. De su madre. Su padre. El primer custodio anciano con quien se había topado.

Cada recuerdo ahora a merced de ella.

Se acercó a Feyn, casi esperando que la mujer diera un paso atrás asustada. Pero no lo hizo. Al contrario, ella le permitió ponerse sobre una rodilla y agarrarle la mano.

Rom había estado tan distraído por verla viva que había desechado los olores del cuarto, pero ahora, tan cerca de ella, estos se manifestaron otra vez, exigiendo ser notados.

Sangrenegra. Tan fuerte como alquitrán en las fosas nasales.

Levantó la mirada hacia los ojos de Feyn. Negros.

Por un momento se quedó helado. Ahora notó la mancha negra de la vena hacia la mejilla femenina.

La mirada de ella no contenía miedo. La mujer parecía estar aceptando a Rom como si su súbita cercanía hubiera encendido una extraña fascinación. Recuerdos, quizás... un tumulto de emociones atravesándole esos ojos como un mosaico confuso.

—Feyn —dijo Rom, deshaciéndose de su pánico—. Hallaremos una manera de arreglar esto. ¿Dónde está Saric ahora?

La mirada de ella se desvió hacia la izquierda de Rom, por encima del hombro. Él se giró, esperando ver al mismísimo Saric. En vez de eso se encontró mirando a Jonathan y Roland. Ambos tenían las capuchas abajo, y las bufandas retiradas de los rostros.

—¿Quiénes son estos? —indagó Feyn, pero algo en su tono le dijo a Rom que ella ya lo sabía.

El joven se hizo a un lado.

—Este es Jonathan. El niño por quien diste la vida.

El silencio cayó mientras ella y el muchacho se consideraban entre sí en medio de la recámara tenuemente iluminada.

—Jonathan... —balbuceó Feyn de manera casi imperceptible.

—Sí.

Miró a Rom y luego pasó a su lado, deteniéndose muy cerca de Jonathan, quien la observaba sin pronunciar palabra.

—Te recuerdo —declaró ella—. El niño sobre el caballo. Viniendo a ocupar el trono al que renuncié. Y ahora estamos aquí. ¿Qué debemos hacer? Dos soberanos. Pero solo uno. La mirada fija de Feyn pasó de los ojos de Jonathan y le recorrió las trenzas. Alargó la mano, tomando varias entre sus dedos, rozándolas cuidadosamente con el pulgar. Todas estaban atadas con cordones negros por su habilidad en los torneos y adornadas con plumas... regalos de los niños.

—Yo también te recuerdo bien —tuteó él en voz baja.

—Decían que estabas lisiado.

—Lo estuve. Pero mi pierna sanó.

—Debido a su sangre —juzgó Rom—. Como la que tú ingeriste una vez, pero mucho más. Todos la hemos tomado. Ahora vemos de manera distinta. Sentimos emoción, pero la apreciamos en formas como nunca antes. Ahora somos muchos. Nos llamamos mortales.

—¿De veras?

—Tú moriste por mí —expresó Jonathan—. Te debo la vida.

Feyn se quedó en silencio. Una lágrima le brotó del rabillo del ojo. Jonathan

levantó la mano, como para tocarla, pero antes de que pudiera hacerlo ella le soltó la trenza y la apartó rápidamente.

Entonces se volvió hacia Roland.

—¿Y quién es este?

—Él es Roland.

—Un nómada —añadió la mujer con voz contemplativa, como si no solamente observara la estatura, sino la misma naturaleza del hombre; luego inclinó la cabeza—. No solo nómada, sino príncipe, creo. De modo que las historias son reales. Ustedes existen, a pesar de todo.

—Realmente sí —señaló Roland, inclinando también la cabeza.

Él le mostraba respeto, pero Rom sabía que el hombre no se inclinaría ante el Orden, realmente ante ningún otro amomado. Solamente otro mortal habría notado la manera apenas perceptible en que él la olió cuando se dirigió a ella. La forma en que las fosas nasales aletearon levemente al oler a la sangrenegra. Y este olor era fuerte. Fuerte, pero distinto al olor de aquel sangrenegra que Roland llevara al campamento.

—Supongo que has asumido el cargo de su anillo —declaró Roland—. ¿Ante el senado?

—Sí.

—Debemos apurarnos —informó él, mirando a Rom.

—Feyn... —balbuceó Rom haciendo de lado la pregunta y asintiendo con la cabeza—. ¿Recuerdas por qué diste tu vida por el niño?

—Lo recuerdo —contestó ella mirándolo inexpresivamente con ojos oscuros.

—Entonces sabes cuán importante es que él gobierne este mundo...

El hombre esperó la respuesta, con la respiración en vilo.

Ella no dio ninguna. Pero eso era bastante bueno por ahora.

—Él debe hacer que el mundo vuelva a la vida desde este cargo, sea como soberano o a través de ti —explicó Rom, e hizo girar la mano—. Podemos idearlo todo después. Por ahora debemos actuar en función de lo que sabemos: que Saric desea gobernar. No sabemos cómo se las arregló para permanecer vivo y encontrarte, pero él solo puede tener un propósito. Seguramente ya conoces sus intenciones.

Rom no podía asegurar si ella estaba perpleja, o tan solo le permitía hacer la petición.

—Hace nueve años, como soberano, Saric cambió las leyes de sucesión —continuó, eligiendo cuidadosamente sus palabras—. Comprende que si murieras ahora, *él* se convertiría en soberano. No Jonathan.

Feyn titubeó y luego ofreció un asentimiento simple y poco profundo.

—En cualquier momento él podría extender la mano, matarte y subir al poder.

—Saric no me matará —afirmó ella.

—¿Y qué lo detendría?

—El amor.

—¿Amor? ¡El diablo no sabe de amor!

—¿Soy entonces el diablo? —objetó ella con una ceja levantada.

Este fue un desafío expresado con suavidad, no en calidad de pregunta.

—No. Pero no podemos correr ningún riesgo. ¡Debes recordar el destino de Jonathan de gobernar y salvar al mundo!

Feyn cambió la mirada hacia el muchacho, quien pareció volver a embelesarla.

—¿Es así como sientes? —le preguntó.

—Mi sangre trae vida —respondió él—. No muerte. Tú moriste una vez por mí... no quiero que vuelvas a morir.

La mujer y el muchacho se enfrentaron como dos almas perdidas que se reúnen por primera vez. Los dos soberanos inseguros en medio de una encrucijada crítica. Jonathan solo estaba siendo astuto, pensó Rom. Feyn...

La soberana estaba críticamente confundida.

—¿Cómo te revivió Saric? —quiso saber Rom.

—Con su sangre —aseveró ella—. ¿No es así como tú me mostraste una vez la vida? ¿A través de sangre?

—¿La de él? —objetó Rom, ¿cómo era posible?—. ¿La de Saric?

—¿Te sorprende esto?

—¿Estás insinuando sangre de su *cuero*?

—De sus venas —aclaró ella.

La revelación se sintió como un golpe.

—No tenemos tiempo —advirtió Roland, mirando hacia la puerta.

—No puede haber comparación entre cualquier cosa que haga evocar la alquimia de Saric y la sangre de Jonathan —explicó Rom levantando la mano—. Seguramente sabes eso.

No hubo respuesta.

Roland tenía razón. Tenían poco tiempo.

—Debemos revertir lo que Saric haya hecho. Debes tomar la sangre de Jonathan.

Aun mientras Rom lo decía, la imagen del sangrenegra derrumbado en la silla le arrastró la mente hacia el pasado.

—¿Funcionará? —indagó, mirando a Jonathan.

—Podría ser —afirmó el muchacho asintiendo lentamente.

—Tiene que serlo. Tenemos que hacerla mortal y resolver este problema de sucesión.

—Hay algo diferente respecto a ella —informó Jonathan tranquilamente.

Era verdad. Feyn apestaba a sangrenegra, pero no en la misma manera que el de esa mañana. Y de pronto Rom tuvo la certeza de conocer el origen del olor distinto.

—Ella bebió la sangre —mencionó Rom volviéndose a Jonathan, con ojos llenos

de esperanza—. La sangre antigua. No lo suficiente, pero ya probó la vida una vez.

—Tal vez así sea —opinó Jonathan, mordiéndose el labio.

—Roland —exclamó Rom, extendiendo la mano hacia su segundo—. La endoprótesis vascular.

Roland sacó el envoltorio negro del custodio de debajo de la capa y se lo pasó a Rom.

—Feyn... —titubeó Rom levantando la vista para localizarla mirando por la gran ventana hacia el oscuro cielo de afuera.

Ella se volvió ante el sonido de su nombre.

—Comenzaremos solo con una gota —consideró, colocando el envoltorio sobre la cama, desatando las ataduras, desenrollándolo y levantando los guantes que el custodio insistió en que usara.

—Deberás sentarte tranquila por un momento.

—Demasiada cháchara —concluyó ella, cruzando los brazos—. Como si yo no estuviera aquí.

—Lo siento. Realmente podrías tomar mi sangre... tiene ahora esa propiedad. Cualquiera de nosotros puede traer vida a otra persona.

—Igual que Saric.

—Sí. No. De ningún modo es igual. No hay sangre tan pura como la de Jonathan. Si hay una sangre que puede salvarte, es la de él. Por eso insistimos en venir.

Feyn observó a Rom con una leve sonrisa y una inclinación de cabeza.

—Ahorra tu sangre, Jonathan, para quienes necesiten salvación.

—¡Tú necesitas salvación! —contestó bruscamente Rom.

—¿La necesito? ¿Te parezco herida? ¿Igual que alguien enfermo? ¿Alguien cerca de la muerte en la Autoridad de Transición?

—¿Autoridad de Transición? —preguntó Jonathan.

Feyn se volvió de Rom a Jonathan.

—A donde van a morir los enfermos y defectuosos, lejos de un público temeroso. A donde son enviados todos los que ofenden por su misma mortalidad.

Rom la miró, impresionado por la elección de palabras. ¿*Mortalidad*?

—¿Dónde está ese centro? —indagó Jonathan.

—¿No lo sabes? En el borde sureste de los extramuros de la ciudad. Es donde te debieron llevar al haber nacido con una pierna torcida como la que tenías.

—No vinimos por ellos —objetó Rom, luchando con una repentina oleada de pánico—. Vinimos a ayudarte.

—¿A ayudarme en qué, Rom? ¿A devolverme la vida? Ya lo hice una vez.

—¡No es vida esto que sientes!

—¿No lo es? Siento dolor. Siento remordimiento. Siento placer... —declaró ella deslizándose la mirada hacia Roland y volviéndola a Rom—. Ambición. Gran

propósito. Y sí, amor. He hallado una vida hermosa, Rom Sebastian. ¿Cómo puedes saber que esta es menos que la tuya? ¿Que mi amor es menos que el que sientes? La respuesta es: no puedes saberlo. Siento tanta belleza y alegría de encontrarme viva hoy, esta noche, como la que sentí una vez contigo.

—Eso no puede ser —exclamó Rom como si se lo dijera a sí mismo—. Estás confundida. Nueve años en letargo te han dejado débil.

—Pues no estoy confundida. Soy la soberana del mundo. Estoy viva debido a mi creador. No necesito tu ayuda.

—¿Tu creador? —cuestionó Rom, alzando la voz.

Ella lo miró un buen rato, sin expresar frustración ni esperanza. Quizás la cabeza le estaba girando con los dolores del renacimiento.

Pero todavía... ella no había experimentado ningún renacimiento. No podía ser.

—Deben irse ahora —declaró Feyn.

—Saric te matará si no nos permites ayudarte, Feyn. Debes ver eso. ¡Toda esperanza se habrá perdido!

—Deben irse. Ya.

—¡Por favor, Feyn!

—¡Guardia!

Capítulo once

NUEVE AÑOS ANTES, EL mundo había hallado esperanza a través de la muerte de una mujer. Hoy, esa esperanza se había hecho añicos al regresar ella de la tumba.

Feyn, la soberana del mundo, una vez de corazón puro, rehecha por una fuerza siniestra empeñada en aplastar a Jonathan. La mujer a quien él había amado.

Y ahora ella misma traicionaba su voluntad para con una simple orden hacer permanente ese empeño.

Estos pensamientos saltaban por la mente de Rom Sebastian mientras su realidad se derrumbaba alrededor de él, amenazándolo con debilitarlo frente a la única tarea que hacía discutibles todas las demás.

Salvar a Jonathan.

El grito aún estaba en la garganta de la soberana cuando Rom se movió, *viendo* todo a una velocidad solo conocida por los mortales: el mundo desacelerándose lentamente alrededor de él.

—¡Roland!

Rom atravesó la recámara en tres zancadas gigantescas, cerrando de golpe la puerta. El nómada estaba allí, empujando la peinadora de Feyn, el mueble más cercano, frente a él.

Unos nudillos tocaron la puerta del dormitorio.

—¿Mi señora?

Feyn asimiló todo esto con ojos desorbitados, pero no volvió a gritar.

—¡Mi señora!

Esta vez más urgente.

Rom chasqueó los dedos a Jonathan y le gesticuló hacia la escalera cubierta por la cortina.

—¡Aprisa!

Los toques de nudillos se convirtieron en golpes de puño.

Rom hizo a Roland una señal de seguir a Jonathan y estaba en medio de la habitación cuando el puño sobre la puerta volvió a golpear, astillando esta vez el panel de madera. La facilidad con que el guardia rompió la puerta detuvo a Rom por una fracción de segundo. Él sabía que los sangrenegras eran fuertes; sin embargo, ¿qué fuerza haría añicos con tal facilidad una gruesa puerta?

Pudo oír a Roland y Jonathan subiendo por la estrecha escalera. Con una última mirada atrás hacia Feyn, quien aún se hallaba anclada al suelo, Rom apartó a un lado la cortina y subió tras ellos.

—Izquierda —ordenó, deslizándose por delante de sus compañeros—. Mantente detrás de Jonathan.

Los tres corrieron por el pasillo, atravesaron una puerta al fondo y bajaron

volando otra escalera que iba a parar a un salón oscuro.

Rom giró hacia atrás, respirando de manera densa. Podía oír pisadas corriendo por el corredor... cortándoles la dirección por la que venían. Miró a Roland. Él también las había oído.

—Salgamos a la superficie —ordenó rápidamente Rom en voz baja—. A través de la calle.

Se puso la capucha y se dirigió a Jonathan.

—Sígueme y no te detengas por ningún motivo. Diez cuabras hasta la basílica... no puedes dejar de ver las torres en medio de esta luz de luna. Las más altas que veas. Si algo pasa, sigue adelante.

Entonces se dirigió a Roland:

—Elimina cualquier amenaza. Si debemos separarnos, nos encontraremos allá.

Rom corrió hacia la puerta que salía al pasillo exterior y la abrió, agrietándola. Miró hacia afuera por un instante antes de deslizarse por ella y salir corriendo hacia la entrada principal del palacio, girando en la siguiente esquina. Había estado a la fuerza en la Fortaleza con demasiada frecuencia para su gusto, pero ahora daba gracias por haber memorizado su trazado.

Jonathan estaba cerca detrás de él. Como todos los mortales, había aprendido a maximizar su habilidad de *ver* en medio de una pelea, lo cual le daba gran ventaja contra cualquier amomado. Los sangrenegras eran un asunto diferente, pero Roland había matado a cuatro de ellos con bastante facilidad. Si se topaban con lo peor, Jonathan podría ser capaz de defenderse por sí mismo hasta que Rom o Roland pudieran intervenir.

Sin embargo, se *habían* topado con lo peor. Mientras corrían, Rom se avergonzó de la insensatez de arriesgarse a poner en peligro a Jonathan.

Se detuvo en la esquina, echó una mirada al callejón, encontrándolo vacío, y los guió hacia delante. Caminaron a pasos uniformes, directo hacia la entrada principal.

Resonaban pisadas y un grito de alarma por un pasaje lateral desde la dirección del apartamento de Feyn.

Rom se detuvo ante las puertas con la mano en la barra y se volvió rápidamente a Jonathan.

—No dejes nuestras espaldas. Por ningún motivo.

El aún por ser soberano le devolvió una seca inclinación de cabeza. Soberano, porque debía haber una manera.

El líder miró a Roland. *Protégelo con la vida*. Las palabras no necesitaban expresarse.

Abrió la puerta de un empujón. Deslizándose por ella en medio de la noche, revisando con la mirada la oscuridad.

Seis amplios escalones de mármol descendían delante de ellos hasta la pasarela de

hormigón, blanca a la luz de la luna. Más allá, césped cuidado, altos arbustos contra el muro de diez metros de alto de la Fortaleza, y los herrajes decorativos de la puerta lateral. Dos guardias en la caseta.

La amplia calle más allá del portón de hierro corría perpendicular al perímetro de la Fortaleza. Al final del camino un callejón cortaba hacia el norte antes de entrar a un laberinto de calles que los llevaría a la Basílica de Torrecillas, donde Jordin los esperaba con dos caballos.

Oyó que Roland desenvainaba sus cuchillos, entonces Rom señaló al guerrero hacia adelante con un movimiento de cabeza, agarrándole la manga a Jonathan.

—¡Mantente cerca! —susurró.

Antes de que Rom diera su primer paso, Roland lo pasó. Dos largos saltos hasta el fondo de los escalones. El príncipe nómada travesó corriendo la grama, directo hacia el portón de entrada. No había lugar para la moderación; haría lo que debía hacer, dado lo que estaba en juego.

Detrás de ellos, los sonidos de persecución se hacían más fuertes. Veloces. Multitudinarios. Cerca... demasiado cerca. Él podía *olerlos*.

Sangrenegras.

Rom agarró a Jonathan por el brazo, instándolo a continuar, más rápido. Hasta el fondo de los peldaños, a través del césped en las pisadas de Roland.

Pero entonces Roland cambió repentinamente el curso, la mano levantada, señal de advertencia y ahora Rom supo la razón: la penetrante fetidez de una ciudad llena de amomiados había ocultado por momentos el hedor a sangrenegras.

Viraron hacia el portón, comprometidos, muros de diez metros a cada lado. O era a través del portón o por ninguna otra parte.

Con una simple mirada sobre el hombro, Rom soltó a Jonathan y extrajo sus dos cuchillos de lanzar. Roland se deslizó contra la pared de la caseta de guardias, frente a ellos, una pequeña pausa, girando luego a través de la puerta.

Un gemido. Dos. Nada más.

Se detuvieron contra la caseta mientras Roland salía, hojas chorreando sangre en los puños. En otro lugar y tiempo, Rom habría exigido perdonar a amomiados inocentes, pero ahora no era ni el momento ni el lugar. Sencillamente no había tiempo para conjeturas.

El guerrero metió una llave en la cerradura, retorció con fuerza, pateó la ancha parrilla de hierro, manteniéndose firme, pies en tierra, a fin de enfrentar a los sangrenegras que corrían hacia él desde el perímetro exterior.

El sigilo ya no era un lujo o una ventaja con que contarán.

Sí lo era el hecho de *ver*.

Rom vio cada movimiento con intensa precisión, increíblemente lento, como el batir de alas de un murciélago.

La acometida de dos sangrenegras que se aproximaban al príncipe, quien se hallaba con las piernas extendidas y los músculos tensos, cuchillos en las caderas, cabeza inclinada hacia abajo, impávido.

Se acercaban a él. Una veloz zancada...

Dos...

Tres...

Ante la vista de Rom, cada movimiento prolongado de estos sangrenegras sucedía más rápido que con cualquier anomiado o mortal que alguna vez hubiera visto.

Sacaron hacia atrás las espadas.

Fue entonces, con sus flancos expuestos, cuando las armas de Roland brillaron, como serpientes abalanzándose.

Pero el príncipe era demasiado lento.

Rom lo vio todo en un instante alargado: Roland comprometido, ambos cuchillos soltándosele de las yemas de los dedos. Volando.

El primer cuchillo se le incrustó a uno de los sangrenegras en la garganta, corte profundo.

Pero el sangrenegra a la derecha de Roland se movió justo a tiempo para evitar el impacto del arma voladora hacia él. Se había movido más rápido de lo que el nómada pudo haberlo hecho. ¡Una velocidad que armonizaba con la fuerza increíble que tenían!

En vez de eso, el segundo cuchillo cortó a lo largo de la clavícula del sangrenegra... una punzante cuchillada que reduciría la velocidad a un hombre más débil, pero que no hizo nada para detener la espada de este hombre, arqueada hacia la cabeza de Roland.

El nómada se lanzó hacia atrás, justo a tiempo para evitar la hoja del sangrenegra; la ventaja de Roland iba acompañada de sus cuchillos. El sangrenegra no permitió que el impulso de su movimiento le comprometiera el equilibrio, sino que lo usó girando para acometer de nuevo.

Rom, absorto aún en las consecuencias de la velocidad de los siniestros guerreros de Saric, no reaccionó a tiempo.

Tampoco pensó en detener a Jonathan, quien pasó volando a su lado y se estrelló por detrás contra las piernas de Roland, haciendo que se combaran; la espada del sangrenegra le pasó silbando sobre la cabeza sin causarle ningún daño.

Las manos de Rom brillaron al encajar en las empuñaduras talladas de sus cuchillos. Se lanzó hacia delante, encorvando la parte superior del cuerpo al extender las muñecas que se movieron a toda prisa hacia delante desde las caderas, palmas abajo, sin molestarse en afinar la puntería. El blanco era demasiado difícil para fallar.

Todo sucedió en desacelerados instantes, haciendo que la elasticidad del tiempo olvidara lo relativo a la tensión: Jonathan, aterrizando sobre el hombro cuando

Roland empezaba a levantarse, con los labios distorsionados en un gruñido.

Las hojas de Rom golpearon el pecho del sangrenegra, separadas solamente unos quince centímetros.

Jonathan rodando a sus pies.

Moviéndose con flexibilidad, el muchacho se barrió por debajo, los dedos cerrados alrededor de la empuñadura de la espada del sangrenegra exactamente cuando el compañero de este, aturdido por los cuchillos de Rom, reanudaba el ataque de manera increíble, arma en mano hacia atrás.

Con un grito salvaje, Jonathan giró trescientos sesenta grados, espada extendida en un arco mortal. La pesada hoja cortó el brazo del sangrenegra exactamente sobre la muñeca, mano y espada volaron dando vueltas, por encima de la cabeza.

Roland se estiró hacia el arma, la enganchó en el aire con ambas manos, una en la empuñadura y la otra en los dedos que aún la agarraban, e hizo oscilar la hoja con un rugido que suavizó el eco del grito de Jonathan.

La espada se deslizó nítidamente por el cuello del sangrenegra. El cuerpo decapitado se tambaleó por un buen rato y luego cayó de espaldas sobre el asfalto.

Rom, Roland y Jonathan permanecieron agazapados por un instante más prolongado y suspenso.

Más sangrenegras venían, bajando pesadamente por los escalones de piedra del palacio. La alarma se extendió como un incendio a través de Rom.

—¡Jonathan! ¡La espada!

El muchacho le arrojó la espada. Fue bueno ver que el futuro soberano podía controlarse en pelea real, pero la mirada en el rostro de Jonathan traicionaba un horror que Rom temió que lo comprometiera la próxima vez. La violencia más allá de los torneos no era su naturaleza.

¿O sí?

—¡Aprisa! —exclamó Rom abalanzándose hacia Jonathan, tirando de él al pasar—. ¡Roland, atrás!

El nómada giró justo a tiempo para atacar a dos sangrenegras que corrían hacia la puerta, otros tres detrás de ellos.

Rom se esforzó por mantener el paso de su defendido, quien en numerosas ocasiones había demostrado estar entre los tres corredores más veloces del campamento.

—Adelante... al callejón a la izquierda.

—¿Roland? —exclamó Jonathan lanzando una mirada por encima del hombro.

—Puede manejarse solo. Nos está dando tiempo.

El líder de los mortales giró hacia atrás para ver la espada de Roland en pleno apogeo, cortando a uno de los sangrenegras con la precisión con que Rom había llegado a contar. Habiendo calculado mal una vez la velocidad de sus adversarios,

con casi fatales resultados, Rom sabía que no volverían a agarrar desprevenido a Roland. Ninguna de las creaciones de Saric podía igualar la habilidad del guerrero. Él estaba seguro de ello.

Pero Rom tenía otro problema: ese hedor más oscuro de muerte, tan opacado por los amomados de la ciudad, que venía de más adelante.

Casi habían llegado al callejón cuando una forma oscura les salió al encuentro, cerrándoles el paso. Más allá de él, dos sangrenegras más atravesaban corriendo la calle. ¡El lugar estaba abarrotado de ellos!

Haciendo caso omiso de una punzada de pánico, Rom se volvió hacia Jonathan, quien él sabía que estaba desarmado. El escape del muchacho era lo único que importaba ahora.

—Corre por ese callejón hacia la Basílica de las Torrecillas. Llega hasta donde Jordin. No pares por ningún motivo. Los encontraremos fuera de la ciudad.

Sin esperar respuesta, Rom viró hacia su derecha, directo hacia el primer sangrenegra.

—¡Roland! —exclamó, su grito resonó en la calle—. ¡Vienen más!

Entonces hizo oscilar la espada cuando el sangrenegra más cercano se movía para bloquearle el paso a Jonathan. Con un solo golpe enterró la pesada hoja en el pecho del sujeto.

—¡Corre! —le gritó—. ¡Ahora!

Jonathan esquivó el cuerpo que se desplomaba y dobló en la esquina a toda velocidad. Iba solo y a toda prisa. Con dinamismo.

El Creador lo ayudaría.

Rom estaba tan distraído con la idea de este último riesgo que casi no evitó una hoja que venía. La bloqueó en el último instante, entrando a saltos en la calle, lejos del callejón. Lejos del sendero por donde huía Jonathan.

Esta noche habría sangre en esta calle, pero al menos no sería la de Jonathan.

Los dos sangrenegras se le vinieron encima a la vez.

—¡Roland!

Capítulo doce

HABÍA PASADO UNA HORA desde que los otros entraran a esta ciudad de muerte. Una hora que Jordin había pasado combatiendo su propia batalla: concretamente, el terrible temor al daño que pudiera sufrir Jonathan.

¿Y si los sangrenegras ya estuvieran en la Fortaleza? ¿Y si fueran más formidables de lo que Roland describió? ¿Y si allí hubiera cientos de ellos?

¿Y si, y si, y si?

Debió recordarse que Jonathan estaba con Rom y Roland, quienes podían abrirse paso en la más difícil de las situaciones. También, que el mismo Jonathan era rápido y sorprendentemente habilidoso. Pero la verdad es que ella no estaba segura de que, llegado el momento de matar, él pudiera hacerlo.

¿Y si Jonathan resultaba herido o prisionero? ¿O si simplemente no quisiera usar la espada?

¡Ella debió haber ido!

Con los nervios de punta, Jordin se había apresurado por la ciudad, con la capucha calada sobre la frente, recorriendo tantos callejones como podía hallar con los dos caballos, evitando el penetrante olor a muerte dondequiera que este era más fuerte. Sin embargo, toda preocupación por ser descubierta se había opacado por completo una hora antes debido a la necesidad de volver a ver a Jonathan a su lado, ileso y hermoso.

La joven había atado los caballos a un poste de electricidad oculto detrás de la basílica para luego trepar la escalera de incendios hacia el techo. Desde allí había subido con facilidad a la escalinata exterior de la torrecilla más elevada y columpiado por debajo de la barandilla de la estrecha pasarela cerca de la parte superior.

Bizancio, ciudad de los muertos, se extendía delante de ella, sus edificaciones de piedra y ladrillo le parecían nada menos que un mausoleo. Desde aquí podía ver la Fortaleza exactamente hacia el sur, el ancho muro que la rodeaba, las raras y débiles luces eléctricas exteriores de sus terrenos. Durante media hora, la chica había escudriñado las puertas y las calles que llevaban a la entrada más lejana, buscando cualquier movimiento de mortal más allá del camión o carretón ocasional, o de peatones muertos deambulando por ahí. Con cada minuto que pasaba, la angustia de la joven le retorció el estómago cada vez con más fuerza.

Un sonido de cascos le llamó la atención hacia una calle lateral cerca de la intersección de la vía principal. Allí un cubierto carretón tirado por caballos se bamboleaba a la luz de la luna, solitario. Desde donde estaba, ella podía oler el contenido humano.

Amomiados, amomiados, en todas partes.

Demasiado extraño, pensar que, de no ser por la sangre, Jordin podría ser

inconsciente del olor de la muerte. Pensar que ella veía antes en Bizancio un mundo tan vivo como el campamento nómada. Pensar que aparte de los factores externos de hábitos y vestimenta, la joven no encontraba diferencia entre nómadas y quienes pertenecían al Orden.

Eso fue antes de la llegada de Jonathan, cuando habían celebrado la vida sin tenerla.

Sin conocerla.

La joven analizó las calles buscando a los otros. Su visión se había agudizado en los últimos años en que la sangre de Jonathan madurara en las venas de ella. Pero ninguna clase de visión mortal podía hacer aparecer entre las sombras al muchacho.

Quiso calmarse para dominar el frío que se le filtraba en las yemas de los dedos, a fin de prolongar la respiración.

Hasta esta noche su mayor preocupación en cuanto a Jonathan había sido que él fuera incomprendido. Que personas guiadas por un código de vigilante fortaleza y vida disipada vieran como debilidad la incertidumbre y la ternura en la mirada del joven.

Jordin sabía mejor quizás que hasta el anciano custodio que Jonathan llevaba una terrible carga... carga que ella dudaba que él pudiera llevar indefinidamente a solas.

La sangre en las venas lo había escogido, no al revés. Él no había pedido redimir a la humanidad de la muerte, sangrar por el mundo, una porción de sangre para cada uno.

¿Veían los demás la tortura en los ojos de Jonathan? ¿Los interrogantes que lo acosaban como aves de rapiña? ¿Yacían despiertos en medio de la noche rogando al Creador que le facilitara el camino al salvador de ellos, como ella lo hacía? ¿Les preocupaba tanto la vida del muchacho como su sangre?

¿O era Jonathan solamente esa vasija seleccionada por los siglos para llevar a cabo la voluntad del Creador?

Jonathan, ¿dónde estás?

La guerrera sería quien estuviera al lado de él, no alguien a quien solamente le importara esa promesa que el niño podía traer, sino una mujer que lo conocía y lo amaba por los secretos de ese corazón de hombre.

En el instante en que lo pensó, se reprendió. Él era el soberano y salvador del mundo. Ella era una huérfana que había recibido salvación por medio de la sangre del niño. Su obligación era protegerlo y amarlo, la de él era enderezar ese mundo.

De aquí en adelante se comprometería a mantener la mente en su adecuada...

La serie de pensamientos fue interrumpida por un movimiento en el borde de su visión: un hombre, precipitándose desde un callejón al interior de una calle a doscientos pasos al occidente desde aquí.

El corazón de Jordin le golpeó contra las costillas, y la adrenalina le fluyó por las

venas. Ella conocía de alguna parte esa manera de correr, esa cabeza inclinada en la noche, la longitud de esas zancadas, las trenzas ondeándole por detrás.

Jonathan, solo, corría hacia el frente de la basílica.

Y después no tan solo. Una forma alta dobló corriendo la esquina, treinta pasos detrás del muchacho. Un sangrenegra. En la calle lateral el carretón tirado por caballos iba directo hacia la intersección por donde huía Jonathan.

No había señal de Rom o de Roland.

Algo había salido mal.

Jordin levantó la mano para agarrar el arco sobre su hombro y luego se detuvo. La distancia era demasiado grande, un intento con pocas posibilidades que solamente retardaría que ella llegara hasta él. Debía acercarse.

La muchacha saltó, a lo felino, sobre la corta barandilla que cercaba de lado a lado el techo de baldosas de cerámica, a siete pasos de la escalera de incendios de la parte trasera de la basílica. Brincó sobre la barandilla de la escalera y se dejó deslizar, quemándose las palmas por la fricción de acero corroído en la piel.

Dos pisos abajo. Tres. Saltó de la escalera de incendios, cayendo cinco metros a tierra sobre pies ágiles. Luego salió corriendo antes de que sus pensamientos tuvieran tiempo de apresarla, concentrada en una sola cosa: alcanzar a Jonathan antes de que lo hiciera el sangrenegra.

Corrió a lo largo de la pared oriental de la basílica, a toda velocidad, exigiéndole a las piernas volar más rápido.

Dio vuelta en la esquina, agarrándose del tubo de drenaje al girar.

Mano sobre el hombro, liberando el arco.

La calle principal apareció a la vista.

Jordin se paró en seco, flecha ensartada, *viendo* la escena ante ella: Jonathan corriendo a todo tren, aún a cien pasos de distancia. El sangrenegra acercándose, no tan rápido, pero lo suficiente como para que ella lo alcanzara a tiempo.

La joven hincó una rodilla, calculó la distancia y apuntó a sesenta centímetros por encima de la cabeza del guerrero. Acercó a la oreja la cuerda templada del arco, contuvo el aliento para afirmar la puntería y liberó la flecha. Esta voló casi dos segundos antes de golpear en la pechera al hombre, quien se sacudió con fuerza agarrado desprevenido por el flechazo salido de la nada. Pero el golpe solamente le desaceleró el paso antes de que el sujeto continuara su arremetida.

Jordin ya había ensartado su segunda flecha. La echó hacia atrás, la dejó volar.

Esta vez el sangrenegra estaba preparado para el proyectil, lo vio venir y se apartó del camino con asombrosa velocidad. Siguió corriendo. Rápido.

Demasiado rápido.

¡Ella nunca alcanzaría a Jonathan a tiempo!

El traqueteo del carretón tirado por caballos se movía de manera gradual hacia la

calle directamente frente a ella, el conductor se hallaba sentado tranquilo en la cabina, con las riendas en la mano.

Arrojando el arco por encima del hombro, Jordin se irguió de golpe y corrió hacia el caballo. Solo había una manera de alcanzar a Jonathan antes de que lo hiciera el sangrenegra.

Un solo caballo empujaba esa carreta. Ella lo necesitaba. Sin advertir al conductor o al animal, la chica se lanzó sobre el jamelgo, cayendo sobre el lomo como un fantasma vestido de negro. Agarró al animal por el cuello y le arrebató las riendas al guía.

El asombrado alazán resopló y se resistió, pero Jordin había cabalgado caballos más fuertes y más salvajes que este animalito doméstico, y se aferró hundiéndole los talones en los flancos.

El noble bruto se desbocó, aterrorizado. La joven le dio un feroz latigazo con las riendas al cuarto trasero derecho. Los cascotes azotaban la calle de adoquines a medida que el animal aceleraba y el carromato cubierto constituía una distracción olvidada.

El conductor gritó, pero cuando ella miró hacia atrás él ya no se veía, habiendo caído o saltado de su asiento.

Diez metros.

—¡Corre, Jonathan! —exclamó la nómada; su grito resonó en la calle—. ¡Corre!

Él corrió directo hacia ella, con el rostro brillante por la rauda carrera.

De algún modo, el sangrenegra había acelerado el paso. Llevaba la espada en la mano. ¡Iba a cortar a Jonathan!

Jordin rastrilló los talones en los flancos del caballo, moviéndolo hacia la derecha a fin de evitar a Jonathan.

—¡Corre!

Pero en el momento en que ella lo pasó, el muchacho desaceleró, siguiéndola con la mirada.

—¡Hacia atrás! —gritó Jordin mientras lanzaba el animal hacia la izquierda, directamente hacia el sangrenegra que venía en dirección contraria.

La joven lo vio todo en un mosaico instantáneo: El susto en la cara del hombre. El desenfrenado carretón liberándose de su enganche. El caballo echando la cabeza hacia atrás al ver al sangrenegra aproximándose.

La carreta se desvió hacia la izquierda y se estrelló contra un poste de luz eléctrica.

Luego ellos cayeron encima del guerrero.

Él era demasiado ágil, y los evitó de nuevo en el último instante, pero fue agarrado por sorpresa.

Desequilíbralo.

El simple pensamiento le brotó a Jordin en la conciencia incluso mientras actuaba

por instinto.

El animal ya galopaba tras el sangrenegra, quien se hallaba de espaldas a la chica. Ella se lanzó del caballo, con los pies por delante, sacando el cuchillo de la vaina en medio del aire y girando de tal modo que quedara detrás del sangrenegra.

La nómada aterrizó en medio de la carrera, apresurándose en silencio hacia la expuesta espalda del hombre... a cuatro pasos de distancia. Ella era la mitad del tamaño del hombre y este era rápido, pero la joven ahora tenía total ventaja, y no podía darse el lujo de desperdiciarla.

El sangrenegra comenzó a girar cuando ella se le abalanzó.

La chica le cayó en la espalda.

Lo envolvió con ambas piernas alrededor del estómago.

Le echó las trenzas hacia atrás con la mano izquierda.

Con la hoja que tenía en la derecha le desagarró la garganta expuesta, lanzando un agudo grito.

Nadie se atreve a amenazar a Jonathan.

La sangre brotó hacia el suelo mientras el degollado se tambaleaba hacia delante. Ella lo ayudó a caer, respirando con dificultad. El cuerpo del sangrenegra se retorció una vez debajo de la joven, y luego cayó muerto.

La ira agarró desprevenida a Jordin. Pero por supuesto que era ira. Eliminaría a cien como él si se atrevían a tocar al soberano. A su soberano.

La joven levantó la cabeza. Jonathan estaba a veinte pasos de distancia, mirando no hacia ella, sino a través de las barras en la parte trasera del carromato cubierto que se había estrellado contra el poste de energía eléctrica. Finalmente, las letras que había en el costado se organizaron por primera vez en tres palabras coherentes.

Autoridad de Transición.

Entonces este era uno de los transportes que llevaban amomados débiles o defectuosos hacia sus tumbas vivientes... como la mujer y la niña que habían visto al entrar en la ciudad unas cuantas horas antes.

El pensamiento se le deslizó a Jordin por la mente como un pedazo de basura llevado por el viento, aquí, y luego se disipó ante la presión de asuntos más urgentes. Donde había un sangrenegra podría haber más. Tenían que salir de la ciudad. ¿Y dónde estaban Rom y Roland?

La guerrera miró hacia atrás. Despejado... excepto por la sombra de dos siluetas que corrían hacia ellos, aún casi a cuatrocientos metros de distancia. Mortales. Rom y Roland.

Jordin se sintió aliviada. Lo lograrían. Jonathan estaba a salvo, y ella fue quien lo salvó.

La joven albergaba una cantidad serena y pequeña de orgullo, sabiendo aquello.

Sin embargo, Jonathan estaba absorto en el carretón.

—¿Jonathan? —exclamó ella, yendo hacia él—. ¿Estás herido? ¿Qué sucedió?

El joven se acercó al vehículo, mirando por la puerta de barras en la parte trasera. No solo observando. Estaba absolutamente fascinado. Absorto por completo en lo que veía. Jordin se apresuró hacia él, fortaleciéndose mentalmente contra el olor amomado.

Ella se le puso al lado y miró adentro. Dos bancas, una en cada lado. Encadenada a una de ellas había una joven niña, quizás de diez u once años de edad, que llevaba puesto un vestido gris destrozado que le colgaba del delgado cuerpo como un costal. Parecía como si al largo cabello negro no lo hubiera tocado un peine en una semana; tenía también el rostro sucio como si no lo hubieran jabonado en un mes. Aun así, se trataba de una chiquilla hermosa, pensó Jordin, incluso sucia y mirándolos con ojos grandes y sin pestañear. Ojos casi tan resignados como si estuvieran carentes de temor.

Casi.

Jordin vio la razón de por qué habían capturado a la pequeña: tenía lisiado el brazo derecho, torcido en el codo. La mano debajo de este solo tenía tres dedos. ¿Cuántos años había ocultado tal condición, lejos de otros que la reportarían por temor a sus propias vidas... y a la otra vida?

—¿Cómo te llamas? —preguntó Jonathan en voz baja.

—Jonathan —objetó Jordin, mirando por encima—. No tenemos tiempo...

Él dio un paso adelante, haciéndole casi omiso. La niña retrocedió algunos centímetros, con la cara redondeada por la ansiedad.

—No... —balbuceó él alcanzando las barras—. No temas.

La voz se le tensó.

—No te voy a lastimar. Por favor... ¿cómo te llamas?

La niña aún no respondió. La fetidez del temor era tan fuerte que Jordin se sintió obligada a levantar la mano para taparse la nariz, pero inmediatamente se sintió ofendida ante su propia debilidad. Esta jovencita podría haber sido ella no mucho tiempo atrás...

—Me llamo Jonathan —informó él tranquilamente—. Nací con una pierna torcida. También nací para dar vida y esperanza a los muertos. Ellos llevan mi sangre.

Hizo una pausa.

—Eso me duele —concluyó.

Jordin lo miró. Había lágrimas en las mejillas del joven, pero eso no fue lo que le oprimió la respiración en los pulmones. Nunca había oído tan valiente afirmación de dolor de parte de él, y oírla ahora, manifestada a una amomada que quizás no podía entender, la sofocó de alguna manera.

Ella se dijo que el muchacho solo podía confesar el asunto a alguien a quien él no pudiera lastimar; que le importaba demasiado como para cargar a los recipientes de

su sangre con la verdad de su sufrimiento. Y sin embargo...

Jonathan había dicho esto, sabiendo que ella, Jordin, oiría y comprendería.

La nómada se quedó enraizada a la calle, petrificada por un profundo y terrible amor hacia el joven. Desesperada de repente por volver a pagarle con la vida el amor que él demostraba.

Con el amor de ella... por la vida de él.

—Eres una niña hermosa —declaró él—. Por favor, dime tu nombre para que yo pueda recordarte siempre.

La chiquilla solo podía sentir miedo, pero el hedor de este se suavizó. Rom y Roland casi estaban aquí, a dos cuadras del sangrenegra caído. Detrás de ellos, precisamente entrando a la calle desde el callejón, otros cuatro los perseguían a toda velocidad.

—Hay otros viniendo —informó Jordin tocando el hombro de Jonathan.

—Dime cómo te llamas, por favor —pidió él haciéndole caso omiso.

—Kaya —susurró la niña.

—Kaya —repitió Jonathan—. Un nombre hermoso. ¿A dónde te están llevando, Kaya?

—A la muerte —murmuró ella mientras lágrimas le inundaban los ojos y le bajaban por la cara.

—Mi sangre te puede dar vida —enunció Jonathan comenzando a sacudir las heladas barras metálicas.

—Debo tener valor —afirmó ella.

Jonathan bajó la mirada hacia la pesada cerradura en la puerta. No había cómo romperla.

El joven volvió a levantar la mirada.

—Entonces juntos debemos tener valor, Kaya. Yo también tengo miedo —reconoció él alargando una mano hacia ella a través de las barras—. Tenemos que ser valientes juntos. Agarra mi mano.

Las lágrimas le bajaban al joven serpenteando desde la boca hasta la mandíbula.

—¡Hacia los caballos! ¡Rápido, Jordin! —gritaba ahora Rom, corriendo hacia ellos.

—¡Jonathan, debemos irnos!

—Agarra mi mano. ¡Por favor! —pidió él.

En ese instante, Jordin no estaba segura de por quién hacía eso Jonathan... por la niña, o por él mismo.

La chiquilla miró a Jonathan y después la mano extendida y a continuación la agarró lentamente, tocándole las yemas de los dedos. Él se estiró, tomándole los frágiles dedos entre los suyos, y agarrándole la mano.

El mundo pareció detenerse. La vista se le puso borrosa a Jordin, distorsionada,

ya sea por las lágrimas que la nublaban o por la vívida comprensión de su mortalidad mientras se acercaba el peligro, ella no lo sabía. Solo supo que algo cambió en ese momento al observar el intercambio entre Jonathan y la predestinada niña.

—¡Corran! —gritó Rom, pasando ahora a la carrera al sangrenegra caído—. ¡Muévanse, rápido!

—Te hallaré, Kaya —indicó Jonathan—. Recuérdame, ¡cuando yo traiga mi nuevo reino!

La niña asintió con la cabeza, apretándole duro la mano con las dos manitas de ella.

—¡Ahora! —gritó Rom.

—Jonathan, por favor —suplicó Jordin, tocándole el codo.

Él soltó las manos de la niña como quien se desgarró a sí mismo. Se volvió hacia Jordin.

—No le digas a nadie lo que viste.

—Yo...

—A nadie.

—No lo diré —susurró ella.

—¿Dónde están los caballos?

—Sígueme —dijo la nómada tragándose el nudo de gran emoción que tenía en la garganta.

Salieron corriendo hacia la parte trasera de la basílica, Rom y Roland junto a ellos.

Ahora Jonathan estaba a salvo.

Pero Jordin también sabía que él nunca estaría verdaderamente a salvo.

Capítulo trece

FEYN OYÓ LAS PISADAS en las mismas escaleras por donde Rom había huido una hora antes. El sonido de una bota que no se esforzaba por acallarse, pesada al posarse en la losa de la recámara.

Ella giró, medio esperando ver que Rom regresara. Pero se trataba de Saric, haciendo ahora la cortina a un lado y atándola con un cordón dorado a un anillo en la antigua pared de piedra. Se había despojado del largo abrigo aterciopelado y vestía solo un sencillo par de pantalones negros, botas, y una camisa oscura con mangas enrolladas en los antebrazos mucho más fuertes de lo que Feyn los recordaba.

—Mi señor —dijo ella.

Silencio.

La soberana hizo una pausa, aún desconociendo a este nuevo Saric. Él era muy diferente al medio hermano impetuoso que había andado tras el poder con furiosa indignación. Este hombre era mucho más controlado, mucho más afectivo, y extrañamente mucho más seductor. Su creador.

Feyn no era una concubina para llegar saltando tras él, para suplicarle su aprobación, aunque allí estaba en realidad la extraña compulsión de correr hacia su hermano, así fuera para obtener esa aprobación y oír otra vez sus palabras de amor.

Cuando él se volvió y al fin la miró, ella sonrió.

Saric no.

—Entiendo que has tenido visitantes —comentó él, yendo hacia ella.

—Sí. Te lo dijo el guardia, ¿verdad?

El hombre se paró ante ella, a menos de un brazo de distancia, las fosas nasales brillándole ligeramente mientras soltaba una fuerte respiración. Los labios se le retorcieron... en una leve sonrisa.

—¿Pensaste —preguntó Saric, retirándole tierna y suavemente con los dedos un mechón de cabello de la mejilla—... en decírmelo?

—No quise molestarte.

—Y por tanto los dejaste venir... y los dejaste ir.

—Creí que tus guardias los detendrían. Sin duda... lo hicieron, ¿o no?

Los ojos de él, impresionantemente negros, escudriñaron los de ella.

—Háblame de ellos.

Feyn apartó la mirada, tratando de dominar la extraña sensación de necesidad... de agarrarle la mano para pedirle perdón por algo, de agradecerle, de rogarle que se quedara. Extrañas reacciones ante este hombre, su hermano. Pero extrañamente hermoso.

Esta nueva vida era desconcertante. Con razón la habían llamado Caos...

—Rom Sebastian vino a verme —confesó ella.

—¿Y estaba solo?

Sin duda él ya sabía la respuesta.

—No. Vino con el príncipe nómada, un hombre llamado Roland. Y...

¿Por qué sintió la urgencia de titubear?

—¿Y...?

—Y el muchacho, Jonathan.

Saric pasó junto a ella y se dirigió a la gran ventana arqueada para mirar hacia afuera en medio de la noche.

—¿Y cómo está Rom Sebastian?

—Ha cambiado.

—¿En qué sentido?

—Es el líder de ellos... los que han hallado vida a través de la sangre de Jonathan.

—Que han hallado vida —repitió él en voz baja.

—Dicen llamarse mortales —expresó ella después de titubear.

—Mortales. Qué extraño —comentó Saric volviéndose para mirarla—. Háblame de Jonathan. ¿Qué dijo?

—Que estaba triste por lo que hice. Intentó darme su sangre.

—¿Y? —quiso saber él, inmóvil como si estuviera tallado en piedra.

—Me negué. Ellos creían que yo debía salvarme.

—¿Y?

—Entonces les dije que los que están en la Autoridad de Transición les servirían mejor que yo.

—¿Por qué?

—Porque ellos están muertos. Yo no.

Saric inclinó lentamente la cabeza, su primer gesto de alguna aprobación. Ella se vio instantáneamente anhelando mucho más.

—La sangre del niño... ¿Dijeron algo al respecto?

—Solamente que les produce vida.

—Así que el muchacho es un creador. ¿Intentó crearte?

—Ellos quisieron que yo tomara la sangre del muchacho. O la de alguno de ellos.

—¿A qué te refieres?

—Rom afirmó que pueden crear a otros con sus propias sangres. Pero que la de Jonathan sigue siendo la más fuerte.

—¿Estás segura de esto? —inquirió Saric entrecerrando los ojos por un instante—. Necesito que seas precisa. ¿Aseguran que pueden hacer otros mortales a partir de su propia sangre?

—Ellos aseguran eso, sí. Me miraron de manera extraña, como ofendidos por mi presencia. Fue muy extraño, como si...

—Este niño por quien una vez moriste... ¿Te das cuenta de lo que te está pidiendo?

—Dímelo, por favor, mi señor.

—Te pediría que vuelvas a morir por él. Entiende esto. No una muerte física, quizás, sino que te destruirían con el pretexto de salvarte. ¿No lo ves? No tienen lugar para ti, Feyn. Eres un peón para ellos.

—Ellos me pusieron en letargo...

—Sí, para tranquilizar sus débiles conciencias y así poder afirmar que no te mataron. La letra de la ley, ¿no es así? O quizás quisieron realmente devolverte la vida en cierto momento para algún propósito interesado antes de descartarte de forma permanente, y sin duda más efectiva que antes.

—Ellos dicen que si yo muero, tú serás soberano, así que no tienen deseos de matarme.

—Sí, desde luego. Esto es de conocimiento común. Pero no se detendrán hasta que estés destruida o seas una marioneta en manos de ellos.

Feyn bajó la mirada hacia sus manos. A la piedra de luna, el recordatorio de algo que no era vida y de algo más sencillo que la verdadera... y al anillo de poder en su otra mano que era su destino. ¿Por qué sentía ella como si estuviera serpenteando su camino a través de un laberinto cuidadosamente diseñado?

—Sabiendo eso, ¿qué piensas de ellos?

Ella titubeó. Algo en su interior le advirtió: *Saric, también te quiso matar una vez.*

Pero Saric la trajo a la vida. Verdadera vida, y verdadero propósito. Y ella lo amaba y lo servía por eso.

—Estoy contenta.

—Contenta.

—Contenta de haberlo hecho. Y agradecida al custodio que me mató. Si no hubiera muerto entonces no te serviría ahora.

La necesidad actual de una mirada, una caricia, una palabra de él era dolorosa. Se le elevaba en el pecho, una urgencia mucho más poderosa que la necesidad de comer.

—Por tanto —comentó él como para sí mismo—. El muchacho es un creador.

—Así afirman ellos.

Saric no respondió a esto. Parecía haber dejado de respirar.

Aterrada de que lo hubiera ofendido, Feyn dio un paso adelante.

—Saric... mi señor... —titubeó, parándose delante de él, desesperada por su amor—. Espero complacerte.

Ella no tuvo la oportunidad de reaccionar antes de que el puño de él se le estrellara en el rostro. La mujer cayó al suelo sobre el pecho, incapaz de detener la caída. Por un horrible momento sintió los pulmones como hierro, negándose a expandirse. Un calor pegajoso le inundó la boca y se desplomó.

—¡Solo puede haber *un* creador! —exclamó Saric.

Ella forzó una profunda respiración con un pesado jadeo, luego tosió sangre junto con un diente sangrante.

El sonido de un paso lento se le acercó a la cabeza. Ella se preparó. Pero en vez de otro golpe, él se agachó a su lado.

—¿No entendiste cuando te lo dije la primera vez? —le preguntó de manera extrañamente gentil—. Solo un dador de vida. Cualquiera que se interponga en mi camino morirá. ¿Comprendes eso, cariño?

Ella se levantó y asintió lentamente, con la cabeza aún resonándole.

—Contéstame, por favor.

—Sí —respondió ella con voz confusa.

—Mi pobre amor —expresó él después de suspirar, inclinándose hacia delante y envolviéndola en sus musculosos brazos—. Por favor, no me obligues a hacerlo de nuevo.

Ella levantó una mano hacia el labio, hasta sentir el lugar exacto debajo de donde había estado el diente.

—¿Perdiste un diente?

Feyn asintió con la cabeza.

—No llores, por favor... eso no está a la altura de una soberana.

Unas ardientes lágrimas le bajaban por el rostro.

—Debes entender, Feyn... Todo lo que hago, lo hago por destino. Por verdadera vida. Por amor. A menos que te sometas totalmente a la vida que te he dado, nunca conocerás su verdadera belleza. Corregir a mis hijos no es más fácil para mí que para ellos. Me duele ver tu confusión —dijo él, y entonces le besó la parte superior de la cabeza—. No hay amor más grande que el mío. Lo verás.

Saric se puso de pie, cargándola contra el pecho. Debido al golpe en la cabeza ella estaba vagamente consciente de que él había bordeado la cama y que caminaba a grandes pasos hacia la escalera. La cargó por esa escalera hasta el oscuro corredor, hacia la propia habitación de él allá arriba.

Feyn no había puesto un pie en esta alcoba en más de nueve años. Esta había cambiado. Estaba iluminada con luz de velas. El fuerte golpeteo de las botas se silenció en el instante en que él entró, amortiguado por gruesas alfombras y pieles de animales. Pesadas cortinas colgaban por todas partes, reflejando delicados tonos de color carmesí.

Saric la depositó entre las gruesas almohadas de la cama, arreglando el edredón sobre ella, y alisándole otra vez un mechón de cabello.

Un sangrenegra apareció en el arco hacia la antecámara.

—Trae a Corban —ordenó Saric—. La soberana se ha lastimado. Apúrate.

—Sí, mi señor.

—Toma un equipo y sella las criptas. Cierra los túneles. Todos.

La ocasión parecía fuera de lugar. La oscuridad amenazaba con robar los pensamientos de la joven, quien solo estaba consciente de la mano tierna de Saric acariciándole levemente la mejilla.

Corban entró, se apoyó en una rodilla, pero solo por un instante antes de apurarse hacia la cama.

—Mira a tu soberana —declaró Saric, luego se inclinó y la besó tiernamente en la frente antes de enderezarse—. Ella es demasiado preciosa para ser lastimada. Atiéndela como si fuera yo. Ni un moretón por la mañana.

Capítulo catorce

POR DEBAJO LA VISTA del elevado precipicio de piedra caliza que dominaba el valle Seyala, finalmente la juerga había cedido ante el sueño. El golpeteo de los grandes tambores nómadas al ritmo de los corazones que se esforzaban lo más rápido que les era posible alrededor de la hoguera, se había desacelerado y reducido a un cabeceo rítmico hasta finalmente aquietarse. Las canciones habían llegado a sus últimos sonos, y los ecos de llamadas aullantes habían cesado. Los amantes se habían escapado del campamento y habían regresado a las oscurecidas yurtas para ir a yacer en brazos de sus amores.

En el valle Seyala se mantenía la misma promesa de vida que se preparaba a irrumpir en el escenario mundial. O así lo creían todos. ¿Qué pasaría si supieran que otra clase de vida había llegado a ese escenario con su rugido propio y extraño?

El pánico se esparciría por el campamento como un reguero de pólvora. Y por tanto no lo deberían saber.

Dentro de cuatro días, la Concurrencia anual coparía el campamento en una noche de juerga desenfundada en anticipación al venidero reinado de Jonathan. No se podía permitir que nada frustrara las esperanzas y los sueños que se celebrarían esa noche.

Rom miró al cielo. Sus ojos estaban llorosos por la cabalgata y también adoloridos por la fatiga. En cuatro cortas horas, el amanecer iluminaría esta meseta, pero pasaría una hora más antes de que la misma luz ingresara al durmiente valle abajo.

Al lado de él, Roland sacó un frasco de la silla de montar. Ninguno de ellos había hablado durante el viaje a casa respecto al desastre de la noche anterior. Rom había enviado a Jonathan y a Jordin al campamento delante de ellos y luego había ido con su segundo hasta el mirador, un lugar donde a menudo discutían asuntos a solas, lejos de los curiosos ojos y oídos mortales de los demás. El nómada tomó un largo trago y le pasó el frasco a Rom, quien no le hizo caso. Había perdido su apetito por comer o beber.

—Toma un poco —sugirió Roland—. Lo necesitas.

Rom aceptó el frasco y apuró un trago. Era vino, no agua. Por un momento pensó en escupirlo, pero luego prefirió tragárselo.

Durante nueve años, la senda que siguieron había sido muy clara: llevar a Jonathan otra vez a Bizancio para reclamar su cargo como soberano del mundo el día en que cumpliera dieciocho años. Esto había sido sencillo, aunque el muchacho nunca había sido tan ingenuo para creer que no encontrarían al menos un poco de oposición. Pero ahora...

No podía quitarse de encima la imagen de Feyn con el anillo del cargo en la mano. El extraño giro de los labios femeninos cuando le dijo que salvara a quienes lo

necesitaban. La manera en que había gritado para llamar al guardia.

Ella había dado su vida por esta misma causa, ¡por causa de la vida misma! ¿Cómo pudo negarse a aceptarla de la venas de Jonathan?

¿Y por cuánto tiempo le negaría al joven su lugar en el trono?

El líder tomó otro trago del frasco y lo puso sobre la roca a su lado. Roland se hallaba de pie a su derecha, con el pulgar enganchado en el cinturón que contenía la vaina de la espada, mirando hacia el valle.

—Jonathan cumple dieciocho años dentro de seis días —comentó Rom al fin—. Esto no cambia nada.

—Jonathan no puede sucederla ahora.

—Tiene que hacerlo. Nació para reinar.

—Y por eso empieza la última batalla por el poder —opinó Roland.

—No habrá lucha por el poder —declaró tajantemente Rom—. No del modo en que lo crees.

—Lo creo solamente de una forma: o ganamos o perdemos.

Rom se volvió hacia el valle y se pasó una mano por el cabello, que llevaba suelto excepto por algunas trenzas que designaban su rango entre los nómadas.

—Si Jonathan no puede gobernar ya estamos perdidos. Y yo no puedo aceptar eso.

Roland lo miró estoicamente.

—No he dicho que Jonathan no pueda gobernar, sino que no puede suceder a Feyn. El gobierno de ella cambia la sucesión. Incluso si muere ahora, Saric se convierte en soberano. Saric ha asegurado su propio poder. ¿O me estoy perdiendo algo?

Rom se frotó el rostro con una mano.

No. Él no se había perdido nada. Efectivamente Saric había arrebatado la supremacía sin previo aviso ni recurso.

—Lo único que sé es que Jonathan *debe* llegar al poder.

—¿Debe hacerlo?

—¿Qué estás sugiriendo? —indagó Rom girando bruscamente la cabeza para mirar a su amigo.

—¿Cómo sabemos que Jonathan «debe» llegar al poder?

—¿Qué quieres decir con cómo sabemos que él debe llegar al poder? —exigió saber Rom—. ¿Cuestionas esto ahora? ¿Después de todos estos años?

—No —contestó Roland girando el rostro hacia el oscuro valle—. Pero no siempre estoy seguro de cómo se ve ese poder. La sangre mortal gobernará este mundo, eso lo sé muy bien. Y en ese sentido, Jonathan ya ha ascendido... en medio de nosotros. Estamos vivos, y el resto del mundo está muerto. Viviremos un largo tiempo mientras generaciones de amomados llegan y se van. Nuestro poder es

supremo. Mientras tanto, la sangre de Jonathan se fortalece cada vez más... es imposible predecir cuán poderosos nos volveremos los mortales. En ese sentido, Jonathan ya gobierna a través de nuestra sangre. Y quizás sea privilegio nuestro gobernar con él.

—La soberanía es derecho *de él*, no nuestro. Por el Creador, ¿qué estás sugiriendo?

—Solo que podríamos estar poniendo sobre el joven una carga que no debe llevar —contestó Roland poniéndose en cuclillas y entornando la mirada hacia Rom—. ¿Crees sinceramente ver un gobernante en ese muchacho?

Rom hizo una pausa.

—Oíste lo que sucedió en la Basílica de las Torrecillas —objetó el nómada recogiendo una piedrecita y lanzándola con el pulgar por el borde del precipicio.

El joven no había pronunciado una palabra, pero Rom había cuestionado en voz baja a Jordin durante el viaje de regreso al valle. Él había visto a Jonathan mirando dentro del transporte de la Autoridad de Transición, y había notado la forma en que él se quedó adherido al piso, sordo, arriesgándose. Arriesgando a todos. Jordin, siempre protectora de Jonathan, no brindó más detalle que la empatía de Jonathan por una niña capturada por la Autoridad de Transición.

—Él tiene una fascinación antinatural por los amomiados —explicó Roland.

La crudeza de esas palabras irritaba... porque eran ciertas.

Rom mismo había conocido una vez a una chica como la del carromato, quien fácilmente pudo haber ido a parar al mismo lugar. Una niña destinada para cosas más grandes que desaparecer detrás de puertas institucionales.

Pensar en Avra ya no dolía, pero sí le reforzaba la determinación. Ella también había dado su vida por esta causa, había sido la primera entre todos en hacerlo. La muerte de la joven no sería en vano, no lo sería nunca mientras Rom viviera.

El joven tenía que llegar al poder.

—Él es el dador de vida. ¿Qué esperas? Quizás todos deberíamos estar fascinados con esto.

—Es autodestructivo. Aquí hay mucho más en riesgo que unos cuantos amomiados, Rom. Él pone en riesgo su propia seguridad, y en consecuencia al futuro reino mortal. ¿Ves un líder en eso?

—Veo a un soberano que comprende más el amor de lo que comprendemos todos nosotros. No puedo creer que esté oyendo esto de ti... de ti, mejor que nadie. Los nómadas gobiernan por línea de sangre. Así pasará con Jonathan. La única razón de que Feyn sea soberana ahora se debe a la interferencia de Saric. Juraste tu vida a Jonathan. Este no es el momento de cuestionar.

—¿Te atreves a cuestionar mi lealtad? —objetó Roland levantándose, con la mandíbula tensa—. ¡Defenderé el legado de Jonathan con mi muerte! Pero hay más

de una forma de gobernar, Rom. Jonathan nos hizo mortales. Tenemos su sangre en nuestras venas. *Nosotros* somos su legado. Si algo le sucede a él, estamos obligados a honrar y defender ese legado. Así tendremos las de ganar. Algo menos que eso, algo que traiga muerte a los mortales, constituye una derrota para nosotros.

—¿Y qué de Jonathan?

—Jonathan...

—¿Lo defenderás o no?

—¡Sí! No me ofendas cuestionando mi lealtad.

—Perdóname —se excusó Rom exhalando una larga respiración a través de la nariz—. No deseo dirigir mi frustración hacia ti.

—Tu frustración está justificada. Pero la realidad es que tengo razón. Todo *ha* cambiado. Una gran lucha por el poder ha comenzado. Este no vendrá sin problemas. Y por tanto debemos considerar todas las opciones, incluyendo la posibilidad de que Jonathan quizás no sea soberano dentro de seis días. Existen otras maneras de ganar esta guerra.

—¿Ahora la llamas guerra?

—¿Acaso es otra cosa? —contraatacó Roland encogiendo los hombros.

Lo que el príncipe nómada decía tenía sentido.

—No vamos a derramar sangre por el momento —opinó Rom—. Viste lo fuertes que eran los sangrenegras. Y qué veloces.

—Ellos solo tienen unos cuantos miles.

—¿Solo? Nosotros *solo* tenemos setecientos guerreros.

—La mayoría de ellos nómadas y magníficos peleadores —añadió Roland mirándolo con las cejas arqueadas—. Mis hombres pueden derrotar a tres mil sangrenegras, te lo aseguro.

—Ni siquiera sabemos dónde están.

—No, pero podemos llegar hasta Saric.

—¿Cómo?

—A través de su títere en la Fortaleza —aseguró Roland—. Déjame llevar veinte hombres y te traeré la cabeza del tipo en un plazo de dos días.

—Matamos a Saric y su colmena vendrá tras de nosotros en un enjambre —objetó Rom meneando la cabeza de lado a lado—. No podemos arriesgarnos a una guerra sin cuartel... no por ahora.

Roland parecía preparado para esta respuesta.

—Por lo menos insisto en enviar a nuestros exploradores más allá de nuestro perímetro en busca del resto de los sangrenegras de Saric. Es un riesgo, pero no podemos sentarnos a esperar.

—Está bien. Pero no arriesguemos más. No, estando tan cerca nuestro objetivo.

—Pero nuestro objetivo acaba de cambiar. Saric tiene que morir.

—¿Es esa tu única sugerencia? ¿Asesinar a Saric e involucrar a su ejército?

—¿Tienes alguna otra? —quiso saber el príncipe nómada, analizándolo.

—Sí.

—¿Cuál?

Aquí iba, entonces.

—Agarrémosla.

—¿A quién? —indagó Roland mirándolo por un instante.

—A Feyn.

—Agarrar a Feyn. Sencillamente así. ¿Crees que Saric simplemente la va a entregar? ¡Ella es la soberana del mundo!

—Sí. Creo que lo hará.

—Y suponiendo que Saric hiciera algo tan insensato, ¿qué planeas hacer con ella? ¿Seducirla?

—Hablaré en serio con ella —declaró Rom alcanzando el frasco.

—Sé que una vez tuviste algo con ella y no puedo decir que te culpo —expresó Roland haciendo una mueca en la comisura de los labios—. Pero cualquier cosa que haya pasado, ya pasó. Ya la has visto.

—No tuve nada con Feyn antes. Pero la mujer tiene en ella sangre antigua. El Creador lo sabe, ¡yo se la di! Dame unas horas con Feyn y haré que recuerde quién es y por qué murió.

—Ya has visto su mirada. Ella no nos ayudará.

—Lo hará —aseguró Rom, pero incluso mientras lo decía sintió otra vez esa vaga sensación de pánico entrometiéndosele.

Los ojos de Feyn, que una vez tuvieran el famoso color gris de la nobleza, atormentaban los recuerdos de Rom. Esos ojos habían sido el distintivo de ella para el mundo antes de que la alquimia de Saric los oscureciera. La verdadera Feyn debía existir en alguna parte debajo de esas lúgubres profundidades.

—Ella es el peón de Saric. Él es ahora su creador —insistió Roland.

—No. Feyn tiene sangre antigua en su interior.

—Ahora tiene en su interior la sangre de su *creador*.

—¡Yo fui su creador! —gritó Rom.

Roland mantuvo firme la mirada, pero no dijo nada.

Rom se dio la vuelta y relajó sus puños cerrados. Había cavilado en eso una y otra vez durante el viaje de regreso... la manera en que Feyn había mirado a Jonathan. La lágrima en el ojo de ella. Algo la había conmovido. La forma en que había titubeado antes de llamar al guardia. Feyn era leal a Saric, pero también estaba confundida. Desorientada. En un contexto más libre, sin duda alguna vería la verdad. No había otra manera de hacer las cosas sin arriesgarse a una guerra sin cuartel.

—Ella es nuestro mejor plan.

—Nuestro mejor plan es actuar ahora. Caerle encima a Saric como un martillo. Matarlo. Esperar que sus sangrenegras vengan furiosos y aplastarlos de un solo golpe.

—No comprometeré nuestro destino a una simple campaña que podría resultar desacertada e invitar a la hostilidad militar hacia Jonathan... no mientras tengamos otras opciones.

—Arrebatarse a Feyn de manos de Saric, suponiendo incluso que esto fuera posible, ¡tendrá exactamente el mismísimo efecto!

—No se la arrebataremos a Saric.

Roland arqueó las cejas.

—Saric nos la entregará.

—Nos la entregará. Por supuesto. ¿Por qué no lo pensé antes?

—Quizás porque tu mente está en la sangre. Tal vez porque no te has enredado antes con ese monstruo como lo he hecho yo. Posiblemente porque no conoces a Feyn como la conozco yo.

—Como la *conocías*, querrás decir —objetó Roland, luego suspiró, entrecerrando los ojos ante el sol naciente y mirando luego a Rom—. ¿Cómo entonces lograrás que Saric entregue a la soberana del mundo a sus enemigos? Ilumínate.

—Yo no lo haré —declaró Rom andando con las manos en las caderas—. Lo harás tú.

—¿Yo?

—Sí. Tú solo.

—Ya veo. ¿Y cómo lo hago?

—Le ofreces lo que él desea.

—¿Y qué es?

Rom vaciló un instante, presa de un sentimiento de traición ante la simple idea de lo que él estaba a punto de expresar.

—Jonathan —dijo.

La mirada imperturbable de Roland se mantuvo firme. Por un momento, ninguno de los dos habló.

—Él nunca lo creerá.

—A *mí* nunca me creerá. Pero tú, el salvaje príncipe nómada con ambición y sangre en sus venas...

—Sospecharía que se trata de una trampa. El hombre no es ningún idiota.

—Desde luego que sospechará que es una trampa —manifestó Rom.

—¿Cómo me acercaría siquiera...?

—Haciendo exactamente como lo digo —interrumpió Rom—. Conozco el Orden. Conozco a los nobles y conozco a Saric. Te expondré todo el plan y podrás juzgarlo como quieras. Lo único que te pido es que saques de tu mente las ideas de guerra. Sígueme en esto, Roland. Puedo ordenártelo, pero te lo estoy pidiendo. Por el bien de

Jonathan.

—Por el bien de los mortales —corrigió Roland lentamente cruzando los brazos—. Está bien. El asunto es Feyn. Suponiendo que has pensado en todo.

—Así es.

El sonido de cascos dispersando piedras repicó detrás de ellos, y Rom se giró, con la mano ya en el cuchillo.

—Tranquilos —dijo el anciano custodio; su voz rechinó en medio de la noche.

—¿Qué pasa, Libro? —preguntó Rom dando un paso adelante mientras el caballo del recién llegado se dirigía hacia ellos a esa hora de la madrugada.

El viejo detuvo el animal y se deslizó con cautela hacia el suelo sin contestar.

—¿Quién te dijo que estábamos aquí? —inquirió Rom.

—¿No crees que sé dónde buscar? —contestó el hombre levantando la mirada y ajustando la túnica donde se le había fruncido alrededor de las caderas.

Rom intercambió una rápida mirada con Roland y luego se dirigió al custodio.

—¿Y bien?

—Tengo noticias.

—¿Qué noticias?

—Acerca de la sangre de Jonathan.

Ambos hombres esperaron mientras el custodio parecía escudriñar el cielo occidental aún oscuro.

—¿Bien? —objetó Rom al fin—. ¿Qué pasa con la sangre de Jonathan?

—La sometí a prueba con la del sangrenegra, y no hay ninguna duda al respecto.

—¿Respecto a qué, amigo?

—Que su sangre es venenosa para estos sangrenegras. Hasta una gota de sangre de Jonathan mataría a uno de ellos.

El aspecto venenoso era obvio, aunque no así la cantidad necesaria. ¿Por qué entonces la urgencia?

La imagen de Jonathan ofreciendo su sangre a Feyn resplandeció de pronto en la mente de Rom con una punzada de pánico.

No. Ella tenía la sangre antigua en sus venas.

—Has venido aquí a decirnos lo que hemos presenciado con nuestros ojos —objetó Roland.

—No. Hay algo más.

—¿Qué?

—La sangre mortal, cualquier sangre mortal, no solamente la de Jonathan, también mataría a esos sangrenegras.

—Entonces puedo matarlos a todos ellos solamente con mi propia sangre —opinó Roland arqueando una ceja—. Tenemos una nueva arma.

—Sí. Y en realidad tu sangre, como nómada, los mataría más rápidamente que la

de Jonathan.

Roland entrecerró los ojos, y Rom prácticamente pudo oír los pensamientos girándole a través de la mente como un anacoreta del desierto.

—¿Qué significa que los mataría más rápidamente? ¿Es posible eso?

El custodio giró la mirada hacia Rom.

—Porque su sangre y la tuya, la de todos nosotros, es ahora más fuerte que la del muchacho.

—¿Más fuerte? —exclamó Rom, parpadeando—. Eso es imposible...

—No, amigo mío. He revisado una y otra vez. La sangre de Jonathan es más débil ahora que hace dos semanas cuando saqué una muestra por última vez. Los efectos de su sangre están disminuyendo. A un ritmo rápido. Todos los indicadores clave se están invirtiendo.

Rom miró al anciano. ¿Cómo era posible esto? ¡Debía de haber una equivocación! Pero el custodio no cometía equivocaciones para luego cabalgar hacia los precipicios a anunciarles su secreto.

—Lo que estoy diciendo es que cualquiera que tome la sangre de Jonathan hoy no vivirá tanto como aquellos que la tomaron hace un mes —afirmó el viejo—. Sus emociones no serían tan vibrantes, su vista no sería tan brillante como hubiera sido de haber tomado sangre de cualquiera de nosotros.

—Por tanto, la sangre de Jonathan se está volviendo obsoleta —opinó Roland.

—¡No! ¡Imposible!

—No —refutó el custodio—. Obsoleta no. Pero sin duda menos potente.

—Entonces... —comenzó a decir Roland dando un paso adelante.

—¡Entonces nada! Esto solamente aumenta nuestra necesidad de que el muchacho esté en el poder. Él es soberano y reinará como soberano. Hasta entonces, *nadie* sabrá esto. ¿Entienden? ¡Ni un alma!

Rom se puso a caminar, frenético, con la mente inundada de inquietudes imposibles. De pronto se detuvo en seco frente al custodio.

—Extrae otra muestra a la primera luz —continuó, antes de volverse hacia Roland—. Feyn. La obtendrás. Inmediatamente.

Roland miró a Rom y luego al custodio, y después al primero.

—Dime cómo —anunció, asintiendo con la cabeza.

Capítulo quince

ESA NOCHE, ROLAND DURMIÓ con dificultad. Cuando finalmente sus sueños lo aislaron del mundo se llenaron de imágenes de muerte. De amomados y sangrenegras abarrotando la tierra en busca de ese pequeño remanente de mortales que esperaban una errónea promesa de dominio.

Antes de regresar al campamento había pasado otra hora con Rom, revisando paso a paso la forma en que podrían obtener a Feyn. El plan estaba lleno de disparates, pero no más que ir directamente tras Saric o dar un golpe de estado al Orden mismo, ideas que habían surgido en la mente de Roland en sus momentos más trascendentales.

Que eran más frecuentes de lo que quería admitir.

No obstante, un conflicto con Saric costaría muchas vidas mortales. Y aunque un golpe podría asegurar el poder en la Fortaleza, ese poder requeriría fuerza para mantenerlo.

Al final, Rom tenía razón: el mejor camino, aunque no el más probable, para la ascensión de Jonathan al poder sería a través de que Feyn renunciara a su cargo. O, en su defecto, alguna clase de acuerdo irrevocable que concediera el poder a Jonathan en lugar de ella. En cualquier caso tendrían que contender con Saric y sus sangrenegras, pero hacerlo de ese modo, desde una sede del poder político, sería mucho más fácil que como marginados sociales.

Roland no estaba seguro de cómo Rom planeaba manejar el asunto con Feyn una vez que la tuviera en su poder, pero su insistencia en que no tenían nada que perder tenía fundamento. Si la táctica fallaba podían recurrir a medidas más hostiles.

Sin embargo, ninguno de esos pensamientos fue lo que le impidió dormir una hora completa mientras yacía solo en sus aposentos personales. El príncipe de los nómadas poseía tres yurtas: una para sus dos concubinas que había elegido por su fertilidad y salud a fin de tener herederos; otra para su esposa, Amile, quien le había dado dos niñas y usaba con supremo orgullo su posición como la única esposa de Roland; y la última yurta para su cargo como gobernante de todos los nómadas.

Roland se había retirado temprano en la mañana a su última yurta y se había reclinado sobre una estera, con la mente aún dando vueltas en torno a esta revelación del custodio acerca de la sangre de Jonathan.

A su alrededor, el resto del campamento yacía en cama, ajeno a la verdad... como debía ser por ahora. Si el mensaje se filtrara...

No.

La mayor fortaleza de cualquier nómada era su decisión de independencia. Generaciones de separatismo habían provocado profunda lealtad hacia los suyos. Ahora, al haberse despertado a la furia de la pasión y la ambición, los deseos

nómadas de consumir el mundo no conocían límites.

La vida, como mortales totalmente vivos, era la piedra angular de la existencia de ellos, y su gente estaba decidida a experimentarla como nadie más en la tierra podía hacerlo. Como un género de humanos que viviría por muchos cientos de años sin sometimiento. Y ahora el custodio parecía estar sugiriendo que la misma fuente de esa vida estaba menguando lentamente.

Roland aún no podía sondear las totales implicaciones de la noticia del custodio. ¿Qué influencia podría tener esto en el gobierno de Jonathan? ¿Cómo afectaría a la ascensión de los mortales, o al derrocamiento del régimen opresivo del Orden que había aplastado al mundo por medio del miedo? Miedo a fallar al Orden en esta vida. A cuestionar la verdad. A salirse del *statu quo*. A desviarse de la perfecta obediencia. A la muerte, porque en la muerte todo el que fallaba en alguna manera solo hallaría el infierno. Y todos eran conscientes de que no había nadie que no fallara.

Muchas cosas no estaban claras para Roland, pero el destino de los mortales no estaba entre ellas. Su raza derrocaría al Orden y viviría libre del miedo. Libre de restricciones. Él sabía, además, que la tarea de asegurar ese destino caía en sus propios hombros más que en los de cualquier otra persona, incluyendo a Jonathan, el recipiente que les había proporcionado vida.

Todos estos pensamientos daban incesantes vueltas en la mente de Roland incluso mientras dormía. Cuando despertó con los primeros sonidos de un campamento que se agitaba allá afuera ordenó a Maland, el siervo que desde mucho tiempo atrás hacía guardia ante su yurta, que buscara al custodio y se lo trajera de inmediato. Bajo cualquier otra circunstancia, él mismo iría hasta donde el anciano, pero las posibilidades de toparse con Rom o con cualquier otro miembro del consejo podrían minar sus intenciones. Debía hablar con el anciano sin que nadie más lo supiera.

Pasó una hora. Roland miró por la solapa de la portezuela. Pesada y puesta en un marco, estaba hecha para soportar el mal tiempo de modo que aun en medio de una tormenta simplemente pareciera respirar como un diafragma con el viento. Esta mañana estaba totalmente inmóvil, un débil rayo de luz solar se filtraba hacia el suelo de la yurta desde la pequeña abertura circular en lo alto.

La estancia estaba amoblada con un par de gruesas alfombras y la estera en que él había estado dando vueltas la noche anterior. Había una copa y un plato de carne seca y ciruelas silvestres encima de un baúl que contenía algunas prendas de vestir... aquellas que no se colgaban en el enrejado interior de la yurta misma: varios abrigos bordados con cuentas, y túnicas hechas por sus esposas y decoradas por el mismo Roland. Tres arcos compuestos, entre ellos uno de más de trescientos años de antigüedad. Varias espadas y dagas, incluyendo tres de la era del Caos... reliquias cuidadosamente preservadas como recuerdos de la tenaz herencia nómada transmitida durante siglos hasta esta época.

Roland no le fallaría a su raza.

Unos nudillos golpearon el marco de madera de la puerta.

Al fin.

—Adelante.

La portezuela se abrió y el custodio entró usando la misma túnica que tenía puesta la noche anterior, la capucha sobre la cabeza. Por las ojeras y el hundimiento en las comisuras de los labios se podía suponer fácilmente que el hombre había dormido menos que Roland... si es que durmió. Pero no fue tanto la fatiga en los ojos del anciano como las atormentadoras preguntas en ellos lo que le decía a Roland todo lo que necesitaba saber.

El custodio cerró la puerta, se echó atrás la capucha, y miró a Roland por un buen rato sin brindar ningún saludo.

—Siéntate, por favor —pidió Roland asintiendo hacia una silla al lado del baúl.

El Libro miró la silla pero negó con la cabeza.

—No me puedo quedar. Debo regresar —anunció.

—¿A qué? ¿A hacer más pruebas? ¿A estar seguro de que nuestro mundo se está derrumbando mientras hablamos?

El hombre no contestó nada.

—¿Es así?

—¿A qué te refieres?

—Vas a volver a examinar la sangre del muchacho con tus ampolletas mágicas.

—No se trata de magia. Cuanto más oscura se vuelve la sangre en la sustancia, más potente la vida dentro de ella. Pero así es, como tú dices.

—¿Y?

—El color se aclara cada día.

Desde luego. El custodio era meticoloso y sobrio... más en los últimos tiempos, en que rara vez se aventuraba a salir para unirse a las celebraciones alrededor de las hogueras durante las noches como solía hacer antes. El hombre había reído a menudo recién convertido en mortal, pero ahora esa alegría la había reemplazado la creciente carga de asegurar el mismo destino mortal al que Roland estaba comprometido. El príncipe siempre había respetado al anciano. Al igual que los demás nómadas, los custodios se habían aferrado a su propia manera de preservar la promesa de vida a través de los siglos. Dos órdenes, custodios y nómadas, ahora una sola: mortales.

—¿Nada más? —inquirió Roland.

—También estoy examinando mi propia sangre.

—¿Y?

—No se ha deteriorado.

Roland fue hasta el baúl, agarró una ciruela y se la ofreció al hombre. Cuando el viejo la rechazó, fue él quien le dio un gran mordisco a la fruta. El jugo ácido le

estimuló las papilas gustativas, disparándole a sus venas conciencia de la nueva vida. Esto nunca fallaba. Cerró los ojos. Los nómadas siempre habían festejado los sentidos, incluso sin emoción, pero la sangre de Jonathan había convertido la experiencia sensorial en una aventura singular y afirmadora de vida. Junto a los débiles consuelos sensoriales que habían conocido siendo amomados, estos vibrantes placeres amenazaban en ocasiones con ser casi *excesivos*. Una experiencia sensorial que se especulaba que era muy superior a cualquiera conocida incluso en la era del Caos, antes de que la muerte viniera al mundo.

La primera vez que Roland hizo el amor después de venir a la vida se le habían encendido tanto los nervios que había comenzado a tener pánico, seguro de estar experimentando la agonía de la muerte en vez de vibraciones de placer. Pero no había muerto. Vivió y fue llevado al interior del ardiente sol de la felicidad pura y llena de vitalidad. Cuando su mujer trajo nueva vida al mundo nueve meses después, llamaron Johnny al niño en honor de esa vida que había facilitado la concepción.

—Dime algo, anciano —expresó Roland—. ¿Cuál diría tu fundador, Talus, aquel que predijo primero que la vida vendría otra vez en la sangre de un niño, que es tu carga principal?

—Asegurar que la vida no se destruya —replicó el hombre con marcada vacilación.

—¿Y dónde está ahora esa vida?

—En Jonathan. Pero tú sabes esto tan bien como yo.

—Compláceme. Soy nómada, no custodio. Hemos compartido el mismo propósito y la misma sangre, pero nuestros papeles en este mundo son diferentes.

Los avejentados ojos debajo de la arrugada frente del custodio no expresaron acuerdo o desacuerdo. Roland insistió.

—Ahora hay mil doscientos mortales. ¿Exigiría Talus que preserváramos la vida en los mil doscientos, o insinuaría que sacrificaríamos algunos para asegurar que Jonathan llegara al poder?

—Ambas cosas.

—Estoy de acuerdo. Y sigo totalmente comprometido con este objetivo. Pero ahora mi pregunta es esta: ¿cuántos deberíamos estar dispuestos a sacrificar para asegurar la ascensión de Jonathan al poder?

—No me corresponde decir eso —respondió el custodio más lentamente que antes.

—Sin embargo, reconoces el asunto que reposa en mis hombros. Y por eso es que busco tu consejo. ¿Cuánto derramamiento de sangre es aceptable para este fin? ¿Diez de mis hombres? ¿Cien? ¿Mil? Dime.

—Como tú dices, esto recae en tu...

—Por favor, no seas condescendiente —pidió Roland, dándose cuenta de que

estaba apretando la ciruela en la mano, y que caía jugo de los dedos al suelo—. Quiero saber cómo te sientes respecto al derramamiento de esta preciosa sangre que ahora fluye a través de nuestras venas. ¿Cuánta se debería derramar?

—Tanta como sea necesario.

—¿Hasta el último hombre de ser necesario?

—No creo... —balbuceó el custodio con el párpado izquierdo contraído.

—Solo contesta. Por favor.

—Tanta como sea necesario —repitió el anciano frunciendo aun más el entrecejo.

—Por consiguiente, ¿discrepas de Rom en este asunto?

—No. Rom estaría de acuerdo, estoy seguro.

Rom en realidad podría estar de acuerdo. Pero no hasta el mismo punto que muchos nómadas. El hombre sabía que los radicales harían lo que fuera por proteger esa vida, incluyendo un ataque preventivo de cualquier magnitud que facilitara mejor la victoria. El nómada cambió de tema.

—Entonces dime esto: ¿en quién reside ahora la vida profetizada por Talus?

—En Jonathan.

—¿No en ti?

El anciano lo miró por largos instantes. Luego comenzó a dar la vuelta, como si pretendiera irse.

—Mi lealtad a Jonathan es inquebrantable, custodio. Cortaría cualquier garganta para salvarlo... no me malinterpretes. Él debe llegar al poder por el bien de todos los mortales. Pero debo entender ese trayecto.

Un ligero temblor se apoderó de los envejecidos dedos del Libro. Estaba privado del sueño, pero aquí pasaba mucho más.

—Por favor. ¿Dónde reside la vida?

—En todos nosotros —respondió el custodio mirándolo de nuevo—. Para ser protegida a toda costa. Cómo obtenerla no es mi preocupación. Soy custodio de la verdad, no creador de historia. Esa responsabilidad reposa en los hombros de otros, como tú dices.

—Pero el resto de lo que dices también es cierto, ¿o no? Que tu sangre y la mía son ahora más poderosas que la de Jonathan. Y eso también te convierte en creador, si no de historia, entonces de vida. Igual que yo. Un creador de vida quizás hoy más poderoso que Jonathan. ¿Es esto ahora parte de la verdad que posees?

—Hay más en cuanto al muchacho que su sangre —declaró el custodio, con tono de advertencia.

—Ya no estoy hablando acerca de Jonathan, sino de una raza de mortales creadores llenos de sangre dadora de vida. ¿No es esta la sangre que salvará al mundo?

El anciano se quedó en silencio.

—Y si es así, entonces debemos tomar los pasos que sean necesarios para proteger no solo a Jonathan, sino a los mortales que se convertirán en creadores del mundo.

—Quizás.

—¿Y si todo se redujera a una elección entre la sangre de Jonathan y la tuya? ¿Entre la de él y la mía?

—Oro porque eso no pase.

—Yo también. Lo haré.

El custodio se volvió para irse.

—¿Lo sabe Jonathan? —quiso saber el nómada.

—No —contestó el Libro, ya de espaldas al nómada.

—Tomaste otra muestra esta mañana.

—Sí.

—¿Cuán rápido se le está invirtiendo la sangre al muchacho? Necesito saber cuánto tiempo tenemos.

—A este ritmo, su sangre podría ser la de un amomado común para cuando ascienda al poder —advirtió el anciano con voz temblorosa.

Roland parpadeó, tenía la mente vacía. ¡Tan rápido! No había pensado en esa posibilidad. Aún titubeando, articuló las primeras palabras que se apresuraron a llenarle la mente.

—¿Qué poder tiene? ¿Cómo puede eso suceder ahora?

—Él ya nos ha dado su poder —afirmó el anciano—. Usémoslo sabiamente.

Sin decir una palabra más, el viejo salió de la yurta, meneando la cabeza como un profeta que ha perdido la voz de su dios.

Roland miró hacia la puerta después de que esta volvió a calzar en su lugar. Así que el asunto quedaba claro. Él haría como Rom le pidiera y llevaría a cabo el plan para apoderarse de Feyn. Pero no confiaría el destino de todos los mortales a un solo curso de acción.

De inmediato debían despachar combatientes mucho más allá del perímetro con órdenes de tomar cautivo a todo sangrenegra que hallaran. Debían encontrar la debilidad de Saric.

Tenían que estar preparados para lo peor.

Se dirigió a la puerta, tras la que Maland esperaba.

—Tráeme a Michael. ¡Ahora!

Capítulo dieciséis

DOMINIC RECORRIÓ EL GRAN pasillo del palacio, los tacones de sus botas repiqueteaban contra el piso de mármol al ritmo de la hecatombe que tenía dentro del corazón.

Había transcurrido un día desde que el líder del senado presenciara la acción más horrible y profana de su vida en relación con el asesinato del regente. Además había oído la blasfemia más insondable de parte del hombre que cometió el acto, exactamente allí en la tarima del senado, donde Saric había revivido efectivamente a su hermana para instalarla después como soberana.

Esa primera noche, el hombre había sufrido pesadillas. Pesadillas relacionadas con el cuello del regente abriéndose en esa profunda herida. De la soberana desnuda gritando desde la enorme mesa, como si este fuera un altar y ella el sacrificio. Pesadillas de sangre fluyendo de la manguera expansible de Saric al interior del brazo de la mujer. De la inconfundible cicatriz que le cortó el torso, evidencia clara de la salvaje herida que había acabado con la vida de Feyn nueve años antes en su toma de posesión.

De la mujer levantándose y hablando, no con su propia voz, sino con la de Saric.

Todos ustedes están muertos. Todos ustedes. Muertos.

Dominic había despertado sudando. Paseó por sus aposentos en la Fortaleza. Fue a la ventana a mirar hacia afuera en medio de la noche oscura en dirección al palacio y al apartamento de la soberana. Las velas habían ardido allí durante la noche.

Luego, la voz más terrible de todas se le filtró en la mente.

La suya propia.

Estás muerto.

¿Era posible?

Unos escalofríos le habían recorrido la nuca, le habían pinchado las yemas de los dedos y le habían puesto a zumbiar los oídos. Temor, en su forma más visceral.

Había pasado el día siguiente en vigilia casi sin poder dormir, las manos heladas y entumecidas, anticipando ya más pesadillas en la noche venidera. Había ido en la tarde a la basílica para tranquilizar el espíritu. No era el día habitual, pero tales servicios se llevaban a cabo durante la semana a fin de disipar los temores de quienes necesitaban consuelo, y de mantener a raya el terror a lo eterno con un acto más apropiado en deferencia a lo único que se aceptaría al final de la vida de alguien.

El Orden.

Sabemos que el Creador existe dentro de su Orden.

Aquello le ayudó. Esa noche se había ido a dormir sabiendo dos cosas: Primera, que el Creador aún era el Creador, conocido dentro del Orden. Que cuestionar al Orden era cuestionar al Creador mismo. Esta verdad permanecía firme, un ancla solitaria en medio de esta repentina tormenta de acontecimientos.

Segunda, que Feyn reclamó su cargo como soberana, por asombrosa que resultara su resurrección del letargo o de la blasfema protección de que ella había renacido bajo una luna sangrienta.

No hubo pesadillas la segunda noche. Y Dominic se había levantado hoy nuevamente tranquilo. Nuevamente decidido.

Recorrió el camino hacia el atrio exterior de la oficina en la última hora de la tarde, con la mirada en alto, haciendo caso omiso de las oscuras grietas que serpenteaban en el abovedado techo, centrándose más bien en el brillo de la luz reflejada en la superficie dorada. Estas salas antiguas estaban consagradas desde los días del Caos, dedicadas al Creador cuando se le conocía por un nombre más misterioso: Dios.

Ahora Dominic solo tenía un objetivo. Debía asegurarse de que Feyn le garantizara que obraría para destruir a su hermano, quien evidentemente se levantaba contra el Orden. Sin duda, ella veía que su propio trono estaba en grave peligro. Quizás incluso su destino eterno. Tenían que trabajar juntos.

El líder del senado asintió hacia Savore, el secretario a quien había conocido tantos años como el hombre de Rowan. Qué diferente era verlo cuidando el escritorio de la oficina donde Saric montaba su juego, sin duda haciendo girar los recursos del mundo para sus propios y tenebrosos propósitos. Dominic llegó a imaginar que veía sombras arrastrándose desde la gran recámara más allá.

Todos ustedes... muertos.

Savore se levantó para señalar con un gesto las puertas de cuatro metros de la oficina. El secretario mismo no las tocaría... correspondía a cada hombre arreglárselas con su propia fuerza en este espacio, obrar incluso de este modo para conseguir audiencia con la soberana, mano firme del Creador en la tierra.

Dominic colocó las palmas contra la intrincada y labrada puerta de bronce. Era común para cualquier prelado hacer una pausa y considerar los símbolos de cada oficina continental: los alquimistas de Russe, los educadores de Asiana, los arquitectos de Qin, los ambientalistas de Nova Albión, los banqueros de Abisinia, los sacerdotes de Europa Mayor y los artesanos de Sumeria. Dominic mismo a menudo había hecho lo mismo, yendo tan lejos como acariciar con la yema de un dedo el Libro de las Órdenes además del emblema de Europa, su propio continente.

Pero hoy solamente vio el símbolo que presidía sobre todos ellos: la gran brújula, los puntos escalonados de la aureola de Sirin, por la cual todos ellos debían vivir y por la cual todos serían juzgados.

Abrió la puerta de un empujón.

Adentro estaban cerradas las pesadas cortinas de terciopelo contra la oscurecida luz de un día menguante, mientras una docena de candeleros enviaban sombras versátiles y atractivas por todo el salón.

Eso fue lo primero que observó.

Lo segundo fueron los dos sangrenegras a cada lado de su visión periférica cuando las puertas se cerraron detrás de él con el ruido siniestro de una bóveda.

Lo tercero fue la figura sentada al escritorio. La dama estaba ricamente ataviada con terciopelo azul, tan oscuro como el de la medianoche. Estudiaba alguna clase de informe, mientras sorbía de una copa de peltre. Tenía las uñas perfectamente arregladas.

La mujer levantó la mirada con languidez felina. Los ojos eran negros e insondables en medio de las sombras.

Dominic se apoyó en una rodilla sobre la gruesa alfombra, pero por primera vez en la vida observó en vez de bajar la mirada.

La figura detrás del escritorio era realmente la misma soberana; por suerte, no se veía a Saric por ninguna parte. Pero ella había cambiado drásticamente.

La soberana soltó el informe con un movimiento de los dedos.

—Mi señor Dominic —saludó con voz tan suave como un ronroneo.

Esta era la primera vez que él la oía hablar desde ese escalofriante grito, y concordó en que no podía conciliar para nada esos dos sonidos.

Feyn se levantó de la silla, mientras la luz de las velas captaba la obsidiana de sus pendientes de araña. Tenía el cabello recogido totalmente en la cabeza y se le veía todo el cuello. El corte alto y abierto del vestido le acentuaba el escote y la piel pálida en una abertura que le llegaba hasta el esternón.

Dominic volvió a rechazar la idea de que esta pudiera ser la misma mujer. Y sin embargo allí estaba: Feyn, como todos la habían conocido. Y como nunca se le había conocido.

La soberana rodeó el escritorio por un costado, moviéndose con gracia y sin prisa. La luz del candelero más cercano le irradió el rostro, revelando una sombra en una mejilla, solo discernible lo suficiente para que él se preguntara si se trataba de un juego de luz.

No. ¿Un moretón, entonces?

La dama hizo una pausa delante de Dominic, quien se encontró bajando la mirada hacia los pies femeninos calzados con botas. Una palma abierta se le extendió en el campo de visión. La tomó y le besó el anillo del cargo junto con el interior de los delicados dedos. Olían a vino, perfume de almizcle y sal.

La mano se retiró, no sin que antes el hombre notara la marca en la parte anterior del codo. Una pequeña herida de pinchazo visible en la alta separación de la manga.

El líder del senado comenzó a erguirse con ambas manos sobre la rodilla, pero luego se dio cuenta de que ella no le había dicho que se levantara. Parpadeó y se echó hacia atrás, haciendo caso omiso del sonido de su rótula en la alfombra.

—¿A qué vienes? —preguntó Feyn, volviéndose hacia el escritorio y recogiendo

la copa.

Él levantó la vista, sorprendido otra vez por la majestuosa inclinación de la mandíbula de la mujer, la rectitud misma de la nariz, el decorado de los labios, húmedos después del vino.

—A hablar con usted. Tengo preocupaciones.

—Todo el mundo tiene preocupaciones respecto a algo, Dominic.

—¿Podríamos hablar en privado, mi señora? —inquirió él mirando hacia las puertas y de nuevo hacia ella.

—Estamos en privado.

El tono, aunque desapasionado, era extraño, y él volvió a pensar que ella le recordaba menos al potro sorprendido, que solo un día antes temblaba sobre sus patas, que a una gran pantera.

—Por favor.

Ella alejó la mirada en dirección a los guardias. Con una expresiva mirada las dos formas musculosas inclinaron la cabeza y salieron a través de las enormes puertas dobles, las cuales cayeron de nuevo pesadamente en su lugar.

Y entonces quedaron solos.

—Ven, Dominic —pidió Feyn yendo a una silla con respaldo hacia atrás al lado de la ventana encortinada.

Él se levantó de modo inestable y se puso delante de ella, inseguro. Rowan siempre lo había invitado a sentarse al lado de él en el sillón acompañante. Pero Feyn sencillamente se recostó y esperó que el hombre hablara.

—Comprenda, por favor, la naturaleza de mi preocupación —comenzó él a decir cruzando las manos—. Usted regresó ante nosotros de... la manera más insólita. Y aunque quizás no sepa la naturaleza de las cosas que expresó su hermano antes de ese momento, debo informarle que fueron totalmente perturbadoras.

—¿Ah, sí? —exclamó ella extendiendo el antebrazo a lo largo del brazo de la silla, sosteniendo con los dedos el borde de la copa.

—Sí. Y me siento obligado a preguntar sus propias... creencias en estos asuntos. Sus lealtades.

—¿Preguntas a tu soberana cuáles son sus lealtades?

—En realidad, mi señora. Temo que su hermano haya sugerido pensamientos que ningún buen hombre del Orden nunca debería tener. Ha expresado la mayor blasfemia. Por no hablar de que asesinó al regente a sangre fría delante de nuestros ojos.

Ella bajó la mirada y meció la copa en su regazo, repasando lentamente el borde del cristal con la yema de un dedo.

—¿Y cuál es tu punto? —inquirió mientras levantaba la mirada.

—Debo preguntarle, mi señora, con todo respeto. ¿Sigue usted el Orden? ¿Lo

servirá? ¿Morirá por él?

—No sería la primera vez que yo haya muerto por este cargo, ¿verdad? —respondió Feyn formando una extraña sonrisa en la comisura de los labios.

—Sí, perdóneme. Y sin embargo...

—Moriré por este cargo —interrumpió ella—. Y lo serviré.

—¿Moriría también por la verdad, señora... con relación al Creador, y al Orden que es la mano de él?

—¿La verdad? ¿Cuál es la verdad, Dominic?

—Conocemos al Creador a través de su Orden —dijo repitiendo lo dicho por todos, aprendido en la temprana infancia.

—Ya veo. Entonces debo preguntarte, Dominic, ¿qué es un creador?

—Está claro, aquel que da vida, mi señora.

—¿Y tienes vida tú?

—Sí. Aunque su hermano no parece pensar así.

—¿Y yo? ¿Tengo vida?

—Evidentemente —contestó él mirándole las manos y después los ojos.

—¿Cómo lo sabes?

—Usted ve, y respira.

¿Cómo no estremecerse ante el recuerdo de la primera bocanada irregular de aire que ella tomó mientras el pecho se le arqueaba hacia arriba en esa mesa de piedra parecida a un altar?

—¿Y cómo sabes tú que tienes vida? —insistió ella.

—Porque estoy aquí delante de usted.

—Ya veo. ¿Y cuál es el propósito de nuestras vidas, si no te importa?

—Servir al Creador.

—Entonces estamos de acuerdo.

—Y conocemos al Creador a través del Orden —repitió él asintiendo levemente con la cabeza.

—También conocemos al Creador por su sello en nosotros. Por la vida en nuestras venas, ¿o no?

—Yo... sí. Por así decirlo.

—Además conocemos al Creador por esas tendencias interiores que todos tenemos por servirle, ¿verdad? El temor de desilusionarlo en alguna forma.

—¡Claro que sí!

—Algunos lo llaman temor. Pero nosotros, Dominic, lo conocemos como lealtad. Como amor. ¿No es cierto?

¿Por qué sentía él que debía vacilar?

Pero no. Simplemente estaba sorprendido por verla tan bien recuperada. Y vestida.

—Sí —replicó el hombre—. Por nuestro amor.

—Sin embargo, ¿sabes realmente qué es el amor, Dominic?

—Es el temor al Creador. Es aquello a lo que nos comprometemos, y a lo que correspondemos con nuestras acciones y mentes.

—Y si amamos a nuestro Creador, ¿también amamos y servimos a su mano?

—Sí, desde luego.

—¿Soy la mano del Creador en la tierra, Dominic?

—Claro que sí, mi señora. Usted es la única.

—¿No nací y me crié para ser soberana por las leyes de sucesión, escogida por el Creador?

—No hay ninguna duda, mi señora. Usted es la legítima soberana.

—Eres un hombre del Libro, Dominic. Pregunto: ¿cuál es el castigo para cualquiera que se interponga en el camino de la elegida del Orden en asumir el cargo? ¿De alguien que gobernara incluso... *fuera del Orden*... en lugar de ella?

Él hizo una pausa.

—¿Dominic?

—La muerte, mi señora.

—Umm.

Otra vez le atravesó la mente la imagen de la cabeza de Rowan cayéndosele del cuello tajado.

—Y sin embargo te echaste impulsivamente hacia atrás cuando esta muerte se realizó. ¿Objetas las reglas del Orden?

—¡Nunca! Por fidelidad a mi palabra he servido al Orden toda la vida. Con diligencia, con la esperanza de la felicidad.

—Por consiguiente, ¿me jurarás lealtad?

—Por supuesto, mi soberana.

—¿Cómo puedo saberlo con certeza?

Dominic acababa de darse cuenta de que su propósito al acudir a Feyn se había invertido de alguna forma. Ahora él estaba bajo interrogatorio. El poder de ella como soberana era evidente incluso ahora.

—El Creador conoce mi lealtad —afirmó él—. Exíjame algo para que usted también la conozca.

La mujer lo observó inexpresiva, sus ojos negros inquietantes sin pestañear.

—Inclínate ante tu soberana.

Él bajó ambas rodillas hacia la gruesa alfombra en un solo movimiento.

Feyn se levantó, puso a un lado la copa y caminó hacia el hombre.

—¿Me das tu total lealtad?

—Sí, mi señora.

—El Creador me ha elegido para gobernar sobre ti como soberana. ¿Te someterás

a mi juicio y sabiduría en todas las cosas?

—Lo haré.

—Júralo.

—Lo juro.

Ella se acercó... tanto que él podría estirar la mano y tocarle el vestido de terciopelo. La mano femenina se apoyó en lo alto de la cabeza de Dominic, quien pudo sentir la calidez de ella a través de su cabello canoso. Otra vez el aroma a almizcle, condimentos, vino...

—Aunque quizás no comprendas mis acciones, te someterás a mí en todas las cosas, confiando en que soy leal al Creador —añadió ella en voz baja.

¿Por qué esta sensación de alivio, esta disminución del miedo que venía de modo tan claro?

—Sí.

—Aunque esto sobrepase tu comprensión y desafíe tu propia lógica y voluntad.

—Lo haré.

—Entonces haces bien —añadió ella deslizándole la mano por la mejilla, levantándole el rostro y mirándolo con un indicio de ternura—. Un día podría recompensarte con un regalo. Si lo hago, recíbelo con gracia.

—Lo haré, mi señora. Pero servirle es suficiente regalo.

El temor de él había desaparecido, reemplazado por una extraña y profunda paz. Sí. Sin duda aquí estaba la boca y la mano del Creador en la tierra.

—Te puedes levantar.

Dominic habría permanecido de rodillas hasta que se le entumecieran las piernas y ya no pudiera sentir los pies. Pero se irguió lentamente hasta quedar de pie y un poco mareado.

—¿Mi señora?

—Eso es todo, Dominic —respondió ella, agarrando de nuevo la copa de la mesa lateral.

—Gracias, mi señora —expresó él retrocediendo un paso e inclinando la cabeza.

Dominic salió cruzando la gruesa alfombra hacia las puertas dobles. Esta vez, cuando puso la mano sobre la imagen de la brújula, igual a la estampada en el otro lado, soltó una prolongada y lenta exhalación. Se le había aclarado la mente.

Ahora sabía dos cosas: Que al Creador se le conocía por su Orden. Y que Feyn era la voz de ese Orden. Él era devoto. Seguiría lo que ella demandara. Y la felicidad vendría a su paso.

—Ah, ¿Dominic?

—¿Mi señora? —contestó él, volviéndose.

Feyn estaba parada detrás del escritorio, una columna de terciopelo, la luz de velas calentándole la piel de marfil.

—Debes saber algo antes de salir.

—¿Sí?

—No traicionaré a mi hermano —aseveró ella descendiendo en la silla, con la mirada fija en él.

Feyn miró las pesadas puertas de bronce mucho después de que el líder del senado se hubiera ido.

Mucho después de que ella hubiera acabado el contenido de la copa de un solo trago. Incluso mientras la mano le descendía sobre el hombro.

Como ella sabía que iba a ser.

Volvió la cabeza mientras Saric se inclinaba y la besaba tiernamente. Pero no lo suficiente para que ella no sintiera el moretón en la mejilla.

—Lo hiciste bien, cariño.

Su necesidad de él la consumía. La necesidad de oír esas palabras, como si fueran la misma sangre que él le había dado. La había estado observando todo el tiempo. Desde que era niña sabía la existencia del pequeño corredor detrás de la pared encortinada tras el escritorio. Su propio padre, Vorrin, le había enseñado a permanecer en ese corredor durante muchas visitas estatales, a fin de que observara negociaciones a través de los años de su capacitación para este mismo cargo.

—¿Quedaste complacido? —preguntó ella.

—Cuán hermosamente... con qué poco esfuerzo, lo dominaste con tu charla de lealtad hacia el Creador.

—Así es —concordó Feyn, mirando al frente, deseando de algún modo que las cortinas se abrieran, incluso a la noche; ella se lo permitiría.

—¿Y quién es ese Creador?

—Tú, mi señor.

—Eso es correcto. Estoy impresionado con tu habilidad. Que quienes vengan a usarte crean que has caído en sus redes. Y en vez de eso ejerces tu oficio.

—Sí, desde luego —manifestó ella, volviendo la mejilla hacia la mano de él.

—¿Ves? Tienes talento natural, mi amor. Y un día nos será de gran utilidad.

—Gracias.

—Tengo algo de lo que te debo hablar —comentó Saric, asintiendo con la cabeza, sentándose en el borde del escritorio, y alejando la copa.

—¿Sí?

—Los mortales entraron a la ciudad por el norte.

—Entonces busquemos en el norte —contestó la joven pestañeando.

—Parece que ellos pueden oler nuestra sangre —advirtió él levantando la cabeza y mirándola.

¿Olerla? ¿Era posible eso? Entonces ella recordó la manera en que el nómada,

Roland, había retrocedido y girado la cabeza como atenuando un mal olor. La forma en que Rom se armara de valor la primera vez que se le acercó.

—Mis sangrenegras están en desventaja en la exploración. Hubo un incidente en un puesto de avanzada... falta un cuerpo entre los restos carbonizados. Supongo que los mortales capturaron a uno de mis hijos. Cualquier información que él les haya dado sería falsa... mis hijos están cuidadosamente entrenados y son totalmente leales. Pero me preocupa que lo hubieran podido agarrar.

Cuando Saric volvió a mirarla le brillaban los ojos con tal aterradora intensidad que hizo recordar a Feyn el más severo de las reprimendas de su hermano.

—Despacharás a quinientos de tus hombres hacia el norte. Guardias, vestidos de vagabundos. Recorrerán los desiertos y cañones en busca de cualquier señal de los nómadas. Al primer avistamiento vendrán a informar. Debemos localizar a esa gente. ¿Está claro?

—Como quieras, hermano.

Saric la miró fijamente por unos instantes. Luego levantó la mano y le acarició con el pulgar el debilitado moretón en la mejilla.

—Llámame Creador cuando estemos solos. Me agrada más.

—Como deseas, mi Creador.

Capítulo diecisiete

JORDIN SE LEVANTÓ TEMPRANO según los estándares nómadas. Temprano, y atribulada.

El amanecer se había dispersado hacia el valle horas atrás, iluminando las laderas y extendiéndose a lo largo de aquella hondonada. La luz solar salpicaba el agua del riachuelo poco profundo antes de extenderse a través de los redondos vértices de las yurtas y subir la gran escalera de las ruinas Bahar contra el muro oriental. Si el sol se mantenía el tiempo suficiente, para el mediodía las escalinatas de mármol blanco estarían brillantes. Y si el cielo se mantenía despejado durante toda la tarde, llegaría luz dorada más allá de las columnas de la antigua basílica e iluminaría el viejo vitral con fuego colorido.

El día estaba repleto de vida.

Pero Jonathan no se hallaba a la vista.

Jordin nunca fallaba en encontrarlo en alguna parte: río abajo, donde a veces iba a bañarse, o con los caballos, donde pasaba horas trenzándoles las crines y las colas, y poniéndoles los tantos adornos que le obsequiaban y que él mismo no podía usar por completo. En ocasiones, la chica hallaba a Jonathan en las laderas, esculpiendo, solo, o durmiendo cuando iba a las altas colinas en algún momento durante la juerga salvaje de la noche anterior.

Pero esta mañana no lo hallaba por ninguna parte. Adah, quien se levantó temprano a fin de cocinar para Jonathan y Rom, se había acercado a Jordin para preguntarle dónde estaba el joven. Lo había ido a buscar en la pequeña yurta que él poseía en el centro del campamento, pero no había indicio de que hubiera estado allí durante toda la noche. Cuando ella llegó al corral, descubrió que el caballo de él no estaba.

¿A dónde habría ido? Si Jordin no lograba localizarlo pronto, tendría que decírselo a Rom, lo cual oscurecería su papel como protectora. Bien que los demás no supieran el paradero de Jonathan, pero no ella.

Recorrió el borde del precipicio occidental, el norte del campamento, y subió las laderas. Exhalando lentamente, deseó deshacerse de un inicio de pánico y se obligó a ver al otro lado del valle más allá del campamento que despertaba al nuevo día.

Jonathan había estado en silencio desde que regresaran de Bizancio, anteayer. Jordin sabía que él quedó entusiasmado por la niña perdida, Kaya. Y por las amomias que habían visto en las afueras de la ciudad. Con una sola mirada a los ojos de él, ella supo que se hallaba profundamente atribulado en sentidos que nadie, quizás ni siquiera la misma Jordin, podía entender. El muchacho se había puesto la soledad como un manto desde que regresaron.

Jordin corrió a lo largo del borde del precipicio, luchando contra el miedo, una emoción muy extraña en ella en su época de mortalidad, pero una pesadilla

fácilmente recordada de sus años como amomiada. Toda la vida había temido ser abandonada, hasta el día en que encontró a Jonathan. Ahora lo que más temía era simplemente vivir sin él.

La chica recorrió el valle de norte a sur desde las caballerizas en el borde norte del campamento. A lo largo del riachuelo hasta la ampliación del valle, hacia el río principal que atravesaba todo el camino desde el desierto hasta la costa oeste, hacia el mar.

Estaba a punto de volver a dirigirse hacia el costado sur cuando vio de reojo la mancha negra a través de la luz solar, hacia el sur, subiendo a lo lejos. Se protegió los ojos del brillo del sol y los entrecerró para enfocarlos.

Un jinete. A menos de dos kilómetros de distancia, viajando al paso como si hubiera cabalgado durante horas. Entonces Jordin reconoció el tamaño y el color del caballo pardo, la postura del jinete...

Jonathan.

La joven se mantuvo inmóvil todo un segundo, con el corazón martilleándole en los oídos. Su primer pensamiento fue que él estaba a salvo. Gracias al Creador que estaba bien.

El segundo pensamiento fue que su soberano había ido lejos. A caballo. Muy lejos. Sin que nadie lo supiera.

Debía alcanzarlo primero. Tenía que estar a su lado cuando entrara al campamento. Debía saber dónde había estado.

Jordin corrió hacia el farallón rocoso desde donde había trepado a la cima de la colina, jurando nunca más volver a dejarlo solo durante más de una hora. No, tan cerca de su toma de posesión.

Voló a través de las laderas, con preguntas retumbándole en la mente. Bajó la última colina hacia el suelo del valle, corriendo casi un kilómetro a través de los bajíos del riachuelo, cortando por el campamento, saltando sobre hogueras de la noche anterior que aún ardían.

Las cabezas se volvían. Los niños dejaban de jugar para observar. Los guerreros miraban, las madres se volvían de sus quehaceres y les gritaban a sus hijos, quienes llegaban trotando detrás de Jordin. Verla corriendo por el campamento con tanta prisa era extraño y solo podía significar una cosa: Jonathan.

El jinete acababa de entrar por la parte sur cuando ella lo vio, su caballo a paso firme. La muchacha corrió más rápido.

Solo entonces vio que otros también miraban en la misma dirección. No solo estaban viendo, sino que parecían afirmados al suelo. Fijos. Ella llegó a los peldaños de las ruinas cuando se dio cuenta de que todo el mundo miraba hacia allá.

Él no estaba solo.

Jordin se detuvo en seco junto a una docena más de nómadas, reunida para ver el

regreso del hombre. Allí, en las ancas del caballo, se hallaba una segunda figura. Más pequeña, mirando alrededor del jinete, agarrándolo por la cintura. Un niño, de apenas doce años, si acaso.

El olor golpeó a Jordin como una ráfaga de viento.

Amomiado.

Traer a cualquier amomiado al valle era una violación expresa de la ley nómada. Además de los espías que venían a ver a Rom, ella nunca había visto un amomiado fuera de Bizancio desde que el último se había vuelto mortal. Eso fue antes de la moratoria, años atrás.

Una figura salió al claro por delante de la escalera de la ruina, largas cuentas le brillaban en el cabello, seguida de cerca por otra. Jordin sintió un escalofrío en los brazos.

Maro el radical.

La joven corrió al frente mientras otros varios salían de sus yurtas, tapándose las narices con ropa o con las manos.

—¿Qué es ese hedor a muerte? —preguntó alguien detrás de ella.

—¡Un amomiado! —exclamó una voz muy conocida por Jordin: Rhoda, la conflictiva herrera que le daba tan duro y tan a menudo al vino como al acero—. Oh, Creador... Ha traído un amomiado al campamento...

El muchacho no desaceleró el paso, ni demostró ninguna preocupación. Portaba una máscara de clara resolución, como si las miradas impresionadas no tuvieran nada que ver con él.

Pero Jordin sabía mejor que nadie. Su soberano podría estar en silencio la mayor parte del tiempo, pero su inteligencia era superior en sentidos que pocos conocían tan bien como ella. Además, los poderes de observación en él eran incluso más agudos que los de Roland.

Ella se dio cuenta de eso por primera vez dos años atrás, cuando se hallaban en el puesto de observación en lo alto con las piernas colgando sobre el precipicio, observando el campamento muy por debajo. Después de media hora de silencio, Jordin enfrentó una inquietud.

—¿Mi soberano?

—¿Sí?

—¿Te puedo hacer una pregunta?

—Si primero puedo hacerte otra —contestó él, mirándola, con la boca sonriente.

—Por supuesto —concordó ella, añadiendo luego—. Mi soberano.

—¿Me llamarás Jonathan en vez de soberano? —pidió él.

Jordin creía más apropiado el título más formal, especialmente de parte de alguien sin posición como ella.

—¿Jonathan?

—Me gusta la forma en que lo dices.

—Jonathan.

—Gracias —dijo él con una amplia sonrisa.

En retrospectiva, Jordin pensó que se había enamorado de él en ese momento, mirando al interior de esos ojos brillantes color avellana, los cuales nunca se apartaban de los de ella.

—Tu turno.

—¿El mío?

—Tu pregunta.

—Ah... sí. Me estaba preguntando, ¿qué pasa por tu mente cuando observas el campamento por tantas horas?

Él bajó la mirada hacia el valle, absorto de nuevo en sus pensamientos por algunos segundos.

—Hay mil doscientos once mortales vivos hoy día. Todos viven en este valle. Diecisiete están ahora en el río, bañándose. Quinientos cincuenta y tres que he visto se han aventurado a salir de sus yurtas esta mañana. Casi setecientos aún duermen, la mayoría de los cuales se acostaron en las primeras horas de esta mañana. Trescientos doce danzaban anoche alrededor de la hoguera... —afirmó él, y entonces la miró—. Conozco todos sus nombres.

Jordin estaba asombrada de los poderes de observación de Jonathan, de la agudeza de su memoria.

—Pienso en cada ser que ha recibido mi sangre, Jordin. Están atados para siempre a mí. Y algún día su número será más de lo que yo pueda contar. Me preocupa que no los pueda conocer a todos —expresó con ojos húmedos—. ¿Qué tal si les pierdo la pista?

O quizás fue con esas palabras y esas lágrimas con las que ella se había enamorado de él.

Ahora ese mismo joven entraba cabalgando en el pueblo sobre su caballo y un niño atrás con el rostro vuelto hacia la espalda de Jonathan, dedos blancos agarrándolo por la cintura. Su soberano, a quien amaba más que a su propia vida, estaba trayendo un amomado entre los mortales. Uno cuyo nombre él nunca olvidaría.

El jinete se detuvo al lado de los escalones hacia las ruinas del templo, a diez pasos de un arco formado por los expectantes observadores. Maro dio dos pasos al frente y se detuvo. El primo de Roland tenía cabello oscuro, nariz aguileña, y era famoso por sus flechas con hendiduras que chillaban cuando se las ponía a volar.

El silencio permaneció entre ellos. El caballo movió su cola trenzada, ajeno a todo.

—¿Qué significa todo esto? —preguntó finalmente Maro.

—Su nombre es Keenan —informó Jonathan—. Necesita nuestra ayuda.

Jordin se adelantó con cuidado hasta colocarse exactamente detrás del hombro derecho de Maro, ya molesta por el tono del guerrero. Detrás de Jonathan, Keenan había levantado la despeinada cabeza rubia y comenzaba a mirarlo temerosamente.

—Es un amomiado —advirtió Maro sin levantar la voz—. Traer un amomiado a nuestro perímetro está prohibido estrictamente.

Jonathan consideró a Maro por un instante, y luego levantó a Keenan en silencio y lo bajó de la silla antes de apearse detrás del pequeñuelo quien, cabeza y media más bajo que Jonathan, estaba temblando. El amomiado más cerca del puesto de avanzada que Jordin conocía estaba casi a cuatro horas de viaje a caballo. ¿Estaba el joven soberano buscando expresamente amomiados para traerlos?

Jonathan se inclinó hacia delante y susurró algo al chico, pero antes de que Jordin pudiera preguntar qué le dijo o de que ella pudiera moverse hacia ellos, Maro se adelantó. El amomiado dio un paso atrás, el sucio rostro lleno de miedo.

—La ley nos protege a todos —indicó el radical asintiendo hacia Jonathan—. Nadie está por encima de ella.

—Recuerda a quién le estás hablando —declaró tranquilamente Jordin entre dientes.

—¿Reproche de parte de la hija de un desertor? —objetó Maro volviéndose y entrecerrando los ojos.

Ella sintió que el rubor le corría por el rostro y lo acaloraba.

—¿Qué es esto? —inquirió Rhoda, la herrera, uniéndose a la refriega.

—Jonathan ha traído un amomiado al campamento —anunció Maro, yendo hacia la derecha de Jonathan, como para flanquearle el paso.

Con seguridad, él no tenía intención de confrontarlo realmente. ¿Cómo podía algún mortal reprender a Jonathan?

—¡Retrocede! —exclamó Jordin con voz fuerte y profunda, moviéndose al lado de Maro.

—¿De qué sirve la vida si la ruina nos encuentra antes de que la sangre en nuestras venas haya llegado al poder?

—¿La sangre en tus venas? Esa sangre en tus venas no es tuya. ¿Cómo te atreves a cuestionar a tu soberano?

—Es nuestra sangre la que nos permitirá gobernar a un mundo de amomiados muertos. Y es nuestra ley la que protege a los mortales hasta que podamos conseguirlo. La defenderemos hasta la muerte —advirtió Maro, e hizo sobresalir la barbilla hacia el muchacho amomiado—. *Contra* los muertos.

El hombre se volvió y miró hacia la multitud.

—Díganme si estoy equivocado.

Seriph, el miembro de rango en el consejo, ya se había unido al círculo de

espectadores.

—Que los muertos entierren a sus muertos —declaró tranquilamente Jonathan—. Pero yo le daré vida a Keenan.

—¿Rompiendo la ley? —exigió saber Maro; mirando luego a Seriph—. ¿Qué dices tú?

El silencio se asentó en el valle. Hasta la brisa pareció prestar atención. Nunca había habido un enfrentamiento directo como este dentro del campamento, o entre algún hombre y Jonathan. ¿Dónde estaban Rom o Roland para poner orden?

—La ley es clara —pronunció Seriph mirando al pequeño amomiado, aparentemente escogiendo las palabras con mucho cuidado—. Ningún amomiado puede entrar al valle Seyala sin la aprobación del consejo. A nadie más se le dará vida hasta que Jonathan suba al poder.

—Él rompió la ley al traer aquí a un amomiado. Dime si no es verdad.

Seriph titubeó. Acusar a un soberano de romper la ley era algo inaudito. Hasta los nómadas sabían eso. El radical parecía muy consciente de que sus palabras podrían ser las primeras de esta clase articuladas en público por un miembro de rango en el consejo.

—Él rompe la ley —decretó en voz baja Seriph.

—Él rompe la ley —repitió Maro, más audaz ahora, yendo de nuevo hacia la derecha y regresando, como un juez delante de un prisionero.

—¡Él es nuestro soberano! —gritó Jordin, con ardiente indignación en las venas.

—Nuestro valle no se convertirá en una tumba para muertos —declaró Maro—. Para todo amomiado en fila a fin de obtener una vida que ni siquiera entiende. ¡Y no contaminaremos el campamento con fetidez de amomiados!

Maro sacó el cuchillo de su funda y corrió hacia el pequeño sin brindar ninguna explicación.

Jordin supo lo que ocurriría antes de que pasara... lo supo en el momento en que Maro se movió.

Ella supo que Jonathan se movería para proteger al chico, a pesar de las intenciones de Maro. Lo cual hizo, audazmente y sin compromiso.

Jordin supo que debía intervenir entre ellos para proteger a su soberano. Se volvió sobre Maro, quien tuvo la audacia de intentar acuchillarla. Creador, ¿se había vuelto loco el hombre?

La joven se arqueó hacia atrás, el acero silbándole a pocos centímetros de la barbilla, con su propio cuchillo al instante en la mano.

En el borde del círculo Seriph miraba estupefacto. Más allá de ellos, Triphon y Rom corrían hacia la trifulca. Roland detrás. Cruzaban el campamento a toda prisa, pero no lo suficientemente rápido.

—¡Hereje! —exclamó Maro entre dientes, girando hacia la izquierda.

Jordin sabía que Maro hacía esto deliberadamente para alejarla de Jonathan, por lo que giró sobre los talones y no cedió su terreno.

—¿Sabes qué creo, Maro? Que el día antes de que te volvieras mortal apestabas dos veces peor que este chiquillo.

Los ojos de él se entrecerraron, los músculos a lo largo de los hombros se le tensaron junto con las piernas. Jordin se preparó para contraatacar, pero con un súbito grito, el chiquillo amomiado salió disparado detrás de ella.

—¡Retrocede! —gritó la joven.

Demasiado tarde. Maro se abalanzó hacia el chico. Jonathan voló entre ellos mientras Jordin se arrojaba acuchillando hacia arriba. Esto no era ningún entrenamiento... el ataque de Jordin fue a los tendones. El cuchillo de Maro salió disparado, pero su brazo, aun dando un giro completo, conectó con Jonathan. La mano de Maro golpeó la mandíbula del soberano, apartándole la cabeza a un lado y lanzándolo tambaleándose sobre el chiquillo.

Entonces Rom se abalanzó sobre Maro, llegándole por detrás. Lo empujó hacia delante y le cayó sobre la espalda, lo agarró del cabello y le golpeó la frente contra la tierra dura con tanta fuerza como para romperle la nariz con un crujido audible. No una vez sino dos.

Maro quedó inmóvil. Jordin podía oler vida en él, quien gracias al Creador estaba inconsciente.

Con la rodilla aún en la espalda del radical, Rom le levantó la cabeza mostrando el grotesco rostro ensangrentado del hombre. El líder respiraba irregularmente, no por la excesiva fuerza, sino por furia. Jordin nunca antes le había visto esa mirada en la cara.

—¡Nadie toca al soberano! —aulló Rom, aflojando luego el cabello de Maro y dejándole caer la cabeza con un ruido sólido y sordo—. ¿Está claro?

Los allí reunidos no tuvieron argumento.

—Llévate a este necio —ordenó dirigiéndose a Roland—. Mira que sea castigado. No se volverá a acercarse a Jonathan a menos de veinte metros o juro que lo encadenaré o le haré algo peor aun.

El rostro de Roland se puso como una piedra, pero asintió bruscamente.

Detrás de Jonathan se oía el suave lloriqueo del chico amomiado. Rom examinó al chiquillo por un instante, pero cuando habló a continuación no se dirigió a Jonathan.

—Lleva a ese amomiado otra vez al lugar de donde vino.

Jordin pestañeó. Rom se había dirigido a ella. La joven miró a Jonathan. Apenas dos mañanas antes el líder se había inclinado ante el deseo de Jonathan de convertir a un sangrenegra... sin importar lo mal que esto terminara.

—Pero...

—No voy a complicar nuestra misión. Hay mucho más en juego aquí que un amomado. Haz como digo.

Jordin logró verlo entonces: la tensión alrededor de los ojos. La oscura evidencia del desvelo en las líneas de los rabillos frunciéndose más profundo de lo normal. La tensión alrededor de la boca.

Ella miró del chico a Jonathan, cuyos ojos se posaron en los suyos por un instante. Luego asintió una vez con la cabeza...

Jonathan se apoyó sobre una rodilla, se inclinó y susurró al chiquillo, por cuyo rostro bajaban lágrimas. Entonces Jonathan se levantó y con una sola mirada a la joven atravesó la multitud, la cual rápidamente se separó ante él.

Jordin volvió a vacilar, hecha pedazos entre obedecer a Rom e ir tras Jonathan.

—Yo me encargaré de Jonathan —expresó Rom, en voz muy baja para que nadie más oyera.

Jordin asintió con la cabeza. Armándose de valor por el hedor, agarró tiernamente al muchacho por la mano.

—Ven —dijo—. Vamos a buscar mi caballo.

El chiquillo temblaba mientras ella lo llevaba. Jordin no necesitó mirar hacia atrás para darse cuenta de que más de una dura mirada la seguía.

O para saber que Saric y sus sangrenegras ya no eran la única amenaza para la soberanía de Jonathan.

Capítulo dieciocho

SARIC RECORRÍA EL PASILLO central de la vacía sala del senado, brazos cruzados a la espalda, túnica negra ribeteada de rojo cayéndole suavemente alrededor de los pies. Sus ojos se levantaron sobre los majestuosos tapices en las paredes hacia la enorme llama siempre viva del Orden. Feyn caminaba a su lado, a medio paso detrás.

Hoy él la había vestido de blanco.

Un día, él reasumiría el cargo de soberano que antes ostentara por poco tiempo, y ella volvería a estar en la tumba. O quizás él la conservaría en letargo. Aún no lo había decidido.

—¿Hermana?

—¿Sí, hermano?

—¿Es ese quien soy yo? —preguntó mirándola por encima del hombro mientras caminaban.

—Tú eres mi creador —respondió ella mirándolo una vez, y volviendo a mirar al frente.

—No lo vuelvas a olvidar, por favor.

—No, creador.

—También me puedes llamar maestro.

—Como gustes.

—Maestro.

—Maestro.

Saric la guió por el pasillo y la subió al estrado. Hacia la blanca mesa de mármol en el centro. Miró alrededor y enfrentó la gran cámara, con los brazos aún cruzados a la espalda.

—Aquí es donde te formé —anunció.

Ella examinó la mesa con ojos oscuros. Tenía el rostro empolvado, lo que le hacía la piel pálida aun más clara que cuando estaba desnuda, las venas negras por debajo como delgadas garras extendiéndosele hacia el cuello, listas para estrangularla ante la orden de su hermano.

—Aquí es donde te di el regalo de vida —repitió Saric volviéndose y pasando ligeramente la mano por la superficie de la mesa—. Fue aquí donde te ordené vivir. ¿Cómo te hace sentir esto?

—Eternamente agradecida —contestó ella titubeando.

—Y sabes que quien da vida también puede quitarla. Porque aquellos que conocen la forma más pura y plena de vida comprenden que ese poder es la expresión más grandiosa. De este modo la vida que ofrezco es mucho más fabulosa que cualquiera que puedan conocer los mortales. Yo sirvo a esa verdad. ¿Entiendes?

—Sí.

—Si alguna vez llego a encontrar una vida superior la abrazaría con vigor igualmente mayor.

—Sí, te creo.

—Bien —enunció Saric levantando la mano y volviendo a pasar el dedo índice por la mejilla de Feyn—. Hoy tengo un regalo muy especial para ti, querida. Al principio podría ser doloroso, pero te aseguro que te lo doy únicamente por tu bien. ¿Cómo te hace sentir eso?

—Te serviré como mejor te parezca y para que estés complacido.

—Entonces aceptarás este regalo con mucho agradecimiento, como hiciste al aceptar mi vida. Insisto.

Ella agachó la cabeza.

—Bien —continuó él alejándose de la mesa y volviendo a juntar las manos—. Tus exploradores fueron más eficaces de lo que yo esperaba. Te elogio por eso.

—¿Tuvieron éxito?

Saric miró hacia la entrada lateral, donde uno de sus hijos esperaba su orden, y asintió. El guerrero inclinó la cabeza y desapareció detrás de la cortina.

—Dos de ellos identificaron y reportaron a uno de estos mortales al norte de la ciudad. Pudieron enviar noticias y matarle el caballo antes de que el hombre lograra escapar. Mis hombres lo capturaron esta mañana en un desfiladero.

Feyn no demostró emoción. Bien.

La cortina se dividió y emergieron dos sangrenegras, sosteniendo una forma combada y casi desnuda entre ellos. Los seguía Corban, deslizándose con inquietante paso detrás de ellos.

El explorador mortal estaba demasiado débil para mover los pies o sostener la cabeza en alto, pero Saric se había asegurado de que estuviera consciente. El mortal gimoteó ahora mientras lo arrastraban sobre el estrado y lanzaban su apaleado cuerpo sobre la mesa de mármol.

Los guardias se apoyaron cada uno en una rodilla, inclinaron las cabezas, y retrocedieron rápidamente un paso.

Saric prestaba atención mientras Feyn observaba el cuerpo, con expresión carente de emoción. Solo dos días, antes el cuerpo sobre el altar había sido el suyo, inerte antes de que él le diera su sangre. Ahora había otro ser luchando por respirar sobre esa helada superficie, el cuerpo sangrante del mortal, con los ojos casi cerrados por la hinchazón, los dedos de pies y manos aún asolados por las abrazaderas que le habían puesto.

Saric caminó hasta el borde de la mesa en que se hallaba el supuesto mortal, bajando la mirada hacia un tajo en la caja torácica del hombre. La sangre no parecía distinta de la de cualquier otro humano. Y sin embargo, contenía la sangre de Jonathan.

—¿Su nombre?

—Pasha —contestó Corban.

—Pasha.

Por un instante, Saric sintió una punzada de empatía por este individuo herido que yacía delante de él.

Sin duda, el hombre tenía esposa y seres queridos. Solo estaba haciendo lo que se le pidió, igual que los propios hijos de Saric, el sujeto estaba subordinado a su propio creador, Jonathan. El niño que había nacido con vida en su sangre. Una vida que algunos creían más fuerte que la del mismo Saric. No era a este hombre delante de él, sino a Jonathan, a quien aborrecía por la promesa de una mortalidad que estaba en conflicto con la suya propia.

La empatía por la frágil forma se hundió debajo de una negra oleada de furia. Pero Saric ya no era un hombre dominado por la emoción. Respiró firmemente.

—¿Te ha dicho lo que necesitamos saber?

—No, mi señor. Pero ha accedido a contarnos. Esperamos como usted ordenó.

—Bien. Despiértalo.

Corban sacó una jeringa de su bolsa, se acercó a la mesa, e inyectó al mortal en el cuello. El hombre se quedó quieto por un momento... antes de que la boca se le abriera y los ojos también intentaran abrirse en lo que habría sido una mirada abierta del todo de no haber estado tan golpeados. Por decirlo de algún modo, esos ojos se las arreglaron para abrir solo un poquito los párpados.

—El tipo debería estar bastante dispuesto —anunció Corban retrocediendo, satisfecho.

Saric se volvió hacia Feyn, quien ya observaba al mortal con aparente falta de pasión.

—Él está vivo, Feyn. Donde una vez estuviste muerta, este hombre yace vivo.

—Sí, maestro.

Entonces rodeó la mesa, pasando un dedo a lo largo del hombro del individuo y sobre el cabello hasta llegar a su otro lado, opuesto a Feyn. Sintió la mirada de ella constante sobre él.

—Pasha —dijo Saric inclinándose hacia delante—. ¿Puedes oírme?

El hombre movió una vez la cabeza, ligeramente.

—Te voy a hacer algunas preguntas. Si las contestas sin la más leve vacilación te enviaré de vuelta hacia tu gente como advertencia. Si titubeas aunque sea una sola vez, supondré que me estás resistiendo y te mataré allí donde estás. ¿Entendiste?

Otra vez el leve asentimiento. Un temblor en la mano del hombre sobre el borde de la mesa, igual a parálisis.

—¿Sabes quién soy? Háblame.

El mortal intentó hablar, medio aclarando la garganta, luego emitió una sola

palabra rasposa.

—Sí.

—Además estás familiarizado con mis hijos. Comprendo que pueden ser bastante crueles. Pero al menos sabes que queremos conseguir lo que decimos. Así que cuando afirmo que te mataré, lo digo en serio.

Él hombre asintió con la cabeza.

—Dilo.

—Sí —articuló el mortal temblando.

—Bien. Dime, Pasha, ¿cómo se hacen llamar ustedes?

—Mortales.

—Así es, mortales. ¿Y creen estar vivos los mortales?

—Lo estamos.

—Dime cómo llegaste a tener esta vida.

—Me... dieron la sangre —balbuceó el hombre apenas más fuerte que un susurro.

—¿Sangre de quién?

—De Jonathan.

—Dime qué evidencia tienes de estar vivo —ordenó Saric levantando la mirada hasta toparse con la de Feyn—. ¿Qué cambió cuando recibiste su sangre?

—Vi... vine a la vida. Sentí nuevas emociones. Vi nuevas cosas. Comprendí.

—¿Y comprendes que Jonathan no puede ser soberano? ¿Que Feyn Cerelia es soberana, y que si ella muere entonces yo, no Jonathan, sería soberano?

El mortal pareció confundido.

—No, no lo creo —continuó Saric—. Pero ahora comprendes que no temo a ningún mortal, incluyendo a Jonathan, quien no es soberano sino súbdito de Feyn. Entiende también que aseguraré la paz entre todos aquellos que viven, dentro o fuera del Orden. ¿Puedes aceptar eso, Pasha?

—Un asentimiento con la cabeza.

—Dilo, por favor.

—Sí.

—Sí. Parece que no querías someterte antes a esa paz. Siento mucho que hayan tenido que persuadirte como lo hicieron, pero estas heridas sanarán. Ahora estás demostrando tu disposición de trabajar hacia una paz duradera al ser confiable. ¿Comprendes?

—Sí.

—Bien. ¿A cuántos mortales de tu clase les ha dado Jonathan su sangre?

—A más de mil.

—¿Solo a mil? ¿Cuántos pueden pelear?

—Setecientos.

—Solo setecientos. ¿Tan pocos? ¿Por qué?

—Hay... una moratoria... en cuanto a hacer nuevos mortales.

La confesión era curiosa. ¿Por qué? Saric creía que según cualquier razonamiento lógico sentiría la necesidad de levantar un ejército.

—Bien entonces, parece que ustedes los mortales no tienen intención alguna de hacer daño. Puedes entender por qué el secreto de ustedes pudo habernos hecho creer lo contrario.

Saric volvió a mirar el tajo en las costillas del hombre, aún supurando sangre. ¿Era posible que pudiera haber un poder más grande que el suyo propio en el rojo vital? La idea era intolerable, ofensiva. Alejó la mirada.

—¿Dónde está tu gente?

Esta vez el mortal titubeó.

—Cualquier sujeto que oculta información demuestra hostilidad. ¿Debería suponer que eres enemigo de la soberana?

—No.

—Entonces dime.

—En el valle Seyala —confesó el mortal, cuya mirada pareció ir hacia Feyn y regresar dentro de sus cuencas heridas.

—Nunca lo había oído. ¿Dónde está?

—A un día a caballo hacia el noroeste, donde el río Lucrine recorre los páramos.

Saric conocía el valle por otro nombre. ¿Se movían entonces estos mortales por su propio mapa?

—¿Cuántos están allí? ¿Todos?

—¿Me soltará usted?

—Te he dado mi palabra.

El hombre volvió a titubear, luego asintió.

—Bien —declaró Saric volviéndose hacia Brack, capitán de la guardia élite—. Devuelve el mensaje a Varus. Reúne al ejército para marchar al anochecer.

—Sí, mi señor —respondió el capitán haciendo una reverencia—. ¿Cuántas divisiones deberíamos...?

—¡Todas ellas! Diles que yo dirigiré y que me esperen.

—Sí, mi señor.

El sangrenegra giró sobre sus talones y salió a un ritmo rápido.

Saric volvió su atención hacia Feyn, quien aún miraba al mortal.

—Quiero que mates a este hombre, cariño. Deseo que le abras el pecho y le saques el corazón.

Los ojos oscuros de ella se elevaron, desorbitados.

Saric la analizó. La lealtad casi siempre se podía ver en los ojos, pero la acción siempre expresaba toda la verdad.

—Corban, dale el cuchillo.

El alquimista sacó de una vaina de debajo de la túnica una larga hoja de sierra y colocó la empuñadura en la mano de Feyn. Ella la agarró sin titubear.

—Por favor... —balbuceó ahora el mortal, con el pecho jadeante en necesidad de aire, la voz ronca y demasiado alta—. Se lo ruego... envíeme como una advertencia, lo que sea...

Feyn no se movió.

—¿Recuerdas quién te dio vida sobre este altar? Dime.

—Tú, maestro —contestó ella con voz frágil.

—Y quien da vida también la puede quitar. Este hombre sirve al mortal que te quitaría el trono y que ofrece vida en mi lugar. ¿Lo sirves a él o a mí?

—Te sirvo a ti.

—Entonces haz como digo, cariño.

El pecho de Feyn subía y bajaba rápidamente. El sudor le perlaba la frente. Un temblor le sacudió el dobladillo de las blancas mangas.

—¿Matarlo? —inquirió ella.

—Por mí, amor mío.

—¿Ahora?

—Ahora.

La soberana asintió levemente con la cabeza, fue hasta la mesa y levantó la hoja por encima de la cabeza. Con los ojos fijos en Saric gritó y clavó el cuchillo con ambas manos en el pecho del mortal debajo de ella.

Capítulo diecinueve

EN DOS DÍAS, LAS enormes fogatas delante del templo arderían tan altas como las antiguas columnas que se levantaban por encima. Las crecientes pilas de madera ya tenían el tamaño de una pequeña yurta, y serían aun más grandes para cuando las fogatas se prendieran la noche de la Concurrencia anual. Cazadores habían salido en busca de jabalíes, liebres y de todo lo que pudieran traer. El foso asadero se había cavado en el borde del campamento y estaba alineado con carbón, y pronto el olor a carne asada enviaría gruñidos a cada estómago en el campamento.

Ya habían sacado el vino de la profunda grieta en la fachada del precipicio donde lo guardaron al quitárselo a la última cuadrilla de transporte que Roland había asaltado antes de que reubicaran a todo el campamento en el valle Seyala. Lo habían almacenado aquí, intacto, en anticipación a la Concurrencia. Durante siglos, el evento anual había reunido a facciones nómadas dispersas por todos los continentes a fin de relacionarse con el fin de tener tratos comerciales, matrimonios y por encima de todo para la evocación del Caos. De este modo, los nómadas celebraban la vida como se conociera en esa antigua época: maquinal, sin emoción, lo mejor que los amomiados podían alabar aquella existencia.

Estos últimos años, la Concurrencia había tomado un ritmo resueltamente más frenético. Las pequeñas bandas de cien o doscientos nómadas que se reunieran el año en que Jonathan se unió a la tribu de Roland no se habían vuelto a aislar. Novecientos nómadas en total que ya no necesitaban viajar largas distancias para reunirse, que ya no se reunían en recuerdo del Caos, sino en celebración de la vida.

Vida mortal por medio de la sangre de Jonathan.

Una vida que apenas un día y medio antes Rom supo que se estaba acabando de manera vertiginosa.

El líder hizo una pausa en medio del campamento, con la mirada perdida en los restos de la hoguera de la noche anterior. Había ardido menos de lo normal, pero en la noche de hoy ardería aun menos en preparación para la gran fogata que venía la noche siguiente. La celebración prometía ser la Concurrencia más hedonista y frenética a causa de la expectativa por el ascenso de Jonathan al trono soberano... por razón del reino venidero. Nueva vida a punto de invadir al mundo muerto.

Pero ahora al mirar las brasas, Rom solamente sentía miedo.

Roland había salido en su audaz misión de conseguir a Feyn. Se habían enviado a cien guerreros como exploradores, dejando vulnerable al campamento. Todo esto por el bien de Jonathan.

Rom necesitaba verlo. Necesitaba poner la mirada en el muchacho con naturaleza misteriosa que era tan ingenuo como inteligente. Necesitaba mirarlo y recordar el día en que, siendo un chiquillo, lo viera por primera vez en secreto. Necesitaba

recordarse que este era el niño profetizado por Talus. Sin duda, la profecía se haría realidad.

Desde luego que así sería. La misma existencia de Jonathan era prueba de que todo por lo que Rom había vivido y luchado en estos nueve años llegaría a suceder de algún modo.

Caminó aprisa hacia la yurta de Adah, impaciente por Triphon, quien había ido a buscar al muchacho una hora atrás. ¿Por qué tardaba tanto?

Diez minutos después estaba sentado en la mesa de Adah ante la insistencia de ella, con un tazón de estofado de conejo y una taza de leche fermentada de yegua frente a él.

Al ver a la anciana nómada salir corriendo para revisar algo que cocinaba en el horno exterior, Rom no pudo dejar de pensar en Anna, su madre, quien no llegó a conocer la vida, y él solo podía esperar que ahora ella conociera la felicidad. El pensamiento lo debió haber consolado, pero más bien le produjo ansiedad. Demasiados habían muerto: Anna, la madre de Jonathan, el primer custodio anciano que le entregara a Rom el frasco de sangre ese día de hace nueve años...

Avra.

Demasiados, y sin embargo él no podía deshacerse del temor de que podrían ser pocos en comparación con el costo que les esperaba en los días venideros.

Al habersele ido el apetito, se obligó a comer, la primera vez que lo hacía desde inicios de la mañana de ayer, antes de la debacle con el amomiado y el comportamiento cada vez más desacertado de Jonathan.

Adah regresó a la tienda y Rom forzó una leve sonrisa y un guiño.

—Delicioso como siempre, Adah.

La mujer sonrió y comenzó a rellenarle de nuevo el tazón.

—Por favor, he comido suficiente —rechazó Rom extendiendo la mano.

—Tonterías, querido. Come. Te vas a marchitar y te llevará el viento —advirtió ella sirviéndole un humeante guiso en el tazón.

No se le podía decir no a Adah. Rom asintió obedientemente, hundió la cuchara en el guisado caliente y estaba a punto de consumir un bocado cuando la puerta se abrió de par en par.

Allí estaba Triphon, con la frente arrugada.

—Ha desaparecido.

—Jordin...

—Ella también ha desaparecido.

—¿Qué quieres decir con «desaparecido»?

—Que los dos se han ido —explicó el fortachón meneando la cabeza, las trenzas moviéndosele sobre los hombros—. Tampoco están sus caballos.

—Yo pude haberles dicho eso —anunció Adah, volviéndose de la tetera.

—¿A qué te refieres?

—Ellos vinieron temprano por alimentos... no mucho, solo un poco de carne seca y queso. Les dije que iba a hacer un guisado, pero él contestó que no regresarían a tiempo para cenar esta noche.

Rom parpadeó, mirando a Triphon, quien tenía sombrío el rostro.

—¿Esta noche? ¿A dónde fueron?

—¿Preguntas a dónde va Jonathan? —exclamó ella encogiendo los hombros—. A donde quiera. Él es soberano.

—¡No lo será si no lo encontramos y lo ponemos en ese trono! —gritó Rom, mirando a Triphon—. ¿A dónde crees?

—¿Al puesto amomado de avanzada?

—No. Estarían de vuelta en la tarde —explicó Rom pasándose una mano por el cabello y adelantándose a Triphon, consciente de tener al gigantón pisándole los talones.

Atravesó el campamento, haciendo caso omiso de quienes se detenían para mirarlo y a unos pocos que querían saludarlo. Se detuvo en la yurta del custodio solo el tiempo suficiente para meter la cabeza y confirmar que el anciano no estaba allí.

—El templo —declaró Triphon.

Entonces Rom corrió hacia las ruinas, subió a toda prisa los escalones, atravesó las columnas y se dirigió hacia el santuario interior.

No se detuvo en la sala trasera, sino que se abrió paso más allá del altar cubierto de seda con el Libro de los Mortales encima. Hasta la pared trasera de la cámara y la pequeña puerta, adaptada para encajar exactamente en la abertura. La cerradura estaba abierta.

Bajó corriendo las escaleras y bajó a la sala de roca calcárea, con las fuertes pisadas de Triphon detrás de él. La luz de los farolitos titilaba en el fondo.

El final de las gradas se abría hacia una sala más pequeña: la seca bodega y lugar de trabajo del viejo alquimista, a salvo de los elementos.

El anciano estaba ante una mesa metálica frente a una colección de frascos y estantes de muestras. Tenía abierto su libro y la pluma en la mano, y se veía gran cantidad de papeles arrugados y tirados en el suelo. Rom observó el aspecto demacrado del hombre y se dio cuenta de que había estado trabajando toda la noche.

—Haga lo que haga, por la vida que hay en mí, no puedo imaginar lo que le está sucediendo a la sangre de él. No puedo determinarlo con precisión. Tampoco puedo revertirlo. ¡Ni detenerlo!

—Tenemos otro problema —informó Rom.

El anciano suspiró, como si no pudiera haber otro problema peor.

—Jonathan se ha ido.

—¿Ido? —objetó el viejo levantando la mirada y pestañeando—. ¿A dónde?

—Estoy orando porque lo sepas. Fuiste el último en verlo, cuando le tomaste la última prueba. ¿Dijo algo, como si quisiera irse del todo del campamento?

El anciano custodio meneó vagamente la cabeza, unas sombras le jugueteaban en las arrugas debajo de los ojos.

—Dijo muy poco. Preguntó acerca del Orden, y de Bizancio. Pero lo que sí sé de Bizancio es que él nunca viviría allí. Quería saber respecto de los muertos...

—¿Los amomados?

—No, los que van a morir. Los que tienen defectos, llevados a la muerte.

—¿La Autoridad de Transición? —preguntó Rom intercambiando una mirada con Triphon.

—Sí, sí. La Autoridad de Transición. Eso fue. Él quería saber lo que les sucedía y qué se necesitaría para salvar... —expresó el viejo e hizo una pausa—. Manifestó que le gustaría ayudarles.

En un instante, Rom subió las escaleras y salió a toda prisa del santuario interior. Atravesó las columnas de la antigua basílica, con Triphon a su lado, gritando que se dirigieran hacia sus caballos.

—No. Roland no está aquí —expuso Rom—. Y la mitad de sus hombres se han ido a explorar. Te necesito aquí...

—No te voy a dejar solo —objetó el hombre más alto—. El peligro está allá afuera... no aquí. Caleb es un guerrero de rango. Él se hará cargo...

Entonces salió corriendo hacia los corrales de los caballos.

¡Jonathan no tenía idea de las costumbres en una ciudad como Bizancio! No tenía ningún sentido lo que estaba haciendo. Él era ingenuo, distraído por la compasión, inconsciente del peligro hacia sí mismo. Incluso con Jordin y Roland, apenas lograron escapar de la ciudad la última vez.

Tardaron solo cinco minutos en llegar a los corrales y asegurar el agua y la comida que necesitarían.

El angustiado líder lanzó cantimploras sobre su silla, hizo a un lado al joven que le preparaba el caballo, y él mismo encinchó.

—¡Triphon! —gritó—. ¡Ya!

Capítulo veinte

EL CLARO AL OCCIDENTE del bosque era muy conocido para Roland y sus nómadas de rango. Habían llegado aquí, lejos del campamento de mortales, numerosas veces en el último año para dialogar respecto a las necesidades y prioridades del pueblo bajo su cuidado directo. No es que se diferenciaban mucho de las necesidades de los custodios, pero como su príncipe, el primer llamado de Roland era para los suyos.

Hoy la situación en su mente era clara: el destino de los nómadas se debía cumplir, incluso por encima de la consecución del de Jonathan. Solo un año atrás, Roland había preguntado al muchacho acerca del futuro papel del príncipe. La breve conversación entre ellos nunca había abandonado la mente de Roland.

—¿Te importa que te haga una pregunta que podría parecer un poco molesta, Jonathan?

—¿Qué podría ser molesto para mí, tu siervo? —había contestado el joven, entonces de dieciséis años, levantando la vista apenas con un esbozo de sonrisa.

—¿Siervo? No, Jonathan. Soy yo quien te sirve.

—Eso dicen —enunció el muchacho en tono indiferente mirando hacia los precipicios.

—No solamente lo digo, lo garantizo. Yo te sirvo, mi soberano.

—¿Cuál era tu pregunta? —indagó el joven con un débil asentimiento.

—Como príncipe, mi deber es proteger a mi pueblo. Este es el pacto que hemos hecho entre cada uno de nosotros a través de las generaciones. Ahora que...

—¿Te pedí mi lealtad a cambio de mi sangre? —objetó Jonathan mirándolo.

Roland nunca había pensado en esa pregunta. El entendimiento había estado implícito.

—No expresamente.

—Te he dado mi sangre para servirte, no para que me puedas servir. Tu principal responsabilidad son aquellos a tu cuidado. Son muchos. Yo soy solo uno.

—Sí, pero eres el dador de vida. Y por tanto me gustaría conocer tus expectativas.

—¿Es mi vida más valiosa que la de uno de tus hijos?

Roland no supo qué decir.

—Si mi seguridad está alguna vez en conflicto con la de tu pueblo, prefíérelas a ellos —continuó hablando Jonathan antes de que Roland pudiera articular una respuesta—. Yo soy solamente un transmisor de sangre al que llaman el soberano. Tú eres el líder de una gran tribu, ahora viva. Toma de mí lo que necesites y sírveles.

El amor y el respeto de Roland por Jonathan se habían sellado en ese instante.

Pero hoy día lo obsesionaban las palabras del joven. No a causa de algún conflicto entre su deber hacia Jonathan y su deber hacia su pueblo, sino porque la directriz de Jonathan hacía inequívoco el propio llamado de Roland:

Asegurar la seguridad de los nómadas a cualquier costo. Cueste lo que cueste.

También lo obsesionaban aquellas palabras porque lo menos que podía hacer era preguntarse si el muchacho había sabido, aun entonces, que este día iba a llegar.

Ahora Roland se hallaba ante tres líderes que había puesto directamente debajo de él después de haber llamado a todos los nómadas a unirse en una sola tribu cuatro años atrás.

Había habido trece tribus antes de que Jonathan arribara a ellos, nueve en Europa. Se habían necesitado algunas negociaciones y maniobras políticas para satisfacer a los líderes tribales, pues todos ellos estaban acostumbrados a un sitio de poder. Así que Roland les había dado ese sitio dividiendo entre ellos las responsabilidades internas: alimentos, entrenamiento de guerreros, juegos, arte y comercio, asuntos maritales y solución de disputas, etc. En realidad, sacar de la nada trece reinos de responsabilidad igualmente objetivos no había sido una tarea fácil.

Pero tratándose de la protección y guía general de la línea de sangre nómada, solo estos tres lo asesoraban directamente: Michael, quien era su guerrera de más alto rango; Seriph el radical, quien sustentaba políticamente el rango de más alto apoyo; y Anthony, su líder de asuntos internos. Aunque cualquier jefe era bienvenido a visitar los cuarteles de Roland y expresarle personalmente cualquier queja, los asuntos que afectaban a toda la tribu, presentes o futuros, siempre se trataban ante su consejo.

Michael estaba sentada en un tronco, con los brazos cruzados, mirando en dirección al valle exactamente al oeste de ellos. Seriph caminaba cerca, con el ceño fruncido. Anthony, el mayor de casi cincuenta años, bebía un trago largo de una cantimplora. Conocido por hablar poco y mesuradamente, se le veía en el campamento como una especie de figura paternal... un hombre tan amable como era, según los estándares nómadas, y además robusto.

Roland les había dado un breve informe, sin decir nada de la inversión en la sangre de Jonathan. Ahora ellos sabían todo lo demás:

Jonathan no podía ser soberano a menos que Feyn le entregara el cargo.

Si Feyn moría, Saric sería soberano.

Que últimamente Jonathan se había obsesionado con la situación de los amomiados sin demostrar ningún plan para dominar sobre ellos.

Que Saric había formado un ejército de sangrenegras para aplastar a cualquier enemigo del gobierno de Feyn, es decir, a Jonathan y a aquellos a quienes había dado vida.

Mortales.

Nómadas.

Ahora, en los últimos tres días, todo el futuro de la línea de sangre nómada había sido objeto de amenaza directa.

—¿Cuántos? —preguntó Anthony.

—Tres mil —informó Michael—. Si el que capturamos estaba diciendo la verdad.

—A menos que sepamos otra cosa, supondremos que así es —declaró Roland.

—¿Podríamos ganarles?

—Podemos vencer al doble de esa cantidad —afirmó Seriph.

—Sí —asintió Roland con la cabeza—. Pero los reflejos y las fuerzas de esos tipos me sorprendieron. Saric los ha producido para la guerra.

—Nuestro único curso de acción seguro es ir directamente tras Saric —opinó Seriph dejando de caminar.

—¿E invitar a una guerra? —objetó Anthony sentándose en un tronco.

—Sí. En nuestras condiciones —respondió Seriph—. Mejor que esperar a que él nos obligue a salir y nos ataque con ventaja.

—¿Estás suponiendo que cualquier clase de guerra es prudente?

—Si nos salva, es prudente —consideró Michael—. Durante años hemos tenido combates con la anterior guardia clandestina sin siquiera saber su origen. Ahora sabemos que fueron algunos precursores de estos sangrenegras. A ellos los manejamos con bastante facilidad en el pasado, pero ahora enfrentamos un enemigo más peligroso. Mientras existan, amenazan nuestra estirpe. ¡No podemos darles la oportunidad de que nos aniquilen!

—Estoy de acuerdo —concordó Seriph—. Está claro.

—¡Nada está claro! —resonó Anthony poniéndose de pie.

Hasta Roland parpadeó ante el sonido. El hombre casi nunca levantaba la voz... pero, por otra parte, nunca se había visto confrontado con alternativas tan espantosas.

—Ir contra un enemigo superior entraña gran peligro, cualquiera que sea la situación —explicó Anthony.

—O vamos contra el enemigo o esperamos que nos aniquile.

—No necesariamente. Existe otra manera —rebatió el hombre mayor, con la mirada fija en Roland.

—¿Cuál es esa manera? —preguntó Seriph.

—Podemos ocultarnos. En lo profundo. Lejos de aquí, donde podamos vivir en paz. Tenemos todo lo que necesitamos, incluyendo vidas que se han extendido mucho más allá que la de cualquier amomiado. Saric morirá un día, pero nosotros estaremos vivos.

—¿Estás sugiriendo que los esperemos así no más? —objetó Seriph—. ¿Como lo hemos hecho durante quinientos años? No. ¡Este es el momento de que nuestra estirpe se levante! Es lo que hemos esperado. Lo que hemos anticipado... todos nosotros. ¿Y ahora tú dices: «Corramos a escondernos»?

Y así, en dos minutos, la tensión básica sentida por todos los nómadas se puso en evidencia. Luchar u ocultarse.

—¿Qué dices tú, Roland? —inquirió Anthony, mirándolo.

El príncipe suspiró y miró hacia los caballos atados en el borde del claro.

—Que todos ustedes tienen razón. Que el tiempo dictaminará el curso de acción que tomemos.

—¡No tenemos tiempo! —susurró Seriph.

—Tiempo. Voluntad. Juicio —formuló Roland lanzándole una mirada.

El hombre se quedó en silencio.

—El asunto más urgente es el de la soberanía de Jonathan. Si él logra tomar el trono, nuestro curso de acción será diferente.

—¿Y si no lo consiguen? —objetó Michael—. Siempre dijiste que había llegado la hora de que nuestro pueblo se levante y gobierne.

—A través de Jonathan.

—Sí, desde luego. ¡Pero le usurparon el trono! Si no lo puede reclamar...

—¡Entonces veremos! —exclamó Roland sorprendido por su propio tono, luego cruzó los brazos e inhaló profundamente por la nariz, exhaló y continuó—. Por ahora tenemos un delicado plan en marcha. Debemos dejar que se desarrolle según lo previsto.

—¿No hay noticias desde que Pasha desapareció? —indagó Anthony.

—Solo que lo capturaron anteayer.

—Si lo matan, yo personalmente le cortaré la garganta a Saric —declaró Michael con el rostro ensombrecido.

—Sí. Pero hasta entonces harás exactamente como ordeno. Lucharemos por la toma de posesión de Jonathan. Jugamos nuestras cartas según las instrucciones de Rom, entregándole a Feyn, si podemos; le dejaremos que hile su magia. Ella es nuestra mejor opción a menos que se demuestre lo contrario.

—¿Estás seguro de que quieres tratar a solas con Saric? —cuestionó Michael, juntando las cejas—. Yo estaré a tu lado, hermano.

¡Qué guerrera! Un alma temeraria con sangre real en las venas.

—Si insistes, hermana. Pero deja que tus pasiones te venzan, y *te* despediré. ¿Está claro?

—Solamente deseo servir.

—Entonces sírveme con tu confianza.

Ella agachó la cabeza.

—Te arriesgas demasiado por Jonathan —altercó Seriph.

—¿De veras, Seriph? —objetó Roland—. Tus radicales parecen haber olvidado lo que nos ha dado el muchacho. Ahora que tienes su sangre la usarías para tu propio provecho, ¿no es cierto? ¿Conquistar el mundo? ¿Reinar? ¿Quién necesita a Jonathan ahora que tenemos lo que él tiene para dar?

Incluso mientras lo decía, el príncipe se preguntó a quién intentaba convencer, ¿a Seriph o a sí mismo?

—¿Dices que no has pensado lo mismo? Jonathan no es líder de hombres. Nosotros tenemos mucho más poder del que él tiene ahora. Él es un niño, nacido dentro del Orden mientras nuestra herencia se extiende...

—¿Crees que tu príncipe ha olvidado la historia? No necesito un sermón, necesito tu obediencia.

—Por supuesto, mi príncipe —contestó Seriph bajando la cabeza, la mirada fija en Roland.

Se oyó ruido de cascos sobre el suelo del bosque. Llegaban noticias.

—¡Ya los han visto! —resonó un grito—. Vienen desde el sur por este camino.

—¿Están listos tus hombres? —preguntó Roland volviéndose hacia Michael.

—Siempre.

—Entonces veamos si podemos hacer funcionar nuestra propia magia y darle a Rom lo que quiere —anunció dirigiéndose hacia su caballo—. Michael, conmigo. Seriph y Anthony, lleven sus caballos a los árboles. No quiero que los vean.

Capítulo veintiuno

JORDIN NO HABÍA SENTIDO tanto miedo como en los últimos días. El pinchazo de la ansiedad, sí, cuando no localizaba a Jonathan. Ese instante de vacilación cuando se daba cuenta que él no estaba en el campamento. Pero nunca fue verdadero miedo, porque él siempre aparecía, como en respuesta a la tácita llamada de la joven, como ocurrió ayer cuando él regresó al campamento con el chico amomado, Keenan.

Pero ahora cuando bordeaban el extremo sureste de la ciudad, ella sentía miedo. Perturbada por imágenes de sangrenegras, temerosa de que llegara el momento en que habría algo más de lo que ella pudiera hacer para defenderlo. Aterrada de que le arrebataran a Jonathan.

De que finalmente estuviera sin él.

No debieron haber venido. Pero Jonathan estaba decidido y habría partido con o sin ella. Y separarse de él era tan inaceptable como perderlo.

Habían viajado todo el día, deteniéndose solamente cuando era necesario para descansar, dar agua a los caballos, o hacer sus propias necesidades, comiendo en la silla y hablando poco. Jordin no necesitaba preguntar a dónde deseaba ir Jonathan, o por qué. Ella lo sabía. Y lo que su soberano quería era tan bueno como una directriz en la mente de la joven.

Por eso había sido tan difícil devolver a Keenan al puesto de avanzada. Por primera vez, la lealtad de ella se había puesto en conflicto directo. La había desgarrado hacerlo, habiendo visto la mirada en el rostro de Jonathan, la forma en que se había agachado para hablarle al chiquillo antes de dejarlo ir de mala gana. Pero ella no se molestó con Rom. No podía; él era su líder, y más que nadie en el mundo, amaba a Jonathan casi tanto como ella.

Hoy habían llegado directo a la ciudad a plena luz del día. Cuando Jordin sugirió que entraran por los túneles, él había rechazado la idea. Entonces no le interesaba entrar al centro. Al menos, eso le brindó a ella una leve medida de alivio.

Pero solo un poco.

Bordearon la ciudad, al este y luego al sur, manteniéndose ocultos hasta donde pudieron. Todo este costado de Bizancio estaba sembrado de árboles raquíticos y residuos de ruinas... antiguas bodegas y fábricas que apenas eran cimientos destruidos de hormigón llenos de malezas a lo largo de grietas cada vez más anchas; hacía mucho tiempo que se habían llevado los costados de madera y las vigas de metal para su reutilización.

Pasaron una pequeña planta eléctrica, uno de los varios centros satélite que apoyaban la ración de electricidad a los habitantes de la ciudad, y más allá una estación de tren para el transporte de basura. Los rieles llevaban directamente al sur hacia los basureros industriales, donde podrían depositarse lejos de la ciudad. Jordin

observó que uno de los trenes arrancaba mientras otro esperaba ocupar su lugar en el depósito.

En lo alto, el cielo había comenzado a agitarse. Venía una tormenta. Extraña la rapidez con que cambiaba el clima. Y esta tempestad parecía ser fuerte, salida de la nada. A pesar de que a Jordin no le gustaba la idea de quedar atrapada en medio de un aguacero, recibiría con agrado un chaparrón en algún lugar donde pudiera guarecerse.

Jonathan se inclinó hacia delante en su silla mientras se apuraban hacia el sur a través de la maleza y de los arruinados edificios de hormigón, bordeando como a quinientos metros la planta de basura. Ahora Jordin vio lo que llamaba la atención de su compañero: un perímetro amurallado que se extendía más allá del último depósito. Debía tener seis metros de altura, hormigón macizo, con alambrada enrollada en la parte superior.

Pintada en la superficie del muro estaba la inconfundible brújula de Sirin. El símbolo más reverenciado del Orden.

El viento volvió a cambiar abruptamente, soplando desde el sur, llevando un olor mucho más conocido y menos atractivo que la basura para la nariz de Jordin.

Amomiados.

Un olor pútrido, diferente de cualquier otro con que ella se hubiera topado.

Tiró de las riendas de su caballo y miró más allá del final del depósito más cercano. El gran complejo amurallado se hallaba en el perímetro de la ciudad como un tumor, con una chimenea siniestra de fácilmente cinco metros de diámetro surgiendo desde el centro.

Jonathan también se había detenido a tres metros por delante de Jordin. Ella se le puso al lado, se volvió hacia él, empezó a hablar, y se detuvo.

Él estaba mirando los muros frente a ellos, visiblemente conmovido sobre la silla de montar.

—¿Jonathan? —exclamó Jordin.

El joven estaba demasiado obsesionado para responder.

Cuando ella volvió a mirar no estaba segura de lo que él observaba. ¿La chimenea?

¿El cielo en lo alto?

No. Estaba mirando el humo. Este apenas era visible contra la tormenta venidera, flotando serenamente como un fantasma que se elevaba hacia el rugiente cielo. Casi hermoso. Sin esfuerzo, como la respiración.

Eso no era... no podía ser...

De ahí procedía la fetidez.

Con un grito agudo, Jonathan espoleó al caballo hacia delante a raudo galope. Reaccionando al instante y sin pensarlo dos veces, Jordin siguió tras él... a través de la basura, hacia el tren que arrancaba, incluso mientras este comenzaba a ganar

impulso. Jonathan se inclinó en el caballo, que saltó con facilidad los dobles rieles. Jordin miró hacia el norte, a la máquina que se acercaba; el sonido de alma en pena le resonó en la oreja derecha, a diez metros de distancia, acercándose...

La joven se agachó y saltó justo por delante de la máquina en marcha, espoleando el caballo. Una rugiente ráfaga de aire del tren que pasaba le azotó las trenzas contra el rostro.

Las venas se le cargaron de adrenalina. El pulso le resonó en los oídos. A pesar del miedo, a pesar de la preocupación por Jonathan, ella había sido hecha, *creada*, para esto. No solo para sentir los flancos de su garañón tensándose debajo de ella, o para sentir en el rostro la tormenta que se avecinaba.

Sino para *él*. Para seguirlo hasta el fin del mundo.

Corrieron a lo largo del muro norte, marcado cada treinta metros con la brújula de Sirin pintada de un rojo que se diluía en color café por los bordes, como una herida que se seca.

Allí, en el costado adyacente del perímetro, un largo edificio de ladrillo se levantaba del muro occidental. En la mitad, un ancho portón de metal. Una entrada. Rollos de alambre de púas en espiral a lo largo del techo como serpientes metálicas.

Jonathan desaceleró cuando llegaron al edificio, paró en seco y se bajó sin previo aviso.

—¿Qué estás haciendo?

—Llegamos —expresó él cabestreando al caballo hacia el edificio.

Jordin se bajó de la montura y regresó a mirar hacia Bizancio. Los rieles de los trenes accedían desde aquí hacia un túnel que surgía del perímetro de la ciudad. Se detuvieron directamente ante el edificio.

Ella levantó la mirada hacia el letrero que había encima del portón.

Autoridad de Transición.

Delante de ella, Jonathan se desabrochó la vaina en la cintura.

—Jonathan... ¿qué estás haciendo?

—Voy a entrar.

Él iba a hacerlo, incluso aunque todo dentro de la chica gritó de repente: *Márchate. ¡Sal de aquí!* Pues este no solo era un lugar de amomados.

Era un lugar de muerte.

—¿Cómo?

Arriba en las ventanas de observación, un guardia se inclinaba hacia delante, viéndolos a través del cristal. Un segundo hombre estaba señalando, levantándose y hablando a algo en un cordón.

El pánico y el frío surgieron dentro de Jordin. Aún había tiempo. Todavía podía llevar de vuelta al joven a un lugar seguro...

—Jonathan...

—Solo hay una manera de ver lo que pasa adentro —contestó él deslizando la espada entre las correas de la alforja, y asegurándola contra el flanco del caballo.

No.

Él la miró, sosteniéndole la mirada por un instante.

¿Confías en mí?

¿Me crees?

Jordin podía sacarlo de aquí. Aún estaban a tiempo. Cerró los ojos.

Sí.

Cuando los abrió, él ya se movía hacia el portón.

Sí.

La joven desabrochó la espada que le colgaba de la cadera y la colgó en la silla al lado del arco y la aljaba. Pero dejó el cuchillo metido en la bota, consciente de la presencia del arma contra el tobillo cuando corría tras Jonathan.

Se abrió una puerta al lado del portón y salió un guardia uniformado. Un metro ochenta de estatura. Cabello cortado al ras. Apeataba. No solo a amomiado sino que emanaba la misma pestilencia que provenía de la chimenea dentro del complejo. Sin embargo, se trataba de un amomiado común. No de un sangrenegra.

—¿Qué están haciendo aquí? —preguntó el hombre, mirando a los ojos de los visitantes y fijándose en las trenzas nómadas de Jonathan, luego en la adornada túnica, y después en la chica, antes de entrecerrar ligeramente los ojos.

—Hemos venido a entregarnos —declaró Jonathan mirándolo directo a los ojos.

Rom no podía hacer más que detenerse y dar descanso a los caballos. De tener alternativa los habría hecho cabalgar hasta extenuarlos.

—Mataremos a los animales si no los hacemos descansar —gritó Triphon.

—¡Si no los alcanzamos, nada importa!

—Y sin monturas tendremos menos posibilidad de sacar sin ningún percance a Jonathan.

La urgencia de correr el resto de la distancia era casi más de lo que Rom podía soportar. Pero Triphon tenía razón: el caballo soltaba espumarajos a lo largo del abrigo de Rom. A este ritmo pronto estarían a pie.

Se detuvieron al lado de un arroyo exactamente en las afueras de la ciudad.

—¿En qué estaba pensando Jonathan? —objetó Rom, andando de un lado al otro.

Triphon se quedó en silencio. Había sacado la comida. Ninguno de ellos la tocó.

—¿En qué estaba pensando?

—Tú sabes en qué estaba pensando.

Rom había oído la historia acerca de la noche en que escaparon de la ciudad. Triphon tenía razón, más de la que él mismo conocía. Sabía exactamente por qué Jonathan había ido a la ciudad, y por quién.

La niña del carretón.

¿Pero por qué Jonathan se atrevía a arriesgar el futuro de los mortales? ¿Sin duda comprendía lo miope que estaba siendo al devolver la vida a una amomiada!

—¿Podía él aún dar vida a un amomiado?

Efectivamente, el niño había multiplicado su sangre dando vida a mil doscientos mortales... tal vez esa había sido la intención desde el principio.

No. El mundo lo necesitaba como soberano. Estaba destinado a gobernar. Él *tenía que gobernar*.

Pero primero tenía que vivir.

—Suficiente —anunció Rom, yendo a agarrar las riendas del caballo.

Triphon meneó la cabeza, pero hizo lo mismo.

Treinta segundos después ambos hombres cabalgaban otra vez a toda velocidad.

—Así que ustedes se están entregando —expresó el guardia, mirando de Jonathan a Jordin.

—Sí —expresó Jonathan—. El papeleo debe de estar en camino. Nos ofrecimos como voluntarios para venir inmediatamente por obediencia. Por la esperanza de la felicidad. Pero si usted pudiera dejarnos entrar ahora...

Jonathan no era experto en mentir... nunca lo había sido.

Tampoco ella.

Jordin miró a lo lejos, temiendo que el hombre viera en ella el impulso de tajarle la garganta si se atrevía a poner una mano encima de Jonathan. Sin duda, ella lo haría.

El hombre frunció el ceño mirando otra vez las trenzas de Jonathan como quien se frunce mientras intenta recordar las palabras de una canción, sin poder sino en la punta de la lengua.

—Usted debe de ser de la parte oeste de la ciudad.

—Sí. Del oeste. Nuestros padres son... artesanos.

—Sumerios entonces. No llevan puesto el amuleto.

—Ya nos los quitamos, para que nuestras familias se quedaran con ellos. En recuerdo de nosotros.

—¿Qué pasa con ustedes para que los hayan enviado aquí?

La mirada de Jordin se dirigió hacia Jonathan, cuya atención había pasado del hombre en el patio hacia el otro lado del portón. Más allá, dos filas de largos edificios con pequeñas ventanas de tamaño industrial, ninguna de ellas abierta, que recorrían todo el perímetro trasero. Tal vez había treinta en total.

—Haré una llamada —anunció el guardia—. No todos los días nos llegan voluntarios.

—No —manifestó Jordin, volviendo a poner la atención en el amomiado—. Él nació con una pierna lisiada. Ahora está bien, pero lo ocultó por mucho tiempo, y está

preocupado acerca... acerca de la felicidad. De su posición con el Creador. Asistimos juntos a la basílica. Nos confesamos con el sacerdote y él nos aconsejó...

¿Estaba diciendo algo creíble? Parecía que la chica nunca hubiera asistido a la basílica en toda la vida.

—¿Y usted?

—Yo... —balbuceó Jordin, recordando entonces una historia que había oído acerca de la amada de Rom, la primera mártir—. Me cayó encima aceite de lámpara hace dos años. Lo oculté... de todo el mundo. Bajo esta ropa, estoy completamente cicatrizada. Se supone que me voy a casar...

La mirada de ella se volvió hacia Jonathan, pero él estaba perdido para ambos.

—Y el secreto se sabrá pronto. No puedo soportarlo. Estoy cansada de ocultar. Quiero estar bien... con el Creador.

Jordin se dio cuenta demasiado tarde de que no estaba segura de qué haría si el sujeto exigía ver la evidencia.

El guardia rezongó. Tenía la mirada matizada con todo indicio de que daría por terminado el asunto con ellos dos lo más pronto posible. Relacionarse con lisiados e imperfectos no era algo que alguien ansiaba... incluso un guardia haciendo su trabajo.

—¡Hagan lo que quieran! Ustedes están obedeciendo los estatutos, y por eso podrían hallar la felicidad —exclamó como quien ha pronunciado lo mismo muchas veces, palabras sin significado excepto para quienes las oían.

—Entendemos.

—Firmen aquí —ordenó, tocando un libro abierto en cuya parte superior estaba escrito: *Libro de fallecimientos*.

Jordin reprimió un escalofrío, con la mente brincándole hacia el Libro de los Mortales sobre el altar del santuario interior. Le pareció blasfemo que su nombre estuviera inscrito en alguna otra parte.

Jonathan estaba mirando el humo que se elevaba desde la chimenea, ajeno a ellos. El guardia le observó la mirada y frunció el ceño.

—¿Qué espera, muchacho? Aquí envían a la gente a morir. La mayoría son terminales de todos modos, pero usted sabe eso. Tan pronto como se procese el papeleo emitiremos el permiso para sus funerales, pero hasta donde concierne al Orden, ustedes ya están muertos. Acostúmbrense a eso. Firmen.

Así que eran verídicas... las historias. Jordin agarró el bolígrafo y garabateó *Tara Shubin* en el libro, el primer nombre que le vino a la cabeza.

—¿Cuánto tiempo se tarda en morir aquí? —quiso saber Jonathan.

—No tenemos recursos para mantenerlos por mucho tiempo. No es justo que se les cargue a los vivos la manutención de los muertos. Todos aquí tienen un año límite.

¿Un año?

El guardia tocó el libro y le pasó el bolígrafo a Jonathan, quien lo agarró distraídamente y escribió su verdadero nombre: «Jonathan Talus».

Jordin miró de refilón hacia el portón de hierro. Por doquier se movían algunas formas sobre los senderos de asfalto entre edificios. Andaban con la postura de quienes no tienen nada que ofrecer, de aquellos inaceptables según los estándares del Orden, que solo podrían hallar aceptación en resignarse a la poca vida que tenían, y a la esperanza de que esa obediencia pudiera ganarles otra vida mejor.

¿Qué clase de Orden podría torcer tanto las mentes de sus fieles para vivir en medio de la muerte?

—Sus caballos serán enviados a los establos de la Fortaleza o a las carnicerías. Cualquier cosa de valor que tengan se destinará a los considerables gastos del Centro.

La joven asintió, pero su atención se había centrado en Jonathan, quien había llegado hasta el portón y agarraba dos de las barras de hierro.

—¿Algo de valor?

—No —susurró Jordin.

Solo el cuchillo en su bota. Un arma que no encontrarían en ningún amomado muerto, por así decirlo.

—Se les dará nueva ropa cuando la necesiten —informó el guardia mirando sobre ella con evaluación clínica—. Nuestra consejera no se encuentra en servicio, pues no estábamos esperando nuevas llegadas. Los llevaré a sus albergues y más tarde recibirán de ella las instrucciones sobre duchas y alimentación.

Jonathan permanecía inmóvil, mirando a través de las barras.

—Cada dormitorio se abre una hora diaria. La unidad cinco está abierta ahora —siguió indicando el hombre, y miró su reloj—. Regresarán dentro de quince minutos y la seis se abrirá durante una hora. Ya aprenderán las reglas.

Ella asintió sin decir nada.

—No hay sacerdote aquí. Ni basílica. El último servicio de ustedes será el funeral. Orarán por ustedes allí. Hallarán una copia del Libro de las Órdenes en su unidad de alojamiento.

Jordin se sintió mal.

—¡Hágase a un lado!

Jonathan se tambaleó hacia atrás mientras el guardia levantaba de su cinturón el pesado anillo de llaves e insertaba la más grande en la pesada cerradura del portón.

—Bienvenidos al portal, y si son afortunados, bienvenidos a la felicidad.

¿Felicidad?

Jordin miró las filas de edificios de hormigón a través del portón abierto. Las figuras pululaban fuera de estos, algunas miraban a los recién llegados en el portón, y otras desde las sucias ventanas de los dormitorios. Todas ellas esperaban la muerte.

¿Era entonces este el deseo del creador del Orden?

El portón se abrió de par en par mientras un humo gris pálido seguía emanando de la chimenea hacia los cielos turbulentos.

Los condenados miraban a la joven como si fuera una aparición. Un objeto que no les pertenecía en su reino, como si una parte ya les hubiera pasado de esta vida a la otra, y solo esperaran que sus cuerpos alcanzaran el más allá.

El guardia se apartó, evitando tocar a cualquiera de los dos, observó ella, como si la muerte fuera una enfermedad contagiosa.

Muévanse. Pero algo dentro de la chica se resistía a la idea de entrar a este lugar. A la idea de poner el pie en el agrietado camino de asfalto que se extendía desde el portón y continuaba entre las filas de edificios. La Autoridad de Transición ofendía toda sensibilidad dentro de la joven en calidad de nómada. La reclusión, la vista de nada más que los interiores de esos muros de más de seis metros, la torre redonda de tres pisos que ahora constituía la única salida... todo apeataba a muerte en vida. A amomiados.

Muévanse.

Jordin se quedó enraizada al sitio hasta que Jonathan comenzó a andar, pasando al guardia y entrando al complejo. El dador de vida... entraba al lugar de los muertos.

La bilis le subía a la muchacha por la garganta, y por un momento creyó que iría a vomitar.

Jonathan se detuvo a diez pasos y regresó a mirarla... una silenciosa mirada que no era orden ni petición. Simple aceptación: si entraba tras él o no.

La muchacha sabía que podía irse, y que él no lo lamentaría. Que no tenía ninguna expectativa puesta en ella.

Que siempre la amaría.

Aún había tiempo. Jordin podía sacarlo. Pero esa no era la manera de proceder con Jonathan, y ella estaba allí para seguirlo, no al revés.

La joven puso un pie frente al otro hasta que atravesó el portón y se unió al joven.

El cielo resplandeció en lo alto, el blanco destello de un rayo en el cielo oscuro. Demasiado silencioso.

Ambos recorrieron todo el camino hasta la planta eléctrica, justo al norte de la Autoridad de Transición, antes de que el caballo de Rom se derrumbara debajo de él.

Bestia y jinete rodaron por el suelo. Rom se deslizó sobre el tembloroso cuello del animal, estrellándose contra la tierra al frente, raspándose el cabello y la piel de la barbilla. Delante de él, Triphon hacía parar en seco a su montura. El caballo comenzó a doblarse, pero se recuperó cuando el guerrero se deslizó de la silla.

El líder se impulsó hacia arriba y quedó de pie, haciendo caso omiso del dolor que le subía por la pierna. Miró desesperadamente los costados agitados del corcel que yacía sobre el suelo, y luego en dirección a los depósitos de basura, y a lo que él

sabía que yacía más allá.

—¡Llévate el mío! —gritó Triphon, poniéndole en la mano las riendas de su caballo.

El hombre, preocupado, miró a su amigo.

—¡Ve! ¡Yo seguiré detrás de ti!

Sin decir nada, Rom saltó al anca de la montura de Triphon, cuyos flancos se movieron espasmódicamente por la fatiga. Entonces le hundió los talones y salió disparado, deseando que el animal viviera solo un instante más.

Capítulo veintidós

EL SOL BRILLABA EN lo alto, incluso a través de cúmulos de nubes que cambiaban de lugar, mientras Saric dirigía sus doce divisiones al interior del valle Seyala. *Donde el río Lucrine recorre los páramos*, había dicho el explorador mortal.

Un amplio valle verde yacía adelante, casi un kilómetro antes de que se estrechara en un cañón, exuberante y sin tráfico equino o humano, ni ninguna otra señal de paso. Desde aquí se erguía bruscamente la ladera occidental hacia los páramos baldíos, y el río Lucrine brillaba con el ocasional vislumbre del sol. El bosque llegaba hasta la pendiente opuesta, típica de la vegetación en parches de estos lares.

Saric levantó una mano a la altura del hombro, señaló el alto y, causando sorpresa, hizo detener su caballo. El sordo ruido de cascos y pies se disolvió entre chirrido de sillas y resoplido de caballos.

Había hecho poner cueros de batalla solo por protección, y ahora se arrepintió de hacerlo. No habían visto señal de mortales, ni amenaza de ninguna clase... solamente las liebres ocasionales que corrían a esconderse cuando el ejército invadía un paisaje sereno que casi nadie había visto.

Brack colocó su caballo al lado del de Saric. En el otro flanco, Varus, general de rango de las doce divisiones, estudiaba el paisaje que tenían por delante.

—¿Seguro que es este? —indagó Saric.

—El valle Seyala no está marcado en nuestros mapas, pero no hay duda de la ubicación —explicó Varus—. O el hombre creó una fantasía o nos dio el lugar equivocado.

—¿Y nuestros exploradores?

—El cañón se angosta mucho. Parece una trampa.

—Ingenioso. Astutos mortales, que engañan con un explorador suicida —comentó Varus chasqueando la lengua.

—Así es.

—Solicito permiso para hablar —pidió Brack.

El capitán de la guardia de élite mantenía su elevada posición directamente debajo de Saric, en parte debido a su atención al detalle de la lealtad. Su devoción no necesariamente era superior a la de cualquier otro de los hijos de Saric, pero este era un hombre refinado en gran manera en todos los aspectos... extraño, teniendo en cuenta su naturaleza violenta. Él era testimonio del poder total de las cámaras de incubación construidas por Pravus y perfeccionadas por Saric. En realidad, entre ambos habían levantado una raza perfecta.

—Habla libremente.

—Aunque el explorador nos haya engañado, no podemos saber si lo hizo bajo órdenes. Pudo habernos dado falsa información por su cuenta, para proteger a su

gente.

—Si tienes razón y el explorador pretendió que lo capturaran, aun sabiendo que moriría, querría decir que estos mortales tienen verdaderas y profundas lealtades —contestó Saric revisando la cima de los precipicios por duodécima vez.

—Tenemos que suponer que se trata de una trampa —advirtió Varus—. Y que todo nuestro ejército podría estar en peligro.

—¿Cómo podría tener sentido una trampa? —objetó Brack, hablando como para sí—. Si el explorador estaba en lo cierto, ellos son solamente setecientos. Cualquier confrontación terminaría en su aniquilación. ¿Para qué todo el trabajo de enviar un explorador bajo posibilidades tan absurdas?

—Si el explorador hubiera dicho la verdad —resaltó el general.

Era claro que había más en cuanto a los mortales de lo que Saric ya sabía.

La única cosa peor que enemigos numerosos... eran enemigos clandestinos.

Y la sensación de haber sido puesto en ridículo.

Sin embargo, él también podía hacer cualquier jugarreta. Tenía plena confianza en que su sangrenegra capturado por los mortales no había divulgado cuántos realmente eran.

Se retorció en la silla e inspeccionó sus divisiones. Habían marchado toda la noche y la mañana en tres amplias columnas, tres mil a caballo delante de nueve mil soldados de infantería, abarcando casi un kilómetro hacia atrás. Doce mil en total.

Guerreros, montados a caballo, espadas envainadas y muslos blindados, cascos de cuero sobre largas trenzas que se extendían sobre hombros y pecho como garras incrustadas en el grueso cuero de la armadura. Detrás de ellos la infantería se mantenía de pie, perfectamente formada, con la cabeza fija, hacia delante y alerta.

El primer ejército en casi quinientos años.

Suyo.

La tecnología y los armamentos de las tropas durante la era del Caos pudieron haber sido mucho más avanzados, pero la historia nunca había visto guerreros con más disciplina, velocidad o fortaleza que estos.

Y debido a ello, el poder de Saric era incomparable.

Absoluto.

—Hay movimiento.

Se volvió ante el anuncio de Brack. Dos jinetes habían entrado al valle desde los cañones que había más allá. Cabalgaban lado a lado, lentamente, sin ninguna señal de ansiedad.

—Nos atrajeron —opinó Varus, escupiendo a su lado derecho con evidente disgusto.

—Así parece —comentó Saric—. ¿Ven algún peligro? Alguno de ustedes.

Silencio por un instante.

—No.

—No, mi señor.

—Veamos entonces de qué está hecho nuestro astuto enemigo, ¿de acuerdo?

Saric espoleó su caballo al frente, andando al mismo paso tranquilo de los dos jinetes que se aproximaban. Detrás de él, el ejército cobraba vida con precisión. Dos líneas de caballos irrumpían hacia los flancos, marchando como uno de modo que la tierra vibraba con cada pisada mientras los capitanes de Saric emergían a lo largo del corredor.

Los mortales se detuvieron, como a cien pasos de distancia.

—Mantengan atrás a sus jinetes —ordenó Saric—. No quiero perseguir a un enemigo que huye por estos parajes. Estarán preparados para emboscar.

Casi al instante, la caballería a cada lado desaceleró su paso hasta una marcha cautelosa, amplia pero en paralelo con Saric.

Los dos nómadas reanudaron su aproximación. Ambos montaban sementales de raza, criados para recorrer grandes distancias, según la tradición. Tenían el cabello largo, trenzado y con cuentas, y vestían una mezcla de cuero café oscuro con visos rojos y metal pintado o tejido en mangas y pechos. Las botas estaban ubicadas en estribos adheridos a livianas monturas.

Saric nunca había visto un nómada aparte del explorador que capturaran dos días antes. Tenía sentido que quienes manipulaban a Jonathan fueran tras las descontentas tribus que siempre se habían opuesto al Orden, y que sobrevivían sin las comodidades de la ciudad. Estos podían correr y ocultarse como chacales. Era evidente que también podían mantener combates cuerpo a cuerpo y que no eran ajenos a la estrategia. Porque allí no se podía confundir el asunto: lo habían traído aquí con intención.

Solo cuando estuvieron a cincuenta pasos Saric vio que uno de ellos era una mujer. Mentón arrogante y mirada acerada.

Material exótico para una concubina.

Aún sin indicios de guerreros adicionales en terreno elevado.

Los jinetes se detuvieron a treinta pasos, prudentes y aparentemente sin impacientarse. Pero Saric tenía mejor entendimiento como para no subestimarlos.

—Esa es una distancia suficiente —gritó el hombre, con voz firme.

¿Quién era este tipo que se atrevía a darle órdenes? ¿Le dirigían el camino dos guerreros solitarios? ¿Qué clase de enemigos podían acercarse a tan apabullante despliegue de fuerza y exigir que no se movieran más?

Nómadas.

—Deténganse —ordenó Saric con la mano en alto.

Inmediatamente, las columnas detrás de él dejaron de marchar al unísono. El silencio cundió en el valle.

Esta era la primera vez que Saric veía a un nómada mortal fuera de cautiverio, y por un instante quedó cautivado. Aquí no había un enemigo cobarde, sino una criatura llena de extraño poder. Poder igual al suyo propio y que emergía del hombre en algo como olas, como calor. ¿Qué clase de sangre hacía tan valiente a un hombre? Hasta la mujer lo miraba directamente con una audacia que Saric encontraba irresistible. Si lo que Rom le había dicho a Feyn era verdad, por las venas de esta gente corría la sangre natural de un niño que había nacido sin Legión con la que contender. Pura, no manipulada por la alquimia.

Una repentina y cruda sensación como de garras afiladas se le hundió en el corazón. El instante en que sintió la salvaje emoción supo de qué se trataba.

Celos.

Inmediatamente, la reemplazó con otra pasión: ira.

Pero ninguna de ellas le serviría. El error de la humanidad durante la era del Caos había sido la incapacidad de controlar tan poderosos sentimientos. Él había evolucionado mucho más.

En realidad, él era maestro... y creador.

Aún sobre tan magníficas criaturas como estas dos, sentadas en sus caballos, mirándolo.

Pronto verían.

Roland miró sobre el enorme ejército de Saric, muy consciente de los nervios que le bajaban por cuello y brazos. Mediante un rápido cálculo, allí muy bien había más de diez mil de ellos. Muchísimos más de los que les habían hecho creer.

Olían como una horda infernal. Aun a esta distancia era muy difícil soportar la pestilencia.

Su formación era casi perfecta: tres enormes bloques de tres o cuatro mil cada uno, un cuarto montado, el resto a pie. Cualquiera que hubiera sido la disciplina empleada en su entrenamiento, había sido eficaz; difícilmente podían ser más ordenados o resueltos si fueran mecanizados.

Dos generales a los lados del líder, a medio caballo de distancia por detrás. Altos y fornidos, tan seguros de sí mismos como rocas frente a la brisa del mediodía. Pero Roland ya se había topado con algunas de estas rocas y sabía cuán rápido se podían mover.

Y luego estaba Saric con su armadura de cuero negro, con sus hebillas de plata y mangas rojas, una exhibición de autoridad. Igual que el resto de los sangrenegras, tenía la piel pálida, casi traslúcida bajo el intermitente sol. Aun desde aquí los ojos mortales de Roland pudieron detectar las líneas de venas negras cerca de la superficie de la piel de Saric. Las fijas cuencas de sus ojos negros, como dos carbones en un rostro reseco por el sol.

Sepulcral. Y escalofriantemente hermoso.

—¿Estás seguro, hermano? —preguntó Michael respirando hondo.

—Siempre y nunca estoy seguro —contestó él en tono apenas más fuerte que un susurro—. Lista para correr si algo sale mal. A través de los cañones en la ruta que te mostré. No los llesves hacia nuestro campamento. Directo al oeste y corta...

—Sé qué hacer. Ten cuidado.

—Espera aquí.

El príncipe nómada espoleó un poco su montura, la guió hacia delante y se detuvo a quince pasos de Saric.

—Deseo hablar con Saric, hermano de la soberana —expresó, negándole otro título más que ese—. Tienes mi palabra de que no te haré daño. No tengo intención de enfadar a esta maquinaria militar, solo quiero hablar de condiciones.

Saric miró, impasible. Ni siquiera un parpadeo.

—Te debe de parecer extraño que dos de mi clase se enfrenten a diez mil de ustedes —continuó Roland—. Te podrías preguntar cómo atraje tan fácilmente a tu ejército con el mensaje de un solo hombre, uno de mis guerreros más humildes. Y haces bien en dudar que los guerreros que dirijo sean solo setecientos, como él te dijo. Ahora comprendes que no sabes nada de nuestro verdadero poder. Así que acércate más y permíteme explicarte.

Ese fue un largo discurso para Roland, pero estaba tratando con un hombre del Orden, dado a tales demostraciones de poder. Así que dejó que sus palabras actuaran en este pálido jefe supremo, este creador de sangrenegras, contento de saber que, a pesar de las apariencias, aún conservaba la superioridad. *Él los* había engañado a todos *ellos*. También estaba fuera del alcance de esta gente, era capaz de desaparecer en segundos en el interior de los cañones. Por rápidos que fueran los mismos sangrenegras, sus corceles no vencerían al semental nómada.

No obstante, aquí había algo más que Roland no podía desechar fácilmente. Así como Saric debía reevaluar ahora todo lo que sabía acerca de la fuerza mortal, Roland debía hacer lo mismo. Podía oler la ira y la ambición flotando en ese mar de humanidad, casi tan fuerte como la hediondez a muerte.

¿Pero era realmente hediondez a muerte? Para nada era igual a la de los amomados; los poderosos visos de lo que él podría llamar lealtad y afecto eran tan fuertes como una niebla espesa en el valle. Afecto. Quizás incluso amor.

¿Sería posible que Saric hubiera hallado de veras una manera de crear vida al igual que Jonathan? ¿Vida plena, con emoción?

Allí montado a caballo se hallaba un individuo poderoso, un guerrero al que Roland reconocía como majestuoso. ¿Quién más podría haber organizado la derrota del Orden y el florecimiento de tal ejército como este hombre singularmente fuerte que nació para gobernar?

El deseo de someter a un enemigo de igual fortaleza batalló dentro de Roland con simple admiración, y se le vino a la mente que un día mataría a este individuo o se uniría a él. No podía haber término medio.

Aún no había respuesta de Saric.

—Ven ahora. ¿Te asustas tan fácilmente de dos de nosotros?

—¿Te parezco imbécil? —manifestó Saric al fin sin una pizca de inquietud en la voz.

—Definitivamente, no.

—Entonces acércate más *tú*.

Roland consideró la solicitud, juzgando la posibilidad de un ataque personal. Saric tenía poco que ganar matándolo. Era Jonathan quien amenazaba su poder, no uno de dos guerreros solitarios. En cualquier caso, el nómada había desafiado al poderoso, y ahora estaba obligado a aceptar ese mismo desafío. Cualquier cosa menos sería una muestra de debilidad.

Cortó a la mitad la distancia entre ellos.

—No deberías temer a quien ha venido a darte las llaves de tu reino —expresó Roland.

—No estoy seguro de que entiendes tu posición —replicó Saric con una sonrisa burlesca en la boca.

—La entiendo muy bien. Ordena a dos de tus hombres que me maten, y morirás tú también.

Ninguno se movió. Esos ojos negros lo analizaban, desprovistos de emoción. No obstante, el hedor del hombre estaba saturado de ira... y de extraña ansiedad.

—Pareces muy confiado —comentó Saric.

—Debo conocer a mi enemigo. Que sean tres hombres si lo deseas.

—Como quieras —ratificó Saric haciendo una inclinación con la cabeza—. Varus, complace al hombre.

El sangrenegra a la derecha de Saric se volvió y profirió una orden. Sin titubear, tres caballos salieron de las filas detrás y trotaron al frente.

—A pie —decidió Roland señalando un pequeño montículo, a veinte pasos a la izquierda de Michael.

Sin esperar respuesta, el príncipe hizo girar el caballo, cabalgó hacia donde esperaba Michael, y desmontó, pasándole las riendas.

—Recuerda, el cañón —le dijo a su hermana—. Ten listo mi caballo.

Entonces comenzó a caminar hacia el montículo.

Solo entonces los tres guerreros desmontaron. Se le acercaron corriendo, los tres en línea, abriéndose mientras se aproximaban.

Veinte pasos...

Pero Roland quería llegar al montículo, así que continuó y se detuvo solamente

cuando estaba en lo alto, observando la embestida de los sangrenegras.

Diez pasos...

Respiró hondo, abrió los brazos a nivel de la cintura e inclinó la cabeza. En el momento siguiente *vio*.

El tiempo se redujo a un goteo.

Los sangrenegras llegaban corriendo, pero en la vista de Roland caminaban pesadamente como por barro pegajoso. Las greñas se les agitaban por detrás como humo negro en un sueño. Cada gramo de sus moles lidiando con la gravedad y la viscosidad del tiempo mismo, a fin de alcanzarlo. Eran tan voluminosos que él podría correr hacia ellos, tocar a cada uno, y esquivarlos en zigzag antes de que pudieran reaccionar.

Eso era un error, por supuesto. Ellos eran veloces... él ya sabía eso. Demasiado rápidos para arriesgarse a que lo acorralaran, o para pelear tres contra uno. Pero sus movimientos obrarían en contra de ellos mismos.

Roland sacó un cuchillo de la vaina en su cintura y lo lanzó impulsando la mano por detrás hacia el más cercano de los tres, el de la izquierda. La hoja voló por el aire y dio en el blanco, clavándose en la cavidad del ojo.

La cabeza del hombre se echó hacia atrás, los pies se le despegaron del suelo y fue a caer de espaldas lanzando un bufido. Muerto.

Cinco pasos...

Quedaban dos, uno en mitad de rotación de una espada de casi un metro de largo, de doble filo. Esta brilló hacia Roland como un platillo reluciente, para cortarle el torso.

No había manera de evitar la espada. Solo adelantarse un paso hacia ella mientras pasaba uno de los bordes, y antes de que lo agarrara el segundo.

Las hojas desaceleraron hasta convertirse en un zumbido y luego en el pesado giro de una rueda de dos radios. Roland decidió el momento y se lanzó hacia delante. Cuando lo hizo, el hombro se le estrelló contra la empuñadura, justo en su centro. La espada se precipitó sin causar daño.

El príncipe cayó y rodó hacia delante. Ya había sacado otros dos cuchillos, y lanzó tajos hacia arriba mientras ellos saltaban para evitarlo. Una de las hojas encontró el hueso de una pierna, y el impacto le hizo vibrar el hombro. El guerrero rugió de dolor y se lanzó hacia delante.

Roland se puso de pie detrás de ellos, pero el tercer hombre ya había girado y hacía oscilar por completo su arma.

—¡Roland!

El grito de Michael cortó el aire.

Una vez más, le sorprendió la velocidad de ellos. Era demasiado tarde para evitar la hoja. Demasiado desequilibrado para la arremetida. Así que desvió el golpe para

recibirlo de lleno en el pecho, donde el cuero era más grueso, utilizando el largo total de su hoja para dispersar la fuerza del golpe a lo largo del borde tanto como le fuera posible.

La espada chocó contra el cuero. Lo cortó y le entró al pecho con un agudo escozor.

Pero no hasta el hueso.

Era todo lo que Roland necesitaba saber. Lanzó todo su peso para golpear el rostro del otro hombre, en el centro exacto. La nariz del sangrenegra se hundió ruidosamente contra los nudillos del nómada.

Entonces quitó la espada de la mano del hombre, la hizo oscilar como una honda y la clavó en el cuello descubierto del guerrero. Giró hacia el segundo sangrenegra que se tambaleaba con uno de los cuchillos de Roland que le sobresalía apestando de la pierna.

—¡Basta! —gritó Roland, apuntando hacia el ejército la sangrienta espada que tenía en la mano—. ¡Vete! Mientras aún estés vivo.

Pero el guerrero no parecía interesado en correr a cubrirse. Extrajo de la cintura un largo cuchillo y lo hizo girar cuidadosamente hacia la izquierda.

—¿Dónde aprendiste a pelear, nómada?

El príncipe no había esperado una pregunta tan típica de parte del sangrenegra. No bajo el escrutinio de sus superiores. Tampoco vio la necesidad de contestar.

—Haz regresar a tu hombre —advirtió, moviendo la barbilla en dirección a Saric—. ¡O lo mataré!

—Yo no huyo —expresó el guerrero.

—¡Mather! ¡Retrocede!

El sangrenegra se irguió al instante. Luego se puso de pie y corrió hacia sus filas, orden incuestionable.

Roland se dirigió hacia su caballo, saltó a la silla y giró.

—¿Estás bien? —preguntó Michael mirándole el pecho.

—Solo un rasguño.

Regresó al trote hasta donde Saric y se detuvo. Solo diez pasos los separaban. A excepción de los tres sangrenegras que habían sido enviados a pelear contra Roland, ni un alma parecía haberse movido. El ejército era extraordinariamente disciplinado. Como una máquina... desconcertantemente viva.

Roland supo entonces que no había manera de que los nómadas sobrevivieran a una batalla cuerpo a cuerpo con los sangrenegras. Tendrían que revisar con mucho cuidado qué estrategia usar.

—Impresionante —comentó Saric—. ¿Cuál es tu planteamiento?

—¿Dónde está Pasha?

—Tu hombre.

—Sí.

—Feyn lo mató.

Feyn. La que Rom insistía en que era la única esperanza que tenían.

El príncipe solo hizo un brusco asentimiento de cabeza.

—Mi planteamiento es que pasarás muchos trabajos si vienes contra nosotros.
Pero no tienes que hacerlo.

—¿Es eso cierto?

—Lo es.

—¿Por qué?

—Porque tú quieres a Jonathan —anunció Roland—. Y yo te lo puedo entregar.

Capítulo veintitrés

LOS AMOMIADOS MIRABAN A Jonathan y a Jordin mientras estos pasaban. Uno de ellos, una niña de no más de cinco años que llevaba puesto un abrigo rojo harapiento corrió algunos pasos hacia ellos, solo para detenerse súbitamente y mirar boquiabierta a Jonathan. Grandes ojos verdes, puestos en un rostro demasiado pálido. Sostenía una muñeca sucia.

Jonathan hizo una pausa y alargó la mano hacia ella, pero el guardia lo detuvo.

—Aún no hemos llegado. Los voy a poner en la quince. Vamos.

Jonathan no hizo ningún movimiento para seguir la orden. Jordin sintió entonces la angustia de él, desesperación que le brotaba dentro del pecho como un puño de hierro.

—¿Dónde se alojan los guardias? —indagó Jordin, tanto para darle a Jonathan un momento como para enterarse de más; rápidamente añadió—. Por si hay alguna dificultad.

—¿Dificultad? No hay peligro en el complejo.

—¿Nadie trata de escapar?

—¿Por qué lo harían? —objetó el hombre lanzándole una mirada extraña.

Era difícil recordar qué significaba ser un amomiado sin ninguna ambición, tristeza o esperanza. Ser guiado solo por temor. Vivían con miedo tanto de salir del complejo como de la muerte. Igual el guardia.

—Somos cuatro y vivimos fuera de los muros. Ustedes verán conserjes y empleados. Si hay alguna dificultad, repórtensela a uno de ellos. Pero no la habrá. Rápido, muchacho.

Jonathan alejó la mirada de la niña y siguió tras el guardia.

Solo entonces Jordin se dio cuenta que apenas se había dado cuenta del olor de la niña amomiada en la cercana proximidad de tantos condenados.

Ahora pudo ver los enormes y deteriorados números al final de cada edificio. La pintura blanca estaba pelada y se veía indefinida contra el suelo gris. Impares a la izquierda, pares a la derecha. Había treinta unidades de alojamiento en total, cada una en forma de largas edificaciones con pequeñas ventanas cuadradas intercaladas bajo los aleros de un techo industrial. Los cristales se veían sucios y tristes, como si los cubriera alguna clase de película.

Creador.

Ahora Jordin los vio de cerca, las cabezas negras, las manos sucias presionadas contra el vidrio. Pestañeó y tragó grueso.

Rostros, en las ventanas. Cuatro, cinco en cada una. Diez ventanas a lo largo del costado del edificio, espaciadas quizás tres metros.

Ella regresó a ver el camino por el que habían venido. Un anciano la miraba

desde el último rincón del edificio cuatro, apoyándose en una muleta de madera, pues le faltaba la parte inferior de una pierna. Una mujer salió del alargado edificio al otro lado del perímetro, tal vez los cuartos de duchas, caminando como si la mitad de su cuerpo no funcionara de modo correcto, por lo que debía arrastrarlo hasta emparejarlo con el lado bueno. Un hombre con un vendaje alrededor de la cabeza y evidente parálisis la seguía. Víctima de un accidente, quizás.

Una afrenta. La alquimia, que mucho tiempo atrás había solucionado los secretos genéticos del cáncer, de enfermedades que consumen, de trastornos sanguíneos, de demencia y de padecimientos múltiples de la humanidad no podía soportar que le recordaran los males que no podía prevenir.

Jordin tragó saliva y bajó la mirada hacia los tacones de Jonathan frente a ella, hacia el suelo empedrado que era casi tan gris como el concreto. Como el humo que flotaba hacia el cielo. Intentó acostumbrar la respiración, que se hacía cada vez más irregular con cada paso que daba. Seguiría a su soberano a donde sea, incluso al infierno.

El guardia se volvió sobre el agrietado camino que llevaba a la puerta del edificio quince. El cielo volvió a resplandecer. Truenos en la distancia.

Ni los cielos podían soportarlo. Estas personas fueron creadas para estar vivas, no muertas. Vivas con carencias, no muertas por completo. Comprenderlo la sacudió como si le dieran un martillazo.

Jonathan había nacido para traer vida, no un nuevo orden. Caos, no perfección.

Ya veo, quería ella gritar. *Ahora comprendo.*

La joven giró hacia Jonathan, palabras a medio formar en los labios, pero al verlo se quedó sin aliento. Estaba frenético, tratando con salvajismo de abrir la puerta. Arañándola, golpeando la madera con lágrimas en las mejillas, jadeando incluso mientras el guardia intentaba abrirla.

—Hágase a un lado, muchacho, o no podré...

Jonathan empujó al hombre hacia un lado.

—¡Hey!

El guardia se le fue encima y Jordin lo alcanzó con un fulminante golpe del codo en la sien. El amomado se derrumbó a un lado del pórtico, inconsciente.

Jonathan metió la llave en la cerradura, la abrió y luego le lanzó la argolla a Jordin.

—¡Debemos encontrarla! —exclamó él.

La joven no necesitaba preguntar a quién se refería el joven. Agarró en el aire la argolla de llaves, saltando sobre el inconsciente guardia y corriendo hacia el siguiente edificio en la fila. Trece.

Después de buscar a tientas la llave correcta, la muchacha abrió la puerta...

Miró al interior del dormitorio.

Cien rostros voltearon a verla. Algunos sentados en literas dispuestas como estanterías contra las paredes y otros en el suelo. Un jovencito agachado en el rincón. No había sillas, mesas, sofás, ni comodidades de ninguna clase. Jordin logró ver además que no había cobijas en las camas. La luz amarillenta de una sola lámpara eléctrica no solo iluminaba la suciedad de la negligencia, sino la total desesperanza de la muerte inminente.

—¿Está aquí una niña llamada Kaya? —gritó ella.

Nadie se movió. Una mujer de mediana edad comenzó a llorar. Un hombre, más viejo y endeble, tan flaco como un esqueleto, con una copia andrajosa del Libro de las Órdenes en la rodilla, meneó la cabeza.

Pasos apresurados detrás de ella. Y luego Jonathan llegó allí, llenando el umbral, revisando el interior del dormitorio por encima del hombro de Jordin.

—¿Está aquí?

—No.

El desesperado joven agarró la argolla de llaves y salió corriendo. La chica miró un momento más y luego corrió tras él.

—¡Kaya!

Jonathan salió del edificio doce y corrió hacia el once. Ella nunca antes lo había visto así. Frenético. Desesperado.

—¡Kaya! —gritó él antes de haber abierto.

—¡Dame acá! —dijo Jordin arrebatándole las llaves, hallando la correcta y abriendo la puerta de golpe.

—¡Kaya!

De nuevo las silenciosas miradas y los lloriqueos conmovedores. Un niño se escondió debajo de una litera y miraba con ojos desorbitados. Una joven, no mayor que la misma Jordin, se puso de pie y gritó.

Edificio diez.

Kaya no estaba allí.

Nueve.

Entonces sonaron las sirenas. Un aullido, al principio suave como un rumor, desde la torre de observación, aumentando el tono hasta convertirse en un fuerte aullido. Hacia arriba, por encima de las paredes, resonando en los oídos. Filas de luces fulguraban en las esquinas del complejo, tan brillantes como un sol antinatural bajo el cielo agitado.

Jordin levantó la mirada, entornando los ojos contra la luz. La algarabía y los gritos venían desde el portón.

Solo entonces ella lo vio, cayendo a través de la inclemente luz eléctrica: un polvo tan fino como ceniza. Horrorizada miró hacia abajo y vio el polvo sobre la manga de su túnica. El mismo gris pálido parecía impregnar todo en este lugar.

La joven retrocedió y trató de sacudirse el polvo, pero había demasiado.

—¡Aprisa! —gritó Jonathan.

Levantó la mirada hacia Jonathan. La ceniza se le aferraba a las trenzas y las pestañas. Fue entonces cuando vio el afligido rostro que miraba desde la ventana más cercana detrás de él.

La niña.

—Kaya —expresó ella, respirando hondo.

Jonathan giró y vio a la niña. Buscó a tientas la cerradura, consiguió meter la llave en el primer intento y abrió la puerta de un empujón. Se abalanzó adentro justo a tiempo para alcanzar a Kaya cuando ella se le lanzaba en los brazos.

—No se lo dije a nadie —confesó la niña sollozándole en el hombro—. Estoy asustada. Jonathan, ¿no quiero morir!

Un chillido desde más allá de la parte trasera del edificio. Un gemido lejano y ahogado. Y contra todo eso, la sirena de fondo.

—No morirás. Yo estoy aquí —le aseguró Jonathan alejándola un poco y moviéndola levemente, con los ojos fijos en los de ella, mientras las lágrimas le asfixiaban las palabras—. ¿Me oyes? Te encontré. Te encontré y no te dejaré ir...

La pequeña se colgó de él, los brazos alrededor del cuello mientras su salvador hurgaba en el abrigo. Tan pronto como Jordin vio la endoprótesis supo lo que Jonathan pretendía hacer.

—¡No tenemos tiempo! Debemos irnos.

—Ella tiene que ser mortal... de no ser así la podrían enviar de vuelta —balbuceó él lanzándole una mirada atormentada—. Abre los dormitorios. Libéralos. ¡Por favor!

Las lágrimas bajaban por el rostro de Jonathan, dejándole sucias manchas grises en las mejillas. Creador, él era hermoso. Y sin embargo sus lágrimas la aterraron. La emoción que mostraba por esta niña le acarreaba un insondable peligro. Ella era consciente de que él haría lo mismo por cualquiera de ellos. Jonathan miraba por todos lados, a los rostros que abarrotaban la litera más baja, a los diez sentados sobre ellos. La mujer envejecida y el hombre al que le faltaba un brazo. Y Jordin supo al instante lo que él estaba pensando:

¿Cuántos? ¿Cuántos podría salvar? ¿Cuánto tiempo tenía?

Pero no era cuestión de tiempo. La joven sabía que él se quedaría y salvaría a tantos como pudiera antes de que se lo llevaran a la fuerza o lo mataran.

Por un momento, Jordin se quedó clavada al piso, temerosa de dejarlo, de que él le diera su sangre no solo a Kaya sino al hombre detrás de ella, a la mujer detrás de este, a la niña detrás de esta. Hasta que no le quedara más sangre. Se necesitaba una pinta para dar vida a un mortal. Jonathan se vaciaría sin reserva y sin pensar en su propia vida para salvarlos.

Y eso fue lo que más aterró a Jordin.

—¡Por favor!

Jonathan ya tenía la manga enrollada y se clavaba la dura aguja en la vena. Con una mirada a la afligida cara de Kaya, Jordin salió disparada.

El pánico inundó las venas de Rom ante el ulular de la sirena. Por un instante se dijo que no había manera de saber de dónde exactamente venía ese sonido. Quizás se trataba de un incendio. Una emergencia en esta parte de la ciudad.

Entonces se prendieron las luces.

El líder de los mortales rodeó corriendo el último depósito del centro de basura, abriéndose paso directamente por el perímetro amurallado de la Autoridad de Transición.

Conocía el lugar. Siempre lo había conocido, lo había tenido presente desde el primer día en que Avra le pidiera ayuda después del accidente, muchos años atrás.

Ella había evitado esta institución, por lo que debió estar fuera del Orden toda la vida. Perdida, según todas las normas del Creador del Orden, para padecer en el infierno aun ahora en el más allá.

El corcel bajó la velocidad, levantando el cuello y doblándose por el esfuerzo de la carrera. El animal había tenido un nuevo y efímero arranque de vida bajo el peso más liviano de Rom, pero ahora cada paso resultaba más difícil que el anterior, como si viajaran a través de alquitrán.

Finalmente, Rom llegó al extremo del perímetro de hormigón. Condujo el corcel a lo largo de la pared de concreto más allá de los inquietantes rayos del halo de Sirin en su visión periférica.

Exactamente antes de la esquina noroeste del perímetro, el hombre se deslizó a tierra mientras el corcel trastabillaba sobre patas inestables.

Entonces Rom salió corriendo.

Edificio nueve. Abierto. Los habitantes se habían acurrucado lo más lejos posible de la puerta. Varios de ellos chillaban mientras el aullido total de la sirena invadía las sombras.

Edificio ocho. Abierto.

Jordin podía oír a los guardias gritando fuera del portón. El olor allí era mucho más fuerte de lo que esperaba en medio de un mar de amomados como este. Estaban aterrados de entrar a este lugar de muerte, no acostumbrados a la turbación que les había invadido su mundo.

El cielo volvió a centellear en lo alto. Los truenos interrumpían el ulular de la sirena mientras las primeras gotas de lluvia caían entre las trenzas de la joven. Algo en la mente le susurraba más fuerte que la sirena en los oídos.

La mano del Creador.

Pero la mano del Creador era superstición. No existía.

Siete. Abierta.

La joven corrió hacia el centro del pasillo para ver si se acercaban los guardias, pero estos aún estaban en el portón. Señalando. Esperando. Eso solamente podía significar una cosa: llegarían refuerzos.

Quedaban seis edificios. No obstante, ¿de qué servía? Muy pocos de los condenados habían emergido de los edificios que Jordin abría, demasiado aterrados para salir de los confines de sus prisiones.

Pero ella sabía ahora que Jonathan los necesitaba tanto como ellos lo necesitaban a él. Este era el propósito de su amigo: salvar de sí mismos a los muertos.

La muchacha calculó la distancia de los techos de los edificios hasta la pared de hormigón. Demasiado alta para saltarla... y aunque lo hicieran, estaba cubierta con alambradas de púas. Un enredo, un resbalón, y Jonathan podría salir demasiado lastimado como para escapar. Jordin nunca saltaría.

Un movimiento a la derecha llamó la atención de la muchacha. Entonces se giró para ver a Jonathan encaramándose sobre el techo del dormitorio de Kaya, el viento levantándole las trenzas en la espalda y los pantalones pegándosele contra las piernas en medio del viento.

¿Qué estaba haciendo?

—¡He venido a darles vida! —gritaba Jonathan en tono tan potente que competía con el aullido de las sirenas.

Una luz intensa iluminaba cada una de las trenzas del intrépido joven con absoluta y vívida claridad a los ojos mortales de Jordin. Él se había quitado el abrigo, con una de las mangas aún enrollada. Del cuello abierto de la túnica le brotaban como cuerdas los tendones de la garganta.

—Les doy vida más allá de cualquiera que hayan conocido. Vida de mis venas —manifestó, alargando el brazo desnudo—. Vida de mi sangre. ¡Todos los que la tomen vivirán!

Jordin miraba fijamente, sin poder dejar de mirar.

Él es magnífico.

Y luego: *Está loco.*

El incandescente rayo se encendía a través de las nubes como un dedo torcido hacia la fila de luces de la esquina sur, las que salían en medio de una lluvia de chispas. Los gritos desgarraban el complejo.

—¡He venido a traerles un nuevo reino de vida! —exclamaba Jonathan señalando hacia aquellos que se aventuraban a salir con piernas temblorosas como muertos emergiendo de tumbas.

Pero Jordin sabía que ellos no serían liberados. No importaba que las puertas

estuvieran abiertas, que los muros de seis metros se derrumbaran. Sus prisiones no estaban en el cemento ni en las alambradas de púas.

Un rugido lejano. La chica conocía ese sonido. El subterráneo. Refuerzos.

El nuevo hedor la sacudió como una locomotora, precipitándose por el complejo y llegando entre la ráfaga de una creciente tormenta.

La joven se volvió a tiempo para verlos llegar al portón.

Sangrenegras.

Rom tenía los cuchillos en sus manos cuando giró en la esquina del perímetro. Los olió antes de verlos: dos sangrenegras y dos guardias amomados en el portón, armados con espadas. Los caballos de Jonathan y Jordin estaban atados a un riel a medio camino del perímetro y del portón mismo.

Un grito emergía del interior del complejo.

—¡He venido a traerles un nuevo reino de vida!

Un segundo vagón había entrado en el túnel del tren. Rom podía oírlo, más agudo que la sirena; con oídos mortales podía captar el golpe de las ruedas rechinando sobre los rieles.

Más sangrenegras...

El líder de los mortales chifló una vez, con la lengua curvada contra el labio superior mientras corría velozmente hacia los sangrenegras. Cuatro cabezas giraron en dirección a él. El joven lanzó los cuchillos en un vertiginoso y furtivo movimiento. El primero alcanzó de lleno a un sangrenegra entre los ojos. El segundo no llegó a su destino... el guerrero reaccionó demasiado rápido, agarrándolo en el aire y volviéndolo a lanzar antes de que su compañero tocara el suelo.

El mortal dobló las rodillas y se deslizó los últimos cinco metros mientras el cuchillo le zumbaba por encima. El sangrenegra ya se acercaba, corriendo a toda prisa. Rom agarró la empuñadura de su espada y la extrajo, pero el sangrenegra era demasiado veloz y puso el pie encima de la hoja, hundiéndola en el suelo mientras deslizaba su propia arma.

Rom rodó a sus pies. El sangrenegra arremetió hacia el frente haciendo oscilar la espada en medio de la lluvia. El mortal se lanzó hacia su derecha para evitar el golpe. Sintió el jalón en la camisa mientras la espada cortaba el material. Demasiado cerca...

Se abalanzó de cabeza, estrellándose contra el sangrenegra con tanta fuerza como para hacerlo retroceder tambaleándose.

El chasquido característico de metal hundiéndose en carne le llamó momentáneamente la atención hacia el portón, donde uno de los guardias reculaba bamboleándose contra las barras de hierro, con un cuchillo clavado en la yugular. Más allá, la visión borrosa de Jordin, quien había lanzado el cuchillo, deteniéndose

bruscamente con las manos vacías, lo que solo podía significar una cosa: estaba desarmada.

El chirrido de chispeantes frenos cortó el aire mientras el vagón del subterráneo aparecía en la salida del túnel a cien metros de distancia. Seis formas adentro.

El líder mortal lo vio todo en una fracción de segundo, aun mientras el sangrenegra se recuperaba y volvía a arremeter, más mesurado esta vez, espada en ambas manos. Rom se agachó y sacó de la bota su último cuchillo, sabiéndose superado por el rival, que era más rápido y estaba armado con una hoja mucho más larga.

Los cielos se abrieron en serio.

A la izquierda, una forma corría desordenadamente a lo largo del perímetro de concreto hacia el sangrenegra. Triphon, quien al pasar al lado de los caballos asió la empuñadura de la espada de Jonathan y la extrajo sin perder el paso.

—¡Triphon!

La mirada del sangrenegra se dirigió hacia la nueva amenaza. Rom se movió entonces, mientras la atención del guerrero se dividía. Saltó hacia el guardia que quedaba en el portón, dejándole a Triphon el sangrenegra, a sabiendas de que su amigo quedaba con la espalda expuesta.

Alcanzó al guardia en cinco zancadas y le hundió el cuchillo en el cuello mientras el sonido de la mole de Triphon chocando con el sangrenegra se unía al del estruendo retumbante del cielo.

Rom giró para verlos caer al suelo. La lluvia era ahora tan intensa que por un momento no pudo ver quién era quién.

Un grito.

—¡Triphon!

Entonces giró para ver a Jordin en el portón, con ojos desorbitados. Señalando más allá de él. El hombre giró rápidamente. Triphon yacía sobre el sangrenegra, moviéndose apenas. Un escalofrío le corrió a Rom por el cuello.

Un grito seguía oyéndose en medio de la lluvia desde el interior del complejo.

—Les traigo vida nunca vista en este mundo. ¡Un nuevo reino!

Rom oyó cada palabra como si vinieran desde una aislada realidad desconectada. Vida. Pero la escena ante él susurraba muerte.

Triphon rodó de espaldas, llevándose los dedos al pecho. Hacia la espada que sobresalía de este. Los pulmones de Rom se paralizaron. El sangrenegra yacía aún con la espada de Triphon clavada en la garganta.

Su amigo tosió una vez. Por un instante pareció reír hacia el cielo. Luego la mano cayó a tierra. Inerte.

Los sangrenegras del tren saldrían en tropel en cualquier momento.

La joven se quedó inmóvil, mirando la forma de Triphon desplomándose al otro lado del portón.

—¡Jordin! —gritó Rom ya en la entrada, haciendo girar la llave—. ¡Ya vienen!

—¡Jonathan! —exclamó ella volviéndose hacia el complejo—. ¡Tenemos que irnos!

La cabeza de él se movió bruscamente hacia ella, trenzas empapadas, ropa pegada a los duros resguardos del pecho.

—¡Ahora! —gritó Jordin.

Jonathan bajó la cabeza, se deslizó por la pendiente del techo y apareció al final del edificio con Kaya, quien llevaba puesto el abrigo de él. Juntos bajaron el destrozado camino y pasaron a un grupo de amomados con ojos desorbitados, sin desacelerar hasta llegar al portón, apenas abierto para dejar salir a los tres cuerpos de uno en uno.

Jonathan vaciló, mirando a Rom inclinado sobre la forma caída de Triphon, comprobando frenéticamente si mostraba señales de vida. Si Triphon hubiera sido amomado, ellos habrían podido olfatear el olor a muerte. Puesto que era mortal, solamente lo sabrían por el pulso o la respiración.

No había lo uno ni lo otro.

Los sangrenegras comenzaron a salir en tropel del vagón de ferrocarril. Rom levantó la cabeza, titubeó por un instante y se puso de pie. No había tiempo de llevarse el cuerpo de Triphon mientras Jonathan estuviera en peligro.

—¡A los caballos! ¡Ya! —gritó, apurándolos con las manos.

—¡Corre! —exclamó Jordin arrastrando a Jonathan por el brazo.

El muchacho recogió a Kaya y corrió delante de la nómada. Saltaron a las sillas, Jordin detrás de Jonathan y Kaya, y Rom en el otro caballo.

Los gritos llegaban desde atrás. Un cuchillo pasó junto a la cabeza de la joven sin hacer daño.

Entonces salieron cabalgando a todo galope, ocultos tras un fuerte aguacero.

Capítulo veinticuatro

POR EL LEVE PERO inmediato tic debajo de los ojos de Saric, Roland supo que había tocado una fibra sensible al ofrecer a Jonathan. Impondría su ventaja mientras aun la tuviera.

—Y no es lo que crees —expresó.

—Presumes saber lo que creo —dijo Saric.

—Crees que soy alguien que te engañaría como he hecho con otros. Yo supondría lo mismo en tu posición.

El hombre era una columna en negro, erguido en la silla, dedos como garras y brazos muy sobresalientes debajo de las mangas de la túnica. Un tipo poderoso, no un charlatán ni un tonto.

Un hombre de destino como él mismo.

A pesar del tic, escuchó en silencio... una señal de seguridad y resolución.

—Lo que tengo que decir querrás oírlo —aseveró Roland—. Lo único que pido es que lo oigas a solas.

Aún ninguna reacción. Solamente la siniestra mirada, como la de un buitre sobre un trozo fresco de carroña. Esto no se estaba convirtiendo en la clase de confrontación que el nómada había esperado.

—Tengo hombres en los árboles por encima de nosotros. Si quisiera atacarte, lo habría hecho sin exponerme primero. No quiero derramamiento de sangre. Solo deseo paz. Pero por eso debo hablarte a solas.

—¿Quién eres tú para hablarme a solas?

—Roland Akara. Príncipe de los nómadas.

—¿Ves al hombre a mi izquierda? —preguntó Saric, sin parecer afectado por el nombre—. Se llama Brack. Entre él y yo, soy el ser más bondadoso. Te compadezco si me llegara a pasar algo.

Roland lanzó al hombre un brusco asentimiento de cabeza.

—¿Ves a esa mujer detrás de mí? Se llama Michael. Es una de las mil como ella. Te compadezco si alguna de ellas guía a nuestro pueblo en una misión para atacar sin ser vistas, como serpientes cuando menos lo esperas.

Saric asintió lentamente.

—Brack, sígueme.

Saric dio un tirón a las riendas y guió su montura al frente, hacia la tierra yerma que se levantaba al oeste, lejos de los árboles. Brack permaneció detrás, con la mirada fija en Roland, quien hizo girar el corcel y cabalgó paralelo a los dos hombres hasta que Saric se detuvo y lo encaró, a cincuenta pasos de los demás. Michael mantuvo su posición, junto con todo el ejército de sangrenegras. La brisa había menguado... sin duda, no estaban sofocados ni sudando en sus armaduras; sin embargo, el granito

negro se habría movido más.

—Ya tienes tu audiencia —anunció Saric—. Habla.

—Conoces bien a los nómadas.

Saric no respondió.

—Por generaciones nos hemos opuesto al Orden. Nuestra crianza es muy fuerte y nuestro propósito es sencillo. Queremos sobrevivir fuera de esta religión que con mentiras mantiene cautivos a los muertos. Deseamos una cosa: libertad. Y la queremos sin ningún daño a otros.

—¿Qué tiene que ver esto con Jonathan?

—No tenemos ambición de poder. Nuestra alianza con Jonathan se hizo solamente en servicio a un soberano que prometió develar la verdad una vez en el cargo. Eso significaría que nosotros como pueblo ya no tendríamos que vivir fuera del Orden. Pretendíamos vivir en paz. Pero eso ha cambiado. Tú lo cambiaste todo. Feyn es soberana, y por tanto Jonathan no puede ocupar el cargo. Cualquier lucha por esta reclamación sería inútil.

—Continúa —pidió Saric asintiendo con la cabeza.

—Me encuentro entre dos enemigos. Tú, que resguardarías el mando de Feyn, y Jonathan, de quien otros esperan que le arrebatte el cargo. Mi deber es proteger a mi pueblo. Como su príncipe, pagaría cualquier precio por asegurar la seguridad de los míos.

Dejó que la declaración actuara.

—Ofreciste entregarme al muchacho —recordó Saric.

—Estoy ofreciendo salvarnos de un ilimitado derramamiento de sangre y asegurar el futuro de mi gente. Si un hombre debe morir para conseguir ese fin, que muera. Muchos miles de vidas se salvarán.

—¿Debo creer que tienes tanto los medios como la voluntad para traicionar a aquel que has jurado proteger? No veo ninguna utilidad para ti. Yo podría capturar a Jonathan, y también perseguir y atrapar a tu pueblo.

—Tengo los medios, pero entregarlo será mi prueba. Y mi utilidad sería esta: un mandato irrevocable aprobado en el senado y ratificado por Feyn dando a los nómadas la libertad de vivir fuera del Orden y sufrir cualquier destino que el Creador quiera concedernos a cambio.

—Seguramente no crees en la idea del Creador —objetó Saric retorciendo ligeramente los labios.

—Creo en la vida, ahora, como se supone que se viva. Y por tanto tu senado me brindará plena autoridad, reconocida por el Orden, para gobernar a mi pueblo como yo lo considere conveniente. Y seré bienvenido a la Fortaleza como un gobernante extranjero mientras mi pueblo no represente ninguna amenaza para la paz.

Saric analizó a Roland durante algunos segundos. Si el personaje confiaba o no en

él, no podría decirlo, pero el hombre pareció estar complacido. O al menos así olió, suponiendo que el nómada hubiera identificado correctamente el olor.

Roland esperó.

—Encuentro absurda tu proposición —respondió Saric al fin—. El Orden no se puede poner patas arriba por el capricho de un nómada. ¿Qué seguridad tendría yo de que me entregarás al muchacho?

—¿Admites entonces que adquirirlo es de tu interés?

—Cualquiera que represente una amenaza para la legítima soberana es alguien que me interesa.

—Y sin embargo tú mismo representas una amenaza para el cargo de ella y para el Orden al que Feyn sirve al levantar un ejército prohibido por el Orden. Tú tienes tu propósito; yo tengo el mío. No somos muy diferentes.

—Eres demasiado valiente, nómada.

—Soy el decimoséptimo príncipe que gobierna a mi pueblo. Siempre hemos sido valientes. Pero ni una sola vez nuestro propósito se ha desviado de nuestro llamado de ser un pueblo aislado. No tengo intención de permitir que ese propósito nos falle ahora. Hice un gran esfuerzo para traerte hasta aquí.

—Pudiste haber venido a mí.

—Era necesario que comprendieras nuestro compromiso y nuestra fortaleza. Queremos paz, pero no tanta como para morir sin hacer ruido.

—Suponiendo que te conceda esta libertad, aún podrías levantarte contra mí algún día.

—¿Con qué propósito?

—Para gobernar más que a los tuyos.

—¿A expensas de mi pueblo? No sabes tanto como crees.

El corcel de Saric dio una patada al suelo. El sangrenegra ladeó la cabeza.

—Se dice que ustedes creen haber hallado vida. ¿Es verdad eso?

—Sí —respondió Roland—. Y aspiramos a conservarla, no derramarla en una guerra que no es nuestra.

—Suponiendo que yo estuviera de acuerdo, ¿cómo me entregarías al muchacho?

—Impulsarás inmediatamente el mandato a través del senado. Una vez ratificado por la soberana, te llevaré hasta él. No solo hasta él, sino también hasta los custodios que han jurado verlo en el poder.

—¿Y si la soberana no firma?

—Entonces tendrás un enemigo que no te interesaría tener —aseveró el nómada encogiéndose de hombros.

Roland pudo ver la mente de Saric funcionando, buscando alguna debilidad en el acuerdo.

—¿Brack?

—No veo ningún desafío para su propósito, mi señor —contestó el hombre de Saric titubeando un momento antes de hablar.

Naturalmente. Ambos eran plenamente conscientes de que cualquier ley aprobada por el senado no se interpondría en el camino de Saric si este decidiera actuar. Además podría ir tras cualquier nómada, y lo haría, si viera alguna amenaza para ellos... en cualquier momento.

—Aceptaré tus condiciones —accedió Saric—. Pero si no me das al muchacho antes de que cumpla dieciocho años, retiraré mi consentimiento.

El hombre comenzó a hacer girar su montura.

—Hay algo más que deseo —añadió Roland—. Una garantía.

Saric hizo una pausa, arqueando una ceja hacia él.

—Nos entregarás a Feyn para conservarla hasta que se haga el intercambio.

—¿Feyn? —objetó él con una sonrisa distorsionándole ligeramente el rostro.

—No soy más tonto que tú. La cuidaré como a uno de los míos. Ella no recibirá ningún daño.

—Solamente un idiota exigiría a la soberana como garantía.

—Tú dices esto, pero ya sabes que no la lastimaré. Si Feyn llegara a morir, tú serías soberano. No tienes nada que perder.

—Sabes más de lo que pareces, nómada. Quizás te subestimé.

—Nuestra resolución de que nos dejen solos y en paz ha sido alimentada en nosotros durante siglos. Haré lo que sea necesario para ese fin.

—Le presentaré esto a mi soberana —enunció Saric.

—Supuse que ella era quien te servía, mi señor.

—Entonces supones demasiado —objetó Saric lanzándole una mirada insulsa.

—De cualquier modo...

—De cualquier modo, tienes tu acuerdo. Si Feyn no está aquí, en este valle, dentro de dos días, considéralo cancelado.

El jefe sangrenegra comenzó a volverse.

—Mañana —corrigió Roland—. Si requieres al muchacho antes de que llegue a la mayoría de edad, nos queda poco tiempo.

Saric lo miró por un largo instante, luego espoleó a su caballo.

—Mañana —asintió.

Capítulo veinticinco

CABALGARON A TODA PRISA durante una hora, mirando a menudo hacia atrás para asegurarse de que no los seguían, esperando ver sangrenegras siguiéndolos en cualquier momento. Pero no vieron señales de ellos.

Mientras estaban en movimiento, Rom pudo consolarse sabiendo que había salvado a Jonathan de lo que habría sido una muerte segura. Cada paso era uno más hacia la seguridad, pero la verdad del asunto le penetraba incesantemente en la mente como una garrapata chupando sangre. Nada era seguro. Nada estaba bien, nada tenía sentido. Por ahora pudo haber salvado al joven, pero el mundo se estaba desmoronando alrededor de ellos.

Las divisiones estaban creciendo entre los mortales. Saric había formado un ejército para destruirlos a todos. Feyn le había jurado lealtad a su hermano. Jonathan parecía haberse vuelto loco. Triphon estaba muerto.

Rom los guió adonde pudieran bañarse, hacer descansar a los caballos y recobrase él mismo.

Triphon. Muerto.

Era incomprensible. El tipo fornido que había sido segundo al mando era inmune a la amenaza, al miedo o a las lesiones. Su amigo más íntimo desde la época en que ambos bebieran la sangre del custodio y se comprometieran a llevar la carga no podía morir.

Y sin embargo había muerto. La imagen lo obsesionaba. Triphon, rodando desde el sangrenegra y cayendo de espaldas, agarrando con la mano la espada enterrada en su pecho. La misma mano ensangrentada, cayendo al suelo.

Más de una vez Rom pensó en enviar a los otros y regresar él mismo. Para asegurarse, por si acaso. Pero ya sabía lo que encontraría. No había hallado pulso ni aliento. De haber habido algún indicio de vida en el hombre, ahora ya no había oportunidad de comprobarlo... los sangrenegras se habrían asegurado de eso sin demora. No había habido manera de recuperar el cuerpo sin sufrir más bajas.

Sin embargo, lo acosaba el hecho de haber dejado a su compañero en el suelo. Triphon había entregado la vida para que ellos escaparan. Lo mejor que Rom podía hacer ahora era honrar a su amigo cumpliendo su cometido de ver a Jonathan en el poder.

—Nos detendremos aquí unos minutos —dijo, cuando llegaron al lugar.

Pero él no desmontó de inmediato. Los pensamientos le inundaban la mente como un diluvio.

Roland había enviado un voluntario como espía para ser capturado por Saric. Si la misión tenía éxito, el príncipe podría en este momento estar reunido con el hermano de Feyn. De ser así, tenían una oportunidad de salvarlo todo. Pero apoderarse de Feyn

solo era el inicio. Rom aún tenía la hercúlea tarea de persuadirla de que viera la verdad y reconociera a Jonathan como legítimo soberano. Él la había ayudado una vez a encontrar vida, tiempo atrás, pero ahora ella se hallaba en las garras de Saric.

Si no lograba persuadirla... que el Creador les ayude. Los radicales podrían exigir un enfoque más enérgico. La guerra y la muerte los alcanzaría a todos de improviso.

Aunque obtuvieran el apoyo de Feyn, debían considerar el estado tanto físico como mental de Jonathan.

¿Qué significaba que su sangre se estuviera invirtiendo, y tan rápidamente? Según el custodio, el joven podría tener la misma sangre de un amomiado en cuestión de semanas, quizás días. ¿Cómo era posible que quien naciera para traer vida aparentemente estuviera muriendo?

Dentro de dos días todos los mortales iluminarían los fuegos de celebración de la Concurrencia. Cantarían, beberían y bailarían a la usanza nómada en festejo de la vida despertada por la sangre de Jonathan. Lo que no sabían es que la misma fuente que les había dado esa vida se estaba secando.

¿O se estaría invirtiendo solo momentáneamente la sangre del muchacho, mudando hacia su impulso final de la madurez? El custodio había sugerido esta posibilidad, y Rom había decidido esperarla. Nada más tenía sentido.

Pero la sangre de Jonathan no era el único problema. Aunque la regresión fuera una complicación temporal, estaba el asunto del bienestar psicológico del joven. En vez de prepararse para el reinado, él estaba frivolisando con una fascinación obsesiva por los amomiados, queriendo por el bien de una criatura poner en peligro las vidas de millones que podrían hallar vida.

Finalmente, Rom se deslizó del corcel y miró a Jonathan. Quizás este era demasiado joven. ¿Qué infancia había conocido alguna vez este futuro soberano criado en secreto y codiciado por su sangre? ¿Era la fascinación con esta niña amomiada una simple necesidad de tener compañía de parte de aquellos que no le exigían ni pedían nada?

¿Le habían fallado todos en una forma tan básica que su soledad lo había llevado a arriesgar todo su destino para satisfacer una necesidad profunda? La frustración de Rom con el joven disminuyó.

Rom agarró a Kaya y la bajó a tierra. La niña había estado señalando el cielo, pestañeando en medio de la lluvia mientras cabalgaban, cerrando de vez en cuando los ojos mientras se secaba del rostro las lágrimas veteadas con suciedad.

Más de una vez la había descubierto jugueteando con el puño bordado de la manga de su protector. Ella casi se cae del caballo cuando alargó la mano para acariciar el cuello del animal, tocar sus trenzas y sentir en la palma las crines de ese corto pelo equino.

Cualquier amomiado se podría haber preguntado qué ocurría con esa pequeña,

pero Rom sabía exactamente la causa de la ensimismada fascinación de la chiquilla. Experimentaba las inquietudes de una nueva vida.

Conque... al menos la sangre de Jonathan seguía siendo lo suficientemente fuerte para hacer más mortales. Quizás estaba recuperando fortaleza. Tal vez...

Rom cerró los ojos. Le dolía la cabeza.

Kaya se había agachado para agarrar un puñado de tierra. Un instante después sollozaba, el cabello húmedo se le había pegado a la mejilla, las manos hundidas en el suelo. Jonathan se inclinó rápidamente a su lado sobre una rodilla y le susurró al oído.

Rom miró por encima a Jordin, que acababa de regresar de un rápido recorrido de la zona. Estaba tan empapada como todos ellos, aunque la tierra aquí se hallaba seca.

—No nos están siguiendo —informó la chica, y regresó a mirar las nubes tempestuosas que acababan de abrirse sobre la parte sureste de la ciudad—. Ni siquiera nos sigue la tormenta.

Rom sabía lo que ella estaba pensando, a pesar de su antipatía ante la superstición. La mano del Creador. La naturaleza misma parecía haberse juntado para unirse a Jonathan en protesta por la Autoridad de Transición. Pero no había habido nada sobrenatural en esto. ¡Triphon estaba muerto! Apenas habían logrado escapar con vida.

—Una inquietud, Jordin —dijo Rom dejando a Jonathan con la niña y yendo hacia la joven.

Ella desmontó y lo siguió hasta una pequeña elevación donde Jonathan no pudiera oírlos.

—¿Qué estabas pensando?

Jordin miró en dirección a la menguante tormenta. A él le sorprendió la resolución de la chica.

—¿Tienes alguna idea de lo que acabas de hacer?

—Yo estaba protegiendo a mi soberano —opinó ella en tono profundo y férreo.

Frustración, ira... admiración... todo brotó dentro de Rom al mismo tiempo.

—¿Protegiéndolo? ¿Es esta tu idea de mantenerlo lejos del peligro?

—Él no recibe órdenes mías —se defendió Jordin, aún sin mirarlo a los ojos.

—Pero tienes órdenes mías. *Nunca* más permitirás que Jonathan vuelva a salir del campamento sin mi conocimiento o permiso.

—No puedo prometer eso —objetó ella.

—¿Perdón?

La joven ni siquiera había pestañeado.

—No puedo —expresó, y ahora lo miró—. Él es mi soberano. Yo te sirvo a ti, pero primero le sirvo a él. Si lo que él dice te contradice, lo seguiré a él.

Por un instante, Rom recordó a Roland cuestionando la capacidad de Jonathan de inspirar confianza... o de liderar en general. Y sin embargo Jordin lo estaba siguiendo

sin cuestionar. Había algo en Jonathan que inspiraba. No obstante, ¿se trataba de verdadero liderazgo de su parte o solo era devoción de parte de ella?

—Estás enamorada de él —aseveró Rom.

—Él es mi soberano —replicó la muchacha, con un poco de exagerada premura.

Rom regresó a mirar a Jonathan. Aún hablaba tranquilamente con la niña, quien había dejado de llorar y se había sentado sobre los talones a escucharlo.

—Yo también lo amo, Jordin. Y la verdad es que me alegra que te tenga de su lado —comentó, y luego la miró—. Pero te suplico, por el bien del reino, que me informes cuando él demuestre cualquier comportamiento irracional, ¿de acuerdo? También es mi soberano, y necesito saber lo que sucede.

—Siento mucho lo de Triphon —manifestó ella con la cabeza inclinada.

Ahora Rom pudo ver que Jordin tenía rojos los bordes de los ojos. No la había visto llorar durante la huida de la ciudad, pero entonces él solo había notado su propia desesperación.

De nuevo, la imagen del ensangrentado Triphon cayendo al suelo llenó la mente de Rom.

—Sé que era como un hermano para ti —enunció Jordin.

Rom asintió una vez con la cabeza, y al sentir la mandíbula tensa no dijo nada. El torbellino de tantos pensamientos a la vez amenazaba con ahogarlo.

A excepción de Feyn, él era ahora el único que quedaba de aquellos que saborearon la primera vida de manos del frasco del custodio. Avra. Triphon. Neah. Feyn.

Todo se reducía a Feyn, y ahora incluso ella podría estar fuera de su alcance. No. Roland tenía que conseguir convencer a Saric de que tenía toda la intención de entregarle a Jonathan, por traicionera que fuera la idea.

Habían ocultado la verdad acerca de Jonathan al resto de los nómadas, pero no podían hacerlo por tiempo indefinido. Una vez que supieran que tenían sangre más potente que la del muchacho, ¿cuántos, dada la alternativa de proteger a los mortales contra Jonathan, preferirían la vida en sus propias venas a la menguante sangre dentro del soberano?

¿Y Rom mismo?

El solo hecho de poder hacerse la pregunta lo aterró.

Jordin lo estaba analizando con intensidad.

Creador. Él no podía tener estos pensamientos frente a ella. Aunque las mentes no se podían leer, a menudo la percepción mortal era muy aguda. Y él era demasiado tosco como para comportarse correctamente.

Dejó de mirarla y asintió con la cabeza hacia la niña.

—Llévate a la niña... —balbuceó sin recordar el nombre de la pequeña.

—Kaya —dijo Jordin.

—Llévate a Kaya. Necesito hablar con Jonathan.

La joven titubeó por un momento, luego retrocedió y agarró el caballo.

—¿Kaya? ¿Quieres venir conmigo? Les daremos agua a los caballos.

La niña levantó la mirada con una sonrisa cuestionadora, como si ya hubiera olvidado que estuvo llorando solo un instante atrás. Luego se puso de pie sin molestarse en sacudirse las manos ni las rodillas de los pantalones. Jonathan la observó irse con Jordin, quien pasó a la niña las riendas de la montura mientras juntas caminaban hacia el lecho del riachuelo.

Rom esperó a que Jonathan se pusiera de pie, sorprendido por el ataque de emoción que se apoderó de él ahora que estaban solos. Para cuando Jonathan se volvió hacia él, a Rom le temblaban las manos.

—Necesito saber cuál es tu posición.

Los ojos de Jonathan estaban demasiado apacibles. A la vez, demasiado tristes y vividos, y viéndolo todo. *No estaba loco*, Rom podía ver esto más que nadie. Pero si así fuera, le aterraba más la situación, porque esto quería decir que el muchacho tenía propósitos que Rom no lograba comprender.

Criticar al muchacho no haría ningún bien, así que deseó que se le calmara el temblor en las manos.

—¿Qué necesitas saber? —inquirió Jonathan.

Todos los esfuerzos por controlar se derrumbaron al instante ante esa sencilla pregunta.

—Necesito saber *por qué*, Jonathan —expresó Rom levantando los puños apretados, dejándolos luego caer sin poder hacer nada al no encontrar más que aire para agarrar—. Por favor. ¡Ayúdame a entender!

El muchacho estaba tranquilo, lo cual solo añadía leña a la desesperada confusión en el interior del líder.

—En todos los años que te conozco, nunca has corrido un riesgo así —continuó Rom—. Nunca te arriesgaste a tanto peligro. ¿Por qué ahora? ¡Sin duda sabes lo que está en juego!

—Conozco los riesgos —objetó Jonathan mirándolo a los ojos—. ¿Y me conoces tú?

—¿Qué quieres decir con que si te conozco? ¡Por supuesto que te conozco! ¿No fui yo quien te encontró cuando eras niño en casa de tu madre, quien te habló de la profecía, quien te ha guiado y vigilado todos estos años? ¿Cómo puedes preguntar si te conozco?

Jonathan permaneció en silencio.

Aquellos fueron tiempos desesperados de descubrimientos para ellos. Él había perdido a Avra en su intento de proteger al niño. Había comprometido su vida a la causa del reino de Jonathan. ¿Era tan extraño entonces que debiera tener un

sentimiento de traición?

Pero hasta en reconocer aquello sintió culpa. ¿Quién era él para reprender al soberano del mundo?

—¿Qué quieres, Jonathan? Dime qué necesitas.

—¿Me amas, Rom?

—¿Amarte? ¡Te he dado mi vida! Todos lo hemos hecho. Y ahora Triphon... —masculló mientras lo ahogaba un nudo en la garganta, deseando no dejar que se desbordase la emoción—. ¿Cómo puedes tú más que nadie preguntarme eso?

Jonathan bajó la mirada, sus pestañas negras como de niña en marcado contraste con su masculinidad. Seguía siendo muy joven.

—Me sentí fatal por Triphon —dijo él mirando hacia la lejana tormenta—. Pero murió conociendo la verdad. Murió vivo. ¿Cuántos de aquellos que dejamos atrás morirán sin esperanza?

—¿Y cuántos morirán ahora sin esperanza si no tomas el poder? Triphon murió por esa causa, ¡no por una sola amomiada entre millones! Como lo haríamos todos. Jordin. Roland. Yo.

—¿Morirás por mí... o yo por ti?

La pregunta zarandeo a Rom como un ariete. Era cierto, Jonathan se había entregado todos estos años, sin quejarse ni una vez de que su propia sangre se estuviera derramando para el bien de ellos.

—No puedes creer que alguno de nosotros desee que tu vida se seque. Tú *debes* vivir. Por mí, por Jordin, ¡por el bien del mundo! —exclamó Rom, y extendió la mano, desesperado—. El hecho de pensar en fallarte... ¿Cómo puedes decir algo así?

—Entonces sígueme, Rom. Cuando llegue el momento, cerciórate de que el mundo halle vida a través de mi sangre. Vida más verdadera incluso de lo que puedas saber.

¿Tenía Jonathan algún indicio de que su sangre se estuviera invirtiendo? El custodio había dicho que no.

—Te seguiré. Lo haré... ¡ese no es el asunto! Tú debes vivir y cumplir tu propósito para ese fin. ¡Y para ese fin tienes que dejar que yo te proteja ahora! No se trata de hacer mortales, Jonathan, sino de tu pueblo.

—¿Y quiénes son mi pueblo?

—¡Los mortales! ¡Aquellos en cuyas venas fluye tu sangre! Los que estamos vivos.

Cascos de caballo, viniendo del arroyo... Kaya y Jordin, sus voces se oían como trinos sobre el riachuelo.

Jonathan giró la cabeza hacia el sonido.

—Incluso quienes viven pueden todavía estar muertos —dijo el joven alejándose.

Capítulo veintiséis

FEYN CAMINABA POR EL pasillo de mármol del fortín de Saric, impresionada por el imponente arco del techo, el antiguo y emotivo arte que recubría las paredes, y los rojos cortinajes desde el techo hasta el suelo. Amplios candeleros ostentando velas de treinta centímetros de diámetro proyectaban a través del pasillo focos de luz ámbar en intervalos regulares. Candelabros de oro y cristal colgaban de largas cadenas a veinte pasos de distancia, su luz se extinguía por el momento a favor de velas que iluminaban el corredor como si fueran la senda oscura que atravesara un jardín de seda e ilusión. Tan sombríamente immaculado. Fastuoso. Saric siempre había sido un hombre de gusto, y su atención al detalle no era la excepción aquí.

Habían llegado por Feyn al final de la tarde. Cuatro sangrenegras y Corban, el jefe de alquimistas de Saric. Le dijeron que su hermano quería verla, esta noche, en la fortaleza de las afueras de la ciudad. Ella debía hacer arreglos para estar fuera durante tres días.

Rápidamente había puesto las cosas en su lugar con sus funcionarios y con Dominic, quien explicaría la súbita partida como un tiempo para descansar y recuperarse... opción lógica en vista de lo que había sucedido en los últimos días.

—¿Estará su hermano con usted? —había preguntado Dominic.

—Es posible que me acompañe. ¿Te preocupa eso?

—Solo si eso le preocupa a usted, mi señora —contestó él bajando la cabeza.

—Entonces no temas, Dominic. Sirvo al Creador.

—Y yo le sirvo a usted, mi soberana —había asentido el hombre.

—Entonces Saric no es preocupación tuya.

Él no había respondido, pero su silencio expresaba suficientemente fuerte sus inseguridades al respecto.

—Di lo que hay en tu mente, Dominic.

—Hay rumores —había contestado el líder del senado diciendo exactamente lo que ella suponía—. Acerca de los guerreros que sirven a Saric y de su intención de usarlos como un medio de presión. La ley prohíbe estrictamente cualquier uso de fuerza o la formación de un ejército con cualquier propósito.

—Y sin embargo tenemos la guardia de la Fortaleza para protegernos.

—Sí... y Saric ha matado a más de uno de nuestros guardias. Estoy seguro de que usted oyó hablar del incidente de hoy en la Autoridad de Transición. Nos viene violencia con los sangrenegras de su hermano, y las palabras de él en el senado no han caído en oídos sordos. El miedo se ha apoderado de la sala.

—Entonces tranquilízalos, Dominic. El Orden provee una guardia personal para proteger a cualquier soberano que la solicite. Los sangrenegras me sirven de ese modo.

—Entonces Saric la sirve a usted.

—Todo el mundo sirve a la soberana tanto como yo sirvo al mundo.

—Y sin embargo Saric afirma que el mundo está muerto...

—Sí, bueno. Debes permitirle algunos de estos pensamientos. Mi hermano me dio vida en un modo que pocos logran entender. Puedes apreciar cómo eso podría afectarlo.

Dominic había asentido levemente con la cabeza.

—Es evidente que estoy viva. Y como soberana con vida espero que el senado acepte mi decisión de tener guardia. Saric está encargado de mi seguridad a menos que yo decida otra cosa. ¿Está claro?

—Sí, mi señora. Desde luego.

—Se aceptará su guardia como mía. Y cualquier cosa que se diga contra ellos se dice contra mí.

—Entiendo.

—Gracias, Dominic. Sírveme bien, y yo podría abrirte los ojos a una nueva vida.

—Como usted diga —había contestado el líder del senado haciendo otra inclinación de cabeza.

Feyn había salido de Bizancio con Corban y los sangrenegras, rumbo al norte, cabalgando ocho kilómetros en la oscuridad, hasta que el alquimista le pasó una capucha de seda para que se la pusiera a petición de Saric.

El primer impulso de resistirse a ser cegada se había doblegado rápidamente ante la sumisión. Saric era el creador de ella, y la petición de él solo era una invitación a obedecer. ¿Cómo iba a negarse?

Tres horas después, Corban le quitó la capucha, y Feyn fijó la mirada en el fortín de gran extensión que se levantaba en medio de la noche como un fantasma monolítico. Pero en el instante en que puso un pie adentro y la gruesa puerta de madera se cerró detrás de ella, la mente se le inundó de vida, no de muerte.

La vida de Saric.

—Por aquí, mi señora —anunció Corban, llegando a una puerta metálica colocada al fondo de la pared, a la cual tocó y luego abrió ante la invitación de Saric desde el interior.

La música llenaba el aire. Incitante, vibrante y sombría a la vez. Feyn entró a un espacioso santuario que podría ser la oficina de Saric o su lugar más sagrado de meditación. Quizás ambas cosas.

Su hermano estaba sentado detrás de un escritorio grande de ébano con patas talladas en un estilo bastante recargado. Feyn le echó un rápido vistazo al salón: las enormes pinturas enmarcadas de paisajes, los tapices de seda amontonados en cada rincón, las gruesas alfombras sobre el piso de mármol, el sarcófago de cristal con un hombre desnudo adentro a la izquierda de ella. Inmediatamente volvió la mirada

hacia Saric.

—Mi señor —expresó, haciendo una reverencia.

—Mírame, hija mía.

Ella levantó la mirada hasta la de él. Por un momento se quedaron inmóviles.

—Corban —enunció Saric, mirándola aún—. ¿Todavía vive el prisionero que capturamos en la Autoridad de Transición?

—Sí, mi señor. Hemos reparado el daño que sufrieran sus pulmones, y se aferra a la vida con la ayuda de suplementos por vía intravenosa. El mortal es sorprendentemente fuerte. Uno más débil no habría reaccionado a la resucitación.

—Pero estaría muerto sin la vida que yo le doy. Asegúrate de que no sufra más daño. Solo me es útil si está vivo.

—Por supuesto, mi señor. Me encargaré personalmente. Cada hora se hace más fuerte.

—Gracias, Corban. Déjanos solos.

Feyn miró por encima de su hombro, notando que los dos sangrenegras aún estaban apoyados en una rodilla, pero que el jefe de alquimistas solo se había inclinado como era su costumbre. Ella debía aprender más de los hábitos de ellos, quienes ahora dictaminaban las costumbres que debían seguirse.

Corban cerró la puerta detrás de la soberana.

Los ojos de Saric centelleaban. Parecía complacido de verla, pensó ella. Comprenderlo la llenó de gratitud. Él llevaba puesta una chaqueta negra sobre una camisa blanca abierta que dejaba ver el pálido pecho. Una gruesa cadena de plata con un pendiente de un fénix serpentino le colgaba del pecho.

Con sus largos dedos, Saric tamborileó sobre lo alto del ébano. Feyn notó luego que él se había ennegrecido las uñas.

—Gracias por venir en tan poco tiempo, mi amor.

Ella caminó hasta el centro del salón, sintiéndose mal vestida con sus pantalones de montar y su chaqueta de cuero.

—Vine tan pronto como pude.

—¿No te alegras de verme? —inquirió él.

El deseo de agradarlo sorprendía aun ahora a Feyn, pero había más. Una fragancia en el salón que la llamaba como el aroma del mar.

—Más de lo que puedes saber.

—En realidad, lo sé muy bien. Estás ligada a mí, hermana. Lo que aún no sabes es que no puedes vivir sin mí.

Saric rodeó el escritorio, la examinó con aprobación y levantó la mano. Feyn se arrodilló, le tomó la mano entre las suyas y le besó los dedos. Pero esta vez el olor de la piel masculina despertó una oleada repentina de urgencia dentro de ella. Los oídos le comenzaron a resonar y sintió la cabeza tan liviana que por un momento creyó que

se iba a desmayar.

—El fuerte deseo, ¿verdad? —preguntó Saric riendo suavemente.

¿Fuerte deseo? Feyn levantó la mirada.

—¿Qué es?

—Vida, cariño. Mi vida. En el momento oportuno.

Saric retiró la mano y se dirigió hacia uno de los dos sillones grandes con respaldo en forma de ala, delante de una mesa circular que parecía haber sido tallada en una sola pieza de granito amarillo. Sobre una bandeja de plata había una botella de vino tinto y dos copas de cristal.

—Siéntate conmigo, Feyn.

Ella lo siguió y se sentó en el sillón en ángulo con el de él. El sarcófago cilíndrico de cristal estaba directamente al otro lado del salón, mostrando abiertamente a su inerte ocupante. La vista, superficial en principio, la dejó helada en esta ocasión.

—Pravus —informó Saric—. Mi creador.

—¿Está muerto?

—Vive ahora en mí. Qué hermosa criatura, ¿no estás de acuerdo?

Ella no estaba segura de cómo se sentía respecto al pálido cuerpo, pero rápidamente venció su confusión y adoptó el punto de vista de Saric.

—Sí —opinó—. Bastante.

—Así es.

Saric miró el sarcófago con ojos tiernos que sugerían más que simple aprecio. Luego agarró la botella de vino, arrancó el corcho con sus fuertes dedos y llenó cada copa hasta la mitad. Volvió a poner el corcho en la botella, la bajó de nuevo y le pasó a ella una de las copas.

—Por la vida que conquista a la muerte —declaró levantando la copa, mirándola fijamente.

—Por la vida —repitió Feyn, y tomó un trago.

El sabor tanino y fermentado de uvas le perduró en la boca y se le deslizó por la garganta como ardor. La soberana sintió casi al instante el efecto del vino; no le había pasado la debilidad que casi la subyuga al oler la piel de Saric.

¿Era esto lo que debía desear... vivir a través de la vida de otro?

De ser así, se preguntó qué clase de vida podría demandar la muerte. Saric había vuelto a la vida por intermedio de Pravus, y sin embargo le había quitado la vida a su creador. Era difícil imaginar tal despreciable acto de rebelión, a menos que el mismo amo lo hubiera exigido. Entonces, ¿había pedido Pravus a Saric que lo matara?

Y si alguna vez él le exigiera eso, ¿sería ella capaz de tal cosa? ¡No! Quizás. No, imposible. El mero pensamiento estaba saturado de profunda ofensa.

—Hay ocasiones en que se debe quitar la vida —comentó Saric, como si le hubiera leído los pensamientos en la cara—. Pero solo cuando esa vida está en

conflicto directo con la vida superior. ¿Comprendes esto?

—Sí, mi señor.

—Dime.

Así es como últimamente él la dirigía con preguntas, a fin de atraerla con suavidad de modo que ella pudiera servirle mejor. De modo que pudiera cumplir su propósito como alguien hecha a imagen de él.

—Le quitaste la vida porque era más débil que la tuya. Obstaculizaba una vida superior. La tuya.

—La vida, Feyn. Es lo único que importa en este mundo muerto. Quienes vivimos someteremos este planeta y gobernaremos a los muertos como mejor nos parezca. Y me pareció mejor hacer que mis súbditos dependan de mí en una forma que Pravus no hizo. Por eso deseas mi sangre.

—¿Mi señor?

Saric levantó el dorso de la mano hasta el rostro de ella. El olor de la piel masculina inundó otra vez las fosas nasales de la soberana, más fuerte que la primera vez.

—Todos mis hijos me necesitan —afirmó él retirando la mano—. Pero de diferente manera. Los nacidos de sus cámaras necesitan obedecerme. Su lealtad está asegurada por medio de la alquimia. Pero tú, Feyn, recibiste vida a través de mi propia sangre. Sangre que necesitas para vivir.

—Por tanto... sin tu sangre... ¿moriré?

—Así es —replicó Saric sonriendo—. Si yo muriera, tú también morirías. En realidad somos uno, tú y yo.

Primero frío y después calor recorrió la espalda de Feyn. ¿Necesitaba la sangre de Saric para vivir? ¡Sin duda él estaba hablando en términos metafóricos, no físicos!

—¿Cómo? —exclamó Feyn.

—Se te debe inyectar de vez en cuando una porción de mi sangre o de lo contrario mueres. Ya han pasado tres días desde que te traje a la vida. Ahora te sientes débil, ¿verdad? Tienes unas ansias que no puedes comprender.

Ella tragó grueso. Le temblaban los dedos y los apretó para que él no notara la ansiedad que le produjo el pensamiento.

—No temas, mi amor —dijo él pasándole una mano por la cabeza y bajándola por el cabello a fin de acomodárselo—. Mientras yo viva y tú tomes mi sangre cada tres días, tendrás una larga vida de belleza y poder. Esta noche Corban te ayudará a nutrirte.

Feyn lo odió por breves instantes. ¡Su propia vida estaba aprisionada! No bastaba que él tuviera los servicios y la lealtad de ella, ¿también decidiría en su propia supervivencia?

Luego el pensamiento desapareció y ella permitió que otras ideas más

constructivas le bañaran la mente. Estaba viva a causa de Saric. ¿No dependían de sus creadores todas las criaturas? Entonces ella solo debía sentir gratitud por la vida que Saric le había dado, independientemente de lo que debiera hacer para conservarla. ¿No sucedía lo mismo con el Creador de todo? Por tanto, quien aceptaba las condiciones de Saric no tendría que estar condenado a la muerte eterna.

—Pero esa no es la única razón de que enviara por ti —explicó el hombre alejando de ella la mano; luego bajó la copa, se echó para atrás en el sillón y cruzó la pierna sobre la otra—. Necesito que hagas algo por nosotros. Los nómadas se me han acercado con una solicitud. Han accedido a darme al muchacho a cambio de una nueva ley que les dé derecho pleno como gobierno autónomo fuera del Orden.

El interés en la sangre de Saric desapareció por un momento ante este nuevo giro.

¿Entregarían ellos al muchacho? Pero eso significaba que este moriría. ¡Seguramente sabían eso!

¿Por qué entonces Rom accedería a eso?

—¿Lo traicionaría Rom?

—Roland, el príncipe nómada.

¿Actuando sin el conocimiento de Rom?

—¿Y tú accederías a esto?

—No. Ni tampoco soy tan estúpido para creer que entregarían al muchacho. Pero además han exigido tenerte con ellos hasta que se apruebe la ley. Exigen a la soberana como garantía —anunció Saric, entonces la miró y cruzó las piernas—. ¿Qué aconsejarías?

Feyn caviló en la pregunta, sabiendo que su hermano ya tenía una respuesta específica en mente. Así actuaba él, haciendo preguntas. Y ella ya conocía la respuesta.

—Ellos no conocen las profundidades de mi lealtad hacia ti —respondió la soberana—. Pero tú sí. Concédeles lo que piden.

—¿Con qué propósito, mi amor? —inquirió él con una ceja arqueada.

—Para que yo pueda enterarme de lo que necesitas saber acerca de nuestros enemigos.

—Podría ser peligroso —advirtió Saric con una sonrisa en los labios.

—Ellos saben que, si me matan, tú te convertirías en soberano.

—¿Estás insinuando que te preferirían como soberana antes que a mí?

—Yo les ayudaría a creer eso. Esto no solo garantiza mi seguridad sino que los motivará a confiar.

Saric la examinó por varios segundos. Cuando habló, su tono había cambiado. El amable creador se había ido. Aquí estaba el amo que exigía absoluta obediencia.

—Mañana irás con el único objetivo de enterarte de sus fortalezas, su cantidad real y dónde se ocultan. Si es posible, te ganarás la confianza del muchacho.

Regresarás en tres días. Si no lo haces, morirás. Ellos deben comprender esto.

—¿Qué hay de lo que piden respecto a una autonomía, mi señor?

—No, de ninguna manera —reiteró él gesticulando con la mano—. Si lo crees necesario, diles que está en proceso.

—¿Y si intentan cambiarme?

—No pueden. Como tú misma me dijiste, la sangre del muchacho es letal para los de nuestra clase.

Feyn asintió. Otra ligera ola de aturdimiento le oscureció la vista. Se había sentido muy bien otra vez hasta hace un momento, y entonces la debilidad se apoderó de ella como un torrente. Tendría que recordar la rapidez con que la vida se le iba del cuerpo.

Saric estaba hablando de nuevo... Feyn no había oído sus primeras palabras.

—... rápidamente. Muy rápidamente. Dentro de una hora estarás muerta —advirtió él tocándole las manos.

—Ven conmigo. Te alimentaré.

Capítulo veintisiete

ROM SE PASEABA CERCA de la orilla del río Lucrine, mirando hacia arriba por segunda vez en los últimos cinco minutos para considerar la posición del pálido brillo de sol sobre un delgado manto de una formación de nubes. Una hora después del mediodía. Inclino la cabeza, y deseó que se le calmaran los nervios que constantemente se le habían crispado en la última hora. Quizás habían tenido problemas para encontrar el lugar.

Pero no... precisamente ayer Saric había venido aquí con todo su ejército.

Varias posibilidades le estallaron en la mente. Tal vez Saric había reconsiderado e incumplido su palabra. Quizás a Feyn la habían comprometido, aprisionado o, peor aun, matado. ¿Y si los sangrenegras hubieran hallado el campamento mortal en el valle Seyala y estuvieran marchando hacia allá ahora mismo?

Era posible que Feyn hubiera rechazado la idea y se hubiera negado a venir. O conocía una mejor manera de hacer las cosas. O tenía un plan que la llevaría a él por otros medios. Sin duda, ella no se mostraba tan insensible por la misión mortal como parecía.

Rom resguardó sus pensamientos y miró hacia el río donde Javan, uno de los hombres que lo había acompañado, daba de beber a su caballo. Se trataba de uno de los exploradores nómadas más diestros. Telvin, uno de los custodios de Rom, se hallaba sobre su montura en la colina, perfilado contra el cielo. Él sería el primero en ver si alguien se acercaba.

El río no era hondo en sus orillas, las aguas de un torrente más antiguo que había cambiado el curso en el último medio siglo. En el mundo del Orden, se trataba de la misma vía acuática... una que se había desviado de su propio lecho. Pero por las normas nómadas la nueva vía acuática constituía una nueva creación, y como tal también había merecido un nuevo calificativo. Los nómadas lo llamaban Chava, nombre que significaba «vida»: el grito de batalla, proclama, esperanza y propósito para cada mortal. El mapa nómada estaba lleno de tales nombres alterados para valles, praderas y vías acuáticas.

Aquí el nombre estaba bien puesto, pensó Rom. El terreno ofrecía pinos y robles tiernos cerca de las orillas del río, y un pequeño bosquecillo natural de olivos como a diez metros de distancia. Le habían dicho que en el mundo antiguo los árboles significaban paz. Esperaba que significaran lo mismo hoy día.

A través del valle las colinas del este se abrían a las llanuras del sur. Incluso desde aquí Rom podía ver la evidencia del ejército de Saric en la tierra aún revuelta debido a cascos de caballos y pisadas humanas. El informe de Roland en cuanto a la cantidad de los sangrenegras lo había tenido en vela la mitad de la noche. Se había levantado al amanecer aun más consciente de la naturaleza crítica de su reunión con Feyn, la

cual, por dudosa que pudiera ser desde el punto de vista de Roland, era la mejor posibilidad ante ellos. Seguramente era de este modo o a través de la guerra.

Miró hacia el sur, exhalando un largo suspiro.

—¿Cuánto tiempo quieres esperar? —preguntó Javan, subiendo el caballo por la orilla, como si Rom estuviera esperando que los muertos se levantaran.

Pero Rom había visto amomados levantarse antes.

—El tiempo que sea necesario.

—¿Cómo sabemos que no nos han alejado del campamento y ahora mismo lo están...?

—¿Dudas de la habilidad de Roland para defenderlo? —interrumpió bruscamente Rom.

—Nunca —corrigió rápidamente Javan.

—Yo ni siquiera lo pensé.

Pero, la verdad sea dicha, Rom no sabía cuánto tiempo podían esperar. Si ella no estaba aquí en una hora o dos, él tendría que suponer que no iba a venir. ¿Estaba el Creador decidido a ver el exterminio de todos ellos?

Maldijo en voz baja y se dirigió hacia su caballo. Entonces sonó el silbato.

Rom levantó bruscamente la cabeza y vio a Telvin cabalgando a toda velocidad colina abajo y gesticulando hacia el horizonte del sur.

Dos jinetes habían rodeado la colina, ambos vestidos de cuero negro. Uno de ellos montaba un garañón gris. Llegó la pestilencia, débil en medio del viento. Sangrenegras.

El pulso de Rom se estremeció.

Pudo verlos claramente: un hombre, ancho de espaldas, sobre un caballo más grande que el otro. Cabalgando a su lado... Feyn. La inclinación de la barbilla femenina, la trenza negra sobre el hombro, las inconfundibles manos enguantadas sosteniendo las riendas.

Ella había venido. Gracias al Creador, había venido.

—¿Los ves? —preguntó Telvin deteniendo su caballo y desmontando al vuelo.

—Sí. Ponte al lado de Javan. Nada de agresividad de parte de ninguno de ustedes dos.

Rom caminaba de un lado al otro, los brazos cruzados, mientras Feyn y su guardia se abrían paso por el valle aparentemente sin prisa. Ahora él pudo detectar el hedor de un ligero temor. Cautela, de parte del sangrenegra. De algo más... curiosidad. Y otro olor que él no pudo reconocer en absoluto.

Feyn frenó a cincuenta pasos, dejando que su escolta se acercara solo. Javan escupió a un lado, una reacción común entre los nómadas ante la fetidez. Telvin, por su parte, se mantuvo firme, inmóvil.

—Usted tiene un hombre más —advirtió el sangrenegra deteniéndose, asintiendo

y examinándolos.

—No sabíamos a cuántos esperar —respondió Rom.

—Haga retroceder a uno de sus hombres.

—Javan. Déjanos solos.

El nómada lo miró. Claramente se creía mejor cualificado para quedarse. Pero, para su crédito, no dijo nada. Aunque miraba fijamente al sangrenegra, se dirigió a su corcel, montó, y giró alrededor. Se uniría a los otros tres exploradores que vigilaban el inevitable indicio de otros sangrenegras que sin duda andaban cerca... Saric no era tonto, y Rom tampoco.

—¿Satisfecho?

—Usted hablará a campo abierto —advirtió el sangrenegra.

—Por supuesto. A solas.

El hombre entrecerró los ojos.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Rom.

—Janus —contestó el sangrenegra después de titubear.

—Óyeme, Janus. La soberana ha venido como garantía para un intercambio. Ninguno de nosotros nos perderemos de vista.

Él pareció sopesar la idea, volteó a mirar a Feyn, quien asintió levemente con la cabeza.

Está preocupado por ella...

El guerrero se volvió.

—Ustedes dejarán sus caballos conmigo y permanecerán a este lado de las rocas —expresó mirando hacia el norte, donde el valle comenzaba a estrecharse.

—Dejaré el caballo contigo y con mi hombre, Telvin. Permaneceremos en el valle.

El sangrenegra asintió y espoleó su corcel hacia el montículo donde Telvin sostenía las monturas tanto de él como de Rom. Feyn esperó hasta que su escolta se detuvo y dio media vuelta, a diez pasos de Telvin. Evidentemente satisfecha, hizo caminar poco a poco su caballo hacia adelante.

Las venas oscuras debajo de la piel le trazaban el cuello y las mejillas como débiles garras bajo la difusa luz del día. Unos herméticos ojos lo observaban como estanques llenos de lodo, incapaces de reflejar la luz del sol. Ella no lucía joyas, solo una capa de montar de cuero, túnica y pantalones y botas de cuero.

Feyn puso el pie en el estribo y giró con elegancia de la silla de montar. Su escolta silbó y el caballo se dirigió hacia el montículo, tan bien entrenado como cualquier corcel nómada. Su enemigo parecía más refinado de lo que Rom había imaginado.

El hedor de la muerte, ofensivo como carne rancia, se concentraba en las narices de Rom a medida que Feyn acortaba la distancia entre ellos. Indudablemente, era

sangrenegra.

Y sin embargo totalmente majestuosa.

—Me dijeron que estaría el príncipe nómada, Roland —indicó la soberana.

—Un cambio de planes. Solo te pido que me escuches.

—Simplemente resultó ser una maquinación para hacerme venir. ¿Por qué?

—No tienes nada que temer, te lo aseguro.

La mirada de la mujer revoloteó por encima de Rom, revisando rápidamente las colinas al fondo, luego reposó otra vez en él. Comenzó a quitarse los guantes. El grueso anillo de su cargo se veía enorme en sus dedos tan delgados.

—Muy bien, Rom Sebastian. Aquí estamos. Di lo que tengas que decir.

—Gracias, mi señora —enunció él apoyándose en una rodilla e inclinando la cabeza antes de levantar la mirada.

—¿Nos inclinamos en ceremonias, entonces, incluso aquí? —exclamó Feyn observándolo con franca evaluación y un toque de diversión.

El líder de los mortales sonrió levemente y tomó la mano que ella le extendía. Como era la costumbre, le besó el anillo, frío en los labios de él.

—Muestro respeto donde es debido —contestó el hombre.

Me conociste una vez. Te convencí entonces. Permíteme transformar otra vez tu corazón.

—La primera vez que puse la mirada en ti entraste en mi recámara y me secuestraste. Y ahora me besas el anillo —declaró la soberana, retirando la mano—. ¿Te has vuelto un hombre de respeto?

—Siempre fui un hombre de respeto, pero ya sabes eso.

Rom se puso de pie. Durante los nueve años de letargo de Feyn, los hombros y las piernas de Rom se habían endurecido por las horas en la silla de montar, por la cacería y el interminable entrenamiento. Él ya se había notado la ligera aparición de patas de gallo en los bordes de sus ojos y el leve engrosamiento de las cejas.

Pero Feyn estaba tan alta y tan esbelta como había sido una vida antes. Aunque habían pasado nueve años, ella no había envejecido. Podría haber sido la misma mujer que conociera cuando Rom tenía veinticuatro años.

Podría haber sido.

Pero entonces estaban esos ojos. Y las venas oscuras que fluían con nueva sangre.

—No más formalidades. Es evidente que te tomaste muchas molestias para traerme aquí. No perdamos el tiempo.

—Me parece bien —concordó él, y miró a su hombre, que sin duda podía oírlos si decidiera escuchar a pesar de la distancia—. Camina conmigo.

Feyn y Rom caminaron hacia el cañón a paso deliberado, y de pronto él no supo cómo empezar. Ella cortó primero el embarazoso silencio.

—Esta solicitud de una ley para proteger a los mortales siempre fue un engaño.

—No necesariamente, no. Como opción, yo presionaría para que se acepte.

—No tienes intención de entregar al muchacho.

Así de simple. Directo al grano. Pero él sabía que ella lo habría supuesto en el momento en que vio que Roland no había venido, como se le indicó a Saric. Los pudieron haber convencido de que el príncipe nómada traicionaría a Jonathan, pero nunca Rom.

—No.

—Entonces no recurras a la falsedad de entretenerme o de que quieres cortejarme. Di qué es lo que deseas.

Él siguió caminando en silencio, escogiendo con cuidado sus palabras antes de hablar. Era obvio que esto no iba a ser fácil.

—¿Bien?

—Quiero ver concluido lo que iniciamos hace nueve años. Solo tú tienes el poder de hacer eso, Feyn.

—Verlo concluido quizás no incluya a Jonathan como una vez pensaste. A pesar de lo que pudiste haber creído, no estoy en posición de ordenar cualquier cosa que yo desee.

—Eres la soberana.

—¿Aún tan ingenuo, Rom? Envidio tu idealismo, si no estuviera tan equivocado.

—¿Idealismo? Yo lo llamaría destino. Tú sabes lo que ambos hemos sacrificado para llegar a este día —expresó él haciendo a un lado la ansiedad que lo barría como una oleada de tormenta. *Así no. Nunca la convencerás de esta manera.*

Se detuvieron bajo la sombra de un árbol. Telvin y el sangrenegra se habían movido de sus posiciones, y se hallaban ahora muy lejos del alcance del oído, incluso de un mortal.

Feyn se volvió hacia Rom, con los brazos cruzados. Él debía llevarle otra vez la mente al lugar que esta ocupara hace nueve años, cuando ella saboreó vida por primera vez. De no lograrlo, su objetivo estaría perdido.

—Ya sabes que esto es una estupidez.

Lo que estremeció a Rom fue más el tono inalterable que las palabras de ella. Quizás Roland tenía razón: la esperanza que había puesto en la mujer nacía más de emoción irracional que de lógica razonable. Como ella lo manifestara: estupidez.

Pero no. Debía haber un vestigio de verdadera vida detrás de esos ojos oscuros.

—El Orden ve al Caos como tontería. ¿Concuerda Saric con esto?

—No —contestó ella demasiado pronto, pues él la había agarrado por sorpresa.

—¿Y tú? ¿Crees que el Caos fue una estupidez? ¿Que la vida que una vez experimentaron los humanos fue convenientemente aplastada? ¿Que cualquier clase de vida como esa se debe prohibir hoy día? ¿Es estupidez esto?

—No.

—Y sin embargo, antes de que yo te trajera vida todo eso era estupidez para ti. Por favor, no vuelvas a cometer el mismo error. No soy estúpido.

—No, pero todos nos equivocamos a veces. Traerme engañada solo para hablarme al oído lejos de Saric no solo es idealista, sino estúpido.

Ella lo veía todo a través de eso.

—Veremos —manifestó él.

—Yo ya lo hice.

—¿De veras? —objetó Rom, y miró a Telvin, quien estaba cerca del sangrenegra abajo en el valle, masticando tranquilamente un tallo de hierba—. Dime qué come mi hombre ahora.

Ella le siguió la mirada, pero no respondió.

—Un tallo de hierba. Es evidente que mi vista es mucho mejor que la tuya, como lo es la vista de todos los mortales que han recibido vida a través de la sangre de Jonathan.

—Solo tú dices eso.

—Y tu hombre se está rascando algo en el cuello. ¿Tiene salpullido?

—Veo que tienes buena vista —asintió ella pestañeando—. Igual que un perro.

—¿Me comparas con un animal?

—No. Vamos, Rom, ambos sabemos por qué me trajiste aquí. Pudiste haberme enviado un mensajero para decirme por qué debo renunciar a mi soberanía en favor de Jonathan. No hubiéramos perdido el tiempo. ¿Era tu intención frustrarme?

—Mi intención es usar todos los recursos, excepto la fuerza bruta, para ayudarte a comprender tu destino.

Feyn caminó hacia el tronco del árbol y bajó la mirada hacia el valle. Rom la dejó pensar por algunos minutos y se apoyó en una roca cercana. Tenían tiempo.

—Déjame hablarte de destino, Rom —objetó Feyn, quien no estaba ansiosa por dejar que pasara el tiempo—. Ese destino ya está sobre nosotros. Estoy viva, y soy soberana según toda la ley de sucesión. A no ser que yo dimita, no hay manera de que Jonathan asuma mi cargo. Pero ambos sabemos que si yo fuera a dimitir, Saric me mataría y se convertiría en soberano.

Ella volteó a mirarlo.

—Ese, Rom, es el destino —concluyó—. Y no se puede alterar. No ahora.

—A menos que Saric no te matara. A menos que hallemos una manera de dominarlo.

—Tú no has visto su poder.

—No, pero Roland sí. No subestimes a los nómadas.

—Estás suponiendo que tengo algún interés en dimitir.

—No. Estoy suponiendo que lo harás una vez que recuerdes quién es Jonathan.

—Entonces supones mal. Saric tiene mi lealtad inquebrantable.

—Hoy sí. Óyeme, eso puede cambiar.

—Sinceramente, lo dudo.

—Las dudas se pueden borrar.

Un fuego se extendió por los ojos de Feyn, y Rom no estaba seguro de si se trataba de un desafío o una mirada de diversión. Sea como sea, la mujer estaba inamovible.

—Por favor, Feyn. Solo óyeme.

—¿No lo he hecho?

—No se trata de quién sea soberano o no, Feyn —añadió él levantándose y poniéndose junto a ella—. Jonathan podría gobernar junto a ti. Sí, sería necesario lidiar con Saric, así como con el senado. Deshacer la muerte es una tarea gigantesca, de acuerdo, pero te ruego que consideres lo valiosa que es. El mundo debe ser libre.

—Y vivir como se vivió una vez —manifestó ella, volviendo a apartar la mirada.

—¡Sí! —exclamó Rom, e instintivamente se acercó y le tocó el brazo. Pensó al instante en retirar la mano, pero, al no apartarla Feyn, la dejó—. Al menos podemos concordar en eso como un inicio. Conozco la vida. Tú la has conocido. Si el deber de una soberana no es brindar vida, ¿cuál es entonces?

—Me malinterpretas, Rom —reclamó Feyn, mirándolo—. Yo sí traeré vida. Pero no renunciaré a mi soberanía.

—Entonces encontremos otra manera de que Jonathan gobierne contigo.

—Aportaré mi vida. La vida que se me concedió. No la de Jonathan. Rom bajó la mano.

—La vida de Saric no es vida. ¡Seguro que puedes ver eso!

—¿No lo es?

—¡Vida, Feyn! *Vida*, como experimentaste una vez. Con alegría. Esperanza. Amor. Amaste una vez. ¿O lo has olvidado?

—No. No lo he olvidado —concordó ella mientras los tendones del cuello le sobresalían—. Y amo otra vez.

—¿Amas? ¿A quién? ¿A *Saric*? ¿Puedes llamar amor a una lealtad exigida?

—¿Quién eres tú para dictaminarme lo que es amor? ¿Cómo es eso de amar? Una vez conocí el amor, por una hora muy corta contigo, Rom. Te amé y me rechazaste a causa de Avra. Ni siquiera te podía culpar. Pero incluso entonces supe que una parte de ti me amó en respuesta.

Rom nunca había admitido a alguien sus confusos sentimientos por Feyn. En el momento los había sentido como una traición, como si el amor, una vez dado, existiera solo en cantidad finita y no se pudiera compartir o dar a otra persona. Sin embargo, ¿no había él amado a Triphon como seguramente había amado a Avra? Del mismo modo en que aún amaba a Jonathan, ¿con todo su corazón?

¿Del mismo modo en que aún amaba a Feyn?

—Lo que ahora sientes por Saric no puede ser amor. Así como la sangre de tus venas no es verdadera vida.

—¿No lo es? —declaró ella con las cejas arqueadas—. ¿Eres tan arrogante para no creer que yo sienta esperanza por este reino mío? ¿Por lo que yo podría aportar al mundo? ¿No crees que desee ser recordada con cariño? ¿Tratada con amor? ¿Crees que no siento la más profunda atracción de amor en mis venas en este mismo instante? ¿Quién eres tú para decirlo?

—¡Eso no es más que alquimia! ¡Química en tu sangre!

—¡Todas las emociones son causadas por elementos químicos! ¿Qué es el amor sino la avalancha de endorfinas en el torrente sanguíneo?

Rom se pasó una mano por el cabello y se alejó.

—No es lo mismo.

—¿No lo es?

—¡No! —exclamó volviéndose—. Feyn. Piensa en Jonathan. Mil doscientos mortales han salido de sus venas.

—*Doce mil* han salido de las de Saric.

—¡Jonathan *nació* con vida en sus venas! No la ingirió, no se la inyectaron ni la alteraron. Nació con ella en la línea de séptimos. Es su destino, no el de Saric, construir un nuevo reino de vida, ¡libre de la esclavitud de la muerte!

—La vida fue quitada debido a la sangre alterada —declaró ella—. ¿Aseguras ahora que no se puede devolver de la misma forma?

—¡Sí! ¡No! Pero la vida de Saric no es vida. Tú sientes... no puedo negarlo. Crees que tienes amor, tal vez amas realmente de alguna manera... no lo sé. ¿Pero no puedes ver que la intención de Saric es esclavizar al mundo? Él no tiene intención de ofrecer libertad a ningún ser... a ti menos que a nadie.

Había tantas cosas que él deseaba decir, todas cuidadosamente ensayadas en una secuencia lógica. Pero en realidad todo se había derrumbado ahora.

—¡Saric está contra toda gota de verdadera vida y libertad de las venas de Jonathan! No solo es un dictador, sino el enemigo de la vida misma. Él reemplazaría un virus que al menos trajo paz, con otro que le dará poder absoluto. Ambos sabemos que Saric intenta matarte y reinar él solo. ¡Al menos debes haber concluido eso!

Feyn lo miró, y él se preparó para recibir su ira. Pero puesto que los ojos de ella se empañaron, lo único que pudo hacer era suavizar el tono.

—Perdóname, no deseo ser insensible. La verdad es que no puedo soportar la idea de que te puedan hacer algún daño. Pero la ley es clara. Si mueres, Saric es soberano. Al traerte a la vida se aseguró su propio ascenso al poder. Solo es cuestión de tiempo que decida que ha llegado el momento de tomar ese poder.

Feyn no replicó con comentarios o argumentos ingeniosos que atentaran contra lo que era demasiado obvio. Una tormenta se le generaba en la mente, y Rom tenía la

intención de avivarla.

—Solo deseo proteger tu vida y asegurar el destino de Jonathan. Piensa conmigo. Tú viste el pergamino, la profecía. Creíste en ella. Distes tu vida por ella una vez; por favor, no ofrezcas tu vida para deshacerlo todo.

—Según tú, nunca estuve viva.

—No es cierto. Tuviste vida ese día. Y es a esa parte de ti a la que apelo ahora. Dime, ¿es falsa la vida de Jonathan?

—¿Cómo sabes que no existan muchas maneras de vivir? ¿Cuán egocéntrico, cuán etnocéntrico, debe ser alguien para decir: «La mía es la única manera»?

—¿Quién puede decir que la vida de servidumbre de Saric debe ser la manera correcta de vida? —objetó bruscamente el hombre—. ¡Él te llevará a la muerte con tanta seguridad como que Jonathan te devolverá a la vida!

Rom se colocó frente a ella y le agarró las manos.

—Feyn —indicó, mirándola a los ojos—. Tú y yo estuvimos unidos una vez. Tú creíste en las palabras de Talus, el custodio cuyo relato tradujiste ese día en la pradera. ¿Recuerdas?

—Sí —contestó ella en voz baja.

—Todo lo que tradujiste respecto a la sangre y a Jonathan resultó ser cierto.

La expresión de la soberana era impasible.

—Distes tu *vida* por ello, Feyn. No eres alguien que toma decisiones precipitadas, por lo que entiendo tu lucha ahora. Fuiste entrenada para pensar de modo estratégico y metódico toda tu vida. Y sin embargo *conociste* algo diferente.

La soberana no hizo ningún esfuerzo por discutir.

—Si todo hubiera salido como lo planeamos, deberías estar despertando dentro de cuatro días... no delante del rostro de Saric, sino delante del mío y el de Jonathan. Delante de mortales que te veneran por el precio que pagaste por ellos. Si solo supieras cómo he anhelado ese día, cuántas veces lo he imaginado...

Le soltó las manos. Feyn no tenía idea de la cantidad de noches que él había pensado en ella. Las veces que había esperado que el custodio regresara de Bizancio para oír que estaba intacta, protegida en letargo. Las noches que se había entretenido a medias en compañía de las mujeres que Roland le había enviado... noches que invariablemente habían terminado en que lo dejaran por asuntos más interesantes cuando él se mostraba insensible por las insinuaciones de ellas.

Feyn bajó la mirada, pero no antes de que Rom viera lágrimas brotándole en los ojos.

—La manera en que las cosas son ahora... no es como deberían ser, Feyn. Esto no es por lo que trabajamos. Por lo que te sacrificaste. No hiciste todo eso para que te convirtieras en títere de Saric. Lo hiciste porque *creíste*. Y lo hiciste sabiendo que yo estaría aquí, mientras estuviera vivo, esperándote.

Las lágrimas se deslizaban por los ojos de Feyn y le rodaban por las mejillas. Se las secó con la mano que no llevaba el anillo del cargo, sino solo la sencilla piedra de luna que él recordara de mucho tiempo atrás.

—Y ahora... —balbuceó Rom meneando la cabeza—. Mis manos están atadas. Aparte de una guerra que costará muchísimas vidas y que enviará una ola de temor a través de Europa Mayor, no habrá manera de conseguir que Jonathan obtenga el poder. Tú eres la única que puede componer esto ahora. Por favor, Feyn. Te lo estoy suplicando.

—Tú siempre pareces estar suplicándome, Rom —expresó ella levantando la mirada hacia él.

—Solo porque primero me suplicaron a mí.

—¿Quién?

—¡El destino, cuando la sangre llegó primero a mis manos! Así que ahora te lo ruego.

Ella asintió, ausente, aunque no muy de acuerdo.

—Solo puedo dar lo que ya di, Rom —enunció ella tranquilamente—. Ya he muerto una vez. Ahora que encuentro vida y poder me pides que dimita.

—Escúchame, Feyn. Piensa con cuidado. ¿Puedes decir que ahora sientes lo mismo que ese día conmigo hace nueve años? El día en que el sol ardía en tu pálida piel... ¿recuerdas? Salimos cabalgando en un semental gris de los establos reales en las afueras de la ciudad. Uno exactamente como aquel en el que viniste hasta aquí.

Ella escuchaba, mirando hacia el horizonte.

—Las anémonas estaban florecidas —continuó Rom, bajando aun más la voz—. Te canté un poema, porque lo pediste como un regalo, y te lo di de buena gana... lloraste.

Los labios de Feyn se abrieron, pero no expresó palabra alguna.

—Me pediste que me fuera contigo. Que viviera contigo. Que llevara a Avra si yo quería... reías. Nunca te he visto reír desde entonces. Pero lo hiciste, y estabas hermosa. No eras soberana. Ni de la realeza. Sino una mujer con un corazón que amaba.

Rom se le acercó mientras hablaba, con la fetidez a muerte concentrándose en la nariz. La fragancia de ella había sido hermosa una vez, un perfume exótico y embriagador, fuerte como el vino abundante. Ahora tenía un olor tan fétido que ningún mortal que no fuera Jonathan podría aguantar estando cerca.

Le tocó la mejilla y ella volvió los ojos hacia él. Oscuros, insondables. Estaba desesperado por hallarla dentro de aquellos ojos.

Los dedos de él se deslizaron por el mentón de la mujer hasta la parte trasera del cuello.

—Dime que recuerdas lo que te digo —pidió.

Rom se dijo que no debía ansiar el sabor de ella. Su olor. ¿Qué mortal había besado alguna vez a un amomado? Y sin embargo unió los labios a los de ella sin reserva alguna.

No halló dulzura. Se había ido la fragancia del aliento femenino, la humedad de la lengua, dulce contra la de él, los labios de ella, carnosos y suaves a la vez.

El aliento, cuando ella exhaló, resultó fétido en las fosas nasales de Rom. Y aun así le deslizó la mano por el cabello mientras los labios de Feyn se abrían debajo de los de Rom, como en sorpresa ante la reacción de ese cuerpo femenino, solo que ahora se involucraba el corazón.

La boca de ella sabía a podredumbre. Pero esta era Feyn, la mujer que Rom había conocido y amado. No importaba cuán nauseabundo afirmaran sus sentidos que era esta acción suya. Él no estaba allí para tomar, sino para dar. Para ayudarla a recordar.

De pronto, Feyn se apartó, los labios entreabiertos como en estado de shock.

O aturdida por la comprensión.

Cualquier mortal habría tenido el mero pensamiento de que lo que él acababa de hacer era sencillamente repugnante. Pero esto era lo único que a Rom se le ocurrió para volver a atraerla.

—¡Eres demasiado atrevido!

—Perdóname. Pero no me digas que no recuerdas cómo sentiste la vida ese día.

—Eso no importa —objetó ella.

No obstante, la determinación en su tono había sido cortada por la confusión.

—Lo que pides es imposible —agregó, enderezando la espalda—. No soy una niña a la que engañas haciéndole beber sangre como hiciste una vez. Sí. Te amé. Pero ese día pude haber amado a cualquiera que me hiciera sentir de ese modo. A cualquier rostro que estuviera ante mí en ese momento. Incluso como amo el rostro que vi el momento en que salí del letargo.

Saric.

—Seguramente no quieres decir eso.

—Eres muy bueno diciéndome qué puedo y qué no puedo sentir, Rom Sebastian. Dictaminas si de veras vivo o no, y si la vida que traigo es real o falsa. Ya no más.

Rom se alejó, desesperado. No podía permitir que Feyn se le escabullera así no más. Habían llegado demasiado lejos. ¡Había visto cómo brotaban lágrimas de esos ojos!

La enfrentó, preparado.

—Entonces te pido que lo veas. Por mi bien, y el tuyo, velo otra vez.

—¿A quién?

—A Jonathan. El niño por el que diste la vida.

—Lo *he* visto. Lo llevaste cuando invadiste mi alcoba. Y ahora estás aquí conmigo lejos de la ciudad como hiciste hace muchos años. Esta vez la historia no se

repetirá. Te daré el estatuto que quieres, protegiendo a los nómadas, pero es lo único que puedes pedir y esperar recibir de mí.

—Enfrenta en persona a quien estás rechazando. Aquel que sería soberano si se lo permitieras. Quien llevó la vida que ahora hay en mis venas. Por lo menos, mira al Creador de los mortales en contraposición con el mundo que gobiernas. Comprueba si él no es la misma fuente de vida. Habla con él, y luego decide.

—Pides demasiado.

—Solo pido algunas horas de tu tiempo.

Feyn desvió la mirada. Por un momento, el corazón de Rom se paralizó.

—¿Cuándo?

—Mañana por la noche, en nuestra Concurrencia.

—¿Dónde es esta Concurrencia? —preguntó ella después de meditar un rato.

—En nuestro campamento.

Rom estaba seguro de que Roland objetaría. Sin embargo, ¿qué alternativa tenían? Muy poca.

—Solo para ver al muchacho —advirtió Feyn después de lanzarle una larga mirada.

—Sí, por supuesto. Y para ver la vida de los mortales en celebración. Nada más.

—Ya ampliaste tu petición.

—No más —expresó él levantando las manos en rendición poco entusiasta—. Lo juro.

—Me atenderé a esa promesa.

Rom exhaló hondo, pensando en el curso de acción que debían tomar. La llevarían con los ojos vendados y la mantendrían en una yurta fuera del campamento, no para la privacidad de ella, sino debido al hedor. Ningún mortal toleraría el olor a muerte dentro del campamento, especialmente en la Concurrencia, aunque en realidad a Rom ya no le importaba cómo esto afectaría la celebración, qué sensibilidades ofendería la presencia de ella, o qué pudiera decir alguien más.

Solo oraba porque el joven no defraudara a la soberana.

Silbó hacia Telvin y el sangrenegra en la distancia.

—Rom...

—No te hará daño ver cómo vivimos. No tienes nada que temer.

—Rom.

—Sí —contestó él mirándola.

—Debes saber algo.

—¿De qué se trata?

Telvin se acercaba trayendo el caballo de Rom, y Janus llevando tanto el suyo como el de Feyn.

—Tengo que regresar en dos días.

Rom sintió que se le arrugaba la frente.

—Desde luego.

Sin embargo, el momento del regreso de Feyn también dependía del curso de acción que tomaran con Saric, lo cual a su vez dependía totalmente de la interacción de Feyn con Jonathan.

—Tengo que regresar en dos días o moriré.

—Tonterías. Saric no te puede alcanzar aquí. No conoce la ubicación del campamento.

—No importa —objetó ella—. Necesito su sangre cada tres días. Dependo de ella.

—¿Qué estás diciendo? —inquirió él, deteniéndose.

—Que no puedo vivir sin él. Saric ha diseñado la sangre en mí de modo que yo requiera más de la suya o que muera. Físicamente. Permanentemente.

Capítulo veintiocho

—LÉELO —PIDIÓ ROLAND—. NO quiero que lo recites. Deseo conocer las palabras exactas, traducidas del latín original.

El custodio sostenía el antiguo pergamino con dedos temblorosos debido tanto a la falta de sueño como al peso de las palabras en sus manos. Ya había recitado de memoria el pasaje, y todos lo habían oído un centenar de veces en torno a hogueras de la celebración a altas hora de la noche. Pero ahora la realidad había conspirado para desafiar todo lo que habían supuesto de esas valientes proclamaciones. Ellos debían saber la intención exacta de Talus, el primer custodio, que escribiera estas palabras casi quinientos años antes.

El anciano miró a los otros que se habían unido a Roland en el santuario interior de las ruinas del templo.

Presentes: Roland, quien convocara la reunión. Michael, su segunda. Seriph, cuyos puntos de vista recibían más aceptación entre los radicales con cada día que pasaba. Anthony, una voz de razón y cálculo que armonizaba con la opinión de Roland.

Asunto en debate: comprensión que el custodio tenía de la profecía de Talus. Permanecía incuestionable el papel de sabiduría del Libro tanto por ser el último custodio sobreviviente como el primero entre los nuevos custodios. La única manera que se le ocurría a Roland de evitar una enorme división entre los nómadas y los nuevos custodios (estos últimos mortales no nómadas) era a través de una común comprensión y aprobación de las palabras del primer custodio.

Por eso debieron acudir al hombre tan apropiadamente conocido como «el Libro».

La luz de las antorchas jugueteaba en los rostros reunidos alrededor del altar. Afuera, las preparaciones finales para la Concurrencia expedían risas intermitentes a través del campamento, interrumpidas por la afinación de instrumentos y el golpeteo de martillos. Pero, para Roland, el estruendo solo servía como un recordatorio constante de las intenciones fraudulentas que se cernían sobre todos ellos.

La Concurrencia más grande hasta la fecha... en celebración de un soberano menguante.

—Libro —expresó Roland—. No somos enemigos en esto. Pero debemos saber cuál fue la intención del primer custodio al escribir estas palabras. Además, debemos conocer tu mejor interpretación ahora.

El anciano puso el antiguo pergamino sobre el altar y abrió el Libro de los Mortales. El volumen encuadernado en cuero contenía los nombres y detalles de todo mortal vivo, siendo la última anotación la niña Kaya, a quien Jonathan había traído desde la Autoridad de Transición. Tan solo el último indicio del fracaso de Jonathan

en entender su papel. Además de los nombres, los preceptos básicos por los cuales los mortales celebraban y ordenaban sus vidas llenaban una docena de páginas. En la parte trasera del libro: una traducción exacta del pergamino de Talus, que generaciones de custodios habían guardado durante siglos en espera de la venida de Jonathan.

La vacilante llama de una vela grande y blanca iluminaba la página a medida que el custodio movía un envejecido dedo a lo largo del pasaje en cuestión. Tosió una vez dentro del puño, luego leyó con voz alta y grave.

—*Las líneas de sangre deben converger para producir un niño, varón...*

Se saltó algunas palabras, encontró la sección pertinente y continuó.

—*Su sangre tendrá los medios para vencer a Legión en un nivel genético* — siguió leyendo, y entonces carraspeó—. *En este niño está nuestra esperanza. Es él quien recordará su humanidad, quien tendrá en sí la capacidad para la compasión y el amor. Y es quien por consiguiente debe liberarnos del Orden, cuyas estructuras se levantan como una prisión alrededor del corazón humano. Este niño será la única esperanza de la humanidad.*

El anciano levantó la mirada.

—*La única esperanza* —repitió.

—La pregunta es si esa esperanza está en el niño o en su sangre —terció Seriph—. *Su sangre tendrá los medios para vencer a Legión*, como leíste. *Para liberarnos del Orden*. Refiriéndose a su sangre. Talus era científico, ¿verdad? ¿Alquimista?

—Más que eso —objetó el anciano—. Él es quien profetizó...

—Afirmas que Talus ha profetizado solo porque lo que predijo ha resultado ser verdad. ¡Pero sus hallazgos fueron hechos de cálculos! No hay evidencia de la mano del Creador, suponiendo que tal cosa exista.

—Tranquilo, Seriph —advirtió Roland—. Solo estamos buscando la verdad.

—La mano del Creador es evidente en el muchacho —declaró el custodio—. Nació en el año profetizado por Talus. Cálculos, sí, pero guiados por la mano del Creador.

—De cualquier modo —intervino Michael—. Creo que el argumento de Seriph es válido—. El pasaje parece querer decir que la única esperanza de la humanidad viene del niño a causa de su sangre.

—Hay más —informó el custodio.

—Pero no dice... —formuló Michael.

—Léenoslo, Libro —expresó Roland interrumpiéndola con una mirada.

El anciano volvió a toser, se limpió una salpicadura de saliva en el labio inferior, y luego leyó otra vez.

—*Estableceré una Orden de Custodios y juntos juraremos guardar esta sangre y mantener estos secretos para el día en que el niño venga. Les enseñaré a recordar*

cómo era conocer algo más que temor, así que nuestras mentes recordarán aun después de que nuestros cuerpos hayan olvidado. Aunque seguramente moriremos bajo la maldición que es Legión. Esperamos confiados, habiendo abandonado el Orden en anticipación de ese día.

—Yo diría que eso incluye a los nómadas —interrumpió Seriph.

—Déjalo terminar —manifestó bruscamente Roland.

El custodio miró a Seriph y después continuó.

—Hasta entonces he preservado suficiente sangre para que cinco individuos vivan por un tiempo... Dejen que la sangre avive al remanente de cinco personas que deben hallar al niño y poner fin a esta muerte. Ustedes, quienes encuentren esto, quienes lo beban, son ese remanente. Beban y sepan que todo lo que he escrito es verídico. Encuentren al niño. Llénenlo al poder para que el mundo se pueda salvar, se lo suplico.

El anciano levantó la mirada.

—Esto último fue cumplido por Rom y quienes bebieron la sangre y encontraron al niño. Rom, cuya presencia sería muy bienvenida ahora.

Pero todos sabían por qué Rom no estaba con ellos. No solo debido a haberse ido a tratar de convencer a la soberana de que cediera el cargo a Jonathan, también porque todos sabían que Rom desautorizaría una abierta discusión en cuanto al propósito de Jonathan. Como el primogénito entre los mortales, amante de la primera mártir, Avra, y quien encontrara al niño, Rom veía a Jonathan como su único propósito en la vida. Su mente y su curso, ya estaban sellados.

Roland estaba decidido a descubrir si la mente y el curso del custodio también estaban sellados.

—Ahora hablas a los descendientes de esos nómadas que decidieron mantenerse separados del Orden desde el fin del Caos, a quienes se unieron a los custodios para apoyarles su misión hace siglos —declaró Roland—. Nosotros vimos la verdad mucho antes de que la viera Rom, recuerda eso.

—Eso podría ser así. Pero estas palabras no mienten. Encuentren al niño. Llénenlo al poder. El texto es claro.

—Si no les importa... —terció Anthony vuelto hacia el altar, con un brazo cruzado por delante apoyando al otro, y el dedo en la mejilla—. Teniendo en cuenta el contexto, y despojados de todo folclor que rodee este documento, yo diría que lo que el escritor está afirmando es bastante claro.

—Entonces al menos uno de ustedes tiene sentido común —exteriorizó el custodio.

—Yo diría que simplemente está hablando de las mutaciones genéticas que al final hicieron que Legión se revirtiera en la misma línea sanguínea de la cual se elaboró el virus. Después de todo, Talus fue responsable de Legión. Él lo creó...

—No con intención de usarlo.

—Sin embargo, provino de su sangre. Entonces Talus calculó y predijo que el virus se revertiría en un niño y concluye aquí que este niño nacido con esa sangre debe traer vida al mundo.

—Como soberano.

—Sí, en un mundo idealista. No obstante, ¿qué diría Talus si le hubieran dicho que el niño no *podía* llegar al poder?

Muchos considerarían sacrilegio hablar incluso de este modo, pero ahora no podían darse el lujo de adherirse a los límites de la superstición.

El custodio cerró el libro con más fuerza de la necesaria.

—¿Aseguras que el niño no puede llegar al poder? ¿Sabes a quién le estás hablando? —objetó el anciano, pinchándole el pecho con el dedo índice—. Los custodios nos aferramos a creer que ocurriría «lo que no podría suceder», mientras el resto del mundo seguía ciegamente al Orden por siglos. ¿Cómo te atreves a informarme ahora quién puede o no puede llegar al poder?

—Y te honramos por ello, custodio —expresó Roland—. Como príncipe te puedo asegurar que ustedes no fueron los únicos en guardar esa verdad durante siglos. Por favor, paremos la pelea de gallos.

El nómada hizo una pausa.

—Concluye tu idea —declaró entonces dirigiéndose a Anthony.

—Primero una pregunta —continuó el anciano nómada mirando entre ellos—. ¿Cuándo se decidió que estos escritos fueran inspirados por algo más que la mente aguda de un alquimista que, al darse cuenta de su error, quiso devolver la humanidad a un mundo muerto?

—¡Los escritos siempre han sido sagrados! —exclamó el custodio mirándolo con asombro.

—¿Aseguró Talus que sus escritos eran sagrados?

—Los custodios siempre han sabido que las palabras de Talus son las del Creador.

—Bien. Aun así, el significado no está claro. El muchacho es nuestra esperanza debido a su sangre. La vasija es secundaria a su contenido. La *sangre* es lo que aquí está en juego. Si él enfermara y muriera repentinamente, ¿se desperdiciaría su sangre solo porque él no está en el poder? Su propósito es rescatar al mundo con su sangre, no con ningún otro poder. A menos que me esté perdiendo algo.

El custodio miró a Roland, con el rostro pálido. *¿Se lo dijiste?*

Él negó con la cabeza.

—¿Qué pasa? —objetó Seriph.

Roland sostuvo la mirada del custodio por un momento, entonces decidió que era hora.

—Jonathan *está* enfermo —expresó—. En cierto sentido. Su sangre se está

revirtiendo, y en menos de una semana no será distinta de la sangre de cualquier amomiado.

El aire pareció marcharse del salón. Miradas aturcidas por todas partes.

—¿Amomiado? —balbuceó Michael.

—Diles —pidió Roland asintiendo con la cabeza hacia el custodio.

Después de una larga pausa, el anciano miró a su alrededor como si estuviera perdido, y luego suspiró. Les contó acerca de las pruebas en la sangre de Jonathan, añadiendo un detalle final que sorprendió incluso a Roland.

—A partir de la última extracción de esta misma mañana, la sangre de Jonathan ha perdido más de la mitad de su potencia, la que a este paso habrá desaparecido para cuando cumpla dieciocho años.

—¡Eso ocurrirá dentro de tres días! —prorrumpió Michael.

—Entonces... —comenzó a decir Seriph, con los ojos aterrados y abiertos de par en par mirando entre el custodio y Roland—. ¿Cómo salvará al mundo si llega al poder?

—Su sangre volverá a cambiar —declaró el custodio.

—¿Cambiará? ¿O podría cambiar?

No hubo respuesta.

—¡Eso es! —exclamó Seriph—. Está decidido. *Nosotros* somos la salvación del mundo, no el muchacho.

—¡Silencio! —gritó Roland—. ¡Nadie va a abandonar a Jonathan mientras yo sea príncipe! Y les atravesaré la garganta con mi espada si dicen una palabra de esto a alguien. ¡No despojaré a mi pueblo de la esperanza!

—Coincido contigo —asintió Anthony—. Eso sería desastroso.

—Por favor, no me digas que soy el único aquí que ve lo obvio —comentó Seriph.

—¡Lo obvio es que el Orden gobierna en un mundo que está muerto! —explicó el custodio—. No podemos pelear entre nosotros ni traicionar nuestra misión, la mismísima razón de vivir. La motivación por la que vivimos.

—Punto aclarado —medió Roland—. Quizás Seriph no tenga la más suave de las lenguas, pero no es más traidor que cualquiera de nosotros. Por favor, ciñámonos al asunto.

—No estoy segura de que el asunto esté claro —opinó Michael—. Por tanto, permítanme explicarlo.

Ella dio un paso al frente y colocó las yemas de los dedos en el altar. Sus manos eran las de un arquero: fuertes, bronceadas por horas de sol, las uñas del pulgar y el índice de la mano de lanzamiento pintadas de negro por su puntería, una de las veintitrés personas en toda la tribu a quienes se les concedían las mismas marcas.

—Estamos enfrentando la posible aniquilación de todos los mortales a manos de

Saric y su Legión. La verdad es que solo es cuestión de tiempo que nos localicen. Como guerrera al mando de setecientos combatientes mortales yo sabría una cosa: ¿A cuántos sacrificaremos para salvar al muchacho?

Se estaba lanzando el desafío.

—¿A todos? —inquirió ella dando unos pasos, luego giró y extendió la mano en el aire—. En realidad, ¿por qué no dejamos que todos los mortales mueran? ¿Y quién entonces llevará vida al mundo? ¿Jonathan, con su sangre amomiada? ¡Él estará muerto!

Anthony se volvió hacia el custodio.

—¿Estás seguro que la sangre de Jonathan se está revirtiendo a niveles de amomiado? ¿Estás seguro de eso?

—No estoy seguro de nada, excepto de lo que veo en los exámenes.

—¿Y qué de nuestra sangre? —presionó Anthony.

—Tendremos vidas muy largas.

—¿Cuán largas?

—Mi cálculo más reciente es de más de setecientos años —expresó el custodio después de titubear.

Un suspiro colectivo.

—¿Tanto? ¿Se está *fortaleciendo* entonces nuestra sangre?

—Así parece.

Roland caminaba de un lado al otro, con las manos en las caderas. Risas lejanas venían de alguna parte afuera, voces de jocosidad de las que surgen únicamente de la cúspide de un nuevo comienzo, algo anticipado por mucho tiempo.

Si tan solo supieran.

—Libro, se nos está acabando el tiempo —declaró finalmente el príncipe—. *Aunque* Rom tenga éxito, no sabemos si podremos confiar en Feyn. Debemos tomar precauciones y no podemos permitir ninguna división. Así que debo saber. La vida de Jonathan fluye a través de nuestras venas. Si nuestra sangre continúa fortaleciéndose... ¿estás diciendo que podríamos llegar a ser *inmortales*?

El custodio frunció el ceño.

—Eso es una exageración —comentó, e hizo una pausa—. Pero sí, tenemos su vida. Y sí, se está prolongando dentro de nosotros.

Los que estaban alrededor del anciano se miraron unos a otros.

—Ustedes lo oyeron. Nuestra vida es más potente que nunca. ¿La vamos a tirar a la basura? No. Debemos protegerla.

—Nadie está sugiriendo...

—Sigue mi razonamiento. Coincides en que se debe proteger a los mortales a cualquier costo. ¿Estarías entonces de acuerdo conmigo en que la sangre que hay en nosotros se debe proteger por encima de cualquier vida individual?

El custodio se quedó en silencio, la boca cerrada en una terrible línea.

—Es un asunto sencillo. Sí o no. Dinos qué diría Jonathan.

—Él estaría de acuerdo —aceptó finalmente el custodio, con voz gangosa.

—Entonces tú, su siervo, ¿estarías también de acuerdo?

Los músculos de la mandíbula del custodio se tensaron, asintiendo de manera simple y renuente con la cabeza.

—Dilo.

—Sí. Suponiendo que tuviéramos ante nosotros una decisión.

—Ya la tenemos, amigo mío. Nuestro ejército está bien entrenado pero es pequeño. Y por tanto debemos encargarnos de nuestro objetivo principal, que ya no es llevar al muchacho al poder, sino proteger la sangre que él nos ha dado.

—Eso no es con lo que he dicho estar de acuerdo...

—¡Yo he visto el ejército de Saric! —exclamó Roland—. ¡Es de doce mil sangrenegras fuertes! Si viene contra nosotros, nos aplastará a menos que estemos totalmente preparados. Y emplearé cualquier medio a mi alcance para evitar una masacre.

—¡Jonathan llegará al poder en cuestión de días!

—¡La sangre de Jonathan está agonizando! ¡Él no será más que un amomado!
¡Despierta, anciano!

Roland se arrepintió inmediatamente de su tono. Apartó la mirada y maldijo en voz baja.

—No quise faltarte el respeto —continuó luego—. Pero debes apreciar mi posición. Rom está en el campo lejano intentando una tarea imposible, y peligrosa, aunque la consiga. Saric es mucho más poderoso de lo que supusimos al principio.

Luego señaló hacia el exterior de la basílica.

—Mientras tanto, mil doscientos mortales se preparan para celebrar a su salvador en la Concurrencia, sin saber que él está *muriendo*. Todo lo que supusimos respecto a su ascensión ha llegado a un punto muerto. Pero una cosa sé: debo salvar a mi gente. Entiendo las palabras de Talus en el sentido que nada debe interponerse entre la sangre del muchacho y su poder para originar vida. Si estoy equivocado, dímelo ahora. De otra manera, lucharé por honrar el propósito de esas palabras. Los mortales *deben* sobrevivir por encima de la vida de cualquier alma.

Todas las miradas se volvieron hacia el custodio. Pero, antes de que este pudiera responder, las puertas del santuario interior se abrieron de par en par. Javan, uno de los hombres que acompañaban a Rom, se paró en la abertura, respirando con dificultad.

—Perdonen la intromisión.

—¿Qué pasa?

—Rom. Está viniendo.

—¿Llegó ella entonces?

El hombre asintió.

—¿Y? ¡Habla, amigo!

—Feyn está con él.

—¿Qué?

—Ella está aquí. Para la Concurrencia. Rom lo ha conseguido.

Roland sintió que la sangre se le drenaba del rostro. Ninguna victoria podría ser tan fácil. El pensamiento de que Feyn, una mismísima sangrenegra, venía al valle de ellos lo sacudió como un puñetazo al estómago. ¿Era tan ingenuo Rom como para confiar en ella sin pruebas? El acuerdo había sido que la soberana permaneciera bajo custodia lejos del valle hasta que se aprobara la nueva ley.

¿Ahora venía ella *aquí* al pueblo de él?

—Puedes irte.

Javan hizo una reverencia con la cabeza y dio media vuelta, cerrando las puertas al salir.

—Empieza inmediatamente los preparativos de los que estuvimos hablando — declaró Roland volviéndose hacia Michael, quien lo miraba esperando órdenes—. Di que se trata de un ejercicio de entrenamiento. Quiero que todo esté listo antes de la celebración de mañana por la noche.

Entonces se dirigió a la puerta.

—¿Preparativos para qué? —preguntó el custodio.

—Para lo que viene a continuación, anciano.

—¿Y qué es?

Roland se volvió en la puerta.

—La guerra.

Capítulo veintinueve

CONVENCER AL CONSEJO DE que dejara entrar a Feyn al campamento requirió de un acto del Creador, y aun después de que aceptaran, las agudas miradas de desconfianza que habían sido el único recibimiento que le dieran a la mujer se transformaban en preguntas silenciosas cuando se volvían hacia Rom. Tener aun entre ellos el hedor a amomiada, peor incluso, a sangrenegra, mientras celebraban su liberación de la muerte, era blasfemia. Hasta Rom se preguntaba si no había cometido una terrible equivocación.

Pero no veía otra alternativa. La ascensión de Jonathan dependía de la voluntad expresa de Feyn de colocarlo en el poder. Para que eso sucediera ella *debía* ver la vida como lo que esta era. Y Rom no podía pensar en mejor demostración de vida que la que estaba a punto de realizarse aquí esta noche.

El consejo solo había aceptado con varias condiciones. Feyn tendría que permanecer bajo vigilancia continua en una yurta al norte del campamento, donde la dominante brisa llevaría la fetidez de la mujer a las tierras más allá del estrecho cañón. Ella debía quedarse allí hasta la Concurrencia y salir solamente al amparo de la oscuridad y después de que los hombres de Roland y Rom hubieran hecho saber que entre ellos había una sangrenegra prisionera. No compartirían ninguna otra información. No debía reconocerse a la soberana, y por tanto esta debía permanecer velada. Solo a miembros del consejo se les permitiría hablarle. El guerrero que había venido con Feyn, Janus, debía permanecer bajo vigilancia en una yurta apartada y no debía entrar al campamento bajo ninguna circunstancia.

Además, Roland había insistido en que él estaría cerca de Feyn durante la celebración esa noche, sin ningún otro miembro del consejo. El príncipe la mantendría contra el viento del grueso principal de personas. Si Jonathan quería hablar con ella, lo haría más allá de las miradas indiscretas.

Roland había expresado su claro disgusto en toda la situación.

—Feyn tiene en su interior un remanente de la sangre del custodio —había insistido Rom.

—No es posible que creas que baste con mitigarle la sangre negra en las venas —había comentado Roland.

—La conocí mientras estuvo viva. Y te estoy diciendo que su corazón lo recuerda.

—¿Su corazón? ¿O tu corazón?

—Mi corazón es solo para Jonathan.

—¿Crees que no veo tus ojos cuando hablas de ella?

—Mi corazón y mi vida son para Jonathan. Eso es todo lo que debes saber —dijo Rom, y se alejó antes de que el nómada pudiera responder.

Sí, había al menos una medida de verdad en la sospecha de Roland. Pero él se negaba a ver que ese mismo vínculo forjado entre Rom y Feyn toda una vida antes fue lo que hizo posible hallar a Jonathan en primera instancia. Los mortales estaban vivos hoy día debido a ese vínculo entre Rom y la soberana. ¿No fue este el modo en que se hizo la historia?

¿Y no fue el amor, en todas sus formas, la piedra angular de la vida que Jonathan les había traído?

Rápidamente se había extendido la voz respecto a la sangrenegra cerca del campamento. Rom se daba cuenta por las prolongadas miradas, los persistentes movimientos de cabeza en lugar de saludos, inclementes como el olor a carne cocida proveniente de los fosos. Hasta Adah lo había recibido con preguntas silenciosas cuando Rom recogió una canasta de carne seca y fruta que le había pedido a ella que preparara. Pero aunque Adah sospechaba que la comida era para la sangrenegra, no dijo nada.

Rom había visto a Feyn solo una vez durante el día, y entonces solamente en compañía de la guardia mortal. Ella le había exigido saber cuánto tiempo pretendían mantenerla encerrada, sin molestarse en tocar la comida que él le había llevado. Entonces Rom deseó mostrarle el campamento a la luz del día para que ella pudiera ver los ojos de quienes vivían y también la palpable anticipación de la próxima celebración. Pero se habían acordado las condiciones, y él ya había presionado a Roland y a sus radicales más de lo que se atrevía a intentarlo por ahora.

—Pronto —prometió él.

Durante toda la tarde, el campamento pareció vibrar con extraña y creciente energía. Rebeldía. Los sonidos de flauta se elevaban hacia los farallones al anochecer. El toque de bombos se oía desde las ruinas como si tambores de todo tamaño, casi cien de ellos, se alinearan sobre los peldaños que llevaban a la basílica al aire libre. Las risas resonaban por todo el campamento, el sonido de las cuales estallaba al unísono de las innumerables hogueras encendidas fuera de las yurtas y sobre los farallones, iluminando las negras figuras de guardias contra el menguante día.

Los tambores iniciaban su salva mientras el último resplandor del crepúsculo se desvanecía a lo largo del borde occidental del despeñadero, y cuando las primeras estrellas aparecían en un increíble cielo sin nubes. Un grito sonó desde el borde del campamento, seguido por otro más fuerte que el primero. Luego un aullido estridente, seguido por otro como un eco. En cuestión de segundos, un coro de gritos se levantó desde el valle, subiendo hacia los farallones, reverberando desde la cara de piedra caliza.

Los guerreros llegaron, gritando, rasgándose las túnicas mientras se abrían paso hacia los peldaños de las ruinas. Tenían los rostros marcados: negro por habilidad, rojo por vida. Sus pechos estaban pintados con ocre, y las cenizas del fuego del

último año los manchaban desde los inicios del día. Algunos tenían los pezones recién perforados con gruesas agujas metálicas, cuyos extremos estaban adornados con plumas. Las mujeres usaban pintura a lo largo de sus frentes y estómagos; las embarazadas resaltaban el volumen de sus abdómenes con un ancho círculo rojo, algunas de ellas en espiral hacia el ombligo. Las trenzas tanto de hombres como de mujeres eran igualmente engrosadas con plumas, como si las hubieran transformado en gigantescas crestas de aves arrastrándose hasta la cintura. Cada nómada había sacado sus mejores joyas: pendientes y brazaletes, cinturones de cuentas colgaban sobre caderas ya despojadas de ropa más incómoda.

Los gritos subieron de tono hasta convertirse en sonidos ensordecedores, mientras guerreros con el pecho desnudo y mujeres vestidas con sarong se golpeaban el pecho con los puños. Niños desnudos se lanzaban por la cada vez más gruesa masa de adultos frenéticos que aumentaba alrededor de los peldaños de las ruinas. Todo el campamento se había transformado en un mar de almas animadamente convocadas.

Rom se hallaba encima de las gradas, el pulso acelerado ante la vista del grueso conjunto de humanidad lleno de emotiva celebración. A su lado, Roland inhalaba como si fuera a respirar el fervor colectivo... esa voz unánime que no era de hombres ni de mujeres, viejos o jóvenes, sino que estaba simple y excepcionalmente *viva*.

A cada lado de los escalones de las ruinas había pilas de madera, cada una del tamaño de un hombre. Detrás de Rom se habían levantado tres gruesos postes de madera que habían amarrado en lo alto para formar un trípode rígido en que se apoyaba un combado recipiente de lona.

Con una mirada y un asentimiento hacia Roland, Rom dio un paso adelante hasta el borde del escalón más alto y levantó el puño hacia el cielo.

—¡Vida!

—¡*Vida!* —repitió todo el campamento.

—¡Libertad! —gritó Roland a su lado.

—¡*Libertad!* —sonó el reverberante clamor.

Rom y Roland agarraron cada uno una antorcha de las más cercanas columnas antiguas. Bajaron corriendo los peldaños y lanzaron las teas al interior de las pilas de madera empapadas en resina. Con un silbido, llamas gemelas saltaron hacia el aire. Aullantes voces traspasaron la noche. Cien tambores resonaron al unísono.

Rom volvió a subir los peldaños de las ruinas, con los puños extendidos hacia lo alto, gritando su aprobación mientras el valle se inundaba con el disonante rugido de triunfo sin restricciones. Por algunos minutos dejó de pensar en Feyn.

La celebración de la Concurrencia llenó el valle Seyala.

Saltó al suelo, entró a la circundante masa, y agarró en sus brazos a una joven con cabello rubio trenzado. Ella echó la cabeza hacia atrás y miró el cielo nocturno con brillantes ojos mortales resaltados por grandes círculos rojos. La hizo girar, la atrajo

hacia sí y la besó.

La soltó, ambos sin aliento, y entonces la joven se fue, la masa emplumada de trenzas perdiéndose en la multitud.

Rom se lanzó hacia delante, palmoteando espaldas de custodios y nómadas. Con un rugido, Roland ingresó a un círculo de guerreros que se le lanzaron hacia él como cachorros que brincan sobre un león.

—¡Más! —gritaba Rom girando y agitando los brazos en alto, instando a aumentar la intensidad.

Ellos le dieron más. El rugido de tambores y alaridos estremecía la tierra debajo de las ruinas, ahogando los gritos de Rom. Entonces ingresó otra vez al desorden, danzando y avanzando con el mar de mortales.

Los nómadas tenían tendencia a la celebración, pero nada comparable con esa escena surrealista delante de las ruinas. Entre el par de intensas fogatas, los mil doscientos mortales que habían hallado vida en un mundo muerto celebraban su humanidad en extravagante abandono.

La celebración no dio señales de menguar durante una hora. Rom perdió la noción del tiempo. De esos cuerpos presionados contra el suyo; de los besos dados y recibidos como vino.

Pero aún no habían probado el vino, ni habían tocado la comida. La noche acabaría y concluiría con baile. Con mortalidad, salvaje y libre de ataduras. Con la absoluta razón por la que bailaban.

Jonathan.

Solo entonces Rom se dio cuenta de que no lo había visto. El soberano había permanecido solo en las colinas al occidente del río la mayor parte del día, había informado Jordin.

¿Dónde estaba el muchacho?

Entonces Rom salió de entre los bailarines, subió los escalones de piedra y miró por la celebración, buscándolo. Con tanta gente era prácticamente imposible distinguir a una sola persona. Allí estaba Michael, con los muslos adheridos al pecho de un guerrero que la sostenía en alto mientras ella alargaba la mano hacia el cielo. Tenía lágrimas en el rostro, que le manchaban las rayas negras en la mejilla. El hombre la lanzó hacia arriba y luego la agarró entre los brazos.

Ninguna señal de Jordin, pero ella era demasiado pequeña para sobresalir en la multitud. Sin duda, estaba aquí en alguna parte. Jonathan estaría con ella.

La mirada de Rom se posó en dos figuras paradas que se hallaban lejos a su derecha, más allá del cuerpo principal de mortales. Roland, ya no con el pecho desnudo, sino con una túnica negra. Una figura con velo estaba a su lado, alta en medio de la oscuridad, sin adornos, vestida de cuero.

Feyn.

Entonces, *permitámosle ver*. Rom asintió con la cabeza, preguntándose si ellos habían captado la señal de aprobación.

Era hora.

Rom levantó los brazos y soltó un grito que resonó por encima del estruendo.

—¡Mortales!

Los tambores cesaron al unísono. La danza se detuvo; se hizo silencio. Los rostros se volvieron para mirarlo con expectativa.

—¡Hemos venido para celebrar la vida! Hoy ha llegado la liberación. ¡Que la tierra sepa que estamos vivos!

Un rugido atronador de consentimiento.

—Esta noche honramos la sangre de nuestras venas. La de Jonathan, nuestro dador de vida. Nuestro soberano, ¡quien trae un nuevo reino de vida sin límite!

Un reverberante eco de mil doscientas gargantas colmó el aire.

Pero Jonathan no estaba a la vista.

El líder levantó la mano pidiendo silencio, y habló solamente cuando la noche quedó en silencio absoluto. A cada lado de las ruinas, las recién encendidas fogatas crepitaban y enviaban llamas a lo alto hacia el cielo de zafiro.

—Esta noche honramos la sangre de los caídos —anunció, ahora en tono más bajo—. De todos los que han muerto, *vivos*.

Lo miraban con ojos bien abiertos, cada uno recordando a aquellos mortales que habían muerto por enfermedad o accidente. De este modo, en cada Concurrencia reverenciaban las vidas mortales pasadas, oyendo cada uno de los nombres mientras permanecían en silencio.

Pronunció entonces los nombres de aquellas personas, siete en total desde la última reunión: una niña de apenas dos años, Serena, a quien los cascos de un caballo le aporrearán la cabeza y la matarán. No era costumbre nómada llorar lamentándose, excepto en privado. Toda vida era sagrada. Todo nombre era pronunciado. Pero al final todos ellos celebrarían, no llorarían.

Llegó a los últimos dos nombres, caminando delante del gentío.

—El guerrero Pasha.

Silencio, ni un solo sonido.

—El custodio y tercer nacido, ¡Triphon!

Rom dejó que el nombre perdurara en el aire, sabiendo que estos dos últimos aún estaban frescos en las mentes y los corazones de todos.

—Los recordamos a todos con honor, sabiendo que todavía viven.

Las palabras resonaron en medio de la asamblea por unos largos segundos mientras la tensión aumentaba. Todos sabían lo que venía a continuación.

Avra.

Lentamente, Rom inclinó una vez la cabeza, luego se volvió y miró el recipiente

de lona suspendido en el trípode de madera.

La multitud se conmovió.

Cada año, un estremecimiento le recorría el cuerpo cuando llegaba la hora... no por el recuerdo del asesinato de Avra o por el cuerpo sin vida que él había enterrado, sino por el sacrificio que ella había hecho para que él pudiera vivir.

Levantó la mano derecha y la mantuvo firme, con la palma abierta. Cien tambores comenzaron a sonar al unísono a ritmo constante. Por el rabillo del ojo vio a Zara la concejala subiendo las escalinatas, con un bulto envuelto en las manos. Debió haber sido Triphon, como había sido habitualmente.

Ella le puso el atado en la mano y la cadencia del golpeteo de tambores aumentó. Zara desató el paquete, y por entre los dedos de Rom comenzó a gotear sangre que salpicaba sobre la piedra caliza; entonces la mujer abrió del todo la bolsa antes de bajar las escaleras.

—Y a continuación, está la primera mártir —expresó Rom.

Luego metió la mano en el recipiente y agarró el órgano en el interior. Un corazón equino, cortado justamente esa mañana de uno de los caballos, cuya carne habían descuartizado en los asaderos. Esta era la clase más sagrada de corazón que conocían los nómadas, reemplazando ahora al de Avra, conservado como reliquia en el santuario interior.

Rom levantó el corazón fresco y crudo.

Un resonante rugido surgió de la muchedumbre que se hallaba abajo.

—Esta noche honramos a la primera mártir. ¡Quien renunció a la verdadera vida para dar paso a la esperanza que tenemos ahora ante nosotros!

Los tambores se silenciaron.

—¡Por el corazón de Avra!

Los mortales estallaron en un grito ensordecedor.

Un escalofrío recorrió lentamente los brazos de Feyn mientras todo el campamento prorrumpía en fresca celebración, y los tambores amenazaban con reordenarle las palpitaciones. Ellos lloraban la muerte de Triphon, sin saber que Saric ya había hallado la forma de transferirle vida a partir de sí mismo.

El corazón de Avra fue lo que más la fascinó. Una vez había puesto la mirada en la mujer fuera de la Fortaleza, en esa otra vida. Esta mujer a quien Rom había amado.

—¿Murió ella? —inquirió Feyn, mirando a Roland.

—El día antes de que tú murieras —respondió el nómada sin que las líneas del rostro expresaran empatía alguna por la referencia a la muerte de la soberana, a manos del mismísimo custodio que precisamente ahora se abría paso deslizándose por detrás de los celebrantes reunidos.

¿Sabría él que aquí se hallaba ella, a quien él tajara brutalmente y luego

preservara con tanto cuidado? Y si Feyn y él se toparan cara a cara, ¿qué se dirían?

—¿Y Triphon? —preguntó ella pensando en la cicatriz que tenía en su torso, en el que sintió picazón.

—Lo mataron los sangrenegras de tu hermano hace unos días.

A Triphon también lo había visto una vez, aunque solo brevemente.

El príncipe volvió su atención a las ruinas, con lo cual le dejaba en claro que no esperaba ninguna clase de respuesta.

Él había ido antes por Feyn, haciéndola salir de la yurta para decirle que era hora. Le había dicho que Janus tendría que quedarse atrás. La soberana no podía malinterpretar las líneas de desconfianza y desagrado grabadas en el rostro del nómada mientras lo seguía al interior del campamento. Feyn no necesitó que le dijeran que fue la orden de Rom lo que le garantizaba alguna clase de seguridad aquí.

Ahora ambos observaban cómo Rom atravesaba las elevadas ruinas hasta el trípode y con mucho cuidado colocaba el corazón dentro del suave recipiente de lona suspendido entre los soportes de madera. Qué extraño armonizar al ingenuo e impetuoso varón que ella había conocido con el líder que infundía tal respeto entre estos salvajes mortales. El Rom que Feyn conoció era poeta y artesano que cantaba en funerales... la clase de menos valía en el mundo del Orden.

El hombre en lo alto de las escaleras era un líder de guerreros, majestuoso a su manera.

Un hombre que la había besado... que la había saboreado...

También era el enemigo del creador de Feyn y, por tanto, también de ella.

Rom se volvió hacia la muchedumbre.

—Recordamos a quienes hemos perdido —manifestó sacando un cuchillo de la funda en su cintura—. Recordamos a aquellos que han muerto. Y celebramos, ¡demostrando con nuestras vidas que su sangre no fue derramada en vano!

Con sus últimas palabras cortó el fondo del recipiente de lona. Un torrente de sangre comenzó a fluir hacia el suelo.

Los cuerpos se pusieron en movimiento una vez más, clamando al cielo, y gritando hacia las estrellas los nombres de Avra, Triphon y Pasha. Eran fervientes estos mortales, ella le haría constar eso a Rom. Fervientes... apasionados...

Y como tales, más peligrosos de lo que la soberana habría imaginado.

Feyn miró hacia las yurtas a su derecha, cada una iluminada desde dentro, con hogueras que ardían afuera en hoyos. Los muchachos salían disparados de vivienda en vivienda, agarrando alimentos de las hogueras antes de salir corriendo hacia los hoyos de cocción al borde del campamento.

¿Dónde estaba el muchacho? No lo había visto en ninguna parte entre la multitud ni en los escalones de las ruinas. Después de todo, era a él a quien había venido a ver.

La soberana inspeccionó a los mortales reunidos. ¿Solo eran... mil? ¿Un poco

más? Pero no había visto los rostros de los guerreros ni les había notado su celo, en marcado contraste con la férrea disciplina de los sangrenegras de Saric.

—Puedo *oler* tus conjeturas —informó Roland.

—No sé a qué te refieres.

—Huelen a curiosidad. Ambición. E interés —explicó él volviéndose hacia ella.

Feyn le analizó las altas y duras líneas del pómulo. La amplia frente, las gruesas y largas trenzas con sus ricas cuentas. El tatuaje pintado en la sien. Quizás lo dibujó el dedo de una mujer, pensó la soberana. Se preguntó qué clase de mujer mantendría el interés de un hombre como este. Una que era tan magnífica como terrible era él.

—¿Qué estás contando...? ¿quinientos, seiscientos? —indagó él inclinándose hacia ella como para estar en la misma línea de visión—. Hay setecientos. Y en total somos mil doscientos. Muchos menos que el ejército de tu hermano; dile eso. Pero no te equivoques.

Entonces Roland la miró, con la mirada tanto cansada como sensual.

—Si vienen contra nosotros los derrotaremos.

Un grito brotó de los frenéticos danzarines y resonó a través de la multitud como un trueno ensordecedor. Feyn se volvió y vio la causa.

Jonathan. Subiendo los peldaños de las ruinas.

Solo llevaba puesto un taparrabos.

Tenía el rostro desprovisto de la pintura que usaban los otros guerreros, y el cabello tal vez era el menos adornado que el de cualquiera de los nómadas presentes, pero eso no parecía importarle a nadie. Los gritos de la muchedumbre aumentaron esta noche hasta convertirse en un incomparable rugido.

Rom abrazó al joven, luego retrocedió y extendió los brazos.

—¡He aquí su soberano! —gritó.

Los mortales rugieron, un grito tan enérgico, tan repleto de esperanza y emoción que Feyn sintió que le brotaban lágrimas de los ojos. ¿Qué poder en este muchacho evocaba tan poderosa expresión, devoción y lealtad de otros?

El rugido se fusionó en un coro: *¡Soberano! ¡Soberano! ¡Soberano!* Parecía que Rom estaba esperando que los gritos amainaran lo suficiente para hablar, pero estos continuaron, incesantes, aumentando de manera irresistible. El nómada junto a Feyn permaneció en un silencio sepulcral.

Jonathan también se quedó callado, sin pretensiones, sin hacer ninguna señal de estar aceptando la alabanza ni de que la anhelara. Solo cuando Rom levantó la mano disminuyeron los últimos coros. Miró a Jonathan y asintió.

El joven los enfrentó, callado por unos segundos. Y entonces habló.

—¿Celebran ustedes a los mártires?

Gritos de asentimiento.

—Ustedes celebran la sangre de ellos, derramada a causa de mí. Por el nuevo

reino, por los soberanos del nuevo reino venidero. Ustedes celebran mi sangre, que les fue entregada.

Rugidos de conformidad entre los mortales.

—Entonces no solo celebran la vida, sino la muerte.

Esta vez una respuesta confusa. Ellos esperaron, anticipando más. Y el joven les dio más.

—Porque esa muerte produce vida —expresó él golpeándose el pecho con un puño; apoyándose ahora en sus palabras, levantando más la voz, casi acusadora—. ¿Quieren sangre?

Gritos frenéticos desde la asamblea. Al lado de Feyn, Roland frunció ligeramente el ceño. Rom apartó la mirada, aparentemente inseguro.

De repente, el muchacho giró y dio tres pasos largos hacia el recipiente de lona que contenía el corazón de Avra. Metió las manos y con ellas sacó un remanente de sangre. Luego se la salpicó en el pecho y se la untó en el rostro, en el cabello y el torso.

El toque de tambores dejó de fluir lentamente como si sus responsables olvidaran tocarlos.

Jonathan giró y levantó ambos puños en desafío.

—¡Muerte, por vida! —exclamó, con los dientes y los ojos brillando con un blanco macabro detrás de la máscara de sangre.

La multitud cayó en un silencio sepulcral.

Pero su soberano no había terminado. Agarró la vasija de lona y la inclinó de tal modo que un fresco torrente de sangre le cayó sobre el cabello y el pecho, ennegreciéndole el lino del taparrabos hasta igualarle el resto del cuerpo.

Aun desde donde estaba, Feyn veía la mueca de estupor en el rostro de Rom. Este se dirigió hacia el muchacho, luego se detuvo, perplejo.

Jonathan volvió a meter la mano en el recipiente de lienzo, sacó un puño sangrante, y se miró los dedos. Le sobresalía en la mano el corazón que Rom había puesto con tanta solemnidad en el recipiente.

Ahora los reunidos soltaron gemidos. Feyn miraba, sorprendida. Era evidente que la celebración había tomado un giro inesperado. Los de la multitud lanzaban miradas furtivas mientras un extraño silencio se asentaba sobre ellos.

¿Estaba borracho el joven? ¿Loco?

—Está trastornado —susurró Roland al lado de Feyn.

—Por ahora... —masculló Jonathan tambaleándose hacia delante, con el corazón en alto, el cual, al abrir la mano, cayó al suelo con un ruido sordo y repugnantemente húmedo—. Dejemos que los muertos entierren a los muertos.

Rom se quedó mirando, a cinco pasos de distancia. El último de los tambores se calló. Toda la celebración se había paralizado.

Rom puso una mano en el hombro del muchacho, pero este la apartó. Cuando volvió a hablar, lo hizo en voz baja.

—Ustedes no conocerán la verdadera vida a menos que prueben la sangre.

Como desesperado por encontrar algo digno de celebración, alguien lanzó un grito de consentimiento.

—¡Ustedes vinieron por vida! ¡Yo se la daré! ¡Traeré un nuevo reino soberano!

Se elevó un grito, al que de inmediato se unieron otros más. Los tambores volvieron a repicar como aliviados, como lo hace un corazón balbuceante al revivir después de sufrir un paro.

—¡Vida! —gritó el joven—. ¡Vida!

Entonces abrió los brazos y comenzó a bailar. Sus movimientos eran salvajes, sacudiéndose como si fuera sangre brotando de una arteria.

A la multitud no pareció importarle, aliviada de volver a su celebración de manera más febril que antes. Los bailarines danzaron hacia el cielo otra vez, sosteniendo en alto a otros como si fueran a bajar las estrellas.

Una figura subió corriendo las escaleras de dos en dos. Una jovencita en la cúspide de la femineidad, vestida solo con sarong, gruesas trenzas al aire.

—Kaya —musitó Roland—. Ella es la niña que él sacó de la Autoridad de Transición.

La chica subió el último peldaño, poniendo impulsivamente las manos en la sangre a sus pies y untándose en la cara y el pecho. Apretó los puños, inclinó la cabeza hacia el cielo, y comenzó a bailar como Jonathan, pisoteando con pies descalzos la sangre mientras esta le salpicaba las piernas.

Jonathan le agarró la mano y juntos bajaron las gradas hasta donde no menos de dos docenas de niños estaban reunidos... mientras casi cien más corrían para unírseles en su frenética danza. Saltaron y giraron como uno solo, con brazos en alto, riendo mientras los tambores hacían resonar su aprobación. La vista de tal éxtasis llenó a Feyn de un extraño deseo de volver a ser niña, esta vez con la total emoción con que ellos celebraban.

La mujer levantó entonces la mirada, los ojos como prismas de fuego.

Arriba en el escenario, Rom miraba el corazón caído, casi pisoteado por completo.

Capítulo treinta

FEYN CERRÓ LOS OJOS, tratando de apartar el sonido de los tambores que le resonaban en la cabeza, mientras afuera la celebración continuaba sin descanso. El abismo en su mente nunca había sido más profundo, nunca la oscuridad tan insondable, nunca su confusión tan grande.

No podía escapar a la certeza de estar aferrada a un delgadísimo alambre mientras rugían vientos tormentosos que amenazaban con hacer que se le abrieran los dedos. Caería, ¿pero dentro de qué? ¿Más oscuridad... o libertad?

La única verdadera libertad que había hallado desde su regreso a la vida había venido de esas horas de absoluta sumisión a Saric. Y sin embargo otro creador la llamaba ahora. Un niño que una vez le había pedido que muriera para que él pudiera llegar al poder. Sucumbir ahora al llamado del mortal terminaría en otra muerte, ella estaba segura de ello.

La habían devuelto a la yurta un par de horas atrás cuando el intenso dolor por el sonido de los tambores en las sienes se había vuelto insoportable. Un guardia permanecía afuera... ella podía oírlo llamando de vez en cuando a otros en el campamento principal, claramente contrariado porque lo sacaran del cuerpo principal. Si la última hora fuera alguna indicación, finalmente lo relevarían reemplazándolo por otro de modo que ningún guardia se fuera sin reemplazo.

Feyn había pensado en abrirse camino por detrás de la yurta y salir corriendo. No sabía dónde estaba este valle, solo que era mucho más al norte de la ciudad. Si se dirigía al sur se toparía finalmente con una carretera, un río u otra señal, sin duda. Pero solo sería cuestión de poco tiempo que descubrieran que se había ido y la recapturaran. Si lo que se decía con relación a los nómadas era cierto, y hasta aquí todo lo había sido, eran expertos rastreadores.

Pero aunque pudiera escapar, no estaba segura de querer hacerlo. Algo más la invitaba a quedarse.

Las imágenes del salvaje muchacho gritando fuera de las ruinas le bombardeaban los pensamientos mientras se hallaba sentada sobre la gruesa estera que formaba su único mobiliario, mirando la única lámpara que iluminaba su prisión. Las palabras de él habían agitado más terror y misterio que ofensa, no solo en la mente de Feyn sino en las de quienes lo llamaban soberano. Ella había visto eso en sus rostros, y lo había oído en medio del silencio antes de que la duda hubiera dado paso a la influencia más persuasiva del jolgorio.

No había tenido oportunidad de hablar con el joven, pero ahora no estaba segura de qué se conseguiría con tal conversación.

La repentina imagen de Saric la hizo dejar de pensar en el extraño muchacho, invitándola a volver a entrar en razón. Esto le constaba: La sangre de Saric le había

dado vida, haciéndola soberana, y llenándola de paz en la medida en que ella abrazara esa vida. Desviarse de Saric, del cargo, o de la existencia a través de él solamente le traía confusión... la cual sentía profundamente ahora, en el campamento de los mortales.

Feyn se tumbó sobre la estera, mirando el marco de la yurta. El eterno idealismo de Rom le había doblegado la mente más de lo que ella había creído posible. Recuerdos de él la habían agitado como un remolino que enturbia las aguas de un río. Y sin embargo, hasta la nostalgia palidecía al lado del llamado de sirena de Saric.

Él era su creador. No Rom. No Jonathan.

De repente, la puerta se abrió bruscamente y Feyn se sobresaltó sobre la estera. Allí, en la abertura, estaba Jonathan, vestido solo con taparrabos, el pecho subiéndole y bajándole mientras contenía la respiración como si hubiera corrido todo este camino. El taparrabos se le pegaba, húmedo y aún manchado, aunque él mismo parecía haberse lavado, como si hubiera saltado al río que había en el borde del campamento. A juzgar por el aspecto húmedo de las plumas en sus trenzas, eso era exactamente lo que acababa de hacer.

—Mi soberana —manifestó él con fuego en los ojos, entrando mientras la puerta se cerraba sobre su propio marco de madera por detrás del muchacho.

Feyn se puso de pie, insegura de qué decir.

—Me dijeron que habías venido a verme —continuó y abrió los brazos—. Dime, ¿te parezco un soberano?

Ella miró al joven salvaje, a este muchacho que sería soberano, mientras las palabras se negaban a formársele en la mente, mucho menos en la boca.

—Por otra parte, ¿cómo debería lucir un soberano? La realidad es que ninguno de nosotros somos lo que parecemos. Tú estuviste en una tumba durante nueve años, sumida en la muerte. Y yo era un niño, luchando por vivir. ¿Quién es quién, entonces, Feyn? ¿Quién vivirá y quién morirá? ¿No es esa la pregunta en la mente de todo el mundo?

¡Chico misterioso! Era evidente que estaba loco.

Pero hablaba la verdad.

¿La verdad de quién, no obstante?

—Es un honor para mí volver a verte, soberana —expresó él dando un paso adelante, tomándole la mano, apoyándose en una rodilla y besándole el dorso.

El momento en que esos labios tocaron la piel de Feyn, algo dentro de ella vaciló y la desequilibró. La oscuridad amenazó con envolverla. La mujer jadeó y se echó hacia atrás, sorprendida por su propia reacción visceral. Por aquello que acababa de amenazarla con tragársela por completo.

Jonathan continuó como si no hubiera pasado nada. Pero desde luego que no había pasado nada. Ella estaba cansada y no había comido suficiente hoy, eso era

todo.

De repente, Feyn comprendió que en realidad no había dicho nada desde el impetuoso ingreso de él.

—Perdóname... —balbució al fin—. Me agarraste sin que estuviera preparada.

—Pero tú estás preparada, Feyn. La pregunta es: ¿lo estoy yo?

El muchacho se paseó como un cachorro de león, pasándose una mano por entre las trenzas, mirando de lado a lado. Feyn difícilmente podía armonizar a este joven frenético con el tranquilo sujeto que apenas días atrás apareciera con Rom en las habitaciones de ella.

—Entonces, ¿qué dices?

—Lo siento... ¿Qué digo a qué?

—¿Qué vamos a hacer?

—No lo sé.

Jonathan dejó de caminar y la miró. Se le formó una sonrisa en el rostro.

—Está bien. Yo sí sé.

—Tú sí.

—Sí. Pero repito que el asunto es si estoy preparado o no. ¿Qué dirías tú, Feyn? Has estudiado el papel de soberana toda tu vida. Entonces, ¿lo estoy?

—¿Preparado?

—Sí.

—Yo misma creía estar preparada. Descubrí que en realidad apenas lo estoy —contestó ella con extraña sinceridad.

—Pero sabes que estás destinada a ser soberana.

—Sí.

—Y sin embargo, sé que yo también lo estoy. Y por eso estamos aquí. Un trono de poder, dos soberanos. Esto es un dilema, ¿verdad?

—Así parece.

Jonathan volvió a deambular de un lado al otro.

—Supongo que no tienes ninguna intención de renunciar a tu soberanía a favor de mí —expresó él como si le hablara tanto a las lonas como a ella.

Así de directo. Muy enigmático. Qué joven más exótico era este. Tan cordialmente entrañable. ¡Cuán poderoso podría llegar a ser!

Y cuán peligroso.

Feyn se había recuperado lo suficiente para elegir con cuidado sus próximas palabras.

—¿Debería yo hacerlo?

—Tú sabrás qué hacer cuando llegue el momento —opinó él mirándola—. Esta noche solo deseo que sepas quién soy yo.

—Creo saberlo.

—Entonces sabes que seré soberano —decretó Jonathan—. Sabes que esta noche me jurarás lealtad.

—En serio —objetó ella, pensando en que la audacia del joven no tenía límites—. Tú lo sabes.

Jonathan se detuvo y la miró directo a los ojos. La calma se le asentó como un manto. Cuando habló a continuación, su voz era razonada y llena de seguridad.

—Sé que andas buscando el amor, Feyn. Sé que solamente la muerte te dará la vida que buscas. Que quien te esclaviza ahora morirá delante de ti. Que el amor, no el Orden ni código alguno, ganará los corazones de los muertos.

¿Saric... morirá? A menos que su hermano levantara su propia mano para intentar matarse, el joven no podía saber eso.

Jonathan le examinó los ojos y ella súbitamente se sintió incapaz de alejar la mirada.

—Conozco tus anhelos, Feyn —continuó él—. Cuán desesperadamente buscas el amor. Por eso es que un día diste tu vida por mí. Nunca lo olvidaré.

Ella solo hizo un ligerísimo movimiento de cabeza.

—Repararé la deuda. Gobernaremos el mundo, Feyn... tú y yo. No como ellos esperan, pero gobernaremos, recuerda mis palabras. Este mundo no puede ser esclavizado por ningún Orden diseñado para apaciguar a un creador exigente. Llegaremos a un acuerdo, tú y yo.

Feyn no estaba segura de qué contestar.

—Si hay problemas cuando yo cumpla la edad dentro de dos días, tú y yo deberemos representar nuestros papeles de manera uniforme. ¿Sabes dónde está el antiguo puesto de avanzada en Corvus Point?

—No exactamente, no.

—A ocho kilómetros al noroeste de aquí. Hay una carretera antigua... tienes que buscarla porque se ha perdido completamente en algunos lugares.

—La Fortaleza debe tener registros de tal carretera.

—Ocho kilómetros al noroeste —contestó él asintiendo con la cabeza—. Encuéntrame allí, sola, dentro de dos días. Llegaremos a un acuerdo, tú y yo. ¿Puedes hacer eso?

—Tal vez.

—Contaré contigo —expresó Jonathan sonriendo—. Pero esta noche solo pediré tu lealtad.

—Perdóname, Jonathan, pero...

—¿Te gustaría ver la verdad?

—¿La verdad?

Feyn observó, confundida, cómo él se escupía las palmas. Luego, antes de que ella pudiera retroceder asustada o en protesta, el muchacho cerró la brecha entre ellos

en dos raudos pasos y le cubrió los ojos con las manos.

El mundo de Feyn se oscureció cuando esas palmas le obstaculizaron la luz. Pero al instante siguiente la noche se la tragó por completo, un torbellino que se la llevaba hacia el abismo... el lugar que ella reconoció inmediatamente como aquel en que estuvo solo un minuto antes cuando él le besara la mano.

Feyn lo empujó con un grito.

—¿Qué estás haciendo?

Pero cuando él quitó las manos del rostro de ella, la oscuridad permaneció, más negra que el alquitrán.

—Mírate, Feyn —oyó ella que él le decía—. La sangre está en ti.

El terror se apoderó de la soberana, atravesándole el suave brote de horror que le inundaba las venas. Más que ver la oscuridad, la *sentía*: una boca negra viviente que quería succionarla, como hacia el interior de la profundidad de la misma muerte.

—¿Es ese el camino que deseas seguir?

Feyn oyó la pregunta, como una invitación desde un lejano horizonte, pero la mente se le cerró en abrumador pánico. Tambaleó, temblando, tratando de orientarse a tientas, pero no había arriba ni abajo, derecha ni izquierda. Solo existía la sofocante certeza de la muerte.

El único instinto que le quedaba era gritar, pero los pulmones se le negaron a empujar suficiente aire hacia la garganta para producir algún sonido. El espacio se llenó con un terrible quejido... el suyo propio.

¡Libérame!

—Cuando llegue el momento entregarás nueva vida al mundo, Feyn. Libérate de Saric. Nosotros gobernaremos, tú y yo.

Una mano le tocó la mejilla y ella instintivamente la apartó. La oscuridad retrocedió, como absorbida por sí misma. La habitación se llenó de luz.

Feyn se puso de pie, temblando, mirando los sombríos ojos color avellana de Jonathan. La lámpara aún ardía, aparentemente más brillante que antes. Tambores lejanos todavía llevaban la celebración de la noche. Ella aún estaba viva.

Los pulmones se le expandieron al volverle la respiración, pero con esta vino una tristeza tan enervante como el terror que la había precedido.

—Lo siento —expresó Jonathan—. Tuve que ayudarte a entender.

Las lágrimas inundaron los ojos de la soberana y le rodaron por el rostro. Se estiró hacia él y cayó de rodillas. Le agarró las manos y las atrajo hacia ella.

Allí, con la cara presionada contra los dedos de él, Feyn lloró.

Capítulo treinta y uno

LA MAÑANA SIGUIENTE A las Concurrencias anteriores, Roland solía despertar con un martilleo en el cráneo y un agotamiento en los miembros mientras rodaba para acunar el cuerpo que había a su lado, sin llegar a saber hasta más tarde si era el de su esposa, una concubina u otra mujer. Tal desorientación era para él sinónimo de esa festividad, la única conclusión posible para la insolente purificación de la noche anterior. No obstante, esta mañana despertó tenso, demasiado lúcido, y solo.

Lo que lo había despertado se repitió una vez más: la inconfundible voz de Michael, llamándolo a gritos.

Roland saltó de la estera donde había intentado un ligero sueño irregular tres escasas horas antes, se apresuró hacia la entrada de su yurta, y entrecerró los ojos ante la luz de la nueva mañana.

Michael corrió hacia él, totalmente vestida, con el arco sobre el hombro.

—Ella se ha ido.

Ella...

Roland tardó un instante en reorientarse e identificar quién podría ser «ella». Se le hilvanaron en la mente imágenes de la Concurrencia. La danza, la comida, el corazón de Avra, el comportamiento maniático de Jonathan, Feyn...

—¿Qué quieres decir? —inquirió mirando fijamente hacia el norte, en dirección a la yurta donde había tenido a la soberana bajo vigilancia.

Michael cerró la brecha entre los dos, redujo la marcha a pasos largos y urgentes, y resopló.

—La sangrenegra. Se ha ido.

—¿Qué quieres decir con que se ha ido?

—Se fue. Escapó. Con su guardia.

—¿Qué guardia? ¿De los nuestros?

—Con el nauseabundo sangrenegra que vino con ella. Te dije desde el principio que era un error. ¡Era demasiado peligroso!

Con una maldición, Roland entró a la yurta, se puso las botas, metió un cuchillo en el talle de los pantalones y agarró su espada y la túnica que había tirado anoche. Luego salió de la yurta tras Michael, quien ya atravesaba corriendo el campamento durmiente hacia las caballerizas. Allí estaba uno de los nómadas que reconoció de la última guardia, quien a toda prisa ayudó a ensillar el corcel de Michael mientras ella ensillaba el de Roland.

—¿Quién estaba de guardia? —exigió saber el príncipe, ciñéndose la espada.

—Narus y Aron —contestó Michael—. Aron entró esta mañana al campamento. Los sangrenegras se llevaron los caballos. Narus aún está allá.

Roland se puso la túnica, hizo a un lado al hombre y encinchó él mismo el

caballo. Luego él y Michael salieron del establo y se alejaron del campamento. Hacia el norte.

A veinte pasos de las dos yurtas temporales ya pudo sentir que había desaparecido el inconfundible olor a sangrenegra.

—Se abrieron paso cortando la parte trasera —informó Narus corriendo a encontrarlos cuando el príncipe y su hermana desmontaban a diez metros de la yurta más grande—. Ninguno de nosotros oyó nada...

De un solo paso, Roland se acercó y le propinó al hombre un puñetazo en la mandíbula. Narus retrocedió y cayó al suelo, duro. Se dispuso a levantarse, pero Roland lo golpeó de nuevo. El guardia cayó de espaldas y rodó hacia un lado, escupiendo sangre, que le brotaba de boca y nariz y que caía en una mata de hierba.

—¡Roland! —susurró Michael.

El nómada levantó la mirada, con la mano en el cuello del hombre y el puño hacia atrás para volver a golpear. Dejó caer al guardia al suelo, pateó sobre el rostro de Narus una ramita que había en el suelo y le pasó por encima.

Michael miró mientras él pasaba a su lado, pero no dijo nada.

El príncipe abrió la puerta y entró a la yurta. Una mirada al preciso corte en la gruesa lona describía claramente la historia.

Escupió a un lado.

—No sabemos dónde consiguió un cuchillo —informó Michael parándose detrás de Roland—. Los revisamos a ambos por si tenían armas cuando llegaron. La mejor conjetura es que la obtuvo en alguna parte entre la Concurrencia y cuando Jonathan la vino a ver.

—¿Vino Jonathan? ¿Aquí?

—Eso es lo que ellos aseguran. A hablar con ella.

¿Pudo el joven haber sido tan descuidado como para traer consigo un arma? Él estaba perdiendo el sentido común junto con su potencia. Incluso si llegara a ser soberano habría que cuidarlo todo el tiempo. Pensándolo bien, la ascensión de Jonathan era ahora lo más alejado del reino de la verdadera posibilidad.

Feyn había escapado para volver de inmediato a Saric. No solo no tenía intención de abdicar ninguna parte de su soberanía a favor de Jonathan, sino que ahora sabía la ubicación del valle Seyala y de todos los mortales que vivían allí dentro.

Se tendrían que ir del campamento. Podrían movilizarse en horas. Pero entonces se le ocurrió una opción final.

Roland giró alrededor, pasó a Michael y salió por la puerta de la yurta.

—Tenemos que reunir al consejo —estaba diciendo la joven.

Pero el consejo significaba demora.

—Nada de consejo.

Corrió hacia su caballo, Michael lo siguió.

—¿Cuánto hace que se fueron?

—Según Aron, no más de dos horas —informó ella, e hizo una pausa—. Vas a matarla.

Esa no era una pregunta.

—Haré lo que debí haber hecho hace dos días.

—Entonces estoy contigo.

—No. Te necesito aquí.

—No esta vez, hermano. Haz que otros hagan los preparativos —objetó Michael montando al vuelo y girando—. Esta vez lo veré por mí misma.

Roland estaba a punto de hacer cumplir su orden, pero luego lo pensó mejor. Eliminar la amenaza que representaba Feyn no pondría fin a la que encarnaba Saric para todos los mortales. Él se convertiría en soberano después de ella... con los doce mil sangrenegras a sus órdenes. También Saric tenía que morir hoy. Cómo, Roland no lo sabía aún, pero para esto Michael le sería útil.

—Ve a avisarle a Seriph. Dile que guarde silencio. Encuéntrame en el costado sur en el recodo del río —anunció el príncipe espoleando el caballo—. Apúrate, Michael.

Rom había dormido el sueño de aquel para quien el mundo prometía tomar un mejor rumbo.

Feyn había venido, y había experimentado los apetitos de la vida, la verdadera vida. No esa existencia fabricada que venía de la obra de los alquimistas de Saric, sino la que salió directamente de las venas de Jonathan. Más importante, a pesar de la conducta demente de Jonathan en los escalones de las ruinas, había acordado verla. Los guardias informaron que el muchacho había salido de muy buen humor de la yurta de ella.

Rom oró porque esa fuera una buena señal. Había visto cómo Jonathan la había mirado la primera noche que entraran al apartamento de Feyn en la Fortaleza, exactamente después de la resurrección de ella. Tal vez los modales regios y la desenvoltura de la mujer lo habían impresionado más que él a la soberana. Pero Rom esperaba por encima de todo lo demás que la habilidad de Jonathan para hacer ver a quienes estaban cerca afectara a la mujer, y profundamente. Tan profundamente, quizás, como lo había afectado a él una vez.

Habían pasado nueve años desde que Jonathan abriera los ojos de Rom a una visión de Avra en paz. Ese día, el niño lisiado que tenía la tendencia de soñar el segundo plano de la realidad había sido un instrumento de la mano del Creador. No como un individuo errático, una sangre salvadora, o una fuente viva de mortalidad, sino como alguien que ayudaba a otros a ver de una manera no alcanzada por ningún mortal hasta la fecha.

Sin duda, también podía ayudarle a ver a Feyn.

Y podía ayudarle a Rom a recordar.

Todas las promesas de Jonathan hasta la fecha se habían cumplido. Todas. Incluso en medio de la potencia menguante del muchacho y de la extraña y firme lealtad de Feyn hacia Saric, ese pensamiento consoló a Rom. La promesa relacionada con el niño tampoco fallaría esta vez. Dentro de algunos años, cuando la mortalidad rigiera la tierra, el extraño comportamiento de Jonathan, el enigma de su sangre menguante, los crecientes bandos dentro de los mortales —incluso la muerte de Triphon— se verían como pruebas más que como derrotas.

Rom cerró los ojos y se sumió en un mediano sueño, pensando otra vez en Avra. Pero esta vez ella tenía el rostro estirado y la piel pálida. Su cabello, tan cobrizo en vida, oscurecido casi hasta lucir negro. Igual que los ojos. Hasta que el rostro no era para nada el de Avra... sino el de Feyn.

La soberana, quien no había participado en los salvajes ritos de la Concurrencia y que incluso ahora debía de estar despierta en su yurta al borde del campamento.

Rom se sentó. ¿Se habrían suavizado las impasibles líneas de las mejillas de Feyn? Él no se atrevía a esperar eso.

Pero lo hacía.

Se vistió y salió al campamento, que estaba lleno de evidencias de la celebración. Tazas esparcidas y platos vacíos de comida en general terminada. Ropa, una bota por aquí y otra por allá, abandonadas donde cayeran. Rescoldos de fogatas humeando afuera de las yurtas, ollas encima abiertas para cualquiera que quisiera comer. Los tambores, aún alineados en los peldaños, desde hace rato sin músicos...

El trípode y el acuchillado recipiente de sangre colgando como una cáscara vacía sobre una mancha macabra de sangre sobre el estrado.

Rom se volvió, dirigiéndose hacia la yurta de Adah, probablemente vacía, pues era sabido que ella tenía un amante al otro lado del campamento; pero él sabía que al menos hallaría suficiente comida para Feyn. Había recorrido solamente la mitad del camino cuando vio al guardia acercándose caminando. El rostro del hombre mostró alivio y se echó a correr.

Uno de los nómadas. Levantado temprano. Demasiado.

—¿Qué pasa? —exigió saber Rom.

—¿No lo encontró Suri a usted?

—¿Para qué?

—Envié a Suri a buscarlo... —balbuceó el hombre parpadeando.

—¿Por qué?

—Él fue a su yurta hace solo un minuto. Yo...

—Es evidente que no estoy en mi yurta. ¿De qué se trata? —preguntó Rom, aguantando la necesidad de tomar al hombre por los hombros y sacudirlo; hace días que se le había agotado la paciencia.

—Seriph afirma que los sangrenegras han escapado. La mujer y el hombre, ellos...

—¿Qué?

Retrocedió medio paso.

¿Por qué escaparía Feyn? ¡Ella debía hablar con Jonathan! ¡Ella había visto!

Pero entonces un pensamiento distinto lo asaltó.

—¿Dónde está Roland?

—Se fue tras ella.

En ese momento, Rom supo dos cosas. La primera era que Feyn los había traicionado. O ella había jugado desde el principio con él, o Jonathan finalmente se había desmoronado deshaciendo todo aquello por lo que Rom había trabajado.

Lo segundo era que Roland iba a matar a la soberana.

—¿Cuándo?

—Hace media hora —contestó el hombre encogiéndose de hombros.

—¡Mi caballo! —exclamó bruscamente Rom, girando hacia su yurta—. ¡Ahora!

Roland y Michael habían rastreado a Feyn y su guardia hacia el sur; el hedor a sangrenegra se aferraba como telaraña a las hojas y ramas del camino.

También estaban las señales más rutinarias: ramitas rotas, hierba triturada, marcas de cascos en rocas, pisadas de caballos sobre tierra blanda.

Cabalgaban a toda velocidad, casi sin hablar, excepto para afirmar lo que el otro ya había visto. Dos horas, había informado el guardia. Avanzando incluso al doble de velocidad de los sangrenegras necesitarían dos horas para alcanzarlos. Cualquier avance más lento haría que Feyn llegara a la ciudad antes de que pudieran detenerla.

El sol estaba alto cuando escalaron la cima de una colina y avistaron por primera vez a los sangrenegras dando de beber a sus caballos junto a un arroyo.

Con un chasquido de la lengua, Roland indicó que se detuvieran y bajó de su montura. Dejando que Michael se encargara de los animales, soltó las riendas y se agazapó detrás de una roca.

Feyn estaba junto a su caballo, mirando hacia el sur. Su acompañante se apoyaba en una rodilla, inspeccionando el casco derecho de su montura.

Michael se colocó al lado de Roland, respirando firmemente. Por un instante ninguno de los dos habló. No los habían visto y el viento les daba en el rostro, llenándoles las narices con la fetidez de los muertos. Roland nunca había esperado recibir con beneplácito tan pútrido olor.

—A menos de cien pasos —susurró Michael.

—Debo hablar con la mujer —advirtió Roland—. Ellos son rápidos, recuérdalo. No esperes una segunda oportunidad. El viento...

—Yo ya le estaba disparando al viento cuando tenía cinco años, hermano —

expresó la muchacha con el arco en las manos, alistando su primera flecha—. Solo para que quede claro, quieres muerto al guerrero...

—... y el caballo de Feyn. Podríamos necesitar el otro.

Michael le hizo un gesto, levantó el arco, echó la cuerda hacia atrás hasta la mejilla y suspiró. Respiró hondo, adaptándose tanto al viento como a la distancia, y entonces soltó los dedos.

Se oyó un suave *tañido*, y la flecha salió volando a vertiginosa velocidad. Un solo instante después se clavó en el oído del sangrenegra con un golpe sordo. El guerrero se zarandeo y luego cayó a un lado como apaleado. En el momento en que lo hizo, el caballo retrocedió del arroyo.

—¡El corcel de ella! —gritó Roland, lanzándose hacia delante, sobre la cima, y bajando la colina.

Feyn estaba girando, buscando frenéticamente el origen del ataque hasta que lo vio acercándose, quedando paralizada, con los ojos desorbitados.

La segunda flecha de Michael voló por encima, pasando muy cerca de la soberana, y se hundió en el cuello del garañón, exactamente detrás de la quijada. El animal se desbocó dentro del arroyo, relinchando mientras huía hacia los arbustos más allá, dejando a Feyn abandonada y derrotada.

—¡Corre y la próxima saeta es para ti! —advirtió Michael.

Feyn levantó la mirada, vio que no tenía cómo escapar y se quedó inmóvil. Roland disminuyó el paso al final de la colina, ahora a solo diez pasos de ella.

—Así que nos volvemos a ver —manifestó.

Aunque el rostro de la soberana era admirable, su hedor tenía un aroma ofensivo, una extraña mezcla de desafío, ansiedad... y dolor. Quizás dolor más que todo.

Ella le tenía cariño al guerrero, comprendió Roland con sorpresa, echándole un vistazo al cuerpo caído del sangrenegra.

Se detuvo ante la mujer, cuya piel blanca tan poco natural parecía más pálida que incluso un momento antes.

—Huir fue tu perdición —advirtió Roland—. Ahora todos sabrán la verdad.

Los labios de la soberana se apretaron sobre los dientes. Tenía el cabello desgredado, suelto de sus sencillas trenzas.

—Tú no comprendes.

—Te comprendo, *mi señora*, muy bien.

—No entiendes nada sobre mí ni sobre mis lealtades.

—¿Es eso a lo que llamas lealtad ciega hacia tu hermano?

—Estoy hablando del muchacho.

Roland soltó una carcajada.

—¿Entiendes algo de la delgada línea en la que he caminado desde que desperté de el letargo? —exigió saber ella—. ¿Esperabas que saliera corriendo a proclamar mi

lealtad al muchacho?

—Después de traicionarnos en la Fortaleza, ¿alegas lealtad al muchacho? No. Pudo haber sido hace nueve años, pero ya no.

—Cierto. Todo falló. No ha pasado nada de lo que debía suceder. Y por mucho que Rom crea que puedo hacer un milagro en el senado, mis manos estaban atadas en el momento en que fui sacada del letargo, antes de que Jonathan reclamara la mayoría de edad.

—Tú solo eres leal a Saric. ¿O solo a ti misma?

—Morí una vez, ¿y qué gané? Muere, y verás cómo cambia tu perspectiva de la vida. No. Esta vez quiero hacer las cosas a mi manera.

—Quizás deberías intentar morir dos veces —amenazó él sacando el cuchillo de la funda, poniéndose en cuclillas con una pierna por delante, y haciendo girar la hoja en la mano—. Eso ayudaría a mi perspectiva.

—Mátame y perderás a la más poderosa aliada del muchacho —advirtió Feyn con las fosas nasales ensanchándosele.

Roland captó olor a indignación, ira, temor. Y a algo más que no pudo identificar.

—¿Aliada? Lo único que debes admitir es que no tienes lealtad hacia nadie.

—Es verdad, yo cuestionaba. Pero eso fue antes de lo que vi anoche.

—¿Y qué viste anoche? ¿Un muchacho loco embadurnándose de sangre?

—Vi algo que comprendo —susurró ella—. Mejor incluso que tú, príncipe.

—¿Y qué fue eso? —objetó Roland apoyando los codos en las rodillas, el cuchillo girando lentamente entre sus dedos—. ¿Que fue cierto lo que dije? ¿Que aplastaríamos al ejército de tu hermano, por fuerte que fuera? ¿Que debías huir para advertirle?

Feyn respiró hondo y levantó la mirada hacia Michael, quien llegaba detrás de él con los caballos.

—Vi que nunca confiarías en mí —afirmó la soberana volviendo a mirar al nómada—. Ahora lo demuestras.

—Tienes razón. Y ahora tú demuestras que no puedo confiar en ti.

—No sabes nada acerca de mis intenciones.

—¿Y Rom sí? Te debiste haber revolcado bastante con él en la pradera.

—No lo conoces tan bien como crees —declaró ella entrecerrando los ojos—. Pero tienes razón. Él no me conoce. Ya no soy una niña más de lo que él es un chiquillo ingenuo. Hay toda una maquinaria esperándome.

Entonces la mujer levantó la barbilla en dirección a Bizancio.

—Una maquinaria respaldada por mi hermano, a quien yo tengo que manejar. No sabes lo peligroso que él es.

—En eso te equivocas. Lo sé muy bien.

—Yo morí una vez por Jonathan —expresó Feyn entrecerrando los ojos—. ¿No

significa eso nada para ti? ¿No comprendes todo lo que he hecho?

—Explícamelo —contestó él levantando las cejas y sonriendo.

—No solamente le debes a él la vida por la sangre de sus venas... sino también a mí.

—¿Por qué huiste?

—Yo sabía que no tenías intención de dejarme ir. Rom tal vez, pero tú no. Si no obtengo más sangre esta noche, me muero. Dependo de la sangre de Saric, ¿o no te lo dijo Rom? No importa. Ambos sabemos que no me dejarías salir por mi cuenta, al haber visto tu campamento.

—Y, sin embargo, al huir por tu cuenta sellas aun más tu destino.

—Por tanto, ahora me matarás. ¿Y qué ganas con eso?

—Todos los sangrenegras deben morir. Es la única manera de que mi especie sobreviva.

—¿Estás tan ciego? ¿O simplemente te niegas a ver que yo te puedo ayudar?

—Me puedes ayudar revelándome dónde tiene Saric sus fuerzas.

—¿Y perder toda mi influencia? —objetó Feyn soltando una risa frágil—. No. Yo soy tu clave para destruir a Saric.

—¿De veras? Muéstrame entonces tus intenciones. Dime dónde está la fortaleza de tu hermano.

—Aunque te lo dijera, no tienes ninguna posibilidad.

Roland se puso de pie y se acercó, rodeándola por la izquierda, con el cuchillo ajustado en la mano derecha.

—Mátala ahora y acaba de una vez —aconsejó Michael.

—Tú más que nadie sabes que la petición de Rom es imposible —enunció Feyn, ahora con voz tirante—. Poner a Jonathan en el poder con Saric vivo solo provocará una guerra en gran escala. Yo no formé este lío, sino que resucité dentro de él. Ahora tengo que solucionarlo. A mi manera.

—La única manera que estoy dispuesto a considerar es por medio de la muerte de todos los sangrenegras —opinó Roland, mirándola con el ceño fruncido y ojos entreabiertos.

—No puedes provocar una guerra. ¡Te superan numéricamente!

—No creo que entiendas cuán poderosos somos.

—Ah, claro que sí, te lo digo... no suficientemente poderosos.

—Entonces no hay motivo para prolongar lo inevitable —decretó el nómada haciendo girar el cuchillo.

El hombre se colocó detrás de ella y la agarró por el cabello. Le echó la cabeza hacia atrás, dejándole el cuello al descubierto.

—¿No negocias? ¿No ruegas por tu vida?

—No —susurró Feyn—. Ambos sabemos que nunca tuviste intención de dejarme

viva.

—Tienes razón —manifestó Roland poniéndole el cuchillo en la garganta.

Él estaba a punto de expresar una rápida palabra final de consuelo... pues por mucho que odiara a los sangrenegras había algo noble en esta soberana que una vez diera la vida por Jonathan. Pero dos cosas le llamaron la atención: la primera fue el tamborileo de cascos de caballo, de un solo jinete acercándose rápidamente; la segunda fue que el jinete estaba contra el viento. No pudo determinar si se trataba de mortal, amomiado, sangrenegra o nómada. Si la mataba ahora podría perder una valiosa rehén y cualquier influencia que ella ofreciera.

Entonces lo supo. El líder de los custodios habría descubierto que habían salido, y los siguió. Rom, venía a salvar a su mujer.

El primer impulso de Roland fue atravesar el cuchillo por la garganta de Feyn y acabar con esto de una vez por todas. No estaba de humor para la debilidad, un rasgo que parecía inexorablemente arraigado en la psiquis de Rom. Pero ver las venas de Feyn bombeando su sangre negra hacia el suelo resultaría demasiado para el hombre. Ahora no se podían permitir una división. Quizás en el intento de Feyn de escapar, Rom hubiera hallado una pizca de cordura.

—No te muevas. Ni digas una sola palabra.

Se dirigió a Michael.

—A mi derecha, ocúltate, el arco listo.

La joven corrió en cuclillas hacia un árbol, el viento en contra, se apoyó en una rodilla, el arco ya tensado.

Roland se mantuvo firme, observando la cima de la colina.

Capítulo treinta y dos

ROM HABÍA FORZADO SIN compasión a su caballo, siguiendo las huellas y el hedor en una prisa desordenada hacia el sur, desesperado por alcanzar a Roland antes de que fuera demasiado tarde.

Un centenar de pensamientos le habían atravesado incesantemente la neblina de la mente. El principal era la pregunta en torno al intento de escape de Feyn.

¿Por qué?

¿Había planeado ella su jugada todo el tiempo? ¿Estaban otros sangrenegras esperándola a que saliera del campamento? ¿Había hecho él el papel de tonto, atraído por un amor y una esperanza sin fundamento?

Pero el pensamiento más implacable de todos era acerca de Roland. Rom sabía que el príncipe había presionado a Feyn hasta hacerla llegar a la conclusión de que no tenía esperanza de salir viva del campamento. De que, tratándose de ella, él no le tenía la más mínima confianza. Los nómadas siempre habían visto los beneficios de la vida como su herencia adecuada, como el premio esperado tras generaciones de huir. La obsesión de Roland no era amor y verdad, sino libertad y poder, cosas para las que él veía que Feyn representaba una amenaza.

Rom supo que estaba cerca cuando la hediondez sulfúrica se hizo más fuerte, demasiado fuerte. No solo el hedor a sangrenegra, sino a muerte física.

Aterrado de que fuera demasiado tarde, subió la cima, la fetidez a muerte le calcinaba las fosas nasales.

La escena en la parte de abajo centelleó delante de Rom mientras su caballo pasaba la cima. Roland detrás de Feyn, cuchillo en la garganta de ella... ambos mirándolo. Janus, el sangrenegra, muerto en el suelo con una flecha clavada en la cabeza. Los caballos de Roland y Michael atados a un arbusto junto al angosto riachuelo.

Pero Feyn estaba viva. Por el momento.

Mientras el caballo bajaba por la ladera pedregosa, Rom supo que lo que debía decir ahora requeriría tacto, no argumentos. Razón, no emoción.

Bajó la marcha del caballo hasta ponerlo al paso, y se acercó, tranquilo en la silla. Se detuvo a tres metros de ellos. Michael salió de un árbol a la izquierda de Rom, vaciló por un instante, luego bajó el arco.

—Hola, Roland —habló Rom, sin poner atención a Feyn.

—Qué bueno que te unas a nosotros —declaró el nómada aflojando el puñado de cabello de la mujer—. No me digas por favor que aún confías en el corazón de cualquier sangrenegra sometida por lealtad a su amo. Sin tener en cuenta sus intenciones pasadas.

Rom miró a Feyn, cuyos ojos estaban fijos en él, llenos de lágrimas.

—No confío en alguien que no cumple su palabra y huye. Pero ahora tenemos en nuestras manos a la soberana del mundo. Nos es más valiosa como rehén que muerta.

—Ella ya está muerta —expresó Roland escupiendo en el suelo—. Tu problema, Rom, es que te es difícil poner la realidad por delante de la esperanza. Esta mujer huyó porque huir está en su sangre. Mientras esté viva, representa una amenaza. Créeme cuando te digo que hay dos Sarics respirando aún. Yo reduciría esa cantidad a uno.

—Sin ninguna duda —asintió Rom desmontando, sorprendido por encontrar convincentes las palabras de Roland—. Sin embargo, casi enfrentamos el final, estamos cerca del objetivo. Lo único que pido es que consideres lo que Saric podría ofrecernos a cambio.

—¿Son tontos ustedes dos? —gritó Feyn—. Rom, todavía el amante ingenuo, y Roland, el guerrero tan lleno de bravuconadas como para entender las sutilezas de las negociaciones. A este ritmo los dos estarán muertos antes de que Jonathan llegue al poder.

Ellos la miraron. Rom se preguntó si Roland estaba tan sorprendido como él por la audacia de ella.

—¿Qué ganan matándome? —exigió saber la soberana.

—La satisfacción de entregar a la Fortaleza tu cabeza en una caja —terció Michael, caminando sin prisa hacia ellos.

—Mi hermana tiene razón —comentó Roland—. Hay ventajas ante un enemigo furioso, cuyos cálculos se desvían del objetivo.

—Ustedes apenas podrán hacer enojar a Saric con mi muerte —objetó Feyn—. Él asumiría sencillamente el cargo de soberano bajo la protección de doce mil sangrenegras, y los cazaría a ustedes a su antojo. La división entre ustedes se ampliará más bajo presión, y Jonathan perderá su defensa unificada. Al final, todos ustedes serán eliminados. La esperanza que el niño ha traído en su sangre se perderá para siempre.

—¿Ves cuán seguros de sí mismos son estos seres? —inquirió Roland soltando una risita de incredulidad—. Hemos evitado el Orden durante cientos de años. Pelearemos centenares más si es necesario. Jonathan ya no es el creador del que dependemos.

—Yo sí veo —opinó Rom—. También veo que Feyn no es tonta. Ella huyó porque la presionaste a hacerlo. Necesita la sangre de Saric o si no se muere. Es a Saric a quien deberíamos matar, no a Feyn.

Hizo una pausa.

—Al menos, todavía no.

—Ella incumplió su palabra y huyó.

—¡No le dejaste alternativa!

—Yo les puedo dar a Saric —interrumpió Feyn.

—¿Esperas que nos fiemos ahora, cuando enfrentas la muerte? —indagó bruscamente Roland.

—No —respondió ella, entonces respiró hondo y cerró los ojos—. Lo que puedo ofrecerles no requiere confianza de parte de ustedes. Pero el *príncipe* nómada se niega a escuchar el tiempo suficiente para oír lo que tengo que decir. Él ya tomó su decisión, sin importar las consecuencias.

—¿Lo censuras? —objetó Rom—. Si tienes algo que decir, deberías haberlo dicho en nuestro campamento.

—Debí hacerlo. Ese fue mi error. Y podría pagar por eso con mi vida. Pero como él afirma, ya estoy muerta. En el mundo de Saric apenas soy su esclava, que espera que caiga su hacha y me arrebate así el puesto de soberana. En el mundo de ustedes no soy más que una prisionera que debe morir a fin de abrirle paso a Jonathan. De todos modos, no tengo nada que ganar.

Rom sintió que el corazón le desfallecía por las palabras de la soberana. Ella había muerto por Jonathan solo para resucitar en el mismísimo infierno.

—¡Estamos perdiendo el tiempo! —exclamó Michael.

Roland miró de Rom a Feyn.

—Habla —ordenó alejándose de ella.

—No pasará mucho tiempo antes de que Saric me mate. ¿Tienen ustedes alguna duda de eso?

—No —respondió Rom meneando la cabeza.

—Conmigo o sin mí, él vendrá tras ustedes. La única inquietud es si lo hace bajo sus propias condiciones o bajo las de ustedes. Ustedes no tienen nada que perder con que yo regrese a él.

—Tendríamos para perder la información que le darías —opinó Roland.

—¿Y cómo les perjudica esto? Simplemente se pueden poner en marcha y huir. Mi hermano ya sabe bastante acerca de cantidades y destrezas nómadas. ¿Qué le podría decir yo que los pudiera comprometer a ustedes en este momento? Saric no gana nada teniéndome a su lado. Mi única esperanza es liberarme de él. Eso es lo que Jonathan me dijo anoche cuando me visitó.

—¿Te dijo que te liberaras? —preguntó Rom.

—La única manera de que yo pueda vivir es que ustedes maten a Saric. Ese es el deseo del muchacho. Pregúntenle ustedes mismos.

Una sonrisita burlona se formó en la boca de Roland. Rom sabía que las palabras de Jonathan tenían cada vez menos credibilidad entre los nómadas.

—¿Es eso siquiera posible? —quiso saber Rom.

—Creo que sí, pero ese es mi problema. El de ustedes es Saric. Creo que se lo puedo entregar. Y si no puedo hacerlo, soy la única que puede llegar a perder algo.

Ustedes no estarán peor de lo que están ahora. Confíen o no en mí, no importa. Yo no les puedo hacer daño.

Ella tenía razón. Ciertamente, Roland al menos había escuchado hasta allí.

—Adelante —pidió Rom.

—Anoche dijiste que ustedes podrían destruir todo el ejército de Saric en el valle donde viven —expresó Feyn cruzando los brazos y mirando a Roland.

El príncipe frunció el ceño, luego asintió una vez con la cabeza, lentamente.

—¿Qué tal que pudiéramos?

—Dime. ¿Pueden hacerlo?

—Es posible.

—Entonces creo que puedo convencerlo de traer todo su ejército al valle. Hagan los preparativos que necesitan, y luego agárrenlo.

Todos ellos habían considerado la eventualidad de frustrar una invasión en el Seyala, pero nunca discutieron cómo hacer que los sangrenegras fueran resueltamente hacia ellos. Incluso, si lograran hacerlo, las posibilidades serían inmensas.

—¿Roland?

—Nuestros setecientos contra todo su ejército de doce mil... un riesgo considerable.

—¿Riesgo? —objetó Feyn—. ¿Dónde quedó esa bravuconería? Piensen en lo que ganarían si triunfan. La mayor amenaza que ustedes tienen es la existencia de demasiados enemigos que han jurado eliminarlos. Todos deben ir. Yo puedo entregárselos.

—Una cosa es decirlo —bromeó Michael.

—Yo no me preocuparía de mi habilidad para entregarlos, sino de la capacidad de ustedes para exterminarlos. ¿Son todos los nómadas tan magníficos como afirman?

—Sí, pero tampoco somos tontos —respondió Roland.

—Allí es donde está el valor de lo que digo. Si fallo, ustedes no pierden nada.

—¿Podemos hacerlo? —preguntó Rom examinando a Roland, sopesando la determinación del nómada.

El príncipe paseó de un lado al otro, una mano en el cabello.

—Posiblemente. Y si la marea se nos viene encima, tenemos nuestros medios de escape. Se necesitaría...

Se interrumpió bruscamente, mirando a Feyn. No discutiría ninguna táctica con ella oyendo.

—Comprendan que yo necesitaría protección —comentó la soberana—. Saric sabrá que fue entregado. Si llegara a sobrevivir...

—Eso se puede arreglar —afirmó Rom.

—Y yo tendría que asegurarle que le puedo entregar a Jonathan.

—¿Qué?

—Está obsesionado con el muchacho como creador. Yo tendría que convencerlo de que se lo puedo entregar. Pero Jonathan ya me allanó el camino.

—¿Cómo?

—Insistió en que él y yo nos encontráramos a solas mañana, cuando cumple la mayoría de edad.

—¡Tonterías! —exclamó Rom en tono burlesco—. Jonathan no se pondrá en peligro bajo ninguna circunstancia.

—Entonces hablen con él. Yo me haré a un lado. El resto depende de ustedes.

Se quedaron en silencio un buen rato. Cerca, uno de los caballos resopló y luego se agachó para triturar un poco de hierba, ajeno a la crítica decisión que se estaba tomando en la reunión.

—Esa podría ser la única forma de llevar a Jonathan al poder —opinó Rom—. La pregunta es: ¿qué estamos dispuestos a arriesgar para conseguir su reino?

—Estamos aquí para salvar la vida que él ya nos ha dado —contestó Roland—. Ese es el reino.

No del todo cierto, pero Rom no estaba dispuesto a discutir.

—Sea como sea. Saric y su ejército representan la mayor amenaza para todos los mortales. Arriesgaríamos solo a nuestra fuerza de combate. Los demás se irían.

—No desestimes el riesgo.

—No lo hago, pero tampoco estoy descartando una victoria potencial —objetó Rom con el ceño fruncido—. Tú eres el estratega. Los custodios apoyarán tu decisión. Tómalahora.

Roland reflejó el ceño fruncido de Rom, mirando una vez a Michael, cuyo silencio personificaba un respaldo tácito.

—Mañana —declaró el nómada enfrentando a Feyn, con la mandíbula rígida—. Asegúrate que los traiga a todos.

Capítulo treinta y tres

SARIC SE HALLABA EN el extremo de la mesa de ébano, tenedor de plata al revés en la mano izquierda, y cuchillo en la derecha cortando como un cirujano la carne salada de venado, consciente de la precisión meditada que aplicaba a su tarea. La carne medio cruda se partió bajo la afilada hoja, filtrándose sangre por las fibras del nítido corte. Bajó el cuchillo, levantó el tenedor, se puso el cúbico bocado en los dientes delanteros y lo soltó de las púas del tenedor. Jugos cálidos le atiborraron la boca mientras mordía la carne.

El sabor lo inundó con una sensación de deleite... bienestar a pesar de la inquietud, aunque poca, que le roía desde la partida de Feyn.

Según los exploradores, ella había llegado a salvo, había pasado solamente una hora en el valle, y luego los mortales se la habían llevado. Los hombres de Saric los habían perdido en medio de los cañones. Él no había esperado menos... a los nómadas se les conocía por su habilidad para cubrir sus huellas y permanecer ocultos.

Durante dos días no se había sabido nada más, y Saric llegó a pensar en la posibilidad de que hubieran matado a la soberana. De ser así, él simplemente asumiría el cargo vacante. La pérdida de ella sería decepcionante, pero de menor importancia; el único valor verdadero que Feyn representaba para Saric era que le cumpliera sus caprichos y cualquier participación que ella pudiera tener en hacer salir a los mortales de su guarida... roles que otras personas podrían representar a su debido tiempo.

Sin embargo, la preocupación le había importunado a Saric. Si los mortales tuvieran un modo de hacer volver tanto la sangre como la mente de Feyn, ella podría traicionarlo. Sin embargo, la soberana era subordinada, lo que había demostrado para satisfacción de él. Pero ella era una mujer fuerte, inteligente y calculadora por completo. ¿Podrían esas mismas características permitirle que se liberara del control de Saric?

No.

Exactamente cuando él acababa de cenar llegó la noticia: Feyn había regresado. La ansiedad le bajó por los hombros como una bata de seda. De inmediato ordenó a Corban que se asegurara de que ella estuviera adecuadamente aseada, empolvada y vestida de blanco antes de que se reuniera con Saric en la mesa. Esta noche su hermana debería alimentarse con más que comida.

Dos horas después, el salón estaba iluminado con velas, veinticuatro en total en seis candeleros, tres en cada pared adyacente a la mesa. Entonaciones clásicas de la era del Caos llenaban el ambiente con inquietantes notas. Un compositor llamado Mozart. Un réquiem para los muertos, pero en la mente de Saric el réquiem era para la muerte misma.

El hombre miró el antiguo reloj sobre la pared del fondo. Un minuto para las ocho. Pronto sabría qué regalo le había traído su hermana. Sin duda alguna, ella no lo desilusionaría. Ahora la mente le giró hacia Jonathan.

El poder político que el muchacho intentaba ejercer no le preocupaba. Tampoco la amenaza de los mortales que pudieran defenderlo. Ambos eran inconvenientes que pronto se aplastarían.

Sin embargo, el poder de la sangre del joven era un asunto diferente. Por avanzada que fuera ahora la alquimia de Corban, ya no podía negar la posibilidad de que la vida ofrecida por la sangre de Jonathan era más poderosa y por tanto más gratificante que la del mismo Saric.

El pensamiento le estrujó el estómago como un puño mientras dos obsesiones le bramaban en el interior: la necesidad de abrazar la vida superior en su más auténtica forma, y la necesidad de gobernar sobre esa vida como el único creador.

Si aplastaba a Jonathan y a los mortales no quedaría ninguna amenaza para la supremacía de Saric. Pero al hacerlo también eliminaría realmente la posibilidad de degustar él mismo esa vida.

¿Sentían los mortales más que él los placeres de la existencia? ¿Era la capacidad de amar y odiar en ellos más grande que la suya propia? ¿Estaban motivados por más ambición de la que él había experimentado?

No importaría, siempre y cuando el poder de Saric fuera sin igual. Y sin embargo, sí importaba. Lo inflamaba el deseo por tener más. Lo debilitaba.

Tenía que aniquilar a los mortales y a Jonathan con ellos. Solo podría haber un creador.

Un toque en la puerta le interrumpió los pensamientos.

—Adelante.

La puerta se abrió y Feyn entró al salón, sola. Tenía el cabello recogido hacia atrás en dos trenzas. Llevaba el vestido blanco que él había ordenado a Corban que le diera. Ella era una visión con ojos negros que expresaba sumisión silenciosa.

Saric le devolvió la mirada por un buen rato, esperando que ella hablara a destiempo. No lo hizo.

—Te ves hermosa, hermana.

—Gracias, mi señor.

—Siéntate, por favor —pidió él indicando con la cabeza la silla al extremo de la mesa.

El vestido largo de Feyn le ondeaba con elegancia alrededor de las piernas mientras se dirigía a la mesa y se sentaba. Venado fresco, verduras y cubiertos inmaculados la esperaban. Saric llegó a inclinarse sobre ella para cortar y poner en el plato un grueso trozo de venado.

—En honor a tu regreso te serviré esta noche, cariño. ¿Te complace esto?

—Si te agrada, mi señor.

—¿Te serviría si no me agradara? —inquirió él levantando la mirada y bajando el cuchillo.

—No, mi señor.

—No.

Saric se levantó, llevó el plato hasta el asiento de Feyn y colocó la porción entre los utensilios frente a ella.

—Imagino que estás muriendo de hambre.

—Sí, mi señor.

—De algo más que de carne.

—Sí —asintió ella mirándolo fijamente.

—Come —expresó Saric—. Acáballo todo.

Sin esperar más instrucción, Feyn agarró los cubiertos y cortó la carne.

Comió en silencio durante varios minutos, con la mirada baja, observándolo de vez en cuando y solo por breves instantes, como él le había enseñado. Ella era hermosa.

Saric se recostó en el asiento donde había cenado antes, con los codos en los brazos del sillón y los dedos entrelazados.

—¿Te ganaste la confianza de ellos como te instruí?

—Sí —contestó ella después de tragar el último bocado.

—Cuéntame.

—Rom Sebastian, no el nómada, llegó por mí. Habló de vida y del niño, y me rogó que llevara a los mortales al poder bajo mi autoridad.

—Yo no esperaba menos. ¿Aceptaste?

—Finalmente, sí. Creí que lo mejor era que vieran mi oposición antes de brindarles algún interés en su causa.

—Bien. ¿Te llevaron a su campamento?

—Sí.

—Entonces sabes dónde está.

—Me encapucharon. Pero sí. Sé dónde está.

—¿Cómo es posible eso, a menos que tu salida hubiera sido en realidad una fuga? —objetó Saric entrecerrando levemente los ojos—. Después de que te dije expresamente que no despertaras sospechas. Mírame.

—No. No escapé —contestó Feyn levantando la mirada hacia él—. Me volvieron a sacar encapuchada. Y conservaron a Janus como garantía.

—Si te devolvieron encapuchada, ¿cómo entonces sabes dónde está el campamento?

—Mi señor, podía oír el río. El sol había salido y calentaba desde el oriente. Tengo un impecable sentido de orientación —informó ella brindándole una sonrisa,

como insegura de que se lo permitiera—. Si me lo pidieras, yo podría encontrar ahora tu fortaleza. Y también me trajeron encapuchada hasta aquí.

¿Era posible eso? Saric la examinó, la forma en que ella volvió a bajar la mirada.

—He hablado con Corban y he revisado los mapas con él. Tenía la esperanza de que estuvieras satisfecho.

Algo inquietaba. Y sin embargo, ella era la imagen de la sumisión conciliatoria.

—Si has hecho algo para levantar sospechas me lo tendrás que decir ahora. Si ellos recelan algún juego sucio abandonarán el valle antes de que podamos llevar nuestras fuerzas.

—No. No lo harán. Son individuos muy cautos, pero no lo harán.

—¿No? ¿Por qué?

—Porque creen que he puesto mi lealtad a favor del muchacho.

Él la examinó, escudriñando cualquier señal de engaño.

—Ya veo. Pero has dicho que son muy cautos.

—Solo porque no se les debe subestimar.

—¿Pero no sospechan un ataque?

—No.

—Muy bien —asintió él—. ¿Averiguaste sus fuerzas? ¿Cuántos son, cuán fuertes, qué habilidades tienen?

—Sí, mi señor.

—¿Y?

—Solamente son setecientos fuertes. Los demás son demasiado viejos o demasiado jóvenes para pelear. A pesar de su habilidad, la cual es considerable, tendrían poca posibilidad contra tu ejército.

Saric ya había deducido eso. Tal vez sus hijos no tuvieran las astutas habilidades de un nómada o las extrañas destrezas de los mortales, según había oído en los relatos, pero eran insuperables en fortaleza y velocidad.

—Ellos aseguran tener una extraña percepción, ¿de dónde crees que viene?

—De la sangre de Jonathan, la cual consideran vida verdadera.

Vida verdadera. Los pensamientos anteriores de Saric acerca del muchacho reaparecieron. Por un instante ansió esa vida como había anhelado la sangre de su propio creador. A fin de ver, probar y experimentar igual que los mortales podían hacerlo. Desechó el molesto pensamiento.

—Pronto verán exactamente cómo es la verdadera vida —declaró Saric—. Su creador estará muerto mañana a esta hora.

—Eso podría significar un problema, mi señor —advirtió Feyn como si escogiera con cuidado sus palabras—. Ellos vigilan constantemente al muchacho y lo mantienen en reclusión por seguridad.

—¿Y ahora me lo dices? —objetó él levantando la copa.

—El muchacho confía en mí. Me ha pedido que acuda a él. Solo yo puedo entregártelo.

El tono de la soberana parecía de manipulación. Qué raro...

—Tengo una petición —anunció ella.

—¿Eres ahora tan valiente para hacer una petición?

Feyn se recostó en su asiento, cruzó las piernas y continuó sin reaccionar ante la corrección implícita de su hermano.

—Si he de gobernar como soberana bajo tu autoridad, lo haría libre de las molestias y los inconvenientes físicos de tomar tu sangre cada tres días. Los otros que has hecho son leales a ti, nacidos de tu sangre. Y yo también lo soy. Pero quiero estar libre de ataduras.

¿Había ella encontrado la audacia para pedir esto? Saric se reclinó en su asiento dando golpecitos con las yemas de los dedos.

—Tu tiempo afuera te ha llenado de valentía. ¿Qué esperas que yo haga al respecto?

—Si soy valiente es solo porque tengo tu sangre, mi señor. Puedes matarme en cualquier momento y gobernar en mi lugar... acepto eso tal como es, estoy a tu merced. Puedes tomar la vida que me diste. Solo pido que me permitas vivir libre mientras me dejes permanecer a tu servicio. Cualquier otra cosa no es vida en absoluto. Cualquier otra cosa no es verdadera obediencia.

Esta era la Feyn que Saric recordaba de la antigua vida. Así que no se había despojado de su carácter... Él encontró satisfactoria la revelación. Quizás ella le brindaría más placer del que había previsto.

—No estoy seguro de que sepas lo que estás pidiendo —expuso Saric.

—Dímelo entonces.

—¿Haces exigencias? —inquirió él inclinando levemente la cabeza.

—Perdóname. ¿Me podrías conceder lo que estoy pidiendo?

—Eso está mejor. Solo hay una manera de liberarte de tu necesidad de mi sangre. Aunque yo estuviera dispuesto, estarías planteando más de lo que estás negociando.

—Me convertiría en sangrenegra total —expresó Feyn—. No veo cómo eso sea de algún modo distinto de lo que soy ahora.

—No hay manera de volver atrás. Nunca.

—Ya soy sangrenegra y necesito mi dosis regular para mantenerme viva. Me siento atrapada. Enjaulada. Esta no es la misma vida que tú tienes, hermano.

No amo o señor. Hermano. Saric no pudo reprimir la sonrisa que le surcó el rostro.

—Ya veo. Te refieres a usar al muchacho como medio para que se te conceda tu deseo.

—Solo deseo estar viva como mi propio creador lo está. Totalmente viva y libre

para servirte. No pretendo faltar al respeto. Simplemente señalo el valor que te traigo y pido este favor a cambio. Hazme libre, mi señor. Si hallas algún desagrado en mí, entonces toma mi vida y sé soberano en mi lugar.

Feyn podría pensar en conspirar ahora contra él mientras la propia sangre de ella aún estuviera hormigueándole en las venas, pero como sangrenegra completa desaparecería todo vestigio de deslealtad hacia él. ¿Sabía eso ella? Tal vez no. De todos modos, Feyn sabía que le pertenecía a él para subsistir o ser desechada. Además, ella había señalado lo obvio: su necesidad de tomar la sangre de él se había convertido rápidamente en una molestia.

—Se requeriría una transfusión total de sangre.

—Lo acepto.

—Serías mía por siempre.

—Ya soy tuya por siempre.

—Así es —replicó él asintiendo con la cabeza—. Dime, ¿crees que es verdad que la sangre del muchacho es veneno para los sangrenegras?

—Sí.

—Entonces te das cuenta que tu sangre nunca se podría alterar mediante sangre mortal.

—La sangre mortal me resultaría letal.

—¿Y si rechazo tu petición?

—Sabría que no confías en mí.

—¿Aún me entregarías al muchacho?

—Sí.

—¿Cómo?

—Iré sola hasta él únicamente para guiarlo hacia ti, tratando con él como mejor te parezca.

Sí. Ella lo haría. Como debe hacerlo y como haría cualquier sangrenegra.

—¿Y tú, mi señor? ¿Vas a marchar contra el campamento mortal?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Mañana a primera hora.

Saric echó el asiento hacia atrás, se paró y rodeó la mesa hasta ponerse al lado de Feyn. Le ofreció la mano, la cual ella tomó con un ligero toque.

—Pero por ahora levántate, mi amor.

Ella se deslizó del asiento y se levantó. Con el pulgar, Saric le rozó una mancha negra en el extremo de la boca.

—Tan hermosa, tan fuerte. Me has dado soberanía y por eso te lo mereces. Te concederé tu petición, Feyn. Solo espero que mi regalo no se convierta en una maldición.

- Gracias, mi señor —manifestó ella, inclinando la cabeza.
- Y luego entregarás al muchacho en mis manos.
- Sí, amo. Lo haré.

Capítulo treinta y cuatro

EL SOL SE LEVANTABA en el cielo oriental, inundando de luz la meseta sobre el valle Seyala mucho antes de ingresar al cañón por debajo. A menos de un kilómetro al sur el amplio valle que los mortales llamaran propio por casi un año había sido devuelto a la naturaleza. Habían desmontado todas las yurtas y las habían cargado en carretas. Los corrales estaban desbaratados, y los postes recogidos del suelo; habían rellenado las fosas de las hogueras con tierra fresca, y habían cubierto o borrado todo rastro de vida humana.

Desde donde Rom se hallaba, de pie sobre el estrecho cañón septentrional, solamente la tierra removida y el descolorido estrado de las ruinas mostraban la reciente presencia humana. El custodio había hecho quitar todas las reliquias, las cortinas de seda y las alfombras del santuario interior. Como solían hacer, habían dejado el recipiente de cuero usado para la conmemoración del corazón de Avra levantado entre las columnas gemelas. Abajo, la piedra caliza aún estaba manchada con sangre, una afrenta macabra visible incluso desde esta distancia.

Avra... la primera mártir mortal. Rom se preguntó cuántos se le unirían hoy a ella.

Giró sobre los talones y se dirigió hacia Roland, quien sostenía una reunión urgente con Michael y Seriph. A cada lado de la entrada del cañón habían encaramado enormes rocas en filas de cinco a lo largo de cincuenta pasos del precipicio. Más adelante yacían cuarenta barriles de cincuenta y cinco galones de petróleo que por medio de asaltos Roland arrebató a los transportes durante los últimos cinco años, separados a lo largo de una sección del farallón que caía verticalmente dentro de la enorme grieta.

El plan, concebido mucho tiempo antes por Roland y una vez totalmente improbable para Rom, se había vuelto ahora en el único medio para escapar a una muerte segura.

—Dime que esto va a funcionar —manifestó.

—¿Tienes dudas ahora? —expresó Roland volviéndose.

—Siempre las tuve —reconoció Rom mirando el cañón a la derecha—. ¿Estás seguro de que se propagará el fuego?

—Olvídate del fuego —objetó Michael—. Preocúpate por hacerlos entrar al cañón. Si logramos hacer eso podríamos bloquear el escape con las rocas. Quedarían atrapados como ratones y los mataríamos uno a uno como nos venga en gana.

Solo había dos maneras de salir del cañón: por el norte o retrocediendo por donde habían venido. La arena entre las salidas estaba empapada con suficiente petróleo para producir el infierno en la tierra.

Pero el combate no comenzaría aquí en el valle, donde los mortales tendrían

menos espacio para maniobrar, sino en la meseta, al sur y al oeste del cañón.

—Sufriremos nuestras pérdidas —dijo Roland—. La única pregunta es cuántas.

—¿Cuántas dirías tú?

—Tan pocas como podamos. Si las pérdidas suben nos retiramos hacia el norte como lo planeamos.

—¿Cuántas antes de retirarnos? —presionó Rom.

—Tomaré esa decisión cuando deba hacerlo.

Rom asintió con la cabeza. Había sentido malestar en el estómago desde que regresaron. Aquí, lejos de un campamento lleno de niños mortales y ancianos artríticos, el riesgo parecía razonable. Pero al echar una mirada hacia el valle donde los que estaban bajo su cuidado hacían preparativos para irse o pelear, Rom no se podía quitar de encima el temor de que estaban cometiendo una terrible equivocación.

Adelante, un grupo de custodios dirigidos por Nashtu, uno de los combatientes de rango, se apoyaba contra una de las enormes rocas que aún debían poner en su sitio. La posición de las rocas era crítica: suficientemente frágil para que al quitar una cuña cayera rodando la pila entera. En la parte superior del farallón habían colocado rocas y escombros hasta donde sus cuerdas les permitían llegar. Con un poco de suerte la avalancha resultante bastaría para cerrar cualquier retirada.

—¡Cuidado allá! —gritó Nashtu—. ¿Quieres que toda la pila se nos venga abajo ahora? ¡Amontónalas en paralelo, compañero!

Otros dos con espaldas y cuellos sudorosos se unieron, aullando sus propias instrucciones. Un total de cien trabajaban febrilmente a lo largo del precipicio, haciendo preparativos finales, muy conscientes de una cosa: nada de esto tendría ninguna utilidad si primero no resultaban con éxito las tácticas de Roland en la meseta.

Prácticamente ya se habían ido quinientos mortales: mujeres embarazadas y aquellos que eran demasiado jóvenes o viejos para enfrentar a los sangrenegras. El último grupo de cincuenta se escurría por la meseta, dirigiéndose hacia una de las tres ubicaciones a quince kilómetros al norte donde esperarían la noticia de los exploradores de que era seguro regresar o que debían huir.

La hilera de caballos avanzaba hacia las tierras baldías llevando yurtas desmanteladas y paquetes de utensilios de cocina, ropa y alimentos... todo lo que poseían los mortales menos las armas y cualquier otra cosa que los combatientes necesitaran para enfrentarse al ejército de Saric. Más de un centenar entre mujeres y hombres aptos para el trabajo se habían retirado con los demás, artesanos y trabajadores entre ellos, con menos habilidades en el combate pero bastante fuertes para reconstruir y vivir a fin de volver a luchar.

—Tenemos nuestras ventajas —comunicó Roland—. Y puedes estar seguro de que las haré valer todas. Fraccionamos, pinchamos, les reducimos la cantidad,

corremos, atacamos... *podemos* prevalecer. Yo no arriesgaría una sola vida si no pensara así.

Un brillo le inundó los ojos.

—Te lo aseguro, Rom, llegará el día en que viviremos como creadores. Inmortales.

Esa es tu obsesión, ¿no es así, príncipe? Vivir para siempre. Ser inmortal. Ser creador y gobernante a la vez.

Rom había visto endurecerse las líneas del rostro de Roland bajo presión estos últimos días. La vocación del príncipe siempre había sido para su pueblo. Solo unos cuantos de ellos conocían el reciente ocaso de Jonathan, y a Rom le enfadaba notar que quienes lo sabían veían pasar al muchacho como si fuera un remanente de algo pasado, ya sin relevancia. Rom sabía además que para los nómadas esta batalla no tenía el propósito de llevar al joven al poder, sino de sobrevivir. Esto siempre fue así. Pero ahora algo había cambiado dentro de Roland en los últimos días.

Rom no tenía intención de enfrentarse ahora al nómada en ese tema, pero lo haría cuando esto pasara. Esta batalla, todo lo que arriesgaban ahora, era por el bien de Jonathan, no por el de ellos, sea que hoy Roland reconociera eso o no. Ahora había muchos mortales, todos y cada uno de ellos creadores. Pero solo había un verdadero soberano, quien ya había sangrado para darles la vida que hoy reclamaban como propia.

—¿Y qué de Jonathan?

—Pregúntale tú mismo —replicó Roland mirando por encima del hombro de Rom, y luego apartándose.

El príncipe se alejó, señalándole a Michael que lo siguiera.

Rom pensó por un instante en seguirlo. ¡Que no se atrevan a entrar en combate con las lealtades divididas!

—Rom...

No había oído acercarse a los dos jinetes. Al sonido de su nombre se volvió para ver a Jordin y a Jonathan desmontando detrás de él. Haciendo de lado sus preocupaciones respecto a Roland, intentó ofrecer una sonrisa.

—Jonathan, Jordin. Roland asegura que todo está en orden.

—Espero que no —comentó el joven—. Yo tenía entendido que estábamos derrocando al Orden.

Esto último lo expresó sonriendo.

—Sí, bueno, así es. Me sentiría mejor si salieras ahora, mientras el último grupo aún esté a la vista. En cuanto a ti, Jordin, Roland dice que te necesitamos aquí, pero yo...

—Me voy con Jonathan —interrumpió ella.

—Déjame terminar.

La muchacha asintió con la cabeza, momentáneamente contrita.

—Insisto en que permanezcas al lado de Jonathan con los demás que han ido al norte. Prepárate para regresar en el momento que recibas la noticia —explicó Rom, y miró entonces a Jonathan—. Si se cumple nuestra esperanza, Saric será derrotado y te escoltaremos a Bizancio al atardecer.

El muchacho cumplía dieciocho años hoy. Era el día de su sucesión, el día de la reclamación de su mayoría de edad. Con suerte, esto aún sería. Luego vendría el tiempo de la celebración.

—Entonces cumpliré el papel para el cual nací, como soberano —añadió Jonathan, como si considerara por un instante la investidura.

—Que la vida regrese al mundo a través de ti, mi soberano —expresó Rom, sintiendo que esas palabras eran tanto una oración como una intención... no sabía cómo iba a resultar el día, solo que de algún modo su destino era llevar al muchacho al poder.

Jonathan agarró a Rom por los hombros y lo abrazó.

—Pase lo que pase hoy... lo que has hecho nunca se olvidará, Rom. Cuando venga la muerte hallarás vida. Los muertos se levantarán y vivirán bajo mi reinado, recuerda mis palabras.

—No tengo dudas, mi soberano.

—Bien —indicó Jonathan soltándolo y poniéndole la mano en el hombro—. Entonces te será más fácil oír que no me voy con los demás como deseas.

—No, tienes que hacerlo —objetó Rom, sintiendo alarma en el estómago—. Por tu propia protección.

—No —declaró el muchacho volviéndose—. Debo estar más cerca para poder unirme y reclamar mi soberanía sin demora. Jordin vendrá conmigo.

—¡No tendrás que pelear!

—No pelearé, pero estaré cerca. Iré al antiguo puesto de avanzada en Corvus Point. Es aislado y seguro. No temas, Rom. Está decidido —informó, y soltó una leve y enigmática sonrisa—. ¿No es esa la prerrogativa de ser soberano... tomar sus propias decisiones?

Corvus Point estaba apenas a ocho kilómetros al oeste, pero no se sabía lo que podría suceder en la batalla. Además los exploradores sangrenegra estarían recorriendo la región.

—Es demasiado lejos para las rondas de los exploradores de Saric —contestó Jonathan como si le leyera la mente—. Estaremos a salvo. Jordin y yo somos expertos en escapar de amenazas accidentales.

De repente, Rom recordó la negociación con Feyn el día anterior. Según ella, Jonathan había sugerido que se reunieran a solas el día de la sucesión para tratar el asunto de la forma de gobierno, un detalle que había olvidado en la crisis que hasta

ahora se estaba presentando.

Jonathan había planeado esto desde el principio.

—¿Y Feyn?

—Le pedí que se reuniera conmigo allá —comunicó el joven inclinando levemente la cabeza en conformidad—. Los guerreros librarán la guerra, pero el asunto de la soberanía tiene sus propios requerimientos.

A Jonathan ya no se le oía como el muchacho de solo días antes. Aun así, el pánico se apoderó de Rom y lo agarró por el hombro.

—Entonces iré contigo. No te dejaré desprotegido. Llevaremos a diez de nuestros mejores...

—No, Rom. Tú tienes una batalla por pelear. Llevaré a Jordin.

—¡Ella es una sola! No. ¡Los riesgos son demasiado altos!

—*Mi* soberanía está en juego. Yo decido esto, no tú, Rom. No esta vez.

El tono del muchacho no podía ser más contundente. Rom le soltó el hombro, sorprendido.

—Hoy cumplo la mayoría de edad —continuó Jonathan, ahora con más suavidad—. Déjame dirigir como debo hacerlo, y haz tú como debes hacer. Nuestro pueblo debe verte en la batalla.

—Roland es quien dirige esta batalla.

—Roland dirige los corazones de muchos. Pero tú diriges otros. Y, por tanto, solamente Jordin viene conmigo. Nos reuniremos con Feyn. Antes de que concluya el día volveremos con un acuerdo que me permitirá ocupar la silla de poder para la cual nací. Saric será derrotado y yo seré soberano. Permíteme seguir la senda hacia mi legítimo lugar.

¿Era eso posible?

Pero Saric aún vendría. A pesar de las negociaciones de Jonathan, o incluso del acuerdo con Feyn, el sangrenegra la tenía en esclavitud, envenenado por ascender al trono en lugar de ella. Era necesario derrotarlo.

Rom comenzó a objetar otra vez, pero Jonathan lo interrumpió. El muchacho realmente se había convertido en hombre de la noche a la mañana. Atrás había quedado el enardecido soberano futuro que danzara embadurnado de sangre durante la Concurrencia. Aquí se hallaba un líder joven exigiendo obediencia.

Sin embargo, aún había esperanza.

Rom miró a Jordin, cuya barbilla estaba un poco más elevada de lo normal. Orgullo. Satisfacción. Ella había sido escogida por Jonathan... nada podía significar más para ella.

—No lo pierdas de vista —pidió Rom, sosteniéndole la mirada.

—No tengo intención de quitarle la mirada de encima.

—Aun si se llegara a golpear un dedo del pie, yo personalmente te haré

responsable.

—Él no perderá un solo cabello bajo mi vigilancia.

—Mantente atenta a cualquier movimiento. Si se les enfrentan, no peleen. Huyan.

—Más raudos que una gacela.

—Basta —pidió Jonathan—. ¿Me tomas por un frágil huevo?

—No. Eres un soberano... mucho más valioso para este mundo que cualquier huevo.

—Al igual que tú, Rom —declaró Jonathan, con expresión más suave—. Jordin daría su vida por salvarme, no tengo duda de eso. Y yo daría mi vida por salvar a cualquiera de ustedes.

El muchacho apretó por última vez el hombro de Rom.

—Tranquilo, amigo. Nos reuniremos pronto en victoria.

—Si Feyn llega, vigílala como un halcón —pidió Rom, y se volvió hacia Jordin—. No confíes en la soberana. Si Saric muere y ella sobrevive...

—Entonces Feyn y yo reinaremos juntos —interrumpió Jonathan regresando hacia su caballo, con Jordin pisándole los talones; él se acomodó en la silla y un segundo después la joven lo imitó—. Deja de lado tus dudas, Rom. No olvides mis palabras.

Entonces hizo girar el corcel y lo espoleó hacia el oeste.

Hacia Corvus Point.

Capítulo treinta y cinco

LAS ESCAMAS DE UNA enorme serpiente se retorcían a lo largo de la llanura Andros, a ocho kilómetros al sur del valle Seyala. Doce mil hombres fuertes. Dos mil de caballería. Diez mil soldados de infantería pesada.

Dos abanderados portaban estandartes rojos que sobresalían como dos ojos carmesí puestos al frente del serpenteante ejército. Uno llevaba la brújula del Orden, la cual era la insignia del mundo y del soberano, traspuesta de su antiguo fondo blanco al carmesí del nuevo Orden Mundial de Saric. El otro llevaba el fénix escamado: una criatura alada y serpentina (una versión evolucionada del pájaro de fuego), símbolo de la vida que renace y que una vez reverenciaran los alquimistas del antiguo Caos.

El ejército era del doble de tamaño de las legiones de los libros de historia del Caos. Apropiado, porque estaba compuesto de quienes doblemente estaban vivos, cada uno de ellos obra maravillosa no solo de la alquimia, sino también de su creador.

Los dos mil de caballería en la vanguardia montaban corceles negros tan inquietantemente uniformes que era fácil creer que habían salido de la misma línea sanguínea o del mismo código genético.

Y así había sido.

Los hombres de la caballería llevaban lanzas, espadas y pequeños escudos redondos. Cabalgaban en monturas negras bordeadas con armadura de cuero para proteger los flancos de los corceles; a primera vista no se podía decir dónde terminaba el hombre y dónde comenzaba el animal. Los negros yelmos no reflejaban la luz del esporádico sol.

Los diez mil de infantería usaban la armadura de cuero negro del líder, el lustre pulido apagado por el polvo de la marcha de ocho horas. Este les cubría los tacos y las puntas de las botas hasta la mitad del muslo, lo que daba a cada soldado la apariencia de haber brotado de la tierra como un espectro tenebroso.

Portaban lanzas con puntas de hierro. Espadas cortas y rectas les colgaban de la cadera izquierda. Tenían escudos rectangulares colocados sobre sus espaldas como gigantescas escamas color obsidiana. Las armas de una época antigua las habían remodelado, haciéndolas renacer en profundas fábricas al sur de la península, primero bajo las órdenes de Pravus, y más recientemente bajo Saric.

Marchaban veinte columnas de ancho, con cinco a cada lado de la caravana de suministros en el medio. Su formación era perfecta. Matemáticamente precisa y viva.

El terreno se estremecía debajo de sus pies como el latido de un corazón nuevo, el himno de una novedosa era viviente.

A la cabeza de la vanguardia entre Brack y Varus, Saric cerró los ojos. El ruidoso tableteo de los aperos de caballería era su propia clase de canción. Primordial.

Hermosa. Como los violines del Caos: refinados más allá que el simple sonido.

Solo un ser podía amenazar la armonía de la nueva era de Saric.

El niño. Jonathan.

Al sangrenegra se le contrajo el estómago, tanto por anticipación como de ira. Había dos cosas que no podía soportar. Una era cualquier amenaza a la supremacía de la vida en sus venas. La otra era su propia necesidad de descubrir y consumir la vida superior.

Desde que se le había presentado la idea de que el muchacho podría poseer vida superior en las venas, ninguna cantidad de razón había podido desalojarla. Saric había pasado la mitad de la noche haciendo preparativos con sus generales, considerando todo acceso posible al valle de los mortales y toda táctica para asegurar una aplastante victoria. Lo había ensayado todo sin descanso. Que albergaba alguna preocupación a pesar de la enorme ventaja de su ejército era de algún modo un misterio para sus oficiales, Saric sabía eso.

En realidad, lo que motivaba su ansiedad era el furibundo conflicto en su mente, relacionado con la naturaleza de la vida de Jonathan, y esto era algo que nunca deberían saber sus hijos. Las inquietudes lo habían mantenido despierto hasta la marcha antes del amanecer.

Al final se había sometido personalmente a una simple resolución. Su necesidad de gobernar superaba cualquier adopción de vida potencialmente superior. Y sin embargo, hasta el pensamiento de abrirle la yugular al muchacho lo obsesionaba. Un creador, matando a otro. ¿Qué fuente de vida podría él extinguir, para nunca volver a ser vista? ¿Y si estuviera cometiendo una terrible equivocación?

La meditación de Saric fue interrumpida por el repiqueteo de cascos que se acercaban desde el norte. Se le abrieron los ojos.

Uno de los exploradores, regresando. La urgencia emanaba del rostro del guerrero.

Saric levantó el brazo. Detrás de él, la maquinaria de su ejército se detuvo por completo.

El explorador bajó del caballo antes de que este se detuviera, dio cinco largas zancadas y se hincó en una rodilla, con la cabeza inclinada.

—Mi señor.

—Levántate —ordenó Saric; el explorador se puso de pie—. ¿Bien?

—Han evacuado el valle. Están esperando en la meseta.

Así que los mortales no eran ignorantes de la situación. Eso era de esperar; sin duda, los exploradores nómadas habrían visto venir el ejército y tuvieron tiempo para hacer precipitados preparativos a fin de retirarse o combatir.

—¿Ninguna señal en el valle?

—Lo han dejado limpio, aunque hay algunas ruinas que parecen haberse usado

recientemente para alguna clase de ritual de sangre. Hay sangre sobre las piedras.

Poco se sabía acerca de las costumbres secretas de los nómadas, pero a Saric le importaba un bledo cómo vivieran. Lo que le interesaba era la sangre. ¿Podría ser la del muchacho? ¿La habían derramado en la formación de más mortales?

La mente se le remontó al regreso de Feyn, allí sobre la mesa de Corban, mientras el alquimista bombeaba toda la reserva que conservaba de la sangre de Saric. La soberana había gritado mientras la sangre de su hermano reemplazaba la de ella, y luego se había desplomado durante una hora. Al volver en sí había estado tranquila y resuelta, aparentemente sin cambio alguno en su antigua personalidad.

Más tarde, cuando hablaron, ella pareció muy segura en cuanto a que los nómadas no sospechaban nada y a que los agarrarían por sorpresa, pero también es cierto que su hermana sabía poco de cómo afrontar la guerra.

Por un momento, Saric se preguntó en qué más ella podría estar equivocada. O si a sabiendas le había dado información errónea. No. Imposible. El poder que tenía sobre su hermana era absoluto y ella había sido ingenua. Saric se habría dado cuenta si la soberana hubiera querido engañarlo.

¿O habría hallado el muchacho una forma de cambiarla en sentidos que Saric no podía comprender?

Pronto lo sabría. O Feyn traicionaría al joven como había detallado tarde en la noche, o intentaría traicionar *a Saric*... inconcebible, considerando el estado de ella.

La mujer había insistido en ir sola, temiendo que detectaran la presencia de algún guardia y se perdiera la oportunidad. Saric había rechazado inmediatamente la idea, pero ella había sido categórica en que Jonathan no debía sospechar nada en esta supuesta cumbre entre ellos.

—Esto no me gusta —susurró Varus.

La atención de Saric volvió al presente.

—No hay nada que guste en lo que es incierto —contestó él—. ¿Cuántos hay en la meseta?

—Desde donde podíamos ver, menos de mil —contestó el explorador—. Pero es imposible una inspección total... están esperando en terreno más alto.

—¿A qué lado?

—Norte.

Un extraño alivio se filtró en las venas de Saric. Hasta aquí, el reporte de Feyn era cierto. Esto le dio confianza en la disposición de ella para cumplir con lo demás.

—¿Armas?

—Normales —informó el explorador.

—¿Caballos?

—La mayoría.

Otra vez, como se esperaba.

—Correrán más rápido que nuestra infantería —opinó Varus—. A menos que lográramos dar uso a nuestra infantería, nos podrían superar o huir.

—Si quisieran huir, ya lo habrían hecho —replicó Saric—. Nos están esperando. Así que no los decepcionaremos.

—¿Podría tratarse de una trampa? —inquirió Varus.

Saric miró al explorador en busca de una opinión.

—Ninguna señal que pudiéramos ver. Hacia el norte hay un cañón, que debemos evitar.

Saric levantó la mirada y examinó el horizonte. El valle se extendía más allá de las colinas próximas, tranquilas en el sol de finales de la mañana. Era extraño pensar que el destino de todos los vivos y los muertos se pudiera decidir en un día histórico. Se recordaría el nombre de Saric hasta el final de los tiempos.

Este era su destino.

¿Y la sangre del muchacho?

—Podemos perder la mitad de nuestros hombres y aún derrotarlos —declaró él—. No estamos aquí para salvar vidas, sino para acabar con todos los que amenazan la nuestra. Envía trescientos jinetes al norte a lo largo del flanco occidental para cortar cualquier escapatoria. Otros trescientos al oeste con toda una división de infantería para que esperen mi señal. Los encerraremos en su propio cementerio sin que al final del día quede de pie un solo guerrero nómada.

No quedaría ninguno para proteger al muchacho.

—Envía por el centro a la mayor parte de nuestra infantería, guiada por dos divisiones de caballería —ordenó Varus—. Los presionaremos hacia los precipicios. Envía la orden.

Brack asintió e hizo girar su caballo. Instantes después, toda una columna izquierda se separó y se reordenó: veinte de ancho y cien de largo. Dos mil hombres. En pocos minutos marchaban hacia el noroeste, y Brack regresaba al lado de Saric.

—A paso ligero —decidió Saric haciendo un seco movimiento de cabeza.

El capitán de la guardia de élite estiró el brazo al frente, y la negra y hermosa maquinaria que era su ejército se movió, avanzando de nuevo, esta vez al doble del ritmo anterior.

La llanura empezaba a estrecharse como a cinco kilómetros entre dos farallones. Desde aquí se podía seguir la sinuosidad del río que fluía entre ellos, subiendo hacia los cañones y las montañas más al norte. El ejército de Saric marchó a lo largo de la llanura, virando al oeste cuando el terreno comenzaba a ascender. No hizo la señal hasta que llegaron a la entrada del valle.

—Alto.

Saric disminuyó el paso de su montura hasta detenerla, y las fuertes pisadas de botas en el suelo cesaron detrás de él. Aún no había indicios de mortales en los

farallones. Excepto por la ruinas, el valle parecía vacío, según los informes.

—Tráiganlo.

Se emitieron las órdenes y cuatro sangrenegras hicieron rodar hacia delante una pequeña y larga carreta. Saric miró al mortal amordazado y atado de cuello, cintura y rodillas a un grueso poste en medio del vehículo. Solo llevaba puesto un taparrabos alrededor de la cintura y estaba cubierto de sudor y polvo. Ojos bien abiertos y fieros. Corban había hecho un buen trabajo en conservar vivo al prisionero que capturaron en la Autoridad de Transición. Triphon, se llamaba, y Saric lo conocía como uno de los que conspiraron con Rom Sebastian para derrocarlo nueve años atrás.

Ahora los mortales verían el destino de quienes lo desafiaban.

—Háganlo frente a las ruinas.

Los dos sujetos que tiraban de la carreta inclinaron la cabeza y comenzaron a avanzar al trote, seguidos por otros dos. El aire estaba pesado y tranquilo mientras el grupo se separaba del ejército y giraba hacia las ruinas a menos de medio kilómetro al frente a lo largo de los barrancos orientales.

Durante varios minutos no hubo ningún otro movimiento. Los farallones permanecían vacíos, el cielo silencioso, el valle aletargado.

El destacamento se detuvo cerca de las gradas de las ruinas y rápidamente los hombres comenzaron a cavar un hoyo.

—¿Ves algo?

—Nada —respondió Brack mientras su montura cambiaba de posición debajo de él—. Pero observan.

Sin duda. Y verían.

Los preparativos tardaron solo un par de minutos ayudados por gruesos músculos y palas afiladas. Sacaron al mortal de la carreta, aún atado al poste de tres metros. El aire se agitó, levantando en la parte superior del poste un estandarte con el escudo de Saric.

Izaron al prisionero para que todos lo vieran antes de colocarlo sobre el hoyo y sin contemplaciones dejar caer adentro el extremo del madero.

El cuerpo del mortal se sacudió colgando aún, como un cerdo en el extremo de un palo, con los brazos atados a los costados y los pies colgándole.

Rellenaron el hoyo, apisonando la tierra para que el poste se sostuviera solo, luego retrocedieron y esperaron la señal de Saric. Los nómadas eran demasiado fuertes para que los desmoralizara esta escena, pero plantar el cuerpo serviría como una clara advertencia: *Saric reclama este valle*.

Este asintió. Brack levantó una bandera roja.

Uno de sus hijos sacó una espada, se acercó al mortal, y le clavó la hoja por debajo de la caja torácica. El hombre en el poste echó la cabeza hacia atrás y se tensó, sobresaliéndole los nervios a lo largo del cuello, luego quedó flácido, como un títere

inerte sobre un palo.

Mientras observaba el asesinato, Saric no podía dejar de pensar en lo fácil que se podía quitar la vida, y en lo difícil que era crearla. Ahora le correspondía a él dar y quitar.

Solo podía haber un creador.

Los sangrenegras se reunieron alrededor de la carreta y dejaron el poste clavado frente a las ruinas. Muy por encima, un buitre solitario empezó a dar vueltas en el cielo gris.

—Subamos —ordenó Saric.

El ejército avanzó con rapidez.

En menos de diez minutos atravesaron el pequeño riachuelo a lo largo del suelo occidental. Saric regresó a mirar el ejército que serpenteaba por la ladera de la colina hacia la meseta, ahora tan solo a menos de un kilómetro de distancia. Las cantidades, no la agilidad ni la velocidad, ganarían este día. Poder abrumador, creado por la alquimia para la guerra. Se preguntó cuántos de sus hijos morirían hoy. Por él. Y juró en su corazón que por cada uno que entregara su vida él lloraría y haría dos más en su lugar...

Y luego cuatro.

Un explorador en lo alto de la cuesta indicó que el camino estaba despejado.

—Creo que usted debe mantenerse atrás, mi señor —comentó Varus.

—Ellos huyen. Yo no. Forma las filas a lo ancho.

Varus emitió las órdenes y la formación serpentina se dividió en tres, dos de las compañías viraron hacia el oeste.

Como una creciente marea de agua negra, subieron la colina y corrieron hacia la meseta que se estrechaba casi un kilómetro antes de entrar a las distantes tierras llenas de desfiladeros. La hierba tenía medio metro de altura. Árboles al occidente. Barrancos a la derecha, al oriente.

Todavía ninguna señal.

En menos de media hora, la división que había enviado antes estaría en su lugar para cercar a los mortales. Con un poco de suerte, estos habrían retirado a sus exploradores para centrarse en la meseta. Sin duda necesitarían a todos sus hombres.

—Alto.

El multitudinario ejército encabezado por mil cuatrocientos jinetes resonó hasta detenerse a lo largo del borde sur de la meseta. Hasta el último hombre, veían al frente, miradas y músculos fijos, esperando la orden. El aire se hizo más tranquilo.

Saric sintió entrecerrársele los ojos. No con impaciencia ni ansiedad, sino con extraño agradecimiento.

No se veía a los nómadas por ninguna parte. El campo estaba vacío. Nada excepto un tierno arbolito sin hojas en medio del campo, a menos de medio kilómetro de

distancia. Solo tras un curioso análisis por un momento Saric notó un detalle adicional: colgando de una cuerda colocada en la parte superior había algo como una vejiga o una gran calabaza...

O una cabeza.

El agradecimiento se evaporó mientras la cabeza colgaba al viento, se volvió de tal modo que desde esta distancia Saric se podía ver la boca abierta y el rostro ensangrentado.

—Janus —susurró Varus.

El hielo inundó las venas de Saric. No al pensar en el hombre mismo, sino porque al matarlo los mortales habían golpeado mucho más que al individuo. Habían arremetido contra la imagen de aquel de quien fue hecho.

Contra el mismo Saric.

Conque... los mortales no huirían ni morirían sin hacer ruido. Que así sea.

Corre con la velocidad de tu creador, Feyn. Tráeme al muchacho...

Miró un momento más la cabeza que como una macabra pelota colgaba de ese poste. Una furia negra como alquitrán le brotó en el interior.

Fue en ese estado cuando Saric se preguntó si la solitaria figura que galopaba a velocidad vertiginosa desde el extremo lejano de su visión había sido conjurada por su propia ira. Si se había levantado del suelo como la vengativa muerte.

Pero esta no era una aparición. Era carne y sangre. Una maraña de trenzas adornadas de cuentas y pieles con un destello de tachuelas metálicas como si el Caos mismo la hubiera tocado. Todo lo que era refinado resultaba salvaje en el jinete. Todo lo que evolucionaba era primitivo en él.

Roland.

El nómada disminuyó la marcha de su caballo hasta un paso arrogante y tranquilo, y se detuvo al lado del poste.

Capítulo treinta y seis

AOCHO KILÓMETROS DEL VALLE Seyala se hallaba el antiguo puesto de avanzada de Corvus Point, un cruce de caminos abandonado a lo largo de la antigua carretera hacia el que Jonathan y Jordin cabalgaban ahora.

El edificio en sí apenas era de seis metros de largo. Sus tablas estaban erosionadas y su pintura, si alguna vez la hubo, era gris aguada. Aun a menos de cincuenta metros Jordin podía ver entre los tablones la oscuridad interior. A la derecha, en los restos destruidos de un canal de hormigón habían brotado manojos de hierba y maleza rastrera. La bomba había desaparecido, tal vez confiscada décadas atrás junto con la puerta.

Un caballo estaba atado a un poste al final de la torcida acera delantera de la cabaña: un majestuoso animal negro que Jordin misma se encontró envidiando por sus elegantes líneas y su belleza estética pura. Verlo no ayudaba al estado mental de la joven.

Un nudo de aprensión se le había oprimido en el vientre durante el viaje desde el campamento esa mañana. Jordin había visto a Feyn en la Concurrencia, pero solo desde cierta distancia, y aun entonces la soberana había estado encubierta.

¿Era hermosa Feyn? ¿Puede tener una persona poder y belleza por partes iguales? No es que importara, pues la soberana estaba a favor del Orden. Además era sangrenegra. Solo por principio, todo dentro de Jordin debía revolverse al pensar en esa mujer.

Pero Feyn también había muerto una vez por el niño, por lo que Jordin le otorgaría cierta medida de confianza.

Miró a Jonathan, que cabalgaba a su lado. Una enigmática preocupación y energía nerviosa habían emanado de él en frenéticas oleadas desde que salieran. Al principio Jordin pensó que el muchacho simplemente estaba ansioso. Pero pronto se le ocurrió que podría estar emocionado por ver a esta soberana que muriera por él. Quien podría, si fuera verdad todo lo que Jordin había observado y oído, dar paso para que él gobernara con ella.

Jonathan y Feyn, uno junto al otro.

El muchacho se inclinó hacia delante en la silla. Larguirucho y fuerte, oscurecido por el sol, era un guerrero magnífico que había encontrado su rumbo.

Hoy estaba cumpliendo dieciocho años.

Por otro lado, ¿qué edad tenía Feyn? ¿Treinta y algo? ¿Cómo podía Jonathan elegir a alguien que casi le doblaba la edad?

No. No sería así. La unión de ellos sería una alianza política, no más.

Jonathan espoleó su caballo hacia delante, ansioso por acortar la distancia a la antigua cabaña. Después de un momento de desconcierto, Jordin azuzó su corcel para

que fuera detrás del joven, mirando fijamente a la figura que aparecía en la erosionada puerta.

El corazón de la joven se abatió ante lo que vio. La mujer era impresionante.

Tenía la piel pálida... asombrosamente, desde cualquier estándar nómada. La envidia del Orden; de la realeza en particular. Jordin nunca antes hubiera pensado que una piel así de pálida fuera atractiva, pero algo en la majestuosidad de Feyn la hacía incuestionablemente hermosa.

Los ojos de la mujer eran negros y maravillosos a la luz brillante, como pupilas gigantes sin nada de iris, reluciendo como los lados de la obsidiana. Así como las sencillas joyas oscuras enclavadas en los lóbulos de las orejas.

La visión atrajo a Jordin.

Feyn llevaba un regio vestido blanco y usaba dos simples trenzas que se retorcían como columnas esculpidas por debajo de los senos hacia la cintura. Jordin habría evitado esa ropa por poco práctica, usada solo por quienes no sabían nada de caballos, pero era evidente que la soberana había venido cabalgando desde la ciudad. Sabía montar, y lo hacía bien.

Jonathan se apeó del caballo con la tranquilidad de alguien que se reúne con un amigo de antaño, sin mostrar ni una pizca de preocupación. Avanzó con sus largas piernas de atleta mientras Jordin detenía su caballo al lado del de él. De un salto, el joven subió las tablas rotas de los dos peldaños, perdidos mucho tiempo atrás de la acera frente a la cabaña. Luego se apoyó en una rodilla y besó la mano de la soberana.

Por alguna razón, la escena le pareció detestable a Jordin. La piel del cuello se le erizó.

—Mi señora —expresó él, alzando la cabeza e irguiéndose de nuevo.

—Jonathan —contestó ella asintiendo con la cabeza; la voz se oyó más allá del porche destrozado.

Feyn no mostró indicios de haber visto a Jordin; toda su atención estaba puesta en el joven que le había demostrado tal respeto. Sin embargo, si el muchacho honraba a Feyn, Jordin también debía hacerlo, aunque solo fuera porque confiaba en él.

La chica bajó de la silla, mirándolos, pero en vez de seguir a Jonathan a lo alto de la escalera, se quedó atrás hasta que él se dio la vuelta.

—Jordin, ¡ven! Conoce a la soberana.

La joven inclinó la cabeza, se acercó a la cabaña y subió las rajadas tablas del porche.

—Mi señora —manifestó, obligándose a estrechar la mano de la mujer.

Jordin esperaba que los pálidos dedos de la soberana estuvieran helados. No fue así. Es más, estaban tibios. El anillo del cargo le resplandecía con el color del sol en la mano derecha.

La chica comenzó a arrodillarse.

—Por favor —objetó la soberana—. No es necesario.

Jordin se enderezó con no poco alivio y miró a Jonathan.

—Jordin, ¿nos permites un momento? —pidió él mirándola a los ojos.

La muchacha cambió la mirada de él a Feyn, quien se erguía cabeza y media sobre ella. Ambos eran altos. Ambos eran impresionantes: ella con pelo de ébano y piel pálida, él con cabello del color de tierra removida y ojos castaños bordeados con pestañas que cualquier chica habría envidiado.

Eran hermosos juntos. Allí de pie, uno al lado de la otra, en realidad podían inspirar una nueva época, pensó Jordin. Con el porte de ella y las formas enigmáticas de él, todo el mundo observaría y los seguiría, aunque solo fuera por curiosidad.

—Desde luego —contestó la joven, sintiendo seca la garganta.

Se quedó inmóvil por un instante, renuente a irse. Finalmente dio un paso torpe hacia atrás, luego bajó del porche frontal hacia los caballos, tratando de parecer resuelta.

Jonathan saltó del porche, y Jordin vio por el rabillo del ojo que le había dado la mano a Feyn. Unas inusitadas lágrimas distorsionaron la vista de la jovencita.

Ella estaba exagerando, lo sabía. Jonathan era efusivo por naturaleza. Pero Jordin parecía incapaz de soportar ver que el hombre a quien se había dedicado estaba con una mujer de tanto poder.

Feyn bajó detrás de Jonathan y lo siguió hacia un conjunto de árboles.

Jordin reajustó la cincha de su caballo, mirándolos a menudo. Revisó la silla del caballo del muchacho. Se secó las lágrimas con una acción tan rápida que ella misma apenas la notó. Las voces le llegaban en tonos bajos para no ser escuchadas. Se quedó mirándolos, deseando todo el tiempo alejar la vista del modo en que Feyn lo miraba cuando le hablaba. La manera en que Jonathan le tomó la mano no una vez, sino dos. La forma en que la soberana inclinaba la cabeza, brindándole respeto.

¿O era más?

Voltearon a verla una vez. Bien. Que Feyn viera que ella los observaba. Jordin. La protectora de Jonathan.

Hasta llegó a pensar incluso ahora que Feyn podía atentar contra la vida del muchacho. Él podría reprender a Jordin aun por pensarlo; sin embargo, ¿estaba eso realmente fuera de la esfera de posibilidades? ¿No era él el único verdadero rival de Feyn después de su hermano?

Jordin le había prometido a Rom no dejar de vigilar a Feyn, pero esa promesa palidecía al lado de su propia carga.

¿Y si Jonathan y Feyn gobernaran juntos, hombro con hombro? Jordin había oído que los soberanos no se casaban... solo tenían amantes. Pero entonces un soberano tenía el poder para cambiar la ley si lo deseaba. ¿Y si, por casualidad, tuviera sentido

que ellos debieran casarse?

La jovencita bajó la cabeza y se obligó a aspirar un largo suspiro. No era que estuviera celosa. Él era su creador. El dador de vida. Había derramado su sangre por ella. A Jordin no le correspondía sujetarlo con las manos cerradas.

¿Podría mantenerse al margen y proteger a Jonathan si él se casaba con Feyn?

Se alejó de los caballos, con el corazón subiéndosele a la garganta. Ellos se habían internado en los árboles. Fuera de la vista.

Presa del pánico, soltó las riendas de la mano y fue tras ellos.

Agachó una rama de pino nudoso y pasó corriendo otros tres con ramas retorcidas y también nudosas, que en ese momento reflejaban la batalla de su corazón.

Jordin corrió, apartando ramas, y se detuvo bruscamente al borde de un pequeño claro. Jonathan se hallaba a tres pasos de distancia, como si la hubiera estado esperando. Ninguna señal de Feyn.

Estaba solo.

La chica pestañeó, desprevenida. No parecía ella. Estaba vacilando bajo la presión de emociones inapropiadas.

—¿Dónde está Feyn? —preguntó con voz demasiado tenue.

—Está esperando —contestó Jonathan cerrando la distancia entre ellos—. Le dije que debía hablar contigo.

La zona alrededor de los pulmones se le aflojó, aunque levemente. El hedor a sangrenegra situaba a Feyn detrás y a la derecha. Había regresado a la cabaña.

—¿Qué piensas de Feyn? —inquirió Jonathan.

No confío en ella. Para nada, y no contigo.

—Parece... muy poderosa —contestó Jordin.

—Sí, lo es.

—Y muy rica.

Él bajó la cabeza y forzó una leve sonrisa. Pero las trenzas le cayeron sobre los ojos de modo que ella no se los podía ver. Era la postura femenina, muy conocida por ella, cuando las mujeres querían ocultar su vergüenza o sus lágrimas.

—Jonathan... —balbuceó la joven alargando la mano y levantándole la barbilla con un dedo, arrepentida de cualquier cosa que hubiera dicho o hecho para ofenderlo.

Cuando él levantó el rostro no había lágrimas en sus mejillas. Tenía los ojos llenos de una extraña fascinación.

—Hay algo que he querido decirte desde hace mucho tiempo, Jordin.

El temor se alojó en la mente de la chica.

—Te amo —confesó él.

La joven lo miró, sin poder reaccionar.

—Como a una mujer —continuó Jonathan estirando la mano y tomándole la suya—. Siempre te he amado, desde la primera vez que me miraste a los ojos después de

recibir mi sangre. Te elegí entonces y te elijo ahora.

—Jonathan...

Eso fue lo único que encontró el valor de decir. Quiso lanzarle los brazos alrededor y colmarlo de adoración, pero los músculos parecían haber dejado de obedecerle.

—Me convertiré en soberano —anunció, levantándole la mano y besándole los nudillos.

¿Había aceptado Feyn?

—Entonces es una realidad —expresó ella.

—Será algo que veremos, te lo prometo —contestó él sonriendo—. La tierra será estremecida, una nueva era está naciendo.

—Debido a ti.

Jonathan suavizó la sonrisa y bajó la mirada. Solo entonces Jordin encontró las palabras que anhelaba decir.

—Yo también te amo, Jonathan. Siempre te he amado, más de lo que te imaginas.

—Tú sabes que los soberanos no se casan —balbuceó él sobándole los nudillos con el pulgar.

A pesar de sus intentos de contener las lágrimas, los ojos de la joven se le llenaron de ellas. Asintió con la cabeza.

—No llores, Jordin —expresó el joven levantando la otra mano y secándole una lágrima de la mejilla con el pulgar—. Si me pudiera casar, te elegiría. No importa; te elijo ahora. Cuando me convierta en soberano, lo verás.

Ella no pudo impedir que las lágrimas le resbalaran por el rostro. No sabía por qué estaba llorando... nunca había esperado palabras tan hermosas de parte de Jonathan. El hecho de que como soberano no pudiera casarse no venía al caso.

Él la amaba. La había elegido.

—Debes saber que los días venideros estarán llenos de peligro. Las intenciones se podrían malinterpretar. Los muertos se levantarán, pero el costo será considerable.

—¿Cuándo no hemos enfrentado terribles desafíos?

Los dos estarían juntos. De alguna manera. Aunque Jordin sabía que él enfrentaba desafíos más grandes que ningún otro hasta la fecha, ella estaría a su lado. Soportaría esos desafíos, con el valor de saber que él la amaba. Que la eligió.

—Esos desafíos son mínimos comparados con los que vienen —declaró Jonathan, e hizo una pausa, el rostro tenso por la preocupación, entonces le levantó la mano y le volvió a besar los dedos—. Cuando lleguen los momentos más tristes quiero que sepas que por mucho tiempo he sabido lo que divide al corazón, pero apenas hace poco comprendí totalmente mi llamado. Los sangrenegras no descansarán mientras yo esté vivo.

—Mientras yo viva, ningún sangrenegra te tocará.

—Mi hermosa Jordin —dijo él sonriendo—. Pondré mi vida en tus manos por encima de las de cualquier otra persona. Sin dudarlo.

—Ellas no te fallarán.

—No —concordó el joven, pero la mirada cambió, como el cielo que se nubla antes de una tormenta—. Sin embargo, antes de que puedas unirme a mí tengo que hacer lo que vine a hacer con Feyn. Los soberanos tienen su deber. Pero tú nunca debes creer que te haya abandonado. Construiré un nuevo reino como soberano, eso te lo puedo prometer. No todo se sabe, los mortales se pueden volver contra mí. Pero tú, Jordin...

La emoción le ahogó las palabras, pero él continuó.

—Prométeme que nunca me dejarás.

—¡Nunca te dejaré! ¡Iré contigo!

—Pase lo que pase, no me dejes —repitió Jonathan—. No puedo soportar la idea de estar sin ti.

—¡No te dejaré! Por favor, Jonathan, no hables de este modo...

—Prométeme que me seguirás, aunque los demás duden y se vayan. Prométeme que me seguirás.

—Siempre te seguiré, Jonathan.

Entonces la chica supo, como había sabido durante años, que se escurriría con tanta seguridad como él lo había hecho por muchos, y como lo haría por tantos otros en el futuro.

—Daría mi vida por ti —concluyó.

—Y yo la daría por ti —concordó él con una sonrisa y asintiendo con la cabeza; luego se inclinó y la besó suavemente en los labios—. Daría mi vida por ti.

Capítulo treinta y siete

ROLAND CONTEMPLÓ EL AMONTONADO mar de sangrenegras, muy consciente de varias cosas a la vez: La agobiante fetidez a muerte más penetrante que flotaba a través de la meseta; la firme posición de Saric al frente de sus hordas; la exacta ubicación de sus arqueros en trincheras a lo largo del costado oeste donde esperaban la señal; el plan de batalla que estaban a punto de ejecutar en cuatro etapas críticas; la trampa final diseñada para dar el golpe definitivo al ejército que lo miraba ahora mismo.

Pero un pensamiento prevalecía sobre todos los demás: El destino de todos los nómadas, esas personas que se habían aferrado tenazmente a la libertad durante tantos siglos, se decidiría hoy en una batalla que, independientemente del tiempo esperado, no se podía ganar. Para todos los efectos prácticos, este territorio ya le pertenecía a Saric.

El sangrenegra ya había resumido su objetivo clavando en el suelo frente a las ruinas del templo el poste en que se hallaba Triphon. Un mensajero les había traído la noticia: Triphon estaba vivo.

Rom había entrado en pánico, pidiendo a gritos su caballo. Roland lo había hecho retroceder a la fuerza.

—¡Tengo que llegar hasta él!

—¿No lo ves? ¡Eso es exactamente lo que Saric quiere!

—¡Es de Triphon de quien estamos hablando! —gritó Rom, pero luego dio media vuelta, con los puños apretados en bolas de nudillos blancos.

Él no era tonto; estaba consciente de que no había forma de rescatar a Triphon.

Las palabras que le aseguraban que no se le podía culpar no calmaban a Rom, ni aliviaban la tensión en el estómago de Roland. Pero una cosa era verdad: haber dedicado tiempo a recuperar el cuerpo caído de Triphon en la Autoridad de Transición seguramente habría resultado en más muertes... incluyendo la de Jonathan.

Al final los dos se habían encaramado al borde del risco, para mirar inútilmente desde allí al hombre que Roland había llegado a considerar casi como un hermano.

El estómago de Roland se había endurecido como un nudo cuando el sangrenegra clavó la hoja debajo de la caja torácica de Triphon, quitándole la vida. Rom estaba fuera de sí, tirándose del cabello. La emoción de Roland se debía a la pérdida de un amigo y por aquellos que Triphon dejó atrás, pero mucho más por las asombrosas posibilidades que enfrentaban hoy. Sin duda, esto era lo que intentaba Saric.

Los sangrenegras eran muchísimos. Muy salvajes. Demasiado fuertes. Perfectamente decididos. Cuando se moviera la bestia que era el ejército de Saric, sacrificaría su tamaño y golpearía como una víbora con endiablada velocidad y con veneno.

Por otro lado, si Saric había reclamado el valle con el cadáver de Triphon sobre un poste, los mortales reclamarían este campo de batalla con la cabeza del sangrenegra colgando de esa cuerda.

En lo alto, el cielo se había llenado de nubes oscuras con la promesa de una próxima tormenta. Una fuerte lluvia podría comprometer el plan de batalla, particularmente el fuego que necesitarían en los desfiladeros. Pensar que, tras años de preparación para un día así, la misma naturaleza podría derrotarlos...

Un escalofrío le erizó la piel.

La declaración de Roland de que sus setecientos podrían derrotar a este enjambre de doce mil había suscitado atrevidas ovaciones entre las filas de los nómadas solo horas atrás, además de gritos por la muerte definitiva para todos los que oprimían la vida entre los vivos. Habían besado y abrazado a los niños con promesas de hermosura venidera antes de permitir que los sacaran del lugar. Habían afilado las espadas y hecho muescas en las flechas. Alguien había contado una historia de un muchacho pastor que mató a un gigante con una honda, una historia que sobrevivía de épocas más antiguas incluso que la era del Caos. Y se habían preparado, creyendo y sabiendo, que si la victoria no estaba asegurada, al menos era posible.

Pero ahora, mientras miraba el dragón negro del ejército de Saric, Roland se preguntó si había cometido una terrible equivocación. Si había sobrestimado su propia ventaja táctica. Les había dicho que la percepción mortal superior les daba una ventaja decisiva sobre la fortaleza y la velocidad de los sangrenegras. Y que el tenaz instinto de supervivencia dentro de las venas nómadas se encargaría de que la historia registrara el día en que los setecientos mortales de Roland aplastaran a los doce mil sangrenegras de Saric.

Habían gritado a los cielos ante eso.

Pero ahora, la realidad de una fuerza enormemente superior se hallaba ante él preparada para demostrar que era un tonto, y que ni la bravuconería ni la elocuencia añadirían un solo hombre al número con que él contaba.

Aún podía hacer girar a su caballo y dar la señal de retirada. Cabalgarían hacia el norte seis kilómetros, descenderían los barrancos a lo largo de un sendero estrecho abierto meses antes, y desaparecerían rápidamente en cuatro desfiladeros para emerger cinco kilómetros más al norte y reagruparse en el valle de Los Huesos.

Podía hacerlo. Y, sin embargo, el destino no le permitiría retirarse como habían hecho sus antepasados.

Rom le había informado que Jonathan se había ido al antiguo puesto de avanzada a ocho kilómetros al noroeste para reunirse allí con la soberana. En lo que a Roland concernía, esos dos podrían conversar todo lo que quisieran; el poder de gobernar se decidiría aquí en este campo, entre Saric, creador de los sangrenegras, y él mismo, líder de los inmortales, como algunos de los radicales lo llamaban últimamente. El

poder político sucumbiría ante el poder puro y duro de la vida, algo que Jonathan ya no poseía.

Durante todo un minuto, la formación de sangrenegras permaneció perfectamente quieta. Mil a caballo, el resto infantería pesada. Parte de la caballería de Saric estaría más al oeste, esperando la señal para una maniobra por el flanco. Si el sangrenegra había considerado cada opción, también habría enviado otra división al norte para cortar cualquier retirada; ellos tenían cantidades de sobra, y sabían que huir siempre había sido la más refinada de las habilidades de cualquier nómada.

No hoy.

El estandarte serpentino de los sangrenegras se agitaba perezosamente en medio de la brisa al lado de otro: la brújula de Sirin, el estándar del Orden; pero esta vez estaba fijado, igual que el dragón, contra un fondo rojo. Si Saric pretendía que el fondo rojo de sus estandartes simbolizara sangre, Roland juraría que mucha se derramaría al atardecer de hoy.

Los sangrenegras no se habían movido. Saric, en conferencia con sus generales, no se molestó en volver la cabeza para dirigirse a él. El tiempo se estiró, llenando la distancia entre ellos mientras las nubes cambiaban en lo alto.

Roland esperó.

Finalmente, el general llamado Brack salió de su guardia y avanzó solitario al trote de su caballo. Saric había decidido sabiamente no ponerse en contacto directo con un enemigo que lo podría eliminar donde se hallaba. Prudente. Una muestra de confianza podría salir mal. Por un instante, Roland se preguntó si la suya propia ya había ido demasiado lejos.

Solo cuando Brack estuvo a cincuenta pasos Roland pudo distinguir el hedor de la insoportable fetidez de las hordas detrás de él. Un matiz de lo que Roland tomó como aprensión, pero no temor.

El general se detuvo a diez pasos de distancia, pero Roland no mostró intención de hablar. Estaban tomando posiciones, y ambos lo sabían, cada uno esperando que el otro hiciera un movimiento.

Se enfrentaron durante todo un minuto. Dos veces el caballo del general resopló y se movió impaciente. Ni una sola vez el hombre dejó su mirada acerada.

—Si tienes algo que decir, habla —manifestó finalmente Brack con voz ronca; él estaba en desventaja en este enfrentamiento, y lo sabía, porque su amo esperaría un informe.

Roland solamente miraba. El sudor le serpenteaba por la espalda, que normalmente le secaba el viento antes de que le empapara la ropa. Hoy no. Sus hombres agazapados en lo oculto estarían totalmente empapados. Pocos de ellos aún podían ver el alcance total del enemigo que había venido a exterminarlos, pero como hombres y mujeres sabían que sobrevivir hoy llegaría solo a través de hazañas

inhumanas de habilidad, fortaleza y deseo.

Además, los mortales *eran* inhumanos. Más que humanos, creados para vivir cientos de años y atraer al mundo con un refinado sentido perceptivo que sustituyera al de toda criatura viva en la tierra.

Trescientos nómadas esperaban ocultos a tres kilómetros hacia el sur detrás del ejército de sangrenegras. Otros trescientos hacia el oeste en trincheras empapadas en petróleo, armados con ballestas modificadas para enviar tres flechas con cada disparo. Solo cien estaban extendidos a través de la meseta en la parte posterior de Roland, montados justo encima de la ligera ladera, ocultos de la vista.

Cada uno de ellos conocía la crítica misión que enfrentaban desde el comienzo de la batalla: la caballería caía primero. Solo entonces sus propias monturas les darían alguna ventaja importante.

—Confundes tu estupidez con valentía —opinó Brack—. Le diré a mi creador que desees que coloquemos tu cabeza al lado de la que hay encima de ti.

El hombre le lanzó a Roland una mirada de despedida y tiró de las riendas para hacer girar su cabalgadura.

—Pregúntale a tu creador cuánto tiempo han vivido los nómadas —dijo el príncipe.

El general se detuvo, y Roland continuó.

—Pregúntale cómo es que tantas generaciones de humanos con un considerable apetito por la reproducción podrían producir solo mil hijos. Entonces sabrás por qué estoy aquí hoy, tranquilo. Tus fuerzas están igualadas en número. Has sido atraído a una trampa concebida por los soberanos. Si te retiras ahora y entregas a Saric para que muera bajo mi espada, permitiremos que tu ejército pase a salvo. Si te niegas, ninguno de tus muertos saldrá de aquí.

Un nuevo olor captó la intensificada percepción de Roland. Curiosidad. Tal vez confusión.

—Solo hay un verdadero soberano y se llama Saric —declaró el general—. Él prefiere el acero afilado a las palabras blandengues.

—Te equivocas, Brack —objetó el nómada espoleando el caballo hacia la izquierda, haciendo que el hombre mirara hacia el este y le diera la espalda al borde occidental de la meseta—. Mi soberana se llama Feyn. Ella está reunida con el séptimo llamado Jonathan. Juntos determinan la desaparición de todo sangrenegra que escape a la matanza en este campo. Dile a Saric que cuando oiga gritar al cielo sabrá que Feyn lo ha traicionado.

El general permaneció inmóvil sobre su corcel, poco impresionado, según todas las apariencias, aunque su hedor se volvió decididamente ácido.

—Una señal de mi parte, y morirás donde te encuentras —advirtió Roland—. O puedo hacer que uno de mis hombres te dé una suave advertencia y te perdonemos la

vida. Dime qué prefieres.

Por primera vez los ojos de Brack se entrecerraron. Roland hizo girar su caballo otra vez hacia el poste y emitió un corto silbido.

La flecha solitaria vino del este donde Morinda, segunda, solo después de Michael, entre todos los arqueros, había estado esperando en el borde del risco, cabeza y arco ocultos bajo un matorral. El misil voló silencioso por el aire, más raudo de lo que cualquier ojo inexperto pudiera seguir. Antes de que el general pudiera moverse, el proyectil silbó apenas a un par de centímetros de su oreja derecha, y se incrustó en el suelo como si hubiera estado allí desde el principio.

Brack no se acobardó. Sin embargo, no podía ocultar la creciente preocupación que delataba su hedor. Ambos sabían que, a diferencia de los sangrenegras, a los maestros arqueros se les entrenaba desde la infancia. No podían ser procreados en un laboratorio ni eran formados con solo algunos años de práctica... o Saric tendría los suyos. Ahora ellos habían presenciado la verdadera amenaza de los arqueros mortales.

—Considera eso tu advertencia —indicó Roland—. Quédate y muere. Aléjate y vive.

Brack hizo girar el caballo y galopó hacia su línea sin mirar hacia atrás.

Saric escuchó el suave silbido de la saeta antes de verla atravesando la meseta, pasando muy cerca de su hombre. Una mirada en dirección a los riscos no reveló el origen de la flecha. Ya sabían que los arqueros serían un reto, pero no habían esperado tal precisión.

En realidad fue la audacia del desafío directo lo que le molestó más que nada.

—¡Alto! —exclamó.

Su línea se detuvo sin el más mínimo titubeo. A Brack lo pudo haber sorprendido el primer disparo, pero ahora que sabía la dirección del arquero no tendría problema en evitar un segundo.

Pero un segundo disparo no llegó. Y entonces Roland emprendió la retirada a toda velocidad y Brack comenzó a regresar al trote. ¿Así que entonces la saeta había sido una advertencia? ¿Qué esperaban conseguir? Sin duda, era de esperar que ningún acto de valentía individual sacudiera ese enorme ejército.

—¿Y bien? —espetó, mientras Brack se detenía.

—Él dice que le pregunte a usted cómo es que tantas generaciones de nómadas podrían producir solo mil hijos —contestó el general, después de titubear por un momento.

La pregunta ya había sido hecha y contestada. Los nómadas perdían la mayor cantidad de su gente por desgaste, quedando solamente los más capacitados para llevar su difícil vida. Ahora Roland quería que ellos creyeran que tenían más

hombres. Una táctica patética.

—¿Y?

—Dijo que usted debe saber que ha llegado su final cuando el cielo comience a gritar. Afirma que Feyn lo ha conducido a una trampa. El resto es tontería total.

La imagen de Feyn le penetró en la mente a la mención del nombre, y en ese instante Saric consideró la lógica de tal razonamiento. De un solo golpe, ella podía librarse de todas las amenazas para su propio gobierno, enfrentando a mortales y sangrenegras.

¿Y si fuera verdad?

Los ojos del hombre centellearon al otro lado de la meseta, en busca de cualquier señal de que hubiera más de los setecientos que habían esperado.

Nada. El príncipe nómada había desaparecido de la vista sobre una ligera elevación. ¿Cuántos estaban escondidos más allá de la línea de visión?

Sus exploradores solo habían reportado setecientos.

—Dime el resto —ordenó Saric.

—Mi señor...

—¡Habla!

—Él ofrece perdonar al ejército si usted personalmente se rinde —contestó el hombre inclinando rápidamente la cabeza.

Se hizo silencio entre ellos. La mirada de Saric cayó sobre su general como alquitrán.

—¿Y por un instante deseaste que yo lo hiciera, para así salvarte?

—¡Nunca, mi señor! Yo le sirvo con mi vida.

Saric apartó la mirada, hacia la elevación.

—¿Hay algún crédito posible para esta idea de que ellos podrían tener más hombres de los que tenemos información... o de que Feyn nos haya traicionado?

—Improbable, mi señor —anunció su jefe de estrategia, montado a la derecha, y haciendo una pausa antes de continuar—. Solo me pregunto qué clase de enemigo sería tan osado como para ofrecer condiciones que sabe que serán descartadas. Están suplicando acción.

—Así parece. Solamente Feyn y nuestros exploradores han verificado sus cantidades. ¿Hay alguna posibilidad de que hayan engañado a los nuestros?

Un largo silencio.

—Es posible —contestó Varus lentamente—. La cantidad nos llegó primero de parte del explorador de ellos mientras lo teníamos bajo custodia. Es posible que nos haya suministrado información falsa. Los nómadas pudieron haber ocultado un ejército en las tierras baldías. Si Feyn...

Sus palabras fueron interrumpidas por un sonido que Saric tomó primero por aves chillonas en vuelo hacia el oeste. Volvió la cabeza y vio la negra bandada, gritando.

Esos no eran pájaros.

El chillido se convirtió en un grito silbante: una nube de flechas ennegreciendo el cielo. Saric había oído que los nómadas hacían muescas en sus saetas para que sonaran al volar, pero nunca había imaginado un sonido tan desconcertante.

—¡Protéjanse! —gritó Brack.

El aterrador sonido confundía por igual a hombres y caballos, trabándolos en indecisión sin una senda clara de acción. Demasiado tarde reconocieron la desconocida amenaza de flechas que se venían encima, levantando sus escudos mientras intentaban tranquilizar a sus corceles.

La primera descarga aún no había alcanzado a la caballería cuando otra nube de chillantes saetas voló desde el oeste.

—¡Protéjanse!

El grito del hombre se perdió en medio de la tormenta de proyectiles, que habían sido apuntados con mucho cuidado para golpear la caballería de vanguardia, y que se precipitaban a vertiginosa velocidad, clavándose profundamente en cuero, carne y piel.

A Saric se le ocurrió en medio de un destello momentáneo que si sus hijos hubieran sido más propensos al pánico se podrían haber desbocado y evitado más de las pesadas cuchillas que cortaban sus filas.

Solo una de tres saetas dio en el blanco, pero la segunda descarga ya estaba cayendo, dirigida una vez más hacia la caballería únicamente.

Brack dirigió el dedo en dirección a los arqueros. Estos debían estar ocultos en terreno bajo.

—¡Defiendan a su creador!

La segunda descarga cayó sobre los caballos de retaguardia. De una mirada, Saric vio que una tercera parte de su caballería había sido comprometida. Una tercera descarga ennegreció el cielo. ¡Esto no lo podían estar haciendo solo unos cientos de arqueros! La amenaza no venía del norte, la cual era la dirección que Roland había seguido, sino del oeste.

—¡Envíalos a todos! —gritó Saric con ira inundándole las venas—. ¡Envíalos a todos hacia el occidente!

Brack esquivó una flecha que llegaba cortando el aire, luego gruñó cuando una segunda se le clavó en el hombro. La rompió empuñándola, la miró un breve instante y luego la lanzó a tierra.

—¡Caballería, adelante!

El sangrenegra espoleó el caballo y arremetió hacia el oeste, directo a la garganta de la amenaza, haciendo caso omiso de la lluvia de saetas que se hundían en el suelo hasta que parecía que de la misma tierra brotaban plumas. La legión de Saric se movió al unísono, lanzándose hacia delante.

Solo entonces Saric vio la línea de un centenar de caballos tronando desde el norte, donde Roland había desaparecido. Inclínados en sillas de montar a velocidad vertiginosa, de repente los jinetes se irguieron en sus estribos, tensaron arcos y lanzaron una descarga mucho más cerca directamente sobre la estropeada caballería sangrenegra.

Las flechas llegaron como avispas, enfocándose en los objetivos más grandes de los cuerpos de los corceles. Entonces aparecieron más jinetes desde el oriente donde una línea se había levantado de los riscos, ahora en la retaguardia sangrenegra. La mitad de la caballería de Saric había caído; el resto iba a toda marcha hacia el occidente, dejando a la infantería para que se lanzara sobre los riscos.

Saric volvió el escudo justo a tiempo hacia la última descarga; saetas golpeaban el acero y luego caían, rotas.

Se llenó de determinación personal y dispuso calmarse. Una avispa no podía derrotar a un martillo.

—¡Varus! ¡Las divisiones restantes hacia delante en ofensiva total! ¡Avanzar sin retroceder!

La orden fue gritada y la infantería se movió hacia el frente, fluyendo alrededor de Saric como una gruesa ola negra. Los sangrenegras avanzaban rugiendo, inclinados hacia adelante, escudos alzados, pies estremeciendo el suelo, ocho mil hombres.

Los arqueros que había a lo largo del barranco aparecieron a la vista, soltaron una descarga sobre la vanguardia del ejército que avanzaba, y salieron corriendo en retirada. Una línea de doscientos hombres viró a la derecha persiguiéndolos, una estruendosa horda. Demasiado rápidos para los mortales que huían, a pesar de ser menos pesados.

Los últimos de aquellos que se batían en retirada fueron obligados a contraatacar. Esquivaban y arremetían, moviéndose con la misma agilidad que Saric viera en Roland una semana antes. Mortíferos y certeros, como si vieran venir cada ataque. Los sangrenegras comenzaban a caer, solo para ser reemplazados por más, una interminable ola negra.

Diez mortales cayeron, luego treinta. La línea del norte estaba en plena retirada.

Subió humo hacia el cielo a lo largo del flanco occidental. La tierra se puso en llamas, incendiada por los arqueros a fin de cubrir su retirada hacia el oeste. El fuego lamía el aire, deteniendo a la caballería. Un total de dos tercios de los mil caballos había caído debido a los enjambres mortales de flechas, y los que quedaban no podían pasar a causa de las llamas que rugían desde lo que solamente podían ser trincheras llenas de combustible.

El enemigo había aguijoneado antes de salir en plena retirada.

El príncipe nómada había demostrado ser un estratega respetable en su primer

golpe, pero Saric conocía ahora cuántos eran en realidad. Habían aparecido menos de doscientos. Aun con los arqueros en el oeste, sus cantidades no podían ser más de dos mil. Si tuvieran más los habrían usado en este primer ataque.

Ahora Saric haría valer su martillo. No huiría ninguno. La división que había enviado al oeste en una maniobra de flanqueo descendería muy pronto a la meseta, y sus cantidades resultarían abrumadoras a corta distancia. Hoy, como en generaciones anteriores, el desgaste sería la perdición de los nómadas.

Feyn bien pudo haberse liberado y haber conducido a Saric a una trampa, pero para el final del día, él se alzaría en pie sobre el cuerpo de ella... como soberano.

Y entonces cazaría al muchacho y le drenaría su preciosa sangre.

Capítulo treinta y ocho

YA HACÍA BASTANTE TIEMPO que Jonathan y Feyn se habían ido a la cima en el perímetro del claro para hablar de asuntos de soberanos. Jordin se quedó atrás, volviendo a trenzar la crin de su corcel, aunque fuera solo para mantener ocupados los dedos mientras cumplía la promesa de no dejar de vigilar a Jonathan.

Ella vio la manera en que ambos se paraban juntos a ver por encima de las colinas orientales, hablando en tonos que la chica no captaba ni siquiera con sus oídos mortales. Estaban llegando a acuerdos, sin duda. La primera de muchas discusiones de las que ella no participaría.

Jordin observó el modo en que él miraba sobre las colinas como con nuevos ojos, la mirada de un soberano, examinando todo lo que gobernaría. Feyn asentía de vez en cuando con la cabeza, como haciendo lo mismo, aunque la joven veía la forma en que la soberana lo miraba de reojo mientras él hablaba.

Jonathan podía ver más en los ojos de ella, pero, para Jordin, Feyn parecía fría y lejana. Calculadora. Quizás así solían ser los soberanos.

¿Iba entonces esta a ser la vida de Jordin? ¿Mantenerse al margen mientras él estaba al lado de Feyn? No importaría, Jonathan la amaba como mujer. Nada más importaba.

Él tendría la lealtad de ella para siempre. Y por el compasivo corazón y los hábitos excéntricos del muchacho, también tendría el corazón de la muchacha. Jonathan era todo lo que ella había conocido como hermoso y correcto...

Lo único realmente hermoso en este mundo.

Y por eso se mantendría al margen y lo protegería sin importar el costo para sí misma, llena de fascinación por haber oído esas palabras. *Te amo*. La revelación de que él no se podía casar con ella no cambiaba nada.

Jordin levantó la vista y vio que él regresaba caminando, al parecer dejando a Feyn con sus propios pensamientos en la cima. La joven se irguió, consciente de los nervios que la embargaban. Estaba lista para los días venideros, sin importar los cambios que trajeran. Para mudarse a la Fortaleza, reforzada ya contra la penetrante pestilencia a amomado que había en la ciudad.

Jordin le brindó una pequeña sonrisa mientras él se acercaba a los caballos, pero la mente del joven aún estaba absorta en la discusión con Feyn, o distraída por cualquier tarea que yaciera por delante.

—Nunca subestimes el costo de la soberanía, Jordin —dijo en voz baja abriendo una de las alforjas de su caballo.

Jonathan expresó aquello como quien se había echado sobre los hombros un gran peso. La misma mirada que la chica veía muy a menudo en el rostro de Rom. También en el de Roland. Y ellos solo eran colíderes de mil doscientos. ¿En qué se

convertiría Jonathan el día en que el mundo cayera sobre sus hombros?

—Jonathan... —balbuceó Jordin rodeando el caballo y viendo que él había sacado unas viejas riendas de cuero—. En lo que te pueda servir, te serviré. Estaré allí. Nunca te dejaré.

Cuando él levantó la mirada, el dolor le consumía el rostro.

—Aseguraste que me seguirías siempre —declaró.

—Sí. Siempre. ¿Qué pasa?

—¿Incluso si es difícil entender a dónde voy?

—¡Sí!

—Entonces átate a tu palabra —pidió Jonathan examinándola por un momento, luego se envolvió la cuerda de cuero en la mano—. Únete a mí.

El corazón de la joven se conmovió. Esta era la manera en que los nómadas se unían uno al otro el día en que se comprometían y tomaban compañeros.

—¿Unirme a ti? ¿Ahora?

—Estira las manos —expresó dulcemente.

Jordin levantó las manos frente a Jonathan, las muñecas juntas. Él no era dado a convencionalismos, era el hijo de lo inesperado. Ese era uno de los aspectos que más le gustaba a ella acerca del muchacho, confiando en que él tenía un propósito hasta en sus más erráticas acciones.

La chica observó cómo el joven cruzaba la cuerda y lazaba dos veces un extremo, luego el otro, dos veces más. Pero le estaba atando los brazos a Jordin, sin atarse a ella. Riendo de modo suave y confuso, la muchacha levantó la mirada hacia él.

Pero esta vez Jonathan tenía el rostro retorcido de emoción, los labios presionados en un esfuerzo por controlarlos. La muchacha lo había visto llorar muchas veces, sin que muchos se dieran cuenta, y conocía bien la expresión.

—¿Jonathan?

Una lágrima le bajaba a él por la mejilla mientras terminaba con la cuerda, atándola en un fuerte nudo.

—¿Qué estás haciendo?

Las lágrimas humedecían el rostro masculino, la tomó por el cuello, la inclinó y la besó.

—Te amo, Jordin —susurró, y luego puso los brazos alrededor de ella y la levantó en vilo.

¿Era posible que él hubiera cambiado de opinión? ¿Era de esto de lo que él y Feyn habían hablado? ¿Era posible que Jonathan hubiera regresado a Feyn para discutir condiciones, para decir que la amaba y que no se podía casar con ninguna otra?

—¿Jonathan?

La llevó hasta uno de los árboles más cercanos, un olivo encorvado y retorcido.

La bajó sobre el tronco, el cual había crecido poco más de sesenta centímetros de circunferencia. Presionándole los brazos en algo sobre la cabeza y contra el árbol, el joven agarró otro trozo de cuerda y comenzó a atar a Jordin al tronco.

El primer impulso de la chica fue retorcerse, pero no podía contravenir a Jonathan, quien tenía su propósito; ella simplemente confiaría en él. ¿No le acababa de jurar que lo seguiría a donde la llevara? Entonces esto era una prueba...

Por el rabillo del ojo, la chica vio que Feyn volvía de la cima y los miraba. Una señal de alarma intentó sacudir su determinación. ¿Qué estaba sucediendo?

—Jonathan... por favor.

Él parecía no oírla. Ella comenzó a retorcerse, a tratar de soltarse las manos, pero se hallaban firmemente atadas por la primera cuerda.

—Basta, Jonathan. ¡Por favor!

Pero el muchacho estaba obsesionado, obrando rápidamente con la cuerda hasta que las manos estuvieron atadas en espiral al tronco del árbol encima de la chica.

Él dio un paso atrás, rogándole con los ojos que comprendiera.

—Te amo, Jordin. Pronto entenderás, te lo prometo. Sígueme siempre.

—Es hora —dijo Feyn deteniéndose al lado de Jonathan.

Entonces Jordin supo...

¡La estaban abandonando!

Presas del pánico, se agitó contra la cuerda, pero estaba atada muy firmemente.

—¡Jonathan!

Él le lanzó una última mirada, con ojos llenos de nostalgia y tristeza, y luego dio media vuelta.

—¡Jonathan! —gritó Jordin, sintiendo que las venas de las sienes le vibraban por el esfuerzo.

Observó impotente cómo Feyn desataba el corcel negro y se subía a la silla. Cuando Jonathan regresó a su caballo hizo lo mismo.

La dejaron atada al árbol, con solamente las lágrimas de Jonathan como consuelo.

Capítulo treinta y nueve

—¡MICHAEL, EL CUCHILLO!

Roland se acercó a su hermana a todo galope, atropellando por su costado izquierdo mientras ella sacaba el cuchillo de la cintura y lo lanzaba por encima de su espalda... todo sin volverse de los dos sangrenegras que se le abalanzaban con rápidas cuchilladas. Sus sentidos mortales podrían ser desafiados en un campo de batalla tan congestionado, pero su oído agudo podía identificar fácilmente direcciones y distancias en todos lados.

Un sangrenegra a caballo, de los pocos que quedaban, encaminado a galope mortal, ojos fijos en Michael. El cuchillo de la chica voló perezosamente por el aire al fácil alcance de Roland mientras este pasaba como un trueno. Lo agarró por la empuñadura y, en un movimiento único y continuo, lo arrojó hacia el jinete que se aproximaba.

Dio en el blanco. El cuchillo se clavó en el cuello del sangrenegra montado con tanta fuerza como para cortar limpiamente hasta las vértebras. El jinete quedó inerte; el caballo continuó sin rumbo mientras el sangrenegra se deslizaba lentamente a un costado y caía pesadamente a tierra.

Excepto unos pocos, toda la caballería de Saric ahora estaba muerta.

Michael sacó ventaja de la distracción momentánea, hundió la espada bajo la barbilla de uno de los sangrenegras, luego giró en cuclillas con una amplia cuchillada que cortó profundamente la cadera del otro. Una arremetida más sacó de su miseria al guerrero.

Roland se impulsó con rapidez y quedó inmóvil para que Michael pudiera oscilar por detrás de él.

—Gracias —dijo ella jadeando.

—No me agradezcas todavía.

Era lo único que se debía decir; la batalla estaba lejos de finalizar.

Los acontecimientos de la última hora y media pasaron por la mente de Roland.

Sus arqueros habían lanzado cinco mil flechas antes de prender fuego a las trincheras y retirarse detrás de un muro de llamas y humo. En ese primer golpe habían eliminado dos terceras partes de la caballería de sangrenegras.

Saric había montado rápidamente un contraataque usando la fuerza de todo su ejército, matando casi a cien mortales en su primera barrida implacable a través de la meseta, quedando tan solo trescientos nómadas para defender el terreno alto mientras los trescientos de reserva en el sur esperaban la señal de iniciar la tercera fase del combate.

Durante la media hora siguiente habían batallado a caballo contra una infantería que era rápida y fuerte, pero que no contendía con nómadas a caballo. Saric había

permanecido en el extremo sur de la meseta, rodeado por mil guerreros.

Entonces los mortales comenzaron a caer. Uno por uno, y solo después de derribar cada uno más de su cuota de sangrenegras, el enorme desequilibrio de hombres comenzó a cobrar su inevitable factura. Para el final de la primera hora, el terreno estaba lleno de cadáveres, lo que dificultaba el movimiento.

Casi ciento cincuenta de sus guerreros habían caído antes de que los exploradores reportaran la maniobra de Saric por los flancos desde el oeste, al menos una división completa y otros trescientos de caballería. Los nómadas habían almacenado doscientos arcos y tres mil saetas en previsión de una segunda oleada de caballería, y esta vez todos los combatientes aptos se habían juntado a los arqueros y soltado una descarga de proyectiles chillantes que había derribado la mitad de la precipitada caballería antes de poder dispersarse.

Roland había puesto en claro su situación: descenderían hasta el valle para ejecutar la tercera fase solo cuando hubieran reducido al ejército de sangrenegras a una tercera parte, o cuando los mortales hubieran sufrido más de doscientas pérdidas.

En la última media hora, Roland había perdido otros cincuenta combatientes.

Doscientos muertos. El pensamiento le acortó la respiración.

Para empeorar las cosas, unas nubes negras se habían apiñado a un ritmo alarmante, cubriendo el cielo con una gruesa capa gris como una tapa. El viento estaba empezando a fortalecerse y pondría en peligro el trabajo de sus arqueros. Una tormenta no les auguraría nada bueno.

Roland hizo subir su corcel a la elevación y giró hacia donde esperaba el caballo de Michael. Ella desmontó y saltó a su propia silla. Rom cabalgaba aprisa hacia el oeste, el alborotado cabello azotado por el viento.

—¡Son demasiados! —exclamó, frenando bruscamente su montura—. ¡Tenemos que irnos *ahora!*

La atención de Roland estaba puesta en el sur, donde la guardia de Saric se defendía contra una docena de nómadas que disparaban contra las líneas de sangrenegras desde sus caballos en veloz carrera. Cada minuto caían veinte o treinta de los guerreros de Saric, quien ya había perdido cuatro mil hombres, quedándole apenas ocho mil, pero la cuota de mortales crecía. Solo ciento cincuenta seguían peleando en la meseta, esperando que se llamara a los trescientos en reserva a la tercera fase de la batalla.

Probabilidades improbables.

—Lo ha dicho el mensajero —expuso Rom, respirando con dificultad—. Ellos esperan tu señal. Los sangrenegras están cortados a la mitad, quizás más. Debemos irnos ahora.

—Transmite el mensaje —asintió Roland—. Pasemos al valle. Sígueme de cerca.

Rom giró, silbó y luego arrancó, inclinado sobre su montura, cortando el aire con otro silbido, el cual fue detectado por otro guerrero, y después por otro. El sonido sería detectado aun desde esta distancia por el oído mortal, pero Roland quería asegurarse de que los que estaban en el fragor de la batalla no confundieran el llamado como fue planificado.

Observó cuando los combatientes interrumpían el ataque y corrían hacia el norte atravesando la meseta.

—Envía la señal hacia las reservas.

Michael sacó un delgado silbato metálico que emitía tonos agudos normalmente solo oyen los perros y otros animales con amplios rangos auditivos. Los mortales podían detectar fácilmente la destacada nota desde una distancia significativa. Un mensajero a poco menos de un kilómetro al sur captaría el sonido y enviaría otro. En segundos la señal llegaría a las reservas que esperaban al sur, y ellos se moverían hacia el valle Seyala a toda velocidad.

La arquera se presionó el silbato a los labios y sopló tres largas notas.

—Aun con las reservas, solo seremos quinientos para seis mil de ellos —advirtió Michael, volviendo a meter el silbato en la bolsa—. Solo nos queda un puñado de flechas. Una vez que entremos al cañón estaremos enjaulados. Si no nos siguen...

—Conozco el riesgo —interrumpió Roland con los dientes apretados.

—Aún podríamos desprendernos y escapar hacia el norte. Podríamos regresar después con tácticas de guerrillas.

—Saric se repondrá rápidamente y vendrá con el doble de cautela. Ahora conoce nuestras fortalezas. No. Peleemos hasta el final. Si no nos siguen, nos retiramos hacia el norte.

—No es la retirada lo que me preocupa, sino la batalla en el valle. ¿Cuántos más perderemos, teniéndolos tan cerca?

—¿Quieres dirigir? Sabíamos que el precio de la libertad vendría con un gran riesgo. ¡No olvides que las vidas de quienes han muerto hoy están sobre mi cabeza!

—Perdóname.

—Hoy surge una nueva raza, Michael —añadió Roland alejando la mirada hacia los nómadas que se les acababan de unir a lo largo de la suave cuesta—. Todo el tiempo nuestro pueblo supuso que la victoria llegaría bajo el gobierno de Jonathan. Nos equivocamos. Tú y yo, no Jonathan, guiaremos a nuestra gente hacia la victoria. El mundo nunca ha sido reestructurado sin derramamiento de sangre. Hoy es nuestro turno de derramar la que sea necesaria para asegurar el lugar de nuestra especie en los siglos venideros. Vivimos o morimos por el bien de esta raza. Por el bien de estos inmortales.

—¿Inmortales?

—El término de los radicales. El custodio dice que el poder que hay en nuestra

sangre se está fortaleciendo, incluso mientras el de Jonathan se debilita.

—¿El de Jonathan? —preguntó ella abriendo los ojos de par en par.

—Ahora su sangre casi está muerta. Se ha revertido hasta ser igual a la de un amomiado.

Michael pestañeó, aterrorizada.

—No comentes esto a nadie, hermana.

El príncipe hizo girar el caballo y cabalgó por la línea de mortales reunidos a lo largo de la pequeña elevación. Un torrente de sangrenegras ya se acercaba rápidamente.

—¡Sigan mi guía! —gritó—. ¡Correremos hacia el oeste! Esperaremos en el valle hasta que nos persigan. Conserven las líneas más allá de las ruinas hasta que yo les avise. Hoy prevaleceremos. ¡Hoy nos levantaremos!

Sin volverse a mirar, Roland giró hacia el occidente, inclinado sobre el cuello de su montura, y la espoleó a todo galope.

El primer trueno retumbó en lo alto.

—*¡Están huyendo!*

Saric giró ante el grito de Varus, quien había permanecido cerca a su requerimiento. Casi mil de sus ocho mil hijos restantes habían formado un grueso muro de protección alrededor de él, escudándolo de los ataques mientras el enemigo le desgarraba el ejército con la furia de un león atacando... solo para retirarse y volver a arremeter.

Como él sabía, el desgaste había sido la perdición de los mortales. Había podido cortarles la mitad de sus fuerzas en la última hora, aunque sufriendo enormes pérdidas propias, pero estas se podían pagar por el bien de la victoria que tenía ante él. Su ejército aún era de ocho mil hombres.

Mientras tanto, Brack había caído en la batalla superado por la espada de Rom Sebastian. El ingenuo artesano que frustrara a Saric nueve años atrás había encontrado carácter, y habilidad para mantenerlo intacto.

Saric siguió la línea de visión de Varus a tiempo para ver al príncipe nómada inclinado sobre la montura, guiando un creciente contingente de guerreros que se dirigían al sur a lo largo del borde occidental de la meseta.

—¡Están huyendo! —gritó Varus.

O están reagrupándose, pensó Saric, mientras Roland se precipitaba hacia el borde sur y bajaba la colina hacia el valle. Sus hombres lo seguían sin vacilar, pasando a toda prisa entre las formaciones de sangrenegras, superándolas por la velocidad de los caballos.

—Al interior del valle —murmuró él, entrecerrando los ojos.

—Intentan meternos en la trampa de Feyn.

Saric consideró el significado del repentino cambio en el plan de Roland. Que Feyn pretendía traicionarlo estaba claro. La precisión de los preparativos mortales solo podía significar que habían esperado que Saric llegara y atacara como y cuando lo había hecho. Esto era algo más que conjetura, o que alguna *persona* les hubiera informado. Lo habían hostigado y atacado con brutal eficiencia.

Pero él había prevalecido.

—El valle solamente les limitará los movimientos —comentó—. Una trampa incluiría algo más.

—Los desfiladeros más lejos —explicó Varus, calmando su nerviosa montura.

—Sí, los desfiladeros.

La mirada de Saric recorrió el valle vacío a su derecha. Las ruinas, con su patio ensangrentado, estaban desocupadas a lo largo del risco oriental cerca de la entrada del valle. El piso se estrechaba a medida que se extendía hacia el norte, terminando en la boca de una garganta que llevaba a un desfiladero con un río a un costado. El recodo arenoso proveía un amplio espacio por el que podían pasar diez caballos de frente. Quizás veinte.

Según sus cálculos, los mortales habían llevado inicialmente cuatrocientos guerreros para presionar en la meseta, reemplazándolos a medida que se les agotaban las fuerzas. Pero eran menos de los setecientos que Feyn había reportado, lo cual significaba que los demás o se habían ido con los mortales que no podían pelear o los tenían en reserva.

—Si entran, nos mantendremos a distancia —opinó Saric.

—Vienen más —informó Varus—. Reservas.

Polvo a kilómetro y medio hacia el sur.

—Intentan entrar a los desfiladeros sabiendo que estaremos ansiosos por perseguirlos —conjeturó Saric.

—Y por eso debemos quedarnos aquí.

—No. Ellos avanzarán lentamente para atraernos al interior. Así que les daremos batalla en el valle, pero conservaremos las ruinas y los menguaremos. La paciencia ganará esta guerra. Da la señal. Descenderemos en persecución total.

Varus titubeó solo por un momento, luego giró y emitió la orden. Un cuerno sonó y los sangrenegras que atravesaban la meseta salieron corriendo hacia sus posiciones mientras el general sangrenegra lanzaba una serie de órdenes que rápidamente se transmitían a los estandartes. Entonces hizo girar el ejército hacia el sur a ritmo rápido mientras los de la retaguardia formaban línea. Como un río negro, su enorme ejército se desplegó por la colina y se encaminó hacia el valle.

Las nubes en lo alto habían ocultado el sol. Saric examinó los cielos, momentáneamente sorprendido por el movimiento de las nubes, que como fantasmas corrían a contestar un llamado no atendido. Una tormenta se avecinaba a asombrosa

velocidad, activada por un viento cada vez más fuerte. Los arqueros mortales se verían comprometidos. La lluvia ralentizaría a los caballos.

El cambio repentino era un buen presagio.

El polvo se levantaba hacia el sur, detrás de una línea visible de caballos apurados por llegar a la amplia entrada del valle antes de que los sangrenegras de Saric les pudieran bloquear la entrada. Si lograban dividir a los mortales, la mitad de sus hijos podrían hacerse cargo de los que quedaran atrapados en el valle mientras el resto del ejército combatiría adentro a los nómadas. Era menos probable que el príncipe nómada huyera por los desfiladeros mientras algunos de los suyos permanecieran afuera.

—Varus, ¡lleva una división a toda prisa! —exclamó Saric irguiéndose en los estribos cuando su general se lanzaba colina abajo; extendió el brazo hacia el frente—. ¡Bloquéalos!

Varus rugió la orden a uno de sus comandantes de división. Sus hombres rápidamente salieron del cuerpo principal. Como racimo de avispones negros, bajaron pululando la colina, atravesando el río como si estuviera hecho de niebla. Se estaban moviendo solamente a la mitad de la velocidad de los nómadas montados, pero también tenían la mitad de la distancia por recorrer.

Por delante de ellos, Roland volteó a mirar a los sangrenegras en persecución, haciendo señas de que se apuraran a los mortales que se aproximaban.

Muy cerrado.

Entonces llegaron las flechas de los jinetes, disparadas contra la división de Saric. No en oleadas masivas como los primeros ataques de los nómadas sobre la meseta, ni con la misma precisión frente al viento. Varios de sus sangrenegras cayeron, obligando a los que venían detrás a saltar sobre sus cuerpos. Pero la multitud no flaqueó ni bajó el paso.

—¡Varus! ¡El resto! ¡A toda velocidad!

Se gritó la orden. Se levantaron estandartes. El resto de su ejército triplicó el ritmo e inundó la tierra baja.

Saric tranquilizó a su caballo mientras los dos ejércitos se dirigían hacia la entrada del valle a vertiginosa velocidad, cada uno pugnando por la primera posición. La sangre de Saric se enfrió mientras una tensa ansiedad le inundaba las venas.

Sus sangrenegras iban a llegar primero al valle.

Y así fue, atravesando la entrada del valle en una larga y gruesa línea. Los jinetes mortales viraron entonces hacia el este mientras más del ejército sangrenegra se agolpaba detrás de las filas ya estacionadas.

La montura de Saric saltó dentro del río, salpicando el agua y saliendo a la otra orilla, apenas bajando el ritmo. Se dirigió hacia el norte a lo largo del río, clavando los talones en los costados del corcel. Una pequeña colina se levantaba a cien pasos al

frente.

—¡A la elevación!

Varus y quinientos de los sangrenegras viraron y se dirigieron al montículo.

Saric tiró de las riendas para detener bruscamente el caballo en la cima de la loma y hacerlo girar para tener una visión total del valle.

Lo que vio abajo lo llenó de siniestra satisfacción.

Triphon, el mortal asesinado, desde su poste, solo ante las ruinas del templo, la cabeza con la flacidez de la muerte, presagiando el destino de todos los que habían celebrado con él la supuesta vida. Roland se hallaba sobre su montura a cien zancadas del mortal muerto, junto con doscientos de sus combatientes, la mirada fija en el combate que estallaba más allá de la entrada del valle.

Saric había dividido las fuerzas nómadas.

Él había tenido razón: el príncipe no se retiraría a los desfiladeros antes de que el resto de sus guerreros se abriera paso luchando a través de los sangrenegras para unírsele.

Más allá de las ruinas, un empinado despeñadero cortaba cualquier esperanza de escapar hacia el este. Las colinas detrás de él se levantaban hacia más barrancos, bloqueando cualquier ascenso hacia el oeste. Solo había dos salidas del valle: pasar al ejército estacionado ahora en la entrada o entrar a los desfiladeros por el extremo lejano.

Por primera vez, la batalla había tomado un giro resuelto a favor de Saric. El estruendo del combate aumentaba a medida que los jinetes resistían las líneas frontales en un intento desesperado por ponerse a salvo. Acero chocaba contra acero; los cascos pisoteaban el suelo. Exclamaciones y gritos de advertencia...

Gemidos de muerte.

En los oídos de Saric, el sonido era nada menos que un canto de sirena que invitaba a todos a seguir a un nuevo amo: Saric, quien marcaría el inicio de una nueva vida y la protegería con puño de hierro.

—La mitad, ¡a fondo tras el príncipe! —gritó Saric.

Varus dio la orden y su mensajero emitió la señal. Dos estandartes señalaban hacia los mortales en el valle.

Tres mil sangrenegras giraron, levantaron líneas, y comenzaron a marchar hacia los doscientos nómadas de Roland que ahora precisamente avanzaban para atacar. Se enfrentaron al norte de las ruinas, esta vez más de cerca que arriba en la meseta.

Ahora la batalla se peleaba en dos frentes distintos: uno en la entrada del valle y otro en el valle mismo. Si los mortales hubieran sido menos decididos, habrían tenido la sensatez de interrumpir el asalto y huir. Pero Saric sabía que huir no estaba en la sangre de Roland.

Más allá de las ruinas, un jinete mortal corría detrás de la batalla principal,

agitando frenéticamente los brazos, gritando que se batieran en retirada. A Saric le tomó solo un momento reconocer al hombre como Rom Sebastian.

Dos líderes con dos mentalidades. Uno vociferaba retirada, el otro ordenaba arremetida.

Ahora Saric lo supo: solo el tiempo se interponía entre él y la victoria total. La batalla le pertenecía. Si su ejército no aniquilaba toda la fuerza mortal, quedarían solo suficientes para huir y contar después la historia.

Feyn moriría por su traición.

No habría ejército para hacer entrar a Jonathan como soberano.

Saric gobernaría sin desafíos.

Rom salió de la línea detrás de los mortales que peleaban en el valle, el corazón martillándole de pánico. El plan de Roland se estaba desmoronando. Con cada minuto, más nómadas desesperados por romper las pesadas filas de sangrenegras recibían lanzas en sus pechos y caían. Rom no lograba ver la magnitud de lo que sucedía en el extremo opuesto, pero imaginaba que la tasa de bajas no era menor.

Pero, hasta el último hombre, los combatientes bajo el liderazgo de Roland estaban decididos a manifestar el grito nómada de victoria.

El cuerpo ensangrentado de Triphon colgaba del poste en la amplia franja de terreno abierto entre los dos frentes de batalla. Su amigo había pagado con la vida el error de Rom. Ahora los demás seguirían esa muerte y dejarían a Jonathan sin esperanza.

—¡Michael! —gritó—. ¡Son demasiados!

Ella se agachó para evitar una lanza arrojada y giró hacia el sangrenegra que la había lanzado. Si oyó a Rom, no dio señales de ello.

—¡Roland! —exclamó Rom volviendo la cabeza hacia la izquierda.

El grito cayó en oídos sordos.

Habían comenzado el día con setecientos mortales, preparados para cambiar el mundo. Cayó casi una tercera parte en la meseta. Aquí en el valle podrían caer muchos más... ¡Seguramente Roland aceptaría la derrota para pelear otro día!

Pero no. Los nómadas habían perdido el juicio por su propia necesidad de supremacía.

Más allá del alcance de los sangrenegras, Roland se paseaba, sin atreverse a acercarse. Con la mente inundada de ira, Rom espoleó su caballo precipitadamente hacia Roland.

Lo atropellaría si era necesario.

Había recorrido la mitad del camino hacia el príncipe nómada cuando le llegó el solitario grito, inconfundible para los oídos mortales. Volteó a mirar hacia atrás, hacia el oeste.

Allí, en una lejana colina, azotados por el viento cada vez más fuerte, había dos jinetes. Uno sobre un caballo claro, el otro sobre uno oscuro. Un joven vestido como un nómada... una mujer envuelta en gris pálido sobre blanco real a quien él habría reconocido en cualquier parte.

Jonathan. Feyn.

Habían venido.

Rom sintió que el aire se le escapaba de los pulmones. Por un instante olvidó que su caballo iba a toda velocidad hacia Roland. Jaló las riendas y paró en seco su montura.

No estaba seguro si había sido Jonathan o Feyn quien anunciara la llegada, pero el efecto se extendió por las amontonadas fuerzas como una ola. Los sonidos de batalla en el valle perdieron algo de su urgencia.

Hacia la colina a la derecha de Rom, Saric se había vuelto sobre su caballo, un brazo aún levantado hacia su ejército. Pero su atención estaba en la pareja. Roland chifló y se retiró, unido inmediatamente por los mortales que peleaban a su lado.

La batalla decayó, de modo misterioso, antes de paralizarse.

Un trueno resonó en lo alto. El cielo oscuro se agitó.

El valle estaba ahora dividido por dos amplias líneas del ejército de Saric, una a cada lado de las ruinas, dejando una ancha franja de terreno abierto que llevaba directamente a las gradas de las ruinas. Los mortales retrocedieron hacia el norte y sur de los sangrenegras.

Feyn arrancó primero, espoleando su caballo hacia delante a paso lento. Jonathan siguió levemente detrás a la derecha de ella. Bajaron la colina, luego atravesaron el río y subieron la orilla hacia las ruinas del templo. Una imagen de resolución estoica.

El primer pensamiento de Rom estuvo lleno de alivio y júbilo. Por improbable que fuera, Jonathan había llegado a un acuerdo con Feyn que le daría el poder sin más derramamiento de sangre. Y entonces llorarían el costo de la que ya se había derramado, más de la que habían permitido en los cinco siglos anteriores.

Feyn y Jonathan se acercaron, mirando a derecha o a izquierda. Se detuvieron solo cuando llegaron a la colina de Saric.

Jonathan miró el cadáver de Triphon colgando ante las gradas de las ruinas. Feyn volvió poco a poco la cabeza, observó a Saric y le sostuvo firmemente la mirada. El creador de sangrenegras finalmente le hizo un leve gesto y luego espoleó el caballo hacia el frente. Colina abajo, paso a paso.

Antes de que Saric llegara hasta ellos, Feyn hizo avanzar su montura hacia delante con Jonathan a su lado, sin dejar de mirar las ruinas del templo. Saric bajó la colina y los siguió.

Solo entonces se le vino la idea a Rom de que Saric y Feyn estaban ahora en posesión del muchacho, aislado por un ejército de sangrenegras a cada lado. Ellos

estaban separados de todos los mortales que habían jurado defender a Jonathan.

Rom dio la vuelta, vio que Roland estaba bloqueado en su lugar, totalmente inmóvil mientras los demás lanzaban miradas furtivas entre él y la procesión hacia el templo. Estaban esperando órdenes.

No llegó ninguna.

—¡Jonathan! —resonó la voz de Rom a través del valle—. ¡Mi soberano!

Jonathan no se volvió ni levantó la mano, ni siquiera en reconocimiento. En vez de eso cabalgó lentamente al lado de Feyn, al parecer con solo una cosa en mente: las ruinas por delante de él.

Otro estruendo de trueno retumbó en el cielo. El viento se hizo más fuerte.

El terror desgarró la mente de Rom.

Capítulo cuarenta

LA MENTE DE SARIC giró pensando en la repentina llegada de Feyn, consciente todo el tiempo de que las miradas de sus hijos estaban puestas en él cabalgando detrás de ella como un líder que había tomado el segundo asiento a la verdadera realeza. Consciente de que tenía la piel fría y húmeda por el sudor. De que el corazón le palpitaba con fuerza. Consciente de que Jonathan tenía la mandíbula firme, la mirada fija, la cadera balanceándosele de manera natural en la montura, las manos flojas en las riendas como alguien a gusto con su lugar como gobernante supremo de todo lo que la vida podía brindar, a pesar de la falsedad de esa idea.

Consciente también de que a los mortales se les había separado de cualquier intento de salvar al muchacho.

La batalla se había paralizado por completo, atraídos por la repentina aparición de la pareja. Los hijos de Saric lo observaban, esperando sus instrucciones. Los dejó esperando. La batalla ahora estaba en manos de él.

El sangrenegra examinó el rostro de Feyn, la línea de la mandíbula al descubierto por trenzas simples, la capa de color gris claro, las perlas cocidas en los puños de las mangas. Ella había cumplido su promesa de traerle al joven.

Y, sin embargo, Feyn no mostraba nada de la reverencia que Saric esperaba de un siervo fiel. Ya no tenía la sumisión que mostrara antes de convertirse totalmente en sangrenegra la noche anterior.

Consideró la línea de sangrenegras a su derecha. Aunque la mayoría lo observaban, algunos de ellos habían vuelto sus miradas hacia Jonathan.

Un escalofrío le bajó por la espalda. Apenas podía culparlos: el objeto de toda la furia de ellos estaba ahora a disposición de aquel que los creó. Pero en los ojos de los sangrenegras había curiosidad, no ira.

Saric espoleó el caballo y trotó al lado de Feyn cuando se aproximaban a las gradas.

—Ya estaba comenzando a cuestionar tu lealtad, cariño.

La mirada de ella se mantuvo firme en el mortal muerto que colgaba delante del templo. Igual que la de Jonathan.

¿Estaba Feyn consciente de que Saric podía sacar la espada y matarla en el acto, donde se hallaba? Por un breve instante él consideró demostrar su supremacía para que todos vieran. Pero no tenía evidencia de que ella lo hubiera traicionado.

—Has hecho bien —añadió en voz baja—. Te recompensaré por esto.

Feyn no hizo ningún esfuerzo por agradecerle.

¿Se había vuelto loca? ¿Tenía el muchacho tal poder para robarle el corazón? Pero no... ambos estaban bajo sus pies, sus destinos en manos de Saric.

Al lado de Feyn, Jonathan montaba como si estuviera solo, aparentemente ajeno a

los miles que miraban. Se veía extrañamente majestuoso con su túnica negra desgastada. Hasta su montura parecía ser consciente de nada más que la supremacía de su jinete, como si dijera: *He aquí uno nacido de verdadera vida, el remanente final del Caos, totalmente vivo por derecho de nacimiento.*

Un hombre rebosando más vida de la que tal vez Saric podía conocer sin recibir la sangre del mismo Jonathan.

No. Se estaba imaginando cosas.

¿Y si así fuera, Saric? ¿Y si estuvieras a punto de librar al mundo del único recipiente que podría brindarte la vida y el poder que con tanta desesperación ansías?

—¿Hay algo que debas decirle a tu creador? —exigió saber Saric de Feyn.

El caballo de ella se detuvo a diez pasos de los peldaños de las ruinas, justo más allá del cuerpo inerte de Triphon. Desmontó sin mirar a Saric, caminó hasta donde Jonathan y le ofreció la mano.

Jonathan le tomó la mano, lanzó una última mirada al cadáver de Triphon, y desmontó. Feyn lo llevó hacia las gradas, le levantó los dedos, y le besó ligeramente los nudillos. Le dio una mirada de despedida. Solo entonces ella se volvió para enfrentar a Saric.

—Te entrego a tu soberano, mi señor. Mi deuda está cancelada.

Sin decir nada más, Feyn se dirigió a su montura, subió a la silla, hizo girar el corcel, y galopó directamente hacia la línea de sangrenegras en la entrada del valle. Estos se separaron como un mar negro cuando la soberana se acercaba, mientras ráfagas de viento corrieron por el medio.

Saric pudo haberla detenido, pero Feyn ya había personificado su papel. Si su lealtad hacia él se hubiera minado, más tarde trataría fácilmente con ella... su hermana no comandaba ningún ejército. Ninguna fuerza podía brindarle protección.

Feyn atravesó cabalgando las filas sangrenegras, pasó más allá de los mortales, y se dirigió al valle a toda velocidad.

Cuando Saric se volvió hacia las ruinas del templo, Jonathan ya había subido las gradas y se había detenido en lo alto. Miraba tanto a sangrenegras como a mortales con los pies separados y firmes, la mandíbula apretada, los puños cerrados a sus lados mientras las ráfagas le agitaban la vestimenta y el cabello.

Así que nueve años finalmente los habían llevado a un lugar en que se corregiría el pasado, en que se enderezaría todo lo que había salido mal. Esta vez los papeles se habían invertido. Hoy era el turno de Jonathan de rendirse.

Vida...

La palabra barrió la mente de Saric como transportada por el furioso viento.

—¡Jonathan! —exclamó la voz de Rom Sebastian por encima de las líneas, ampliada al máximo por la desesperación—. ¡Jonathan!

Saric estaba a punto de desmontar cuando la voz del muchacho resonó a través de la creciente tormenta, atrayendo el oído de toda alma que respiraba en el valle.

—¡En una era de Caos, los primeros en caminar en esta tierra vivieron en absoluto abandono! —gritó—. Se dedicaron al placer con todo lo que se les dio. Rieron y llenaron sus vientres con las ofrendas de la tierra. Danzaron debajo del sol y la luna, y celebraron pasión sin reservas. ¿Se atreve alguno de ustedes a decir que eso no fue bueno?

El desafío del joven resonó con una autoridad que produjo temblor en los dedos de Saric.

Él habla de la vida como quien la conoce muy bien...

El viento gemía entre las ruinas. En lo alto, el cielo oscuro se agitó. Sangrenegras y mortales por igual permanecían en silencio.

Jonathan caminó hacia su derecha, tendones tensos bajo venas resaltadas. Venas que fluían con la primera sangre de vida.

—Antes de que hubiera guerra, ¡había paz! Antes que odio, amor. Antes que ambición egoísta, servicio desinteresado. Había belleza sin fin, que nunca debió desaparecer.

Entonces caminó de un lado al otro, las manos empuñadas al aire.

—Pero aquellos que vivieron también cortejaron la malsana ambición y la egoísta codicia. Anhelaron el poder. Para consumir más de lo que les fue dado. Declararon guerras. Humanos mataron a humanos, llenos de rabia y celos, motivados por la urgencia de conseguir el servicio de los demás. El amor fue aplastado por la necesidad de proteger lo que no se podía poseer. El hombre hizo caso omiso del llamado de abrazar el camino de un Creador cuyo estandarte es el amor dado libremente, ¡no controlado por la fuerza ni exigido por lealtad o realeza!

¿Cómo se atrevía este hombre a pararse delante de los hijos de Saric y hablarles de amor desvinculado de obediencia, lealtad y posesión?

Y entonces, a medida que la ira se le acumulaba como la tormenta en lo alto, comprendió que no era ira en absoluto... sino celos.

—¡*Esta* fue la caída de la especie humana! —gritó Jonathan—. Y así, un hombre llamado Megas despojó a la humanidad de todo sentimiento, a excepción del miedo. Celoso de la humanidad, decidido a dominarla, ¡ávido por subyugar! Hasta el día en que esa vida volvió a nacer en un niño cinco siglos después. ¡Un niño que fue criado para que su sangre alimentara a los sedientos de beberla!

—¡Él dice la verdad! —gritó uno de los mortales a la izquierda lejos de Saric—. ¡Los mortales nacen con vida!

El dedo de Jonathan se disparó en dirección a la voz.

—No —exclamó—. Les digo hoy que la verdadera vida no se halla en sangre que solo despierta pasiones. Igual que en los días del Caos, solamente el amor cedido

libremente habita en el diseño del Creador. Quienes afirman que el amor depende de la lealtad son impostores que no saben *nada* del reino soberano. ¡Morirán del mismo modo que aquellos que ya caminan sin vida!

El filo dentado de un rayo partió el cielo. Los truenos se precipitaban en lo alto mientras aumentaba la intensidad del viento, azotándole a Jonathan las trenzas contra el rostro.

Pero los cielos no eran los únicos a punto de reventarse por completo.

Saric sintió inclinársele la mente incluso mientras se hallaba en lo alto de la silla. Las palabras del joven cortaban, rompiendo toda atadura con aquello por lo que él había muerto y vivido. Poco a poco, el mundo a su alrededor comenzó a desvanecerse, dejando tan solo la forma acusadora en lo alto de las arruinadas gradas del templo. ¿Era eso posible? ¿Era la vida de Jonathan más real que la del propio Saric?

Aunque lo fuera, él no podía ceder. No ante este Creador, por grandiosa que pudiera ser su vida.

Ahora sabía algo: el muchacho debía morir.

Con una mano en el pomo de la silla, Saric se irguió, levantó la pierna derecha por encima de las ancas del caballo y se apeó. La verdadera batalla no era entre sangrenegras y mortales con espada y hacha; la pelea real estaba aquí, decidiéndose entre dos gobernantes. Uno viviría para gobernar.

El otro moriría.

—¡Jonathan!

El sonido de golpeteo de cascos se unió al aullido del viento. Era Rom Sebastian, desesperado, bloqueado por la línea de sangrenegras.

—¡Corre! ¡Corre, Jonathan!

Un revuelo se levantó desde el norte. Choque de acero; gritos de indignación y acerbos maldiciones.

Los sonidos eran lejanos en la mente de Saric, de una dimensión que ya no importaba. Agarró la empuñadura de su espada y la extrajo deliberadamente de su vaina con un fuerte chirrido.

—Algunos producen un nuevo reino que fluye de la alquimia, e intentan gobernar el mundo para su propio placer y utilidad —continuó gritando Jonathan.

El muchacho miraba a Saric mientras este se acercaba y trepaba los escalones.

—Otros gobiernan como mortales sobre una existencia menor —continuó, levantando la cabeza y señalando en dirección al príncipe nómada y sus hombres—. Pero hoy se encuentra un nuevo reino entre ustedes. Un reino donde yo soy el soberano, donde reinaré con aquellos que me sigan. El embustero viene para tomar lo que no puede poseer, pero yo ofrezco libremente mi vida para todos aquellos que deseen experimentarla.

Saric levantó la mirada hacia el muchacho que profería tonterías.

Aterrado por sus palabras.

Insensible porque no significaban nada.

Enfurecido por las acusaciones.

Temblando.

Jonathan pareció haber terminado de hablar. Se paró frente a los postes de los que aún colgaban los restos del recipiente de cuero, observando a Saric.

La pelea más allá de la línea se convirtió en algarabía, ahora tanto al sur como al norte. Los mortales estaban otra vez en pleno ataque. Una inútil batalla de orden menor.

Saric se puso en pie en el elevado piso de las ruinas y acechó al muchacho, la punta de la espada rastrillando en la piedra detrás de él. Otro trueno sacudió el cielo.

—Hola, Saric —saludó el joven en voz baja, solo para el hombre; tenía los ojos límpidos en medio de la tormenta que se avecinaba—. ¿Ves la ira de la naturaleza?

Saric lanzó una rápida mirada hacia el cielo oscuro. Vio que giraba como si fuera a tragarse el mundo.

—La mano del Creador.

La mano del Creador.

Saric había oído la tradición. Sin duda el muchacho no estaba afirmando ser más que un hombre nacido de sangre. Jonathan había perdido la cabeza.

¿O has perdido tú la tuya?

—Sé cuánto anhelas la vida, Saric —expresó el joven, en voz demasiado baja para que pudiera oírlo alguien en el creciente vendaval—. Tu corazón es negro, pero no puedes hacer caso omiso del grito de verdad de que mi sangre te produciría algo más allá de tu imaginación.

Todos los temores de Saric se fundieron en una pregunta ensordecadora: ¿y si fuera verdad? ¿Y si el objeto de su búsqueda estuviera ahora delante de él, una vasija pura de belleza, verdad y amor?

Por un momento, la idea le sofocó el odio. El cuerpo delante de él se convirtió en una inigualable vasija de vida pura para ser consumida, no aplastada. Para ser degustada, no destruida.

Para ser adorada.

Sin pensar, Saric levantó una mano temblorosa. Vacilante. Como el muchacho no se movió, el sangrenegra le tocó la mejilla con la yema de los dedos. Una oleada de energía le subió por el brazo y le entró al cuerpo.

Se estremeció.

—Mírame a los ojos —exigió el joven.

Como por cuenta propia, la mirada del sangrenegra pasó de la mejilla del muchacho hacia los ojos. Una luz centelleó como rayos de sol a través de las

turbulentas pupilas color avellana del joven. Saric sintió que el cuerpo se le tensionaba.

Pero había más... Una enorme y terrible tristeza.

Empatía.

Lágrimas.

—Yo soy la vida que anhelas. Mi luz te apresará para siempre. Yo puedo hacerlo.

Ante las últimas palabras del muchacho, el mundo de Saric resplandeció con una luz brillante, cegándolo a todo menos a la singular verdad: él era oscuro como la brea que le corría por las venas. El joven estaba infundido con luz. Él, no el muchacho, había estado engañado. Aquí estaba la vida... no en sus venas, sino fluyendo de aquel que tenía delante. Vida como no la había conocido. Verdadera vida.

A Saric se le encorvaron las piernas. Se desplomó sobre una rodilla, con un gran lamento brotándole desde el fondo de las entrañas, un fuerte sollozo que representaba horror, dolor e indignación total. Esto le robó el aliento, acabando con su razón y su propósito.

Abajo, en alguna parte, los mortales hacían un último y desesperado intento por pasar a través de las líneas de guerreros... Saric podía oírlo en la lejanía.

El hombre lloró, solo lejanamente consciente de que sus hijos podían verlo: quien los creara estaba arrodillado ante este muchacho. Delante de este soberano de un reino que no comprendía ni podía percibir.

—Solo generas muerte —expresó Jonathan—. Soy yo, no tú, quien tiene poder sobre la vida. Mira y conoce la realidad, señor de las tinieblas.

Saric sintió que le arrebataban la espada de la mano. Movié la cabeza para ver a Jonathan bajando a toda prisa las gradas, ya no un niño, sino un guerrero corriendo como un rayo hacia la línea más cercana de sangrenegras.

Con un grito que enfrió la sangre a Saric, Jonathan se lanzó hacia el más cercano de ellos, esquivando fácilmente un frenético ataque de la lanza del guerrero. La hoja del muchacho brilló y cercenó la cabeza del cuerpo.

Jonathan giró, aún gritando, esquivando apenas otra hoja impulsada. Él era demasiado rápido. Contorsionándose con hermosa gracia y poder, Jonathan acuchillaba a otro guerrero, casi partiéndolo en dos por la sección media. Destrozó a otro, separándole los brazos de los hombros antes de clavarle la espada en el pecho.

Saric observaba, paralizado en horrible admiración, cómo Jonathan mataba de modo categórico a seis sangrenegras sin permitir que una sola hoja lo tocara.

Resonaron órdenes. Las filas se agrandaron alrededor del muchacho, pero antes de que pudieran cerrar el círculo, él derribó al séptimo y se alejó a campo abierto. Como si ejecutara una cuidadosa danza coreográfica, Jonathan se movió hacia el poste que contenía el cuerpo muerto de Triphon.

Se apoyó en una rodilla e inclinó la cabeza en respeto hacia su amigo caído.

Largas huellas de sangre de las heridas en los intestinos del mortal le manchaban el vientre y las piernas.

Jonathan se enderezó y miró al hombre, el rostro contraído por el dolor. Estiró la mano hacia uno de los ensangrentados pies, se inclinó lentamente hacia delante, y lo besó. Su sollozo de angustia resonó por el valle, interrumpido por un clamor para que todos los mortales oyeran.

—¡Él verá vida! —gritó Jonathan, enfrentando la línea de mortales donde sus líderes estaban montados—. Por el sacrificio que pagó para salvarme, ¡le doy vida! Dejen su cuerpo. Él no será enterrado con los demás. Tal como ustedes encuentran vida, Triphon hallará vida.

Jonathan giró y señaló la espada de Saric, los ojos en llamas. Mantuvo su posición por un largo instante, luego corrió hacia él, encorvado como un velocista desde el inicio de la carrera.

Solo entonces Saric discernió que el guerrero que había matado tan fácilmente a siete de sus hijos podría también tomar fácilmente al creador de ellos, que aún estaba de rodillas, inmovilizado y desarmado.

Las venas se le llenaron de pánico. Empezó a erguirse, pero el mundo alrededor de él estaba girando.

Para entonces Jonathan se hallaba en la base de las ruinas. Subió los peldaños en tres largos saltos y giró para enfrentar el valle, la ensangrentada espada en alto.

—¿No hay final para la muerte? —gritó.

Arrojó la espada, enviándola estrepitosamente hacia las piedras más allá de la rodilla de Saric.

Él no solo domina la vida, sino también la muerte.

Saric se volvió y miró la espada, roja debajo del cielo cada vez más oscuro. Por el rabillo del ojo vio cómo Jonathan agarraba los dos postes que sostenían el recipiente roto de cuero. Suplicio y angustia en el rostro. Estaba chiflado. Era grandioso. Con los brazos extendidos a los costados, el muchacho lanzó sus palabras al mundo.

—¿No existe cántico sin espada? ¿No hay amor sin celos? ¿No hay un final para la ira?

El cuerpo le comenzó a temblar. Se mecía hacia adelante y atrás como alguien poseído, fuera de sí. El fragor de la batalla se había detenido, reemplazada solo por el viento, el trueno y los irregulares gritos del joven.

—¿Morirán todos los hijos? ¿Se tornará rojo el sol? ¿Vaciarán ustedes mi sangre para alimentar su propia ambición? ¿Debo morir para que ustedes puedan vivir?

Las trenzas se le echaron para atrás frente a la tormenta. Lágrimas le brotaban de los ojos y volaron hacia sus sienes antes de que pudieran mancharle las mejillas.

—¡Encuentren al amor! —gritó—. ¡Hallen la belleza! ¡Localicen la vida y sepan que el reino de los soberanos está sobre ustedes!

Una solitaria voz de objeción cruzó el valle a lo lejos y lo alto. Saric volvió la cabeza y vio una figura sola en lo alto del risco occidental, con los brazos abiertos. Una mujer gritando horrorizada por la escena que tenía ante ella.

—¡No! —exclamó ella cayendo de rodillas—. ¡Jonathan!

La mujer levantó la barbilla, respiró hondo y emitió un gran gemido al cielo.

Un sollozo indefenso brotó del joven, colgando de los postes como si estos lo sostuvieran y no al revés. Miró a la solitaria mujer, con el rostro retorcido de angustia.

—Por amor... —balbuceó él, aspirando, una bocanada horrible y fluctuante—. ¡Por ti, Jordin!

Saric sintió que la mente se le fragmentaba, destrozada por la lucha en su alma.

Sin duda, estas eran las palabras de un amor saturado de poder mucho más grandioso que cualquiera que él conocía. No podía matar a quien estaba destinado a producir tal vida.

Eran las palabras de un poder que anularía el suyo. Debía destruir a aquel cuyo destino era aplastar la vida inferior del sangrenegra.

De repente, Jonathan agarró la túnica con ambas manos por la línea del cuello y la rasgó hasta dejar el pecho al descubierto. Bajó la mirada hacia Saric.

—¡Tómala! —gritó, con la cara roja y contraída.

Volvió a agarrarse de los postes, con los brazos abiertos y el pecho desnudo.

—Toma mi vida para todos ellos. Derrama mi sangre y drénala por el bien de este mundo. ¡Toma lo que has venido a arrebatarse y sé transformado para siempre!

Saric se quedó paralizado.

—Obedéceme —ordenó el muchacho en voz más baja que penetró la mente del sangrenegra y le hizo añicos la confusión que aún le quedaba.

Las tinieblas le inundaron la vista. Agarró la espada por la empuñadura, se puso de pie y, gritando a pleno pulmón, se abalanzó sobre el joven.

La hoja tajó a través el cuerpo de Jonathan, partiéndole el torso casi en dos.

Los ojos del muchacho se abrieron desmesuradamente. Medio sofocado, se le separaron los labios. Quedó inmóvil por un instante, suspendido antes de doblarse sobre las rodillas. Los gritos de los mortales ahogaron los agudos lamentos que se oían en lo alto del risco.

El joven se desplomó en un charco de su propia sangre, amontonado a los pies de Saric.

El sangrenegra dio un vacilante paso hacia atrás. La espada se le cayó de la mano y, con ella, el mundo.

Las ruinas comenzaron a temblar bajo sus pies. El viento rugió por el valle, amenazando tirarlo al suelo.

Saric se quedó estupefacto, luchando por mantener el equilibrio bajo el

oscurecido cielo. La superficie del valle se inclinó ante sus propios ojos. Grandes trozos del risco lejano empezaron a deslizarse hacia el interior del valle. Implacables truenos se estrellaban en los cielos, agitándole hasta la médula de los huesos.

La mitad de sus hijos se lanzó a tierra buscando seguridad, la otra mitad intentó correr, tambaleándose y cayendo de bruces como una turba de borrachos. Los caballos de los mortales se encabitaron, lanzando a sus jinetes al suelo convulsionado.

Entonces, tan rápido como el terremoto llegó, se aquietó. La tierra retumbó hasta calmarse. Una tranquilidad antinatural se posó en el valle, interrumpida solamente por el ruido de piedras al caer y por relinchos de caballos.

Con un silbido final, el torbellino en el cielo sorbió las nubes negras, retornándolas a un gris encapotado y empujándolas mediante una suave brisa.

Silencio.

¿Qué has hecho?

A Saric le vino a la mente que aún estaba de pie. Vivo. Pero en el momento en que el pensamiento le llegó supo que no era el mismo hombre que se había considerado vivo solo segundos antes.

Sus pensamientos ya no eran los que le obsesionaban antes. Había visto una luz en los ojos del muchacho. Había obedecido sus órdenes. Se había sometido a un poder que lo dejó aniquilado para que todo el mundo viera.

Nada era lo mismo.

Nada podía volver a ser lo mismo.

Temblando fuertemente, Saric caminó hasta el borde de las gradas, las descendió de una en una, y se acercó hasta un caballo cuya carne aún temblaba de terror. Montó indeciso, vagamente consciente de que se estaban levantando sangrenegras por todos lados, algunos de ellos apoyándose sobre sus endebles rodillas al verlo.

—¿Mi señor? —exclamó Varus acercándose cabalgando, pálido.

Saric evitó la mirada y las preguntas en los ojos de su general, e hizo mover la montura, apenas consciente de la multitud de miradas sobre él.

—¿Cuáles son sus órdenes? —preguntó Varus.

¿Sus órdenes? No podía armarse de denuedo para liderar. El muchacho le había hecho ver su maldad, despojándolo de tal poder. Algo había sucedido con Saric. La luz en los ojos de ese muchacho...

—Salgamos de este lugar —contestó—. No más muertes.

Luego hizo girar el corcel y cabalgó por el valle bajo las miradas de sus hijos.

Detrás de él se levantaba un lamento hacia el cielo. Los mortales lloraban la muerte de su soberano.

Capítulo cuarenta y uno

EL BORDE OCCIDENTAL DEL valle Seyala lo inundaba la luz solar de media mañana. Arriba, los estorninos salían de los árboles en la cima del risco oriental, sorprendentemente vivo sobre las ruinas allá abajo.

Bahar, así se llamó a las ruinas. Fuente de Vida. Estaban quebrantados, envueltos por espesas tinieblas, de modo que nadie que los mirara pudiera pensar que la vida se había otorgado aquí.

Y tomado.

Rom observó los primeros movimientos de un campamento que se levantaba de una noche de luto. Aquellos incapaces de pelear habían regresado y unos pocos habían levantado yurtas, la mayoría de ellas en el mismo lugar en que estuvieran antes, quizás buscando consuelo en la familiaridad. Pero lo que todo esto hacía era llamar la atención de cualquiera que veía los enormes parches de tierra en el medio; tierra cubierta no solo por las moradas de los vivos, sino por los cuerpos de aquellos vestidos ahora de muerte.

A pesar de las objeciones de más de unos cuantos, Rom había insistido en dejar el cadáver de Triphon en el poste, resguardado a fin de mantener alejadas a alimañas y aves. La demanda que hiciera Jonathan antes de morir tenía poco sentido aun para Rom, pero ellos estaban ahora más allá de la razón. Cuando abandonaran el valle, la naturaleza consumiría la carne de Triphon y dejaría solamente un esqueleto como monumento, homenaje a la muerte en este lugar en que una vez reinara la vida.

Doscientos treinta y nueve mortales habían perecido en la batalla de ayer. Ciento setenta y ocho nómadas, sesenta y un custodios. Los nómadas caídos yacían juntos en filas, dejando espacio para que los vivos se movieran entre ellos, bañándolos y vistiéndolos, y envolviendo a los desfigurados en sudarios improvisados de ropa de cama y lienzos. Los custodios estaban aparte, rostros envueltos. Filas de guerreros muertos, ya no alineados en formación de batalla como una raza, sino separados ahora por linaje en la muerte. Nómadas, a la pira. Custodios, a la tierra.

Pero no era la línea de muertos lo que llamaba la atención de Rom una y otra vez, sino el solitario cuerpo envuelto en muselina en lo alto de una tarima construida con mucho cuidado cerca de los peldaños de las ruinas.

Jonathan.

Las muchachas jóvenes habían bajado de las colinas con los brazos llenos de frágiles anémonas. Los niños más pequeños se les apiñaban a su alrededor... niños que Rom reconoció como aquellos con quienes Jonathan se había escapado a menudo para tallarles juguetes mientras se echaban a reír en las colinas occidentales. Habían cubierto su cadáver con flores.

Demasiado rojo. Muy parecido a la sangre que cuidadosamente habían recogido

de los escalones de las ruinas y sellado en frascos de cerámica provistos solemnemente por el custodio. Habían tachado las iniciales en ellos. El custodio los tenía guardados para su propio funeral, a fin de que los pusieran al lado del cuerpo en reconocimiento del día en que este volvería a nacer... el ritual de todos los custodios.

Un día que nunca habría de llegar.

Jonathan había muerto en su decimoctavo cumpleaños.

Rom desvió la mirada.

La noche anterior los exploradores reportaron que los cadáveres de los sangrenegras caídos en la meseta habían sido recogidos por sus compañeros. No se sabía nada de Saric. Ni de Feyn.

El custodio había acudido a Rom para informarle que había hecho una última prueba a la sangre de Jonathan. Muerta, manifestó. Agotadas todas sus extraordinarias propiedades.

Nueve años de esperanza. Perdidos.

Ahora, a medida que el sol se deslizaba hacia el cuerpo que yacía al pie de los peldaños de las ruinas, Rom podía sentir las miradas de los mortales sobre él. Mientras cargaban los cadáveres de los caídos en los cajones tirados por caballos, el campamento se llenaba de los sonoros gemidos de madres, amantes e hijos. Los radicales estaban más insensibles de lo normal, y no recitaban los nombres o las historias de quienes se levantaban sobre sus caballos, como era la costumbre. Todos se hallaban agotados y tensos, mirando a menudo a los centinelas en los riscos, atentos al grito de que el ejército de sangrenegras había regresado. Pero no llegaría ningún ataque. Saric obtuvo lo que quería.

Ni Rom ni Roland hablaron cuando se reunieron a cada lado del cuerpo de Jonathan, puesto en la carreta y cubierto de flores, y con los frascos de cerámica con su sangre a su lado. No podían apartar a Jordin, quien tenía los ojos hinchados por llorar, como si debiera cumplir para siempre el encargo que Rom le diera ayer de no dejar de vigilar al muchacho. Incluso cuando Rom montó a caballo y dio la señal de iniciar la procesión, la chica se aferró de la barandilla de la carreta, estirando a menudo la mano para tocar el pie cubierto de Jonathan.

Desde el extremo sur de la superficie del valle serpentearon por las estribaciones occidentales hacia la meseta. El momento en que subieron la última colina, Rom casi esperó ver aves de carroña picoteando ojos y heridas de cadáveres esparcidos a través del campo de batalla. Pero no había cadáveres en el campo, y solo persistía el olor a sangre, que saturaba por igual la tierra y el aire.

Un cuervo a la derecha de Rom se limpiaba las plumas. En el lejano borde del campo de batalla habían levantado filas de piras funerarias utilizando caballerizas desmanteladas, marcos de yurtas de aquellos que habían caído, y madera del bosque. Las piras se extendían a través del campo como un puente hacia el más allá.

Al lado de las piras funerarias habían cavado una larga tumba para los custodios caídos. Un túnel hacia el mismo destino, dondequiera que se hallara.

Y allí, frente a todo, una simple y solitaria tumba, hacia la cual Rom dirigió la procesión a paso triste.

Al llegar, miró el foso, consciente de las miradas de los demás posadas en él.

¿Qué debía decir? Que no habría soberano. Ni reino. Jonathan no solo había fallado en entregar lo que les había prometido, había destruido todo.

Se volvió lentamente en la silla para mirar a los mortales congregados. A Jordin, con la cara acongojada ante la vista de la tumba. A Adah, secándose las lágrimas con la manga. A los radicales, que miraban fijamente como si lo hicieran a través de él. Al custodio, pálido, con aterrada expresión debida a su total incertidumbre. A Roland, a su lado, rostro cincelado en piedra.

Aclaró la garganta, pero esto no ayudó. Su voz estaba inconfundiblemente ronca.

—Lloramos la pérdida de nuestro soberano —declaró, y volvió a carraspear—. Lo lloramos como el verdadero soberano. El único que debía ser. Dimos nuestras vidas por él. Lo hicimos con alegría, porque él fue el primero en darnos vida.

No podía mirarlos a los ojos. No podía encontrar las duras miradas de los radicales con sus mandíbulas apretadas debajo del brillante sol. La mirada perdida del custodio.

—Lo lloramos, y lo celebramos. Hacemos ambas cosas, porque él hizo lo que vino a hacer, aunque no en un modo que logramos comprender. Nos enseñó qué era vivir. No por una idea o por un Orden, sino por el bien de la vida misma. Nos enseñó a amar. Y ahora su legado vive en nuestras venas. Recordaremos siempre a Jonathan, no como un niño o como un hombre que derramó su sangre, sino como nuestro verdadero soberano. Lo recordaremos y lo honraremos por siempre como la encarnación de la vida, del amor, de la belleza.

Rom titubeó, pero no había más palabras. Ya no podía decirles más, porque no había nada más que él supiera.

¿Por qué, Jonathan?

Nueve años. Muchas vidas. Mucha esperanza.

Asintió con la cabeza hacia Roland, montado a su lado. El príncipe levantó la barbilla.

—¡Hoy nos levantamos como un linaje de vivientes! —exclamó, y su voz se extendió por todo el campo—. Estamos diezmados en número, pero victoriosos. Una raza que vivirá eternamente.

Unos pocos gestos de asentimiento entre los radicales.

—¡Viviremos! Celosamente protegeremos nuestra vida de los muertos. Nunca volverá a venir ningún daño a los de sangre pura. Hoy enviamos al cielo los cuerpos de quienes han caído. Hoy, quienes aún vivimos nos levantaremos, decididos a nunca

más cortejar a los muertos. A todos aquellos que nos privan de la vida les digo: «Mueran en su propia tumba. ¡Nuestra sangre no conoce fin!»

Rom le miró las líneas rígidas del rostro, tan duras y resueltas como sus palabras. Él le devolvió la mirada sin una pizca de conciliación. Rom dudó alguna vez volver a ver de la misma manera a los ojos de Roland.

Que así sea.

Se bajaron de los caballos. Juntos levantaron el cuerpo de Jonathan de la carreta. Jordin permaneció inmóvil, sosteniendo junto a su pecho los frascos de cerámica que contenían la sangre de Jonathan.

Bajaron el cuerpo al suelo. Demasiado pálido, demasiado claro, vaciado de su sangre. Demasiado inerte para ser el niño que Rom había conocido. El custodio mismo bajó a la tumba, agarró los frascos uno por uno de manos de Jordin y los puso en un lecho de paja al lado del cadáver. Cuando intentó subir, de pronto le fallaron las fuerzas y Roland debió ayudarlo.

Rom levantó un puñado de tierra, deseando que los dedos se le abrieran para soltarla en la tumba.

Anatema. Blasfemia, verla caer sobre ese cuerpo en pasividad.

Soltó la tierra sobre el dorso de Jonathan, luego se hizo a un lado. Roland pasó adelante e hizo lo mismo. Jordin depositó solamente un montón de flores encima de los puñados de tierra, sollozando todo el tiempo. Uno por uno se acercaron los demás de la procesión, los niños después de todos y lanzando anémonas a la tumba. Luego los custodios estuvieron allí con sus palas.

Rom se volvió, mirando hacia el oeste, entrecerrando los ojos hacia el sol.

Enterraron al resto de los custodios en la cavidad más allá de la tumba de Jonathan.

Para cuando hubieron colocado a los nómadas sobre las piras y encendido el fuego, el sol había comenzado a ponerse en el horizonte en espléndido color amarillo pardo.

El fuego rugió y crepitó, iluminando el cielo norteño.

No hubo canciones. Ni historias de hazañas de los caídos. Nada de la celebración podía hallar apoyo entre las llamas de tantos cuerpos ardiendo.

El multitudinario funeral consumió el día. Los familiares revolotearon sobre tumbas y piras humeantes hasta el anochecer, algunos alimentando a niños debajo de las primeras estrellas, otros rechazando alimento o incapaces de comer. Las brasas seguirían ardiendo entrada la noche y por la mañana.

Rom se quedó mirando el fuego menguante, consciente solo de la tumba solitaria aislada de las demás. Jonathan siempre había estado aparte, solo. Pero allí estaba Jordin, al lado de él incluso ahora en la penumbra, regando la tumba con sus lágrimas.

Una terrible soledad se apoderó de Rom. Se sintió totalmente perdido. Abandonado en medio del campo de batalla donde... ¿donde qué? ¿Se había ganado una victoria? ¿Se había cambiado la historia? ¿Había conquistado el amor?

¿Fue esto una victoria o el desarrollo de la historia? ¿Esto era el amor?

Un paso a su costado. No había notado la cercanía de Roland hasta que el príncipe estuvo a su lado. Por un momento ninguno habló.

—¿Y ahora? —inquirió Rom, sin volverse.

—Seguimos como lo hemos hecho por siglos —respondió el nómada exhalando tranquilamente.

—¿Con qué fin?

—Sé que este es un día difícil para ti, pero debes recordar que el muchacho nos dejó —dijo el príncipe volviéndose al fin hacia él en medio de la oscuridad—. Vivimos como mortales, llenos de la vida de él. Este fue su propósito.

—¿Morir? No puedo creerlo.

—Cree lo que quieras. En cuanto a mí, creo que él vivió para dar vida, y cuando esa vida abandonó su sangre, murió de buena gana. Ahora mi pueblo tomará el poder que él nos dio y cumpliremos nuestro destino. Nosotros, no Jonathan, gobernaremos el mundo. Quizás así debió ser siempre.

¿Podía Rom haberse equivocado tanto? Si Roland tenía razón, este solo era el comienzo. Sin embargo, ellos no gobernarían. Y ahora había menos mortales vivos que antes. Pero aun mientras las inquietudes batallaban dentro de él, supo con seguridad una cosa.

—Honraremos su muerte por siempre.

—Honraremos su muerte viviendo por siempre —corrigió Roland, volviéndose hacia las humeantes piras.

Esta nueva preocupación parecía tallada dentro del príncipe. Tal como había fusionado a su pueblo con su identidad como nómadas, ahora los involucraría en su nueva misión: vivir como una raza superior que no reconociera a nadie más que a su príncipe.

¿De qué modo era eso diferente de la misión de los sangrenegras?

—¿Qué harás?

—Llevaré a mi pueblo hacia el norte. Nos reagruparemos y nos fortaleceremos. Cuando llegue el día haremos lo que sea necesario.

—¿Qué día?

—El día en que venceremos toda opresión y gobernaremos.

¿Gobernar cómo? Rom quiso preguntar. Pero solamente asintió con la cabeza.

Roland inclinó la cabeza y se alejó.

Capítulo cuarenta y dos

DURANTE DOS JORNADAS, EL valle Seyala permaneció bajo la melancolía de la esperanza destruida y los sueños rotos. Bajo las órdenes de Rom habían limpiado de sangre el patio de piedra de las ruinas y vaciaron el santuario interior. Habían levantado algunas de las yurtas, pero muchos de ellos dormían en refugios temporales hechos de colgajos de lona. En la noche ardían hogueras, pero los cánticos y las danzas que una vez llenaran el valle ya no se oían ni se veían, excepto en el extremo norte, donde algunos de los nómadas rabiaban por sus hazañas en la guerra y hablaban de días venideros de gloria.

El cuerpo muerto de Triphon servía como un recordatorio constante y macabro de la derrota. Rom rechazó dudas en cuanto a la sensatez de dejar un cadáver expuesto, desafiando una creciente presión para dar a Triphon una sepultura apropiada. En vez de eso, asintió a mover el poste con el cadáver hacia un lado de las ruinas donde no fuera visible de manera tan flagrante.

La pregunta más trascendental que todos confrontaban era mucho más urgente: ¿qué iba a pasar con aquellos que aún vivían?

No había soberano mortal que tomara la silla del poder. Ningún nuevo reino para despertar al mundo a la vida. Ningún niño milagroso y fanático que inspirara esperanza. Ninguna promesa de vida más allá de la que ya corría, desenfrenada pero sin propósito, en las propias venas de la gente.

Solo un valle abatido con ruinas bañadas en el recuerdo de la sangre.

Nada tenía sentido.

El consejo se había reunido dos veces en un intento por hallar consenso, pero no se pudo acordar ningún sendero claro. Rom y los custodios estaban demasiado angustiados con la injusticia de la muerte de Jonathan como para considerar alguna dirección, y menos aún el futuro. ¿Cómo pudo aquel que les prometió un nuevo reino haber eliminado esa posibilidad al ofrendar su propia vida? En su masacre de sangrenegras había demostrado más habilidad y fortaleza de la que cualquier mortal podía haber esperado de él. ¿Por qué entonces se había desnudado el pecho y le había entregado la espada a Saric? ¿Por qué?

El cielo se podría haber aclarado, pero el valle estaba cubierto por la espesa niebla de la confusión y el dolor.

Incluso Roland, tan firme en su resolución de ver a su nueva raza de nómadas subir al poder, ofrecía pocos particulares en cuanto a cómo debían proceder.

Al norte, sí. Con vida plena, sí. ¿Pero y qué de la expectativa de libertad y autonomía adoptada por su pueblo durante la vida de Jonathan? ¿Qué pasaría ahora?

A Jordin casi no se la veía en el valle, y prefería la compañía de la tumba de Jonathan. Rom había ido a la meseta la víspera de la segunda noche y la había

encontrado acurrucada al lado de la tierra recién removida, dormida. Se había sentado a observar el firme vaivén de la respiración de la chica, tratando por centésima vez de encontrarle sentido a las preguntas que le inundaban la mente.

Él nunca había sabido que Jonathan hablara falsedades o indujera al error. ¿Qué entonces había querido decir el día de su muerte al afirmar que estaba trayendo un nuevo reino de soberanía? ¿Y cómo podía hacerlo si su sangre había perdido su potencia?

¿Era posible que Jonathan simplemente sucumbiera a la presión de la expectativa de que cumpliría a todos lo prometido? ¿A los años de estar sangrando, visto cada vez menos como un niño y más como un recipiente de poder?

¿Era culpa de ellos haber presionado a un frágil niño a convertirse en un líder sin que tuviera la fortaleza de llegar a serlo?

¿Qué significaba seguirlo como había recomendado en sus últimos días? ¿Cómo se podía seguir a los muertos?

¿Qué de la tormenta y el terremoto? Algunos los llamaban la mano del Creador. Otros afirmaban que no se trató más que de una terrible tormenta.

A propósito, ¿existía siquiera el Creador? Algunos decían que no... ¿cómo podía existir, dado todo lo que había sucedido? Que lo ocurrido en la sangre de Jonathan fue cuestión de genética, de ciencia, y no un misterio. Dos días antes, Rom los habría ridiculizado como ciegos y desagradecidos; sin embargo, ¿cómo podía hacerlo hoy? ¿Por qué un Creador permitiría que muriera una fuente de vida verdadera?

Todo lo que había creído se había puesto en duda.

Y Feyn... ¿qué de ella? ¿Qué habían acordado en la cumbre? ¿Por qué había huido después de entregarlo a Saric, sin voltear a mirar ni una sola vez?

En cuanto a Saric... Haber asesinado a Jonathan fue claramente una victoria, ¿pero y su aparente quebrantamiento delante de Jonathan? ¿Y a dónde había ido?

Las preguntas se negaban a esfumarse cuando regresó al campamento, dejando a Jordin entregada a su exhausto sueño mientras el día se convertía en noche, y la noche en día.

El atardecer anterior, Roland anunció que él y veinte inmortales viajarían al norte al día siguiente. Hallarían un nuevo valle en el cual reconstruir. Ya no había motivo para permanecer tan cerca de la ciudad. El hombre no tenía dirección más clara que esa, solo que era hora de que su pueblo abrazara su nueva vida y considerara los siglos que tenían por delante.

Esto significaría una división entre los custodios y nómadas que deseaban quedarse con Rom cerca de Bizancio y los que rechazaban cualquier idea de llevar vida a la capital del mundo.

Esa noche, el sueño llegó con dificultad, y solo en segmentos confusos. Rom daba vueltas, acosado con las mismas preguntas, reviviendo una y otra vez cada encuentro

con Jonathan los últimos días de su vida hasta que los sueños se convirtieron en una confusa mezclanza.

—¿Jonathan? —susurró una vez, en medio de la oscuridad.
Sintiéndose ridículo, cerró los ojos. Finalmente se durmió.

Rom.

Un susurro en el éter del sueño.

Rom.

Conozco el camino.

Pero no había camino. Él lo había conocido una vez con la garantía de cada una de sus convicciones, y le había fallado.

Rom.

Algo le dio un tirón.

No, algo no, alguien.

—Rom. ¡Rom!

Los ojos se le abrieron y vio un rostro en la oscuridad. Ojos redondos lo miraban desde un rostro grisáceo y manchado por las lágrimas. Ella tenía el cabello hecho un desastre.

—¿Jordin? —exclamó Rom sentándose.

La chica permaneció con los brazos sueltos a los costados, mirando medio enloquecida.

Así que eso era contagioso.

—Jordin. ¿Qué pasa?

¿Había regresado Saric? ¿Feyn? ¿Estaba Roland saliendo al amparo de la noche?

—Sé lo que él quiso decir —susurró ella—. Sé lo que debemos hacer.

—¿Qué quiso decir quién, Jordin?

—Jonathan nos pidió que lo siguiéramos. Me lo dijo. Hizo que se lo prometiera. Sé lo que quiso decir.

La pobre chica estaba quebrantada, deshecha por el dolor y por no querer comer.

—Por favor, Jordin... —balbuceó Rom pasándose la mano por el cabello enredado—. Tienes que descansar un poco.

—Sé cómo seguirlo —insistió ella.

—¡Está muerto, Jordin! Tienes que aceptar eso.

Ella simplemente lo miró.

—Está bien. Dime —aceptó él después de suspirar, cerrar los ojos y luego volver a abrirlos, y hacer acopio de paciencia—. Dime cómo seguir a un hombre muerto.

—Debemos tomar su sangre.

Rom le devolvió la mirada, sin estar seguro de si horrorizarse o reírse de la chica.

—Ya tenemos su sangre.

—Tenemos su vieja sangre.

—¡Tenemos la sangre que nos dio cuando estaba vivo!

—Se halla en su sangre —declaró la joven como si fuera obvio, así de simple.

—Jordin. Él está enterrado. Su sangre es la de un cadáver... literalmente.

—Se halla en la sangre. Hay tres frascos con sangre en su tumba.

—¿Qué estás insinuando? ¿Que lo desenterramos y bebamos la sangre de un cadáver? —objetó Rom mientras el pensamiento le revolvía el estómago.

—No, la inyectamos en nuestras venas, como hicimos antes.

—¡Jordin, está muerto! Es probable que la sangre ya esté coagulada.

—Entonces nos morimos, también, con su sangre en nuestras venas. Él dijo que lo siguiéramos. Me lo dijo, te lo dijo, nos lo dijo a todos. Debemos desenterrar su cuerpo y tomar su sangre. Tenemos que seguirlo.

—No puedes hablar en serio —opinó él recostándose sobre un codo.

—¿Me ayudarás?

Las palabras que Jonathan había gritado por igual a amomados y mortales desde las gradas del templo le susurraron a Rom a través de la mente: *¡Encuentren la vida y sepan que el reino de los soberanos está sobre ustedes!*

La petición lo había obsesionado. ¿Qué pudo querer decir con *encontrar*? No dijo que ya han *encontrado*, sino *encuentren*.

En todo caso, Jonathan seguramente no había querido decir que le cavaran la tumba.

—Jordin, por favor... El custodio examinó la sangre de Jonathan y no halló propiedades de...

—Él pidió que lo siguiéramos.

—¡Sí, pero no muriendo!

—Él dijo que estaba derramando su sangre por el mundo.

Derrama mi sangre y drénala por el bien de este mundo. Rom había tomado las palabras como el grito desesperado de alguien a punto de morir.

—Sí. Jonathan dijo eso. Pero si quería que desenterráramos su cuerpo y tomáramos su sangre, lo hubiera clarificado.

—Él siempre ocultó la verdad para aquellos que la hallarían —mencionó Jordin—. Yo voy a hacerlo, me ayudes o no.

La chica en realidad estaba dispuesta a hacerlo.

¿Y si ella tuviera razón?

Rom se levantó y anduvo de un lado a otro, cautivado repentinamente por la idea, aunque improbable. ¿Por qué supusieron que la sangre de Jonathan maduraría convirtiéndose en una versión más fuerte de lo que había sido y no en algo totalmente nuevo? Y sin embargo, suponiendo que el muchacho lo supiera, ¿por qué no había dicho nada al respecto?

¿O lo había hecho?

—Voy a conseguir una pala —manifestó Jordin, girando para salir.

—¡Espera!

La chica se volvió.

—Espera. ¡No podemos profanar así no más la tumba y desenterrar el cuerpo!
¡Esta es reverenciada por mil mortales!

—Por mí más que por cualquiera de ellos —objetó la muchacha—. Voy a conseguir una pala.

—¿Y luego qué?

—Luego lo seguiré en su muerte. Tomaré la sangre que él derramó al morir. Eso es lo que él quiso decir. Eso es lo que yo haré.

—Deberíamos preguntarle al custodio.

—No. Si no me ayudas, iré sola.

El líder de los mortales meditó por un momento más, luego agarró las botas y se las puso.

—Dejamos su cuerpo en la tierra.

—Por supuesto. ¿Te parezco una salvaje?

Sí.

—Busquemos la pala —pidió él agarrando su chaqueta.

Rom y Jordin tardaron veinte minutos en conseguir una pala y cabalgar hasta la tumba de Jonathan. La noche estaba tranquila, mucho después de la hora del canto de los insectos... dos buenas horas antes de que los primeros pájaros despertaran. Delante de ellos, el montículo de tierra levemente redondeado parecía tan dormido y sin vida como el cuerpo enterrado debajo.

A la derecha de Rom yacía el largo montículo de esos otros custodios, una cicatriz levantada sobre la superficie del suelo. Aún olía a tierra, fresca como pasto revuelto y como lluvia sobre la carne en descomposición debajo. Un monumento sagrado de muerte para quienes debían recordar la vida.

Y ahora ellos estaban a punto de profanar el monumento apreciado por la mayoría. Por un instante, Rom cedió ante la desconfianza.

—Estamos haciendo esto basados en puras conjeturas —expresó.

—Estamos haciendo esto porque lo vi en sus ojos.

—Los ojos se malinterpretan con facilidad, Jordin.

—Sus ojos me prometieron amor. ¿Mata el amor a la esperanza?

Rom miró a la luna redonda, un faro brillante en los cielos moteados de estrellas, que desde la muerte de Jonathan habían estado sin nubes; extraño, aunque no imposible. Por otro lado, la tormenta que había acompañado la muerte del muchacho había sido singular.

La mano del Creador. Si era verdad, si era posible, que esa mano se había inclinado hacia la tierra en ese momento, ¿seguía existiendo aún su toque?

Rom consideró a Jordin, quien lo miraba con expectativa, la última pregunta de la muchacha persistiendo aún en el aire. Entonces levantó la pala y la presionó en la tierra. Segundos después lanzó a un lado el primer montón.

Se turnaron con la pala, amontonando cuidadosamente la tierra a un lado para poder reemplazarla con facilidad cuando la tumba se abriera poco a poco debajo de ellos.

Ya está. El primer vistazo de una sucia mortaja.

Sudando por el esfuerzo, con las manos ardiéndole igual que las emociones, Rom lanzó la pala detrás de él. Saltó al interior de la tumba y con sumo cuidado retiró con las manos la tierra que quedaba en lo alto del cuerpo, sin poder contener la imagen de esa espada centelleando de modo insoportable debajo del cielo oscurecido. Dos veces Rom volvió el rostro hacia su brazo, aparentemente ante el olor del cadáver, ya descomponiéndose, pero sobre todo por el recuerdo de Jonathan cayendo sobre las gradas del templo.

Luego siguió con esmero quitando la tierra de los tres frascos de cerámica colocados alrededor de la cabeza. Rojo. El color del ocre, la tierra y la sangre.

Miró a Jordin, quien se veía tan pálida como un fantasma a la luz de la luna, los ojos bien abiertos, fijos en el cuerpo. Las lágrimas le brillaban en los ojos y le bajaban por la mejilla. Pero no apartó la mirada.

La chica se puso de rodillas, estiró la mano hacia cada frasco a medida que él se los pasaba, agarrándolos con cautela como si estuvieran hechos de cáscaras de huevo.

—Cúbrelo —expresó la chica, casi como si hiciera una súplica.

Rom se salió de la tumba, agarró la pala y comenzó a rellenarla. Veinte minutos después le habían devuelto la apariencia de su forma original, lanzando flores del campo sobre la tierra. Pero hasta un amomado sabría que la tierra había sido removida recientemente. Y sin duda cualquier mortal con su sentido perceptivo agudo lo sabría de inmediato.

Rom casi podía oír la indignación.

Ya no importaba. El razonamiento de Jordin se había afirmado en la mente de él a medida que cavaba, motivándolo a una firme determinación. Si ella tenía razón... Creador. El mundo entero cambiaría.

Las demás declaraciones de Jonathan, gritadas como un demente en la Concurrencia, proliferaban en la mente de Rom. *Traeré un reino nuevo y soberano... La muerte produce vida... No conocerán verdadera vida a menos que prueben sangre.* Había dicho todo ello mientras el corazón de Avra escurría sangre en las manos del muchacho.

Pero muy bien podría haber estado hablando de la suya propia.

Jordin envolvió los frascos en su abrigo, los puso con cuidado en las alforjas y saltó sobre su caballo.

Cabalgaron desde la meseta uno al lado del otro, hablando solo cuando se acercaban al campamento.

—Lleva la sangre al santuario interior —pidió Rom; ya habían acordado realizar el ritual con el instrumento del custodio, para lo cual no tenían más alternativa que involucrarlo—. Yo despertaré al Libro.

El santuario interior estaba iluminado por tres velas recogidas a toda prisa por el custodio. En menos de media hora la luz de la mañana se filtraría dentro del valle, y Roland y su grupo madrugarían para hacer los preparativos de su viaje al norte. Debían apurarse; Rom no tenía deseos de explicarse ante ningún mortal que, en el mejor de los casos, podría juzgar escandalosas, y profanas en el peor, las acciones de ellos dos.

Rom había forzado al anciano custodio a despertar, insistiendo en que habían descubierto algo que podía probar que todas las predicciones de este eran ciertas. No se lo habían tenido que decir hasta que el viejo entró corriendo a las ruinas y se detuvo en seco, con los ojos fijos en los frascos de cerámica.

—¿Qué han hecho ustedes? —preguntó el custodio—. ¡Está muerto!

—Y deseamos seguirlo en su muerte —contestó Rom, oyendo lo absurdo del eco de sus propias palabras.

—¿Te refieres a morir? —inquirió el anciano girándose para mirarlo fijamente.

—No, me refiero a seguir sus pasos. La sangre de esos frascos. ¿Me matará?

—Depende —declaró el custodio después de titubear.

—¿De qué?

—De qué haya en la sangre.

—¿Puedes decirlo?

—No sé lo que estoy buscando...

Rom supo que algo comenzaba a suceder en la cabeza del hombre.

A los pocos minutos, el custodio había puesto la endoprótesis vascular sobre una sencilla tela blanca y anunciaba que el sello de todos los frascos estaba intacto; la sangre no se había coagulado. Pero luego pareció titubear.

—Esto podría ser una blasfemia —afirmó, tensionándose el cabello blanco hacia la parte trasera de la cabeza en una forma que lo hacía parecer más despeinado que antes—. Siglos de proteger el secreto de esta sangre, y ahora abrir las vasijas sagradas...

—Entonces te debes a los siglos y a quienes llegaron antes de ti para conocer la verdad —interrumpió Rom, que ya se había subido la manga.

—¿Seguro que estás dispuesto a arriesgarte a esto? —preguntó el custodio.

—¿Cuándo seguir a Jonathan no involucró riesgo?

—No —terció Jordin poniéndole la mano en el antebrazo—. Yo voy primero.

—Fui yo el destinado para encontrar a Jonathan cuando él era niño —declaró Rom.

—Sí, pero... —objetó ella frunciendo el ceño.

—¿Quién trajo a Jonathan a este valle?

—Tú.

—¿Y a quién aceptó Jonathan como cabecilla de los custodios?

—Está bien. Pero quiero que sepas que ya sea que vivas o mueras, yo *tomaré* la sangre.

Había algo descabellado en los ojos de la joven, y Rom supo con seguridad que ella pronto moriría sin Jonathan, que la posibilidad de morir era en sí una ganancia. Él no podía culparla.

Rom asintió. Y luego se subió más la manga por encima del codo de la mano derecha, se sentó en el borde del altar y se recostó.

—¿Estás seguro de esto? —indagó el custodio, recogiendo la endoprótesis de acero.

—¿Querías hacerlo?

El anciano custodio consideró la pregunta solo por un instante, luego inclinó la cabeza.

—Lo haría.

—Entonces hazlo.

—¿Cuánta?

—Tanta como sea necesario.

Rom cerró los ojos y esperó el copo de desinfectante frío sobre la piel. El ardor de la aguja. Un escalofrío le recorrió el cuello cuando el líquido llegó, como la picadura de un escorpión, helado en las venas. El ritmo cardíaco aumentó, expectante.

Luego nada más que el firme vaivén de su propia respiración.

Rom no sabía qué debía anticipar: quizás un rayo de energía o calambres en el intestino como estirones bruscos, parecidos a los de la primera vez que consumiera la sangre antigua muchos años atrás.

—¿Pasa algo? —susurró Jordin.

Mantuvo los ojos cerrados y meneó la cabeza.

—Quédate quieto —ordenó el anciano custodio.

Rom permaneció inmóvil, esperando alguna señal inesperada de que la sangre que le fluía dentro de las venas contuviera poder.

Nada.

—Suficiente —declaró el custodio, retirando la endoprótesis y presionando un copo de algodón en la herida del pinchazo—. Un poco más y...

—Necesito más.

—Ya te he dado el doble de la cantidad que Jonathan proveía para dar vida a los

amomiados.

—Dame más.

—Rom, no sabemos qué efecto...

—¡Más! ¡Hazlo!

El anciano meneó finalmente la cabeza y luego reinsertó la prótesis. Un momento después, la fría sangre volvía a inundar las venas de Rom, quien apretó la mano y cerró otra vez los ojos. La mente le vagó detrás de la oscuridad de los ojos cerrados, un mar de tinieblas tachonado con puntos de luz. El recuerdo de estrellas en el cielo cuando exhumaron la tumba. Pero nada más. No sintió aumento de poder, ningún oleaje de emoción, ni dolor ni asombro, ni siquiera el mínimo cosquilleo más allá de la temperatura más fría de la sangre misma.

Nada.

Una gran tristeza se apoderó de él como un manto asfixiante. Jordin se había equivocado. La sangre de Jonathan no tenía potencia. El reino soberano del niño no existía más que él mismo ahora. No había esperanza más allá de la tumba en un mundo aún esclavizado por la muerte.

Todo aquello que Rom había protegido en la vida se había esfumado.

Los diminutos puntos de luz flotaban a través de la oscuridad, cayendo hacia un horizonte negro como estrellas fugaces, apagándose.

Lo estaba alimentando la sangre de un cadáver. ¿Y si ese fluido deshiciera el poder de la sangre viva de Jonathan dentro de él? ¿Y si, en su búsqueda desesperada por el sueño de un soberano mortal, hubiera renunciado a la misma vida en sus venas y hubiera pasado de mortal a amomiado como tan seguramente ocurrió con Jonathan?

Un súbito pánico le recorrió el cuerpo, expulsando sudor por los poros. *¡Basta! ¡Arranca la endoprótesis antes de que sea demasiado tarde!*

Quiso hacerlo. En su imaginación ya estaba extendiendo el brazo por el cuerpo, agarrando el dispositivo y destrozándolo con un grito de indignación.

El organismo le comenzó a temblar.

A la mente le saltaron imágenes de Jonathan danzando con los niños. De la niña que habían rescatado de la Autoridad de Transición, Kaya, sonriendo cuando había levantado los brazos hacia él. De mil mortales saltando de arriba abajo mientras sus rugidos asediaban a quien sería el soberano de ellos, y quien estaba con los brazos abiertos sobre las gradas de las ruinas.

Imágenes de la espada de Jonathan matando a través de la línea de sangrenegras, de su dedo señalando a los mortales mientras lanzaba palabras de acusación. De sangre salpicándole el cuerpo desnudo como si estuviera purificándose.

Los últimos guiños de luz se desvanecieron. Oscuridad, más profunda que cualquiera que hubiera experimentado, le bordeó la psiquis como una pesada niebla negra. Sintió que la respiración se le espesaba, el pulso le disminuía, y el cuerpo se le

enfriaba.

Te estás muriendo, Rom.

Cuando la comprensión lo impactó, ya era demasiado tarde. Trató de abrir la boca y gritar, pero los músculos no le respondieron. Los brazos permanecían a su costado, temblando con los últimos vestigios de vida.

Unas voces sonaban con angustia desde los confines de su conciencia. Voces, pero no distinguía las palabras.

Otra imagen se le metió en sus languidecientes pensamientos: del sangrenegra que habían inyectado con la sangre de Jonathan, echando espuma por la boca antes de desplomarse sin pulso. Rom había profanado la tumba de Jonathan, había tomado su sangre, y ahora pagaría el mismo precio.

Sintió que le arrancaban la endoprótesis. Manos en el cuerpo, sacudiéndolo. Palabras de horror desde la voz áspera del anciano.

Y luego no sintió nada.

Solo perfecta paz.

Oscuridad.

Silencio.

Muerte.

Jordin estaba parada viendo por encima el cuerpo inactivo de Rom, llena de un miedo paralizador. El sudor en el rostro y en los brazos de él brillaba a la luz de la luna: un bautismo de muerte. Los ojos de Rom, que solo un momento antes se movían debajo de las pestañas, ahora estaban quietos. Las fosas nasales habían lanzado un último y prolongado aliento, y luego el pecho se había aquietado.

Creador. ¿Era posible?

La sangre de Jonathan le había quitado la vida a Rom.

Por un largo instante, ella le miró el pálido rostro. Estaba blanco como si le hubieran drenado la sangre. El anciano custodio buscaba frenéticamente el pulso de Rom.

—¡Está muerto! —exclamó, mirando hacia el techo.

¡No! Él no podía estar muerto.

—Bendito Creador. ¡Lo hemos matado! —añadió el custodio, agarrándose la cabeza.

La respiración de Jordin se aceleró, el pulso se le espesó, como si el poder de robar la vida que se había extendido a través de Rom en sus momentos finales se le hubiera colado a ella entre los poros.

Jonathan la había abandonado. La había amado y elegido, solo para ser arrastrado por la locura, por una creencia de que con su muerte podía salvarlos a todos. Durante dos días ella se había aferrado a ese amor agonizante, negándose a creer que el

muchacho podía invitar a su propia muerte y dejarla huérfana, para nunca conocer el amor de nuevo. Porque no habría ningún otro después de Jonathan. Él se le había llevado el corazón a la tumba.

Y ahora Rom se unía al muchacho.

La chica retrocedió un paso tambaleante, la mente adormecida, jadeos frenéticos que resonaban por el salón interior. El pánico se apoderó de ella como un viento ártico, cortándola hasta los huesos.

Lo que Jordin hizo a continuación no provino de ningún razonamiento lógico, sino de la intuitiva desesperación de una mujer rápidamente lanzada a la oscuridad para morir sin una palabra de despedida de su amo.

Saltó hacia delante con un gruñido y golpeó con el puño el pecho inerte de Rom.

—¡No!

Igual que una bestia arañando para salir del hoyo, la joven clavó los dedos en la ropa de él, sacudiéndolo hacia adelante y atrás.

—¡No! ¡No te atrevas a irte! ¡No te atrevas!

—Por favor, Jordin... —balbuceó el custodio a su lado, poniéndole la mano en el brazo, trayéndola suavemente hacia atrás.

—¡Despierta! —gritaba ella, golpeándole el pecho—. ¡Despierta!

—Jordin...

La joven abofeteó a Rom, con tanta fuerza que le dejó la cabeza colgando hacia un lado.

—¡Despierta! —gritó, abofeteándolo otra vez.

El rostro de él estaba frío. No despertó.

El carácter definitivo de la muerte de Rom cayó sobre Jordin como una ola golpeando desde la profundidad. Y con ello, absoluta resignación a la asfixiante condición de la esperanza perdida. Las piernas se le doblaron. La chica cayó sobre el cuerpo sin vida, con la cabeza en el pecho masculino y los brazos colgándole sobre el costado del altar.

Los sollozos se le hicieron más lentos al principio, filtrándosele como desde sus mismas entrañas. Y luego se le desbordaron con respiraciones irregulares hasta convertirse finalmente en un lúgubre lamento.

Jordin estaba vagamente consciente de la mano del custodio en su hombro. De que él le estaba susurrando algo, de que intentaba ayudarla a levantarse.

Ella se aferró al cuerpo de Rom, el cuerpo lleno con la sangre de Jonathan.

—Por favor, Jordin, la luz del día está por llegar. Vamos a tener que explicarnos ante los demás.

Las palabras del anciano la cortaron como un cuchillo en la espalda. La chica no podía explicarse ante los demás, porque hasta en esta última acción le había fallado a Jonathan. Ella, no Rom ni el custodio, aceptaría toda la culpa. La mujer a la que

Jonathan amara mientras vivió, había hecho una burla de él en su muerte.

Lentamente, se soltó y cayó al suelo, acurrucada llorando.

El suave ruido de su propio corazón se burló de ella, el ritmo palpitante de un corazón presionado hasta el límite. ¿Y por qué no? La muerte se le había tragado la esperanza, abandonándola en el infierno. Jordin ya no tenía motivo para vivir. El ruido era demasiado fuerte, cada vez más intenso, como un caballo aumentando la velocidad hasta galopar, como desesperado por escapar de la muerte misma.

El ritmo aumentó hasta convertirse en fuertes latidos. Pero no venían de ella.

Jordin oyó la súbita inhalación del custodio. Abrió bruscamente los ojos. Levantó la cabeza del suelo.

El sonido venía del altar encima de ella.

La joven se puso de rodillas y giró hacia Rom, cuyo cuerpo estaba arqueado de manera inverosímil, sacudiéndose con violentos temblores como una hoja en una tormenta.

La chica se colocó por detrás del custodio, quien estiró un brazo protector frente a ella.

¿Qué es oscuridad? ¿Qué es *luz* cuando solo hay oscuridad? ¿Cómo procesa la mente la vida cuando solo hay muerte?

Estos eran los fundamentos del inadmisibile dilema de Rom cuando la luz salió de la vacía oscuridad que fue su inexistencia mientras yacía muerto e inconsciente.

La luz no entró a su conciencia ni se desarrolló a partir de una chispa inicial; explotó con un cálido y claro destello. No le cambió el mundo, sino que creó uno nuevo. Hágase la vida. No había nada y entonces hubo todo.

Cada fibra de su ser estaba súbitamente gritando con vida, inundado de calidez, asfixiado por un amor alucinante, sacudiéndose con más placer del que su mente podía contener.

Rom estaba apenas consciente de que tenía un cuerpo que reaccionaba al estallido en su interior, distorsionado más allá de lo que ocurría de forma natural, porque en el momento nada era natural. Todo era nuevo.

El mismo aire era puro placer, y lo respiraba como una droga que forzaba la sinapsis hasta el punto álgido. Una sensación estimulante y magnífica, demasiado poderosa para resistir.

—¿Sientes mi vida, Rom?

El susurro de Jonathan le resonó en su nuevo mundo, suave pero cargado tanto de poder como de luz.

—¿Ves cuán grande es mi amor?

Y con esas palabras susurradas llegó un grito lejano. El suyo propio, sin palabras pero con un significado singular.

—Sí... ¡Sí!

—Desintegra la oscuridad con mi vida, Rom. Vive...

Rom se estaba sacudiendo con violencia, llorando de manera incontrolada con la boca totalmente abierta, y la mente explotándole de felicidad. Deseaba decir: *Lo haré. Desintegraré la oscuridad. Viviré.* Pero solo pudo gritar.

No supo cuánto tiempo duró esa primera explosión... un momento. Una hora. Una vida... de llorar de gratitud. Suplicando perdón por dudar. Jurando amor eterno.

Entonces la luz se desvaneció en el horizonte de su mente, dejándolo totalmente vivo. Liberado, sintió que su cuerpo caía pesadamente a la superficie pétrea debajo de él.

Era alguien nuevo.

Vivo.

Rom abrió los ojos.

Jordin observó que el cuerpo de Rom permanecía doblado de manera inverosímil por varios segundos interminables antes de volver a caer sobre la superficie de piedra del altar y quedar inerte. El grito que él lanzó había roto el silencio del salón, pero a Jordin ni se le ocurrió que los que había en el campamento podían oírlo. Ahora la boca de Rom se cerró y yacía recostado con lágrimas pasando por sus sienes.

Respira, debió recordarse la chica, mientras tranquilidad absoluta se asentaba sobre el santuario. A lo lejos, un gallo cantó.

Los párpados de Rom se abrieron de golpe. Se incorporó y de inmediato se entregó a un largo y desesperado resuello que retumbó a través del salón.

Jordin observó en atónito silencio mientras él miraba alrededor, perdido por un momento, como reconociendo el mundo por primera vez. El hombre levantó las manos para mirárselas, se puso una palma en el pecho para sentir su propia respiración, parpadeando para aclarar la visión.

La chica presenciaba todo esto con anhelo tembloroso y envidia desesperada.

Rom volvió la cabeza y los miró... primero al custodio, luego a Jordin. Detuvo la mirada en ella.

—Jordin —dijo con voz áspera.

—Es... estás vivo.

—¿He estado muerto? —inquirió él, luego respondió su propia pregunta—. Me morí...

—¡Estás vivo! —exclamó la joven.

—Vivo —confirmó Rom, mientras ella se lanzaba hacia delante y lo abrazaba, llorando.

—Estás vivo —sollozó Jordin.

—Más vivo de lo que puedes imaginar —afirmó él.

Capítulo cuarenta y tres

Capítulo cuarenta y cuatro

Capítulo cuarenta y cinco

Capítulo cuarenta y seis

EL VALLE SEYALA YACÍA bajo un cielo nublado, las ruinas y el campamento vacíos una vez más. Roland se había llevado casi novecientos autoproclamados inmortales hacia el norte, cabalgando sobre su silla, con la mirada firmemente fija en su destino. Ninguna cantidad de palabras persuasivas pudo alterar la interpretación del hombre acerca de los días previos a la muerte de Jonathan, o al curso del soberano.

Rom apenas podía culparlo. ¿Quién podía argumentar contra los poderes de la vida evidenciados en todos aquellos que habían jurado su lealtad a Roland? Poseían sentidos muy agudos que les facilitarían el ascenso a la supremacía en el curso de sus enormemente extensas vidas. Ante sus propios ojos eran nada menos que dioses listos para recorrer la tierra.

Incluso ahora, mientras Rom se hallaba sentado sobre su caballo observando a Jordin presentar sus últimos respetos a la tumba de Jonathan, sintió una extraña atracción a la seducción de esa vida.

Pero esa vida ya no era para él.

Los cuarenta y cinco que se habían unido a Rom, Libro, Jordin y Triphon tendrían la suerte de vivir periodos de vida naturales antes de ser devueltos a la tierra. Lo que vendría después de esta vida, realmente nadie lo sabía. Ninguno de ellos entendía de veras la felicidad. Pero muy pocos estatutos del Orden seguían teniendo sentido: desde el código de conducta prescrito por Rom años atrás cuando salió de Bizancio por primera vez, hasta el vengativo Creador, dicho código estaba diseñado para apaciguar.

La obsesión de Jonathan había estado con el amor, no con el castigo.

Un total de cuarenta y nueve mortales verdaderos habitaban ahora la tierra. Soberanos. El de ellos era un exiguo inicio de un viaje que ninguno comprendía bien. Pero al menos ahora entendían a Aquel que era la piedra angular de su nueva vida. Como resultado, en los últimos días se les había clarificado quiénes eran ellos mismos y qué senda seguirían.

Ahora entendían que eran creadores. La mayoría de mortales había sido creada más de la sangre de Rom, Jordin, o del custodio, que de la que quedaba de Jonathan.

Comprendían que habían renunciado a mucho de aquello que los inmortales de Roland apreciaban, y que los mortales del reino soberano serían malinterpretados y despreciados, una diminuta banda de vagabundos ya no inclinada a gobernar el mundo, sino a sobrevivir en él.

Entendían la hermosa sencillez que acompaña a la certidumbre, como niños que creen mucho antes de luchar con los fundamentos filosóficos o empíricos de esas creencias. Así vivían con la suprema seguridad de verdades sencillas. ¿Por qué el mundo era redondo? Porque así era. ¿Por qué los amomiados anhelaban vida? Porque

sí.

Jordin lloraba.

Rom lo vio en su mente antes de que las lágrimas le brotaran a ella de los ojos. Como si ya estuviera sucediendo, aunque aún no sucedía. Todavía no.

El mortal parpadeó, estupefacto por la repentina comprensión incluso cuando Jordin alargaba la mano y tocaba el elevado poste que la joven había erigido en la cabecera de la tumba de Jonathan. El monumento estaba coronado con un rollo en que simplemente se leía:

*Vida fluyó de sus venas;
Amor le gobernó el corazón.
Aquí yace Jonathan,
El primer soberano verdadero.*

Jordin bajó la cabeza y dejó fluir las lágrimas.

Rom la miró, atónito por su precognición. Había sabido que la chica iba a llorar, no porque hubiera anticipado la acción, sino porque él lo había *sabido*.

Tanto como sabía que ella diría ahora: «Lo siento mucho, Jonathan».

—Lo siento mucho, Jonathan —dijo Jordin, sacudiendo la cabeza con remordimiento.

Un escalofrío le bajó a Rom por el cuello.

¿Qué otros poderes descubrirían pronto?

La pregunta le produjo calidez en el corazón a pesar de la demostración de tristeza delante de él. Sus vidas no serían fáciles. Pero donde había necesidad de seguir el camino de Jonathan, seguramente habría medios para lograrlo. Él también sabía eso.

Triphon dirigía la fila de mortales a la vista sobre el borde sur de la meseta. Kaya estaba con ellos, así como Adah y Raner. Solo veinte eran guerreros; los demás, hombres y mujeres ancianos, o niños. ¿Sería necesaria la habilidad con el arco y la espada? ¿Cómo iban a sobrevivir despojados de sus agudos sentidos mortales?

—Jonathan mató sangrenegras —enunció Jordin, tensando la mandíbula sin molestarse en secarse las lágrimas—. Lo seguimos.

Rom la examinó, preguntándose si la respuesta de ella era coincidencia o si la muchacha la había expresado con discernimiento de los pensamientos de él.

—Con cada aliento hasta el día en que muramos —asintió.

Jordin tocó el monumento de Jonathan por última vez, deteniendo la mirada en el letrero que ella misma había atado en lo alto. Luego caminó hacia su caballo, se subió a la silla, y salió junto a Rom, enfrentando a la caravana que se acercaba. Por un instante ninguno de los dos habló.

—Ellos intentarán eliminarnos —advirtió la chica.

—Quizás los soberanos no vivan mucho tiempo, pero tampoco mueren fácilmente —expresó Rom asintiendo una vez con la cabeza.

La tumba a la derecha parecía diferente, pero ambos sabían que Jonathan aún vivía, aunque no como ese mortal que recorriera la tierra.

—Me gustaría que los condujeras conmigo, Jordin. Como mi igual.

Un cuervo graznó en alguna parte detrás de ellos.

—Soy muy joven —advirtió ella.

—Tienes un corazón puro.

—Estoy demasiado abatida para pensar con claridad.

—Viste la verdad antes que el resto de nosotros.

—¿Cómo puedo dirigir si no sé a dónde ir? —objetó la chica.

—Vamos al sur, al valle Carena.

—¿A hacer qué?

—A seguir a Jonathan. Más allá de eso, ninguno de nosotros lo sabe. ¿Sabe un potro lo que le irán a hacer después de tambalearse sobre patas débiles, aún húmedo instantes después de nacer? Podrías saber antes que yo. Veo en ti a una gran líder.

Ella no puso más objeciones.

—Dime, Jordin, ¿obtuvo Jonathan la victoria en su muerte?

—Soberanamente —contestó la joven.

—¿Y se siente glorioso el potro cuando se convierte en brioso corcel?

Ella miró a Triphon y a los otros, ahora a mitad de camino a través de la meseta.

—Yo seré ese caballo.

—Lo serás. Y conmigo le mostrarás al mundo el verdadero triunfo, como aquella a quien Jonathan amó y a quien confió su legado. Aún no sabemos qué costo pagaremos, solo que la vida de nuestro soberano reinará de modo supremo.

—Entonces vivamos —comentó la chica volviendo la cabeza hacia Rom.

—Entonces vivamos —repitió él.

Rom titubeó solo un instante, asintió una vez con la cabeza y espoleó su caballo hacia delante.

En lo alto, el cielo había comenzado a agitarse.

Continuará...